SERIE PECADOS VI

Rey de la GULA



ANA HUANG

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Playlist

Advertencia de contenido

1. Maya

2. Maya

3. Sebastian

4. Maya

5. Sebastian

6. Sebastian

7. Maya/Sebastian

8. Maya

9. Sebastian

10. Sebastian

11. Maya

12. Maya

13. Sebastian/Maya

14. Maya/Sebastian

15. Maya

16. Sebastian

17. Maya

18. Sebastian

19. Maya

20. Maya

21. Sebastian

22. Sebastian

23. Maya

24. Maya

25. Sebastian

26. Maya

27. Maya

28. Sebastian

29. Maya

30. Sebastian

31. Maya

32. Maya

33. Sebastian/Maya

34. Maya/Sebastian

35. Maya

36. Sebastian

37. Maya

38. Maya/Sebastian

39. Maya

40. Sebastian

41. Maya

42. Sebastian

43. Maya

44. Sebastian

Epílogo. Sebastian / Maya

Agradecimientos

Contacta con Ana Huang

Notas

Créditos

Rey de la gula
SERIE PECADOS



Ana Huang

Traducción de Mariona Gastó



Por encontrar el valor para enfrentarnos a nuestros miedos

Playlist

We Can't Be Friends (Wait for Your Love), Ariana Grande
When Did You Get Hot?, Sabrina Carpenter
The Walls, Chase Atlantic
Tennessee Whiskey, Austin Giorgio
Lose Face, Daniel Di Angelo
Haunted, Beyoncé
Strawberries & Cigarettes, Troye Sivan
Bad Habits, Ed Sheeran
Self Control, Bebe Rexha
Moonlight, Kali Uchis
The Best I Ever Had, Limi
Always Been You, Chris Grey
Dancing in the Kitchen, LANY
Maula Mere Maula, Roop Kumar Rathod

Advertencia de contenido

En esta obra aparece contenido sexual explícito, blasfemias y temas que pueden resultar susceptibles para ciertos lectores.

1

Maya



—Estamos jodidos, ¿me oyes? ¡¡¡Jodidos!!! Y no en el buen sentido, sino más bien seco, sin lubricante y del rollo: «Cierra los ojos y piensa en Inglaterra».

—¿En serio haces esto cuando no disfrutas del sexo? Parece contraproducente...

—Maya. —Ezra sonaba incómodo—. Por favor. Que es una emergencia.

—Soy consciente. —Me apoyé el móvil entre la oreja y el hombro y cogí el bote que había en el estante superior del armario para medicamentos de mis padres—. En primer lugar, deja de hablar de lubricante. O de la falta de este. Y, en segundo lugar, tranquilízate. Tengo un plan.

—Uf, gracias a Dios. —Suspiró aliviado—. ¿En qué consiste?

—Vamos a retirar todos los productos de pasta de las estanterías. Vamos a redactar un comunicado de prensa y lo enviaremos en menos de dos horas. Cuanto antes, mejor.

—¡¿Todos los productos?! —farfulló Ezra—. Pero si los casos que se han denunciado estaban solo relacionados con la lasaña. Como retiremos todos los productos de la línea de pasta, la pérdida financiera será...

—Seguirá siendo menor de lo que podría acabar siendo a largo plazo si dejamos todos los productos a la venta. Todavía no sabemos dónde empezó la contaminación, pero la pasta congelada sigue saliendo toda de la misma fábrica. Lo último que queremos es retirar la lasaña del mercado y que luego aparezcan nuevos casos relacionados con otros productos. No se trata de priorizar el dinero, sino la confianza y la salud de los consumidores.

Como jefa de marca de Comestibles Singh, mi prioridad principal era proteger la reputación de la empresa. Lo cual incluía gestionar crisis de comunicaciones, y el brote de listeria relacionado con nuestro producto más vendido era, sin lugar a dudas, una crisis.

—Claro. —Ezra carraspeó—. Me pongo enseguida. Te enviaré el borrador del comunicado de prensa en menos de una hora.

Dejando de lado su lenguaje grosero y sus dramáticos estallidos, Ezra, mi director de comunicación, era buenísimo en su trabajo. He aquí por qué colgué sin cuestionarlo.

Pillé el bote que les había «cogido prestado» a mis padres y salí del baño. A pesar de lo segura que había sonado por teléfono, el corazón me latía igual de rápido que si estuviese corriendo el último kilómetro de un maratón.

Ezra tenía razón. Eso era retirar una barbaridad de productos del mercado; sin embargo, después de que se denunciara un tercer caso, convencí al director ejecutivo de que era lo correcto. Me jugaba tanto mi reputación como, seguramente, mi trabajo.

En el caso de que, en efecto, solo se hubiesen contaminado las lasañas, el balance de la empresa no mejoraría después del comunicado de prensa...

El corazón se me aceleró un poco más.

No. Había tomado la decisión correcta. No podía arriesgarme a que enfermase más gente por procurar única y exclusivamente por la economía de la empresa.

Había algo que no acababa de cuadrarme con estos brotes, pero era incapaz de encontrar el qué. Así que, de momento, eché ese pensamiento a un lado.

Esa noche, en mi lista de cosas por hacer, había un punto que nada tenía que ver con el trabajo. Y era justo la distracción que

necesitaba para alegrarme tras lo que llevaba siendo un día infernal.

Bajé las escaleras a toda prisa, pero, cuando ya casi estaba llegando a la cocina, vi una figura familiar y frené en seco. La mujer puso los brazos en jarras y me miró con cierta sospecha en los ojos.

«Mierda».

Enseguida me llevé la mano a la espalda para esconder el bote en cuestión y esbocé la sonrisa más inocente del mundo.

—Hola, Diya.

Diya era la jefa del hogar de mi familia. Se podría decir que nos había criado a mis hermanas y a mí, de modo que conocía todos nuestros trucos.

—Deme, señorita Maya —dijo con cara seria y tendiéndome la mano.

—¿Que te dé qué?

—No me venga con esas. La celebración de esta noche es importante para el señor y la señora Singh. No dejaré que se la arruine haciéndole una bromita infantil a ese chico.

Contuve las ganas de hacer una mueca al oírla decir «ese chico».

—Yo nunca le haría una broma a nadie. Ni siquiera a él. —Me llevé la mano que me quedaba libre al corazón—. Soy una alta ejecutiva en una empresa de Fortune 500. ¿En serio crees que tengo tiempo para ir por ahí haciéndole bromitas a los invitados?

Diya arqueó las cejas y continuó con la mano tendida. No dijo ni una palabra.

Mecagüen... Suerte que iba a distraerme.

Me saqué el bote de la espalda a regañadientes y le dejé los laxantes en la mano.

Ella chascó la lengua en señal de desaprobación.

—No lo habría matado... —argumenté a la defensiva—. Son de los ligeros. Aunque habría conseguido que se lo pensara dos veces antes de volver a aceptar una invitación para cenar con nosotros.

A pesar de lo liados que íbamos, mi familia organizaba, como mínimo, un par de cenas al mes en la finca que tenían mis padres en Westchester. Las tradiciones eran importantes y mis padres se aseguraban de que las respetáramos. Solía apetecerme muchísimo ir a dichas cenas..., siempre y cuando él no estuviera invitado.

—Teniendo en cuenta que sus familias llevan siendo amigas desde hace generaciones, lo dudo. —Diya señaló las escaleras—. Venga. La cena empezará pronto y a su madre le dará un infarto como se presente vestida así.

Rechistar no me serviría de nada; lo sabía.

—¡Yo también me alegro de verte! —dije girando la cara para mirarla por encima del hombro—. ¡Algún día dejarás que me divierta!

—¡Espere sentada! —respondió ella, con cierto humor en la voz.

El subidón de adrenalina que me había aportado encontrarme con Diya se desvaneció nada más entrar en mi cuarto. Cuando no tenía quién me distrajera, me costaba no sobreanalizarlo todo, así que lo primero que hice fue rebuscar entre la colección de dulces que tenía en el cajón de la mesita de noche.

Ese mismo día, al enterarme del primer caso de listeria, me zampé mis bombones de chocolate favoritos. Así que ahora tenía que contentarme con los gusanos de gominola. Me metí uno en la boca.

«No pasa nada. Va todo bien». Ni que la reputación de la empresa familiar dependiera de mis acciones o hubiese decenas de millones de dólares en juego...

Si fallaba, sería el hazmerreír público y los profesores de las escuelas de negocios me pondrían como ejemplo principal de lo que no hay que hacer. Todo lo que hubiese logrado hasta ahora dejaría de importar y la gente solo se fijaría en este fracaso.

Tampoco había para tanto.

Me reconforté con un segundo gusanito de gominola y miré el móvil. No había ninguna actualización de las alertas que había activado para cualquier mención a Comestibles Singh.

«Vale». Dejé que ese doble chute de azúcar me calmara los nervios. En este tipo de situaciones, que no hubiera noticias era una buena noticia.

«Que no haya noticias es una buena noticia».

Fui repitiéndome ese mantra mientras me quitaba los vaqueros y la camiseta y me ponía un vestido de seda. Cuando hube acabado de peinarme y maquillarme, el corazón me latía a un ritmo más o menos normal.

Faltaba una hora para la cena, así que salí de mi cuarto, volví a bajar las escaleras y puse rumbo hacia la terraza interior.

Ese soleado espacio acristalado era mi estancia favorita de toda la casa. De adolescente, me pasaba horas allí; leyendo, haciendo los deberes y soñando despierta. Además, nunca venía nadie a no ser que fuera para limpiar. Era perfecto.

Me hundí en un acolchado sofá de mimbre y volví a mirar el móvil. Tenía un correo electrónico nuevo de Ezra. Me había enviado el borrador del comunicado de prensa.

Lo revisé y le envié algunos comentarios. Eran apuntes mínimos; Ezra había hecho un trabajo fenomenal.

Clavé la vista en la vegetación que se veía al otro lado de las ventanas y sentí que se me formaba un nudo en el estómago. No tenía previsto pasar el fin de semana previo al Día del Trabajador así. Se suponía que, antes de tener que cenar con una de las personas que más mal me caían en todo el mundo, iba a quedar con mis amigas, no a gestionar una emergencia laboral.

A veces me preguntaba qué pasaría si simplemente... me largara. Adiós al estrés y a las noches sin dormir o a tener que escabullirme hacia algún lugar indefinido.

Sonaba bien. Aun así, me bastaba con imaginarme rindiéndome para que me cogiese urticaria. No sabía a qué aspiraba, pero sabía que tenía que hacer más, ser más. Como me quedara estancada, me pasarían los demás por delante y eso era inaceptable.

Ezra respondió en un tiempo récord con el comunicado editado. Lo leí dos veces antes de enviarle aquella decisiva respuesta:

> Aprobado.

Dejé el móvil y empecé a mover la rodilla. Dios, qué bien me vendría ahora un poco de chocolate. Igual...

—¿Escondiéndote en la casa de tu propia familia? Un poco triste, Segu.

Me quedé con la pierna medio al aire y se me tensó el cuerpo entero.

Había pocas cosas en el mundo que me llevaran a tener que elegir entre sacar las garras o huir por patas. Sin embargo, esa voz profunda y lánguida era una de ellas.

No hizo falta que me girase para saber quién había llegado.

Era el mismísimo diablo en persona, joder.

2

Maya



La cultura popular describía al diablo como a una cosa horrenda, con garras, la piel roja y unos cuernos que irradiaban su maldad por el mundo.

Pero la cultura popular se equivocaba.

En realidad, el diablo era un chico alto, musculado, con una dentadura perfecta y un moreno que le duraba todo el año, motivo por el cual siempre parecía que acabase de regresar de unas vacaciones en el sur de Francia. Los cuernos le quedaban escondidos bajo su grueso pelo castaño, elegantemente enmarañado, y el hombre en cuestión se movía con una confianza relajada y la misma seguridad de quien está acostumbrado a que se lo sirvan todo en bandeja de plata.

Si no habías crecido con él (y a mí me había tocado hacerlo) o no habías tenido que soportar ese sarcasmo que tan bien había escondido durante toda su vida (también me había tocado hacerlo), tal vez te embaucaría y pensarías que era un ángel en lugar de Satanás reencarnado.

Por suerte, yo lo conocía bien.

Por desgracia, era la única.

Lucifer, también conocido como Sebastian Laurent, se apoyó contra la pared y me sonrió de medio lado, de esa forma que hacía cuando no teníamos a nadie alrededor.

Era demasiado listo como para hacerlo con público de por medio. Todo el mundo pensaba que era el chico perfecto al que la gente tanto adoraba. Yo, en cambio ya había visto lo que escondía bajo esa máscara cuando teníamos tres años y decidió hacerme la zancadilla mientras jugábamos al pillapilla para luego quedarse con el premio: unos caramelos.

Fue la primera y la última vez que ese chico me hizo llorar.

—Estaba escondiéndome de ti. —Ignoré el apodo ese que tanto odiaba, Segu, y le dediqué una empalagosa sonrisa—. No quería perder el apetito antes de la cena.

—¿Así de hospitalaria eres con los viejos amigos? Tsss. Con razón tu empresa está en peligro.

Apreté la mandíbula. Cómo no, tenía que sacar a colación el tema de la crisis a la primera de cambio.

—No somos amigos. Y esto no tiene nada que ver con el trabajo.

—Amienemigos, pues.

Sebastian se separó de la pared y echó a andar hacia mí con un porte elegante y suelto, como si a él le requiriera muchísima menos energía que a cualquier otra persona.

Se sentó despatarrado en el sofá que me quedaba delante. Era como si no se hubiese dado cuenta de mis energías de «pírate y tírate a un lago lleno de pirañas».

Hay personas que no pillan una indirecta ni a la de tres.

—Tampoco —respondí con frialdad—. «Amienemigos» sigue incluyendo la palabra «amigos».

—Lo que tú digas, pero te conozco mejor que muchos de tus «amigos». —Sonrió sabiondo—. ¿Cuántos caramelos te has comido para calmar el estrés desde que te has enterado del primer caso?

«Maldito Lucifer».

—Ninguno. —La mentira se me escapó como si nada de la boca—. Ya no lo hago.

Sebastian me miró fijamente. Tenía los ojos de un claro tono ámbar con unas motas doradas. Ahora, bajo la luz del atardecer, se

parecían a los de los leones.

—Mentirosa —dijo en voz baja.

Me sonrojé. El corazón empezó a latirme el doble de rápido otra vez y lo noté en los oídos mientras nos mirábamos fijamente. El aire crepitó con esa animosidad que llevaba tanto tiempo cociéndose a fuego lento.

Lo odiaba tantísimo que casi no podía ni respirar.

—¿Sigues presentándote donde no eres bienvenido por alguna razón en particular? —le pregunté—. ¿O es que simplemente te gusta desquiciarme?

—Sí y sí.

Ojalá hubiese podido seguir adelante con la bromita de los laxantes. Ver cómo se retorcía de dolor habría hecho que las consecuencias valieran la pena.

—Se te olvida que me han invitado. —Sebastian se recostó en el respaldo del sofá con una gélida diversión en la mirada—. No he irrumpido aquí sin avisar.

—Te han invitado a cenar, no aquí. Conmigo.

Estuve a punto de añadir «este es mi sitio», pero sonaba demasiado pedante. Además, como Sebastian se enterara de lo mucho que me gustaba la terraza interior, no se marcharía nunca.

—Puedes coger y largarte, si quieres. —Se encogió de hombros—. Nadie te obliga a hablar conmigo.

—Yo he llegado antes. No pienso marcharme.

—Ah... —Dibujó una sonrisa que ya conocía muy bien y que contrastaba a más no poder con el aborrecimiento que se le reflejaba en el resto de la cara—. O sea que estamos en punto muerto. *C'est dommage*.

Traducción: «Qué pena».

El francés no era mi lengua materna como sí lo era para él, pero lo dominaba por igual porque había estudiado en internados suizos.

Tragué saliva para deshacerme de las demás palabras que podría haberle dicho en francés.

Menuda tontería. Éramos adultos y nos estábamos comportando como un par de críos, pero es que siempre que estábamos cerca pasaba lo mismo. Este chico siempre sacaba lo peor de mí.

Sebastian era la persona vanidosa más pesada del mundo. Quería ser el centro de atención. A lo mejor, si lo privaba de oxígeno, me haría un favor y desaparecería.

En lugar de seguir haciéndole caso, volví a coger el móvil. Tenía la pantalla repleta de alertas de noticias. El corazón empezó a latirme desbocado y todos los pensamientos relacionados con mi indeseada compañía se volatilizaron.

«El comunicado de prensa».

Lo habían enviado. Y los medios de comunicación se habían aferrado a él como los incendios forestales se aferraban a arbustos secos.

Leí los titulares en diagonal y solo encontré regurgitaciones básicas de los hechos. Así que me metí en el único rincón de internet que me ofrecería más opciones: las redes sociales.

Escribí «Comestibles Singh» en la barra de búsqueda con un nudo en la garganta. Ya se había convertido en *trending topic* e iban apareciendo más publicaciones cada pocos minutos.

Había algunos detractores, pero, por lo general, las reacciones iniciales estaban siendo abrumadoramente positivas.

El nudo que tenía en la garganta se soltó un poco. Por primera vez en horas, empezaba a salir a flote en lugar de continuar ahogándome.

Salí de las redes sociales y me metí en el correo electrónico para enviarle un mensaje a Ezra respecto al tema y revisar el resto de correspondencia.

Sebastian no dijo nada en ningún momento, pero su intensa mirada me abrasaba la piel.

Ahora que mi adrenalina inicial había amainado, era sumamente consciente del silencio que se respiraba aquí. De cómo me circulaba la sangre por las venas y de que la presencia de Sebastian modificaba todas las moléculas de la sala.

No necesitaba verlo para notarlo.

En silencio. Estudiándome. Juzgándome.

Continué con la vista puesta en el móvil y me obligué a no estremecerme ni hacer nada que pudiese revelar que su escrutinio me estaba afectando lo más mínimo.

Porque no me afectaba. Obviamente.

—Es un buen comunicado de prensa —opinó con el típico tono de voz que te sale después de haberle dado una segunda vuelta a algo —. A ver si lo adivino: has convencido a tu padre para que retire toda la línea de productos porque te preocupaba que hubiese contaminación cruzada. Confianza antes que beneficios. Muy coherente por parte de la jefa de marca.

Permanecí en silencio y le di a «borrar» con más fuerza de la necesaria para eliminar una invitación colectiva a una fiesta.

—Me lo tomaré como un «sí». —Sebastian bostezó—. Inteligente. Yo habría hecho lo mismo.

—Me alegro muchísimo de que apruebes mi decisión. —Ya no podía más—. No sé qué habría hecho, si no.

En cuanto las palabras me salieron de la boca, me arrepentí de haber mordido el anzuelo, pero ya era demasiado tarde. Le atisbé una pizca de triunfo en la mirada antes de que se levantara del sofá. Ya casi había llegado la hora de cenar. Yo también debería ir tirando, pero prefería arrancarme los ojos que marcharme con él.

—Encantado de ser una fuente de validación —comentó Sebastian arrastrando las palabras. Se sacó algo del bolsillo y me lo tiró. Lo alcancé justo antes de que me diese en la cara—. De nada.

Lo oí reír mientras se alejaba de allí y desaparecía por las entrañas de la casa.

Esperé a que se hubiese ido del todo antes de abrir la mano. En la palma tenía un dulce envuelto con papel de aluminio naranja.

Era un bombón de chocolate.

No me comí el chocolate, por supuesto.

Sebastian era capaz de darme un bombón caducado y estaba claro que eso no había sido más que una jugada de poder. Una sutil forma de señalar que sabía cosas sobre mí que no debería saber, además de una discreta forma de recordarme que necesitaba algo con lo que aliviar el estrés por culpa de este berenjenal de relaciones públicas.

Mientras tanto, él estaba tan feliz con su maravillosa publicidad, con dos locales del Grupo de Restaurantes Laurent que acababan de ganar estrellas Michelin, y el perfil adulador que le habían hecho en el *New York Times*.

Mi familia no tenía restaurantes. Nuestra riqueza procedía de los ultracongelados. Y los platos preparados congelados no tenían un equivalente a las estrellas Michelin.

Era consciente de ello, pero no por eso dejaba de querer que nos diesen una.

Creo que si Sebastian me sacaba tanto de quicio era por eso. Porque, por más que me esmerase o por más logros que acumulara (ya fuesen personales, profesionales o académicos), con él siempre tenía la sensación de quedarme atrás.

En el instituto, yo sacaba sobresalientes porque me esmeraba como la que más. Él los sacaba con solo saltar de la cama y plantarse en clase.

Yo saqué la segunda mejor nota de la clase. Él, la primera.

Yo gané el premio a la Excelencia del Marketing Internacional. Él lo ganó primero y, encima, tuvo más cobertura mediática.

Era exasperante.

Lo miré desde el otro lado de la mesa. Sebastian estaba ocupado hablando con mi hermana pequeña, Neha, mientras fingía ser un ser humano normal.

La cena había empezado hacía media hora y tanto el clan de los Singh como el de los Laurent estábamos reunidos en el comedor reservado para las celebraciones en casa de mis padres. Mi padre estaba sentado en la cabecera de la mesa, con mi madre a su izquierda y el padre de Sebastian, Michel, a su derecha. La esposa de Michel, Yvonne, estaba cotilleando con mi madre sobre el último escándalo social mientras el marido de Neha le daba al vino como si esta fuera su última cena. En la otra punta de la mesa estaba mi abuela, observándolo todo con expresión serena. La simple camisa de lino blanca que llevaba contrastaba con fuerza con los enormes pendientes de esmeralda que le colgaban de las orejas.

Solo faltaba la menor de mis hermanas, Priya, que estaba de vacaciones en Bali con su novio. Se habían ido a celebrar que

llevaban seis meses saliendo; he aquí el único motivo por el cual mi madre había hecho la vista gorda ante su ausencia.

Todo el mundo parecía estar pasándolo en grande menos Sebastian y yo, que estaba sentado frente a mí. Lo veía riendo y sonriendo, pero era todo fingido.

Cuando Sebastian sonreía de verdad, se le arrugaban los ojos y su risa adoptaba un tono un decibelio o dos más bajo que ahora. No estaría agarrando la copa de vino con tanta fuerza ni centrando toda su atención en Neha, como si tuviese algo que demostrar.

—Antes de que pasemos al plato principal, quiero daros las gracias a todos por haber venido esta noche —dijo mi padre desde su asiento, llamándonos la atención a los ahí presentes con su voz estruendosa.

La sala se sumió en silencio.

Me dio un vuelco el estómago ante dicha anticipación. Mi padre ya había comentado que hoy quería compartir con nosotros una «gran noticia», pero yo no tenía ni idea de lo que sería ni de qué pintaban los Laurent en todo esto.

Volví a mirar a Sebastian. Él ya me estaba mirando con una expresión ininteligible y me dio un vuelco el corazón.

Enarcó una ceja y, sonriendo con sarcasmo, se llevó la copa a los labios.

Yo apreté los míos y me centré de nuevo en mi padre.

Con sesenta y un años, Neal Singh continuaba emanando poder allá donde fuera. Tenía el pelo canoso, pero seguía con la mirada y la mente igual de afiladas que siempre.

—Sé que estáis todos ocupados, pero me gustaría contaros algo relevante y que concierne a ambas familias. —A pesar de que lo dijo con tono jovial, tenía la sonrisa tensa. El comunicado de prensa había ido bien, pero el recuerdo de esa crisis seguía amenazando cual nube de tormenta—. Como ya sabéis todos, Michel y yo somos amigos desde hace muchos, muchísimos años, pero nunca hemos trabajado juntos.

—Lo habíamos considerado —añadió Michel—. Pero nunca llegó a darse la oportunidad. Hasta ahora.

Un mal presagio provocó que se me pusieran los pelos de punta a la altura de la nuca. Delante de mí, Sebastian arrugó la frente y aquella sonrisa socarrona desapareció.

—Vayamos directos al grano. Seguro que a todo el mundo le gustaría seguir cenando antes de que se enfríe la comida —terció mi padre—. Me complace anunciaros que Comestibles Singh y el Grupo de Restaurantes Laurent colaborarán en una línea especial de platos preparados congelados. Con la experiencia de...

Un zumbido extraño me inundó los oídos. No oí lo que dijo mi padre a continuación porque no paraba de oír las dos mismas palabras en bucle en mi mente:

«¿Qué Cojones?».

Las colaboraciones entre productos de alta gama y otros de menor categoría no era nada nuevo. Ya habían dejado huella en la industria de la moda (con diseñadores de marcas de diseño que colaboraban con grandes minoristas para crear piezas de edición limitada a precios asequibles, por ejemplo) y, poco a poco, estaba abriéndose paso en el sector gastronómico. Pero... ¿nosotros? ¿Trabajando con el Grupo de Restaurantes Laurent? Sería como intentar vender Hermès y H&M en una misma tienda.

Había marcas que encajaban y otras que no. Y el porfolio gastronómico extremadamente lujoso de los Laurent distaba muchísimo de nuestros productos básicos de supermercado, a un precio más módico. Tanto que podrían ser dos planetas distintos.

A juzgar por cómo estaba apretando los labios Sebastian, opinaba igual.

—¿Es una sugerencia o ya habéis cerrado el trato? —preguntó él.

Habló de forma genuina y calmada, sin modulación alguna en la voz, aunque percibí que su tono escondía una cierta peligrosidad.

—Ya lo hemos cerrado. —Michel lanzó una mirada de advertencia a su hijo—. Neal y yo llevamos meses hablando de esto.

—Aun así, deberíamos comentar...

—Ahora no es el...

Estallamos indignados y nuestras protestas sincronizadas se solaparon entre sí. Sebastian y yo nos fulminamos mutuamente con la mirada antes de volver a desviar la vista hacia nuestros padres.

A excepción de mi abuela, esta conversación no parecía importarle a nadie más. La mujer nos observaba con sumo interés en la mirada mientras iba comiendo trozos de pan como si de palomitas se tratasen.

—Es la primera vez que me entero de esto y soy el director de *marketing* —se me adelantó Sebastian al quejarse. La voz le sonaba afilada y quebradiza; no parecía la suya—. Con todo el debido respeto para Comestibles Singh, habría que limar ciertas incompatibilidades entre marcas antes de dar un paso tan drástico; eso, suponiendo que puedan limarse.

—Además, ahora no es el mejor momento para lanzar una colaboración de estas dimensiones —añadí—. Todavía estamos gestionando una... situación delicada.

—Ya lo hemos decidido —respondió mi padre con firmeza—. Esta colaboración nos beneficiará económicamente a ambos y, si conseguimos hacerlo bien, lograremos muchísima cobertura mediática.

—Además, ampliará nuestra clientela y nos abrirá las puertas a un nuevo mercado —añadió Michel.

Nada de eso pareció calmar a Sebastian, que intervino con un:

—Pero...

—Basta —lo cortó con frialdad el mayor de los Laurent—. Tal y como ha dicho Neal, ya lo hemos decidido.

—Vamos a acelerar el proyecto —prosiguió mi padre—. Sé de buena tinta que los de Haciendas Whitaker están planeando hacer una colaboración parecida. Todavía están empezando, pero tenemos que anunciarlo antes que ellos; de lo contrario, parecerá que los estemos copiando.

Haciendas Whitaker era nuestra mayor competencia. A pesar de contar con un nombre tan íntegro, con un guiño a los campos de trigo en inglés, su director ejecutivo era despiadado y se habían ido cargando nuestra participación en el mercado, poco a poco, pero de forma deliberada.

—No tenemos que preocuparnos por los de Whitaker en sí —contestó Michel con desdén. Mi padre lo miró severamente, pero no intervino cuando añadió—: Pero Neal tiene razón. Aceleraremos el

proyecto. La ventaja se la lleva el primero en sacar los productos al mercado. Por eso es tan importante.

—Definid «acelerar» —pedí.

—Queremos anunciarlo antes del mes que viene. Confío en que la cosa pintará mejor de aquí a entonces —respondió mi padre con severidad y firmeza, como si tuviese una voz de hierro, y mirándome con segundas.

Me mordí la lengua para evitar volver a quejarme y me hundí todavía más en el asiento. Acababa de darme una orden: «Limpia la imagen de nuestra empresa antes de que anunciemos esto o verás».

La colaboración no me entusiasmaba, pero yo nunca había decepcionado a mi padre. Y no pensaba empezar ahora. Su opinión y la reputación de nuestra familia importaban más que mis lamentos personales.

Además, no podía llevarle la contraria a alguien mayor que yo y menos delante de la empresa. Era algo que no se hacía y punto.

—Aspiramos a un plazo de nueve meses como máximo para el lanzamiento de productos —contó Michel—. La nueva línea debería estar en los supermercados antes de que se celebren las juntas de accionistas del año que viene.

A Sebastian se le incendió la mirada.

—Es imposible. Un proyecto de tal escala...

—Cuando cuentas con las personas y los recursos adecuados, todo es posible —respondió Michel inclinándose hacia delante y entrelazando los dedos—. Es una suerte que tanto tú como Maya os impliquéis tanto en este asunto. Teniendo en cuenta que los dos sois los principales ejecutivos de *marketing* de nuestras respectivas empresas, tendréis un papel vital en el lanzamiento de los productos.

Me dio un vuelco descomunal el estómago. El presagio de antes regresó a mí de golpe y los nervios me dejaron abatida.

—¿Y esto qué quiere decir? —pregunté.

No podía insinuar lo que pensaba que estaba insinuando. No podía ser. De ninguna manera.

—Quiere decir que nos gustaría que tú y Sebastian liderarais el proyecto —aclaró mi padre—. Durante los próximos nueve meses,

vuestra prioridad será trabajar en esta colaboración. Juntos.

3

Sebastian



—¿Piensas decirme qué coño te ha pasado para que estés tan jodido o voy a tener que agasajarte para que lo sueltes? —preguntó Xavier, apoyándose en la encimera con los brazos cruzados.

—Qué encantador. —Apagué los fogones y puse las vieiras en la bandeja, donde las dejé reposando un minuto más—. ¿Sloane te lava la boca con jabón cada noche o la has corrompido tanto que le da igual?

Xavier sonrió.

—Ni la una ni la otra. A ella siempre le ha encantado que tenga la boca sucia.

Reí por lo bajo y le tiré el trapo. Él lo pilló como si nada, riendo y con los ojos centelleantes.

Estábamos en la cocina de La Bóveda. Solía probar nuevas recetas allí porque no podía asaltar ninguno de los restaurantes de mi familia. A los chefs profesionales no les gustaba que les invadieran el espacio.

Estas recetas eran más para mí que para el resto, pero me lo tomaba tan en serio como si se las estuviera sirviendo a un crítico.

Por eso estaba dispuesto a pedirle un favor a Xavier y que me dejara usar su espacio.

La Bóveda era, principalmente, una discoteca, pero también hacía las veces de local para acontecimientos de lujo. El piso de arriba era un espacio privado e incluía una barra de bebidas, un salón para veinte comensales y una cocina *gourmet* completa, en la que, ahora mismo, no había nadie excepto nosotros dos.

—En serio, tío. Llevas todo el día de mal humor. Tú no eres así —comentó Xavier—. ¿Qué pasa?

Dudé. No paraba de sopesar si contarle la verdad o inventarme alguna gilipollez.

Conocía a Xavier Castillo desde que íbamos al internado. Habíamos sido amigos, pero sin más; nunca llegamos a tener una amistad demasiado sólida hasta hace unos cuantos años, cuando él se puso las pilas y abrió La Bóveda.

Este heredero colombiano de un grupo cervecero tenía una reputación infame entre nuestros amigos hasta que su publicista/novia lo enderezó. Atrás quedó el *playboy* hedonista cuyas fiestas desenfrenadas salían en los titulares de las revistas del corazón cada dos semanas y, en su lugar, apareció un hombre hábil de negocios que convirtió La Bóveda en el mejor local de Nueva York. Desde que abrió, La Bóveda seguía dando de qué hablar, lo cual no era poco teniendo en cuenta que, en esta ciudad, lo que hoy está de moda mañana ya no lo conoce ni Dios.

Aunque si algo no había cambiado era una cosa: Xavier seguía siendo un cotilla de tres pares de narices.

—Tengo mil cosas que gestionar —dije finalmente—. De trabajo. Lo típico.

—Conque de trabajo, ¿eh? —Xavier arqueó las cejas—. ¿Tiene que ver con la colaboración con los Singh que has mencionado antes?

Emplaté las vieiras en silencio y las aliñé una a una, con cuidado, con una cucharada de salsa blanca al limón.

Bastó con que mencionara una única vez esa colaboración para que me sintiera como si estuviesen aporreándome la cabeza. Era el plan peor concebido de la historia y quien tenía que asegurarse de que saliera bien era yo. Con Maya.

Me vino una breve imagen de sus ojos marrones y esos labios carnosos a la mente.

Apreté la mandíbula.

—Me voy a tomar tu silencio como un «sí». —Xavier parecía entretenido—. Pensaba que los Singh te caían bien. ¿Dónde está el problema?

—Me caen bien. La mayoría, al menos. —Sazoné las vieiras con un poco de picada de perejil—. El problema está en que hay que hacerlo desde cero y tenemos que conseguir algo en nueve meses que, por lo general, requeriría el doble de tiempo. Además, tengo otras prioridades aparte de trabajar con alguien que me llevará la contraria en absolutamente todo.

No me cuadraba. Mi padre no era una persona impulsiva. Siempre seguía una rutina.

Llevaba veinte años jugando al tenis cada domingo en el Club Valhalla, se pasaba exactamente tres semanas en el *château* que teníamos en Provenza cada agosto y siempre se comía el filete poco hecho con una copa de cabernet sauvignon.

A Michel Laurent no le gustaban los cambios, motivo por el cual estaba convencido de que un ejército de bacterias comecerebros estaba erosionándole el buen juicio.

En parte me sentía resentido con Neal. Lo había convencido como si nada para que tomara semejante riesgo empresarial mientras que, cuando yo le había propuesto algo, no había hecho más que fracasar. De no ser por el discreto aunque inquebrantable apoyo de mi madre, no iría nunca a casa. Llegaría un punto en el que, de tanto rechazarme, yo acabaría estallando.

—Ah... —Xavier rio—. Conque ese es el problema. Maya. Debería haberlo supuesto.

Ahí me crispé. Pasé de pensar en mi padre a pensar en esa otra piedra en el zapato.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que esta chica lleva afectándote desde que íbamos al internado. —Cogió una vieira del plato y se la metió en la boca—. Cada vez que te pones raro, es por ella.

—Normal. Es insufrible.

—Lo que tú digas. —Xavier pilló otra vieira—. Esto es una puta delicia, por cierto.

Me quedé tan perplejo con su observación (completamente errónea) que a duras penas procesé el cumplido.

Maya no «me afectaba». Menuda estupidez.

¿Me crispaba los nervios con su hipercompetitividad? Sí.

¿Disfrutaba perversamente sacándola de quicio y logrando que se le rompiera esa perfecta máscara de personalidad de tipo A? También.

¿Pensaba que rozaría el límite de la locura al tener que pasarme casi un año trabajando con ella codo con codo? Sí. Digo, no.

«Mierda».

Me froté la cara con la mano. Me vino otra imagen suya a la mente.

De la semana pasada. De Maya sentada en la terraza interior de la casa de su familia, concentrada y con la frente arrugada mientras me ignoraba deliberadamente. La luz del sol al ponerse le aportaba cierto brillo a toda ella. A su pelo. A su piel. A sus ojos.

Ni Maya quería tenerme allí ni yo debería haber ido a buscarla. Siempre acabábamos discutiendo. Pero no estábamos juntos, los dos solos, desde hacía... años. Desde que estudiábamos en el internado, de hecho. Desde que...

Le pegué portazo a ese pensamiento antes de que acabase de formarse.

Se me puso la piel de gallina. Por la vergüenza, quizá, o tal vez por el resentimiento. Fuera lo que fuese, daba igual.

Hacía siglos de esa noche. No tenía nada que ver con mi actual relación con Maya.

En lugar de darle más cuerda a Xavier y sus delirios, yo también probé las vieiras. Noté un estallido de sabores en la lengua. La intensidad del ajo, el ácido del limón y el refrescante toque del perejil mezclados con el dulce y salino sabor natural del marisco.

Xavier tenía razón. Era una delicia.

Pero no era perfecto, lo cual significaba que no cumplía con mis estándares. Y mucho menos con los de mi padre.

—Me cago en... —Probé otra. Obtuve el mismo resultado—. Tampoco. Sigue faltando algo.

—Sí. Otra ración, eso falta —respondió él, con la boca llena—. En serio, tío. Llevas meses intentando perfeccionar esta receta y nunca te había salido tan bien. Creo que ya lo tienes.

—No. —Apreté los dientes. La frustración me abrasaba por dentro —. Que nunca me hayan salido tan bien no significa que no puedan salirme mejor. Hay algo que se me escapa.

Eché a andar por la cocina. El aire era asfixiante.

Me obligué a inhalar profundamente y a no petar delante de Xavier. Ya había vislumbrado algún que otro estallido por mi parte, pero nunca había acabado de explotar del todo.

Eso no lo había presenciado nadie.

—Seb. —A Xavier se le desdibujó la sonrisa mientras yo seguía deambulando por ahí con la cabeza a mil por hora—. En serio. La comida es una pasada y no te lo digo porque sea tu amigo. ¿A quién le importa que a ti no te parezca perfecto? —Tocó el plato vacío con un dedo, con fuerza—. Te aseguro que nueve de cada diez personas que prueben esto te dirán que sí que lo es. Todo lo que haces es perfecto, coño. Por eso había tantísima gente resentida contigo en silencio cuando íbamos al instituto.

—No lo entenderías...

—Prueba, a ver.

Me detuve delante de los fogones con la vista puesta en las vieiras que quedaban. Tenía un montón de palabras amontonadas en la garganta, pero se negaban a formar una explicación coherente.

¿Cómo podía hablarle del enorme y persistente desasosiego que sentía en mi interior? Me despertaba cada día en la cima más alta del mundo, pero, en lugar de disfrutar de las vistas, yo solo podía pensar en lo mucho que lo odiaba. Y luego me odiaba a mí mismo porque debería estar agradecido.

Lo tenía todo y, aun así, ese todo no era suficiente. No conseguía llenar el vacío que sentía en mi interior.

Cuando era más joven, me resultaba más fácil taparlo con una tirita. Había ido compensando eso que me faltaba con sexo, fiestas y alcohol. Había viajado por todo el mundo viviendo la vida y había

fingido que no necesitaba nada más. Y sí, había quienes se habían resentido conmigo por eso. Porque pensaban que mi vida era perfecta.

Sin embargo, cuanto más mayor me hacía, menos funcionaban mis formas de gestionar todo eso.

Necesitaba un propósito, y en eso justamente se habían convertido las vieiras. Me había propuesto un objetivo: perfeccionarlas. Y, a mí, los objetivos me servían para no caer en un pozo.

El problema era que no perfeccionarlas también me tocaba los cojones. No sabía qué era peor: si mantenerme a flote sin rumbo fijo o fracasar estrepitosamente. Pero daba igual, porque era incapaz de definir todas esas emociones con palabras y contárselo a Xavier.

Por suerte, me entró una llamada y no tuve que inventarme una excusa de mierda.

Tal alivió sentí que respondí sin mirar quién era. Sin embargo, cuando oí esa voz familiar al otro lado de la línea, entré en tensión.

—Sebastian Laurent respondiendo al primer tono. No dejas de maravillarme.

—A ti siempre te responderé al primer tono, Segu. —Eché mis pensamientos en bucle a un lado y enseguida recurrí, como si nada, al tono que usaba con Maya. Uno relajado. Desapegado. Divertido. Cualquier cosa con tal de disimular lo mucho que me enervaba esta chica—. Solo tienes que llamar.

—Sigue soñando.

—Quien me está llamando un viernes por la noche eres tú. —Le di la espalda a Xavier, que volvió a sonreír pícaro en cuanto me oyó llamarla «Segu». No tenía ni idea de qué se estaba imaginando él, pero se equivocaba—. ¿A qué se debe el placer?

—Te llamo solo porque no tengo elección —respondió Maya—. Como tenga que esperar a que tomes tú la iniciativa, esta colaboración se irá al traste antes de empezar siquiera.

Por mí, bien.

—Y puede que a ti te parezca bien —prosiguió con una inquietante precisión—, pero yo no pienso dejar que tu falta de ética me manche la trayectoria. Así que te llamaba para ver cuándo podemos quedar y

comentarlo todo detalladamente. Ya te he enviado una propuesta de plan de trabajo y las ideas iniciales para el lanzamiento.

—Tan ambiciosa como siempre.

—Y tú tan poco, como siempre.

—Hasta la fecha, bien que he conseguido lo mismo que tú. ¿Quién lleva menos ventaja, a ver?

Farfulló indignada y yo sonreí.

—Ahora en serio, bastante tarde vamos ya —razonó tras calmarse —. Ha pasado una semana y aún no tenemos nada sólido preparado. Te he enviado un par de propuestas para quedar el lunes. Dime qué horario te viene mejor y ven con algunas ideas.

—Yo siempre tengo ideas. Pero serán mejores que las tuyas, así que no te enfades.

—Por favor... —Maya rio por lo bajo—. Serías incapaz de dar con una buena idea ni teniéndola delante de las narices.

—Supongo que esto está por ver —contesté arrastrando las palabras—. Nos vemos el lunes, Segu. Me muero de ganas.

Colgó.

Se me ensanchó la sonrisa. Me guardé el móvil en el bolsillo y me di la vuelta solo para encontrarme a Xavier con una sonrisa comemierda en la cara.

—¿Qué? —espeté.

Metí el plato ya vacío en el lavavajillas, junto con otros utensilios y material de cocina. Por lo visto, Xavier se había zampado todo lo que había preparado mientras hablaba por teléfono.

La discoteca abría pronto y quería dejarlo todo limpio antes de que Xavier bajase a recibir a los clientes.

—Nada. —Se dio impulso para separarse de la encimera y me ayudó con la basura—. Pero no veo la hora de que me cuentes cómo avanza el proyecto. Obligaros a trabajar a vosotros dos juntos es como poner a un par de leones hambrientos en la misma jaula. Solo sobrevivirá uno.

—Déjate de tanto dramatismo. Ya hicimos trabajos de clase juntos en su día.

—De eso hace un montón. Además, siempre os peleabais tantísimo que todo el mundo pedía que lo cambiaran de grupo.

Me encogí de hombros.

—No todo el mundo sabe trabajar bajo presión —respondí.

A riesgo de parecer un cabrón egoísta, diré que solo había una persona que me hubiese seguido siempre el ritmo.

Puede que no tuviese propósito, pero no por eso dejaba de ser buenísimo en casi todo lo que la sociedad consideraba importante: los estudios, los deportes y el trabajo. Le pasaba la mano por la cara a mis compañeros en todos esos aspectos sin tener que levantar un dedo, casi... A no ser que mi oponente fuera Maya.

Era la única persona que me suponía un desafío. Incluso cuando Maya perdía una batalla en nuestra interminable guerra, no me lo ponía fácil. Y eso me intrigaba casi tanto como me cabreaba.

—Igual no. —Xavier me miró de refilón—. Tú solo intenta no perder los estribos mientras dure el proyecto. Como esto se vaya al traste, no quiero que me toque limpiar el fregado a mí.

—Tranquilo. No pasará nada.

Las circunstancias no eran óptimas, pero ya había sobrevivido a Maya Singh hasta ahora. Podría apechugar otros meses más con ella.

4

Maya



—¿Era una llamada de trabajo?

Regresé a mi mesa de La Cabra Contentilla y me encontré con dos pares de ojos mirándome fijamente. Uno acusatorio y, el otro, divertido.

—¿No? —La voz me sonó más a pregunta de lo que me habría gustado. Me mordí el labio y la culpa me llevó a sonrojarme—. Vale, sí. Pero ha sido solo una llamada y ha durado..., no sé, cinco minutos como máximo.

—¡Maya! —se quejó Ayana—. Quedamos en que nada de trabajo esta noche. ¡Es viernes! Somos jóvenes, estamos buenas y estamos... Bueno, no todas estamos solteras, pero los chicos no han venido, así que deberíamos disfrutar de una noche de chicas. Cosa que *no* podemos hacer —señaló mientras intentaba cogerme el móvil— si tú insistes en cortarnos el rollo.

Aparté la mano para que no pudiera robarme el teléfono. Ayana me fulminó con la mirada y reí. Por más que tuviese la frente arrugada, seguía siendo la persona más atractiva del bar. Ventajas de ser una supermodelo famosa.

—Lo siento. No volverá a ocurrir —le prometí. Guardé el aparato en el bolso y levanté las manos—. ¿Ves? Si no lo veo, no pensaré en

el trabajo.

Apaciguada, la modelo desvió la atención hacia Sloane. La rubia enarcó una de sus perfectas cejas a modo de respuesta.

—No —soltó—. Mi móvil se queda en la mesa.

—Míralo por el lado positivo —le dije a Ayana, tocándole el hombro—. Al menos ya no lo tiene pegado a la mano todo el rato. Pasito a pasito.

Sloane Kensington era la mejor publicista de Nueva York y una jefaza. Y una infame adicta al trabajo, también. Llevaba años representando a mi familia (nuestra marca personal, no la empresarial), y me acordaba de los días en los que iba con el teléfono a todas partes, como si fuese su queridísimo primogénito.

La vieja Sloane nunca habría dejado el móvil en la mesa. Ahora bien: la nueva Sloane (es decir, esa Sloane sutilmente más relajada y enamoradísima hasta las trancas) se limitó a poner los ojos en blanco cuando Ayana rio con mi comentario.

—Vale. Una última cosa sobre trabajo y luego ya podremos pasar a hablar de cualquier otro tema. —Ayana levantó el martini—. Brindemos por Maya, que ha convertido un desastre en una cobertura mediática espectacular. Felicidades, reina. Sabía que lo conseguirías.

Me sonrojé y noté como un cosquilleo por dentro.

—Todavía tenemos que irnos con cuidado, pero al menos sé que no voy a quedarme sin trabajo —bromeé.

Mi familia era la dueña de Comestibles Singh, sí, pero mi padre era de los que pensaban que todo el mundo tenía que esforzarse. Cuando uno de mis primos la cagó durante su primera semana de trabajo, lo echó y nunca volvió a contratarlo. No tenía ningún trato especial por ser su hija.

—Podrías abrir tu propia empresa de relaciones públicas —sugirió Sloane—. Y dejarme a mí sin trabajo.

—Pooor favooor... Puede que tenga alguna que otra noción de relaciones públicas, pero lo mío es el *marketing*. —La gente suele confundirlos, pero son dos ámbitos bastante distintos—. Además, me aterraría hacerte la competencia a ti.

Sloane rio, pero no me llevó la contraria. Tenía más claro que el agua que era buenísima en su trabajo. Era una de las cosas que más me gustaban de ella. Que no sabía lo que era la falsa modestia.

—Relaciones públicas, *marketing*... Qué más da. —Ayana hizo un elegante gesto con la mano—. Lo que importa es que han subido las acciones de la empresa y los accionistas están contentos, y esto se merece otra ronda. —Le hizo una señal al camarero, que vino a tomarnos nota enseguida y se llevó las copas vacías.

Entre el alcohol y la alegría, me sonrojé aún más. Tras una semana de nudos en el estómago y reuniones para gestionar la crisis, esta hora feliz con mis amigas estaba siendo como meterme en una bañera de agua tibia después de pasar frío en una larga excursión.

Conocía a Sloane de toda la vida, pero hacía poco que nos habíamos hecho amigas de verdad. Nos había unido Ayana. Nos conocimos en un evento del Club Valhalla el año pasado y nos caímos bien enseguida. Ayana también era clienta de Sloane, así que este trío surgió de forma orgánica. También solíamos quedar con las tres mejores amigas de Sloane, pero hoy estaban ocupadas con sus maridos, así que nos reunimos solo nosotras.

—¿Lees la sección de negocios en serio o es que Vuk te ha hecho un resumen antes de venir? —la vacilé.

A Ayana le gustaba la moda. Las noticias de Wall Street la aburrían a rabiar.

En cuanto mencioné a su novio, se le iluminó la mirada. Se encogió de hombros.

—¿Cambia algo? Siempre me lo hace.

—No, si que te lo hace, seguro.

—¡Maya! —me reprendió con la voz cargada de bochorno, y me dio un golpe en el brazo—. Deja de pensar en guarradas.

—¡Pero si yo no he dicho nada! —me quejé riendo—. Quien ha desviado la conversación hacia allí has sido tú.

—Lo que tú digas... —respondió, pero vi que sus labios amenazaban con esbozar una sonrisa—. Ni confirmo ni desmiento absolutamente nada relacionado con mi vida sexual. Lo único que

voy a decir es que... —Le dio un delicado sorbo a la bebida con los ojos centelleantes—. Estoy extremadamente satisfecha.

Ayana sonrió de oreja a oreja y Sloane y yo nos pusimos a chillar como si fuéramos un par de adolescentes. La modelo sacudió la cabeza y se tapó la cara con las manos, ignorando nuestras peticiones para sonsacarle más información.

Vuk y ella eran superprivados. Pero tenía sentido.

Vuk Markovic era la persona más intimidante que había conocido jamás. Todo el mundo sabía que este gigantesco multimillonario con cicatrices era un ermitaño; si asistía a la mayoría de actos públicos, lo hacía a regañadientes y solo porque quería a su novia y quería complacerla. A mí me acojonaba, pero Vuk trataba a Ayana como una reina, de modo que me alegraba muchísimo por ella (aunque, a nivel personal, me aterrara imaginarme saliendo con alguien como él).

—Hablando de hombres, ¿qué tal tus citas a ciegas? —me preguntó Sloane cuando nos hubimos relajado—. ¿Ya has encontrado algún fichaje?

Arrugué la nariz.

—Qué va. Ir de citas por Nueva York es como intentar encontrar un diamante en un mar de porquería. Horrible y para nada divertido.

—Ya encontrarás a tu chico —terció Ayana con tono reconfortante a la vez que se nos acercaba el camarero con las bebidas—. Si es lo que quieres, claro.

—Sí. Pero es que... —Suspiré—. Quiero encontrarlo a mi manera, ¿me explico? Tener citas por obligación no es precisamente romántico.

Había intentado explicárselo a mi madre, pero, cuando algo tenía que ver con estas cosas, era inútil discutir con ella. Le encantaba entrometerse en la vida de sus hijas y yo era la única soltera de las hermanas. Lo cual significaba que me atosigaría hasta que me casara y le diese nietos a los que mimar.

Clavé la vista en el bolso. Tenía el móvil allí, junto con las llaves, el monedero, el brillo de labios y el maldito bombón de chocolate que me dio Sebastian.

No pensaba comérmelo, pero tirar un bombón de chocolate del bueno me parecía una pérdida terrible. ¿Y si un día me entraba un ataque descomunal y lo único que podía evitar que acabara de derrumbarme era ese bombón?

Valía más que lo llevase siempre encima por si surgía alguna emergencia (por más que me lo hubiese dado el mismísimo diablo en persona). Por si acaso.

—Ya te encontraremos a alguien —comentó Sloane—. Le pediré a Xavier que me ayude. Cada semana van solteros nuevos a La Bóveda. Seguro que conoce a más de uno que pueda ser un buen partido.

Volví a centrar mi atención en ella y abrí los ojos horrorizada.

—¿Qué? ¡No! Menuda vergüenza. No puedo pedirle a tu novio que me haga de alcahueta.

—¿Te da más vergüenza que lo haga él que tu madre? —preguntó con segundas.

Ayana rio.

—Eso ha sido un golpe bajo —me quejé.

—¿Sabes qué? Voy a escribirle ahora mismo. —Sloane se puso a teclear como loca en el móvil—. Estaremos de noche de chicas, pero bien que necesitas que alguien te acompañe a la boda de tu prima el año que viene, ¿verdad? Te aseguro que podemos encontrarte a alguien mejor que esos tipos del mundo de las finanzas que tanto le gustan a tu madre.

—En realidad, le gustan los médicos. Pero entiendo a qué te refieres —me apresuré a añadir cuando Sloane me fulminó con la mirada—. Adelante, escribe.

—Ya lo he hecho. —Dejó un fajo de billetes en la mesa y se levantó con expresión decidida—. Venga. Vamos a encontrarte acompañante.

Llegamos a La Bóveda al cabo de media hora. Aquella lujosa discoteca estaba ubicada en lo que en su día fue la bóveda de un banco (de ahí el nombre) y, por lo general, costaba más entrar aquí que en el Fort Knox. Sin embargo, como Sloane era la novia del

dueño y Vuk era socio capitalista del local, nos trataron como reinas nada más bajar del taxi.

Nos ahorramos pasar por seguridad gracias a nuestro guardaespaldas personal, que nos llevó directamente a la planta vip, donde un camarero se apresuró a servirnos el cóctel estrella de la discoteca. Gratis.

Ayana no perdió ni un segundo y enseguida se puso a ojear el personal.

—¿Qué te parece ese? —preguntó alzando la voz para que la oyera por encima de la música. Señaló a un chico alto y atractivo de pelo castaño rojizo—. Es mono.

—Sí. Y está en una discoteca con un chaleco acolchado.

—También es verdad... Alucino con que el portero lo haya dejado pasar. —Apretó los labios—. Vale, ¿y ese? El chico de... Uy, déjalo. O tiene novia o le gusta muchísimo agarrarle el culo a esa chica.

Dejé que Ayana se divirtiera, aunque yo estaba casi convencida de que no encontraría lo que andaba buscando en una discoteca.

Sloane dejó de escribir a Xavier e hizo un gesto con la cabeza para señalarme el móvil.

—¿Tienes que responder? —se interesó.

Bajé la vista y vi que no paraban de llegarme mensajes y que la pantalla se iluminaba sin cesar.

—Es el chat de familia —le conté—. Seguro que es Priya. Se pasa el día bombardeándonos con fotos de sus vacaciones.

Mientras que Neha era la deportista y estirada de las hermanas y yo era la listilla y la ambiciosa, Priya era la *hippie* y el espíritu libre de la familia. No quería tener nada que ver con el negocio familiar y se ganaba la vida haciendo cuadros de las mascotas de los demás.

Aunque negaré haber dicho esto, yo pensaba que estafaba a sus clientes, porque no hay retrato de un perro que valga mil dólares. Aun así, mi hermana era demasiado alegre y resuelta como para que alguien le dijera que no.

—Lo último que sé es que se ha unido a una agrupación de artistas o algo así. Aunque igual es una secta. —Entré en el chat de grupo mientras Ayana continuaba buscándome marido. En parte, me

daba miedo que fuera a traerme a algún pobre tonto y a encerrarnos en el guardarropa hasta que nos besáramos—. Voy a silenciar...

Dejé la frase a medias.

Lo primero que vi fue la foto de Priya y su novio sonriendo pletóricos a la cámara.

Lo segundo, el centelleante diamante que tenía mi hermana en el dedo.

> **Priya:**
> ¡¡¡Ben y yo nos hemos comprometido!!!

A esto le seguía una sarta de mensajes dándoles la enhorabuena y, luego, varios más de mi madre pegándole la bronca porque no se podía creer que Priya hubiese soltado semejante bombazo por WhatsApp en lugar de hacerlo en persona.

Me quedé mirando la foto hasta que ese anillo se convirtió en una provocadora masa de blanco y platino. La saliva me sabía a ácido.

Priya se había comprometido. Mi hermana, que tenía cinco años menos que yo y que, hasta que conoció a Ben, siempre había insistido en que ella «no creía en eso de atarse a una única persona», se había comprometido.

El ácido adoptó un sabor aún más agrio.

—¿Estás bien? —se interesó Ayana. Levanté la vista hacia mis amigas, que estaban mirándome con la frente arrugada—. Estás un poco pálida.

—Todo bien. —Me obligué a sonreír—. Priya se ha comprometido.

—¿Tu hermana? ¡Anda! Qué buena noticia. —Ayana reparó en mi malestar y le cambió la expresión—. Porque... Es una buena noticia, ¿no?

—Claro que sí. —Sonreí con más ahínco hasta que noté que me dolían las mejillas—. Solo me ha sorprendido. No esperaba... Nadie esperaba que fuese a ocurrir tan pronto. Solo llevan seis meses saliendo.

Me alegraba por mi hermana. En serio.

Sin embargo, una vergonzosa y secreta parte de mí estaba resentida con ella porque lo había conseguido antes que yo. No era

ninguna competición, pero yo sentía que me había quedado rezagada.

Y nadie dejaba que me olvidara tampoco del tema. Si bastante insufrible era ya tener a mi madre haciéndome de alcahueta, ahora que Priya se había comprometido, se volvería loca. Miedo me daba descubrir qué pensaba hacer conmigo ahora que era la única hija que le quedaba soltera.

—Hey, Luna —dijo Xavier, acercándosenos por detrás.

Le dio un beso en la mejilla a Sloane y, a pesar de que se me encogió el estómago, no pude evitar sonreír al ver cómo ella se relajaba nada más verlo.

Con sus humeantes aires tenebrosos y esa plétora de tatuajes, Xavier parecía el rey de los malotes hasta que sonreía. Entonces, ese par de hoyuelos podían derretir hasta un corazón de hielo.

Al cabo de un minuto, me obsequió a mí con dichos hoyuelos.

—Bueno, he oído que necesitas un acompañante decente para la boda de tu prima. Alguien que vaya a dejarlos a todos sin aliento.

—Así es. Pero puedo encontrarlo sola. No hace falta que... ya sabes. —Señalé a nuestro alrededor.

—No, si no me importa. —Xavier sonrió con más ganas todavía. Parecía extrañamente ilusionado con el tema—. Me encantaría hacerte de alcahueta. Ya tengo a alguien en mente.

Qué rapidez. ¿Quién...?

—¿A quién estás intentando hacerle de alcahueta, Castillo?

Se me desdibujó la sonrisa.

Sebastian se unió a nuestro grupo. No iba arreglado para salir, pero estaba irritantemente atractivo con esos vaqueros y esa camisa negra. Saludó a Ayana y a Sloane con ternura, pero pasó de mí.

—Estamos ayudando a Maya a encontrar acompañante para la boda de su prima —anunció Xavier.

Me dieron ganas de esconderme debajo de una roca.

Me entró calor de golpe y me subieron los colores por el pecho y el cuello. Sebastian me recordaría esto de por vida.

—¿En serio? —Desvió la vista hacia mí una milésima de segundo —. Interesante.

Me preparé para el comentario sarcástico y burlón que vendría a continuación, pero Sebastian no dijo nada.

Pestañeé. Aquella sequedad era tan poco habitual en él que me quedé perpleja. ¿Ya estaba? ¿No iba a chincharme porque necesitaba que me ayudasen a encontrar acompañante? ¿Qué le pasaba?

Casi alargué la mano para comprobar si tenía fiebre, pero Xavier le pasó un brazo por el hombro y lo salvó de mis impulsos.

—Deberíamos juntarla con Killian. Ese siempre se une a una buena fiesta.

—¿Killian Katrakis? —se interesó Ayana—. ¿Cómo no he caído? ¡Sería perfecto!

—Es superatractivo, sí —musitó Sloane—. No tanto como tú, claro —añadió en cuanto Xavier la miró dolido. Sloane le dio unas palmaditas en el hombro, como si el chico fuera un golden retriever y no un multimillonario de más de metro ochenta—. Pero Killian sería una buena opción. ¿Qué te parece, Maya? Sabes quién es, ¿verdad?

—Sí. Ya nos conocemos —respondí recelosa.

Killian Katrakis era el director ejecutivo de un importantísimo conglomerado de electrónica. Atractivo, soltero y rico a rabiar; de hecho, era uno de los solteros más codiciados de toda la ciudad. Las solteras de la alta sociedad de Nueva York (y las no tan solteras, también) no paraban de apostar para ver quién sería la primera en hacerlo caer. De momento, nadie había conseguido ni que se lo planteara siquiera.

—¡Genial! Lo llamaremos. —A Xavier volvieron a aparecerle los hoyuelos—. ¿Verdad, Seb?

A Sebastian le latió un músculo en la mandíbula.

—A mí no me metáis en esto —contestó con frialdad—. Lo de hacer de alcahueta te lo dejo a ti. No me van las causas perdidas.

—Bien. —El rechazo de Sebastian no parecía haber afectado lo más mínimo a Xavier. De hecho, más bien parecía que estuviese intentando no reírse—. No te preocupes, Maya. Yo te ayudo. Enseguida vuelvo. —Cogió a una ilusionada Sloane y se la llevó a otra parte de la discoteca.

—Lo mismo digo. Voy al baño —se justificó Ayana.

Me guiñó un ojo y desapareció entre la multitud.

«Pues aquí estamos...».

Sebastian y yo nos quedamos mirándonos mutuamente. Iba más despeinado que de costumbre y llevaba el pulgar vendado. La semana pasada no lo tenía así.

—Y yo que pensaba que estarías en el despacho... —dijo arrastrando las palabras—. ¿Antes me has llamado desde la discoteca? Qué triste.

Mis ganas de preguntarle qué le había pasado en el dedo desaparecieron bajo una irritación reconfortante y familiar.

—Te he llamado cuando estábamos de hora feliz y solo porque necesitaba recurrir al alcohol para que se me hiciera más llevadero hablar contigo.

Encorvó los labios.

—Si no fuera porque hemos mantenido muchíííísimas conversaciones sobrios, igual me lo creería, Segu.

Tenía razón y lo odiaba.

De pronto, me vino a la mente un recuerdo en concreto. Era como si un fantasma acabase de despertar después de muchísimo tiempo.

El internado. El silencio que se respiraba en la biblioteca. Aquel característico y ligero olor a libros viejos que me recordaba a una mezcla de madera seca y vainilla dulce.

Y Sebastian y yo, que permanecíamos allí hasta tan tarde durante la época de finales que éramos los únicos que quedábamos en la biblioteca. Teníamos energía para dar y regalar porque habíamos consumido demasiada cafeína y delirábamos por falta de horas de sueño, pero estuvimos allí hasta pasada la medianoche, hablando de todo (desde la función de las células hasta manteniendo verdaderos debates sobre arte, literatura y filosofía). Nos quedamos dormidos hablando y...

Pestañeé para deshacerme de aquel recuerdo antes de que pudiese clavarme sus garras.

«Eso fue hace años. Ya no estás en esa época».

—Muchísimas conversaciones, sí. Ahora bien, ¿muchísimas conversaciones que haya disfrutado? No te creas —contesté

mientras me recomponía.

Sebastian sonrió socarrón.

—Esta semana no han parado de subiros las acciones a diario —comentó, cambiando abruptamente de tema—. Buen trabajo.

—¿Tan obsesionado estás que vigilas cómo le va a mi empresa?

Le cambió un segundo la expresión, pero se serenó enseguida.

—Norma número uno, Segu: mantente siempre informado sobre tu competencia.

—Trabajamos en sectores completamente distintos.

Que sí, que ambos negocios estaban relacionados con la comida, pero los platos preparados congelados y los restaurantes *gourmet* no tenían nada que ver.

—No estoy hablando de las empresas.

Levanté la vista hacia él del tirón.

Ahí estaba.

Nunca lo habíamos confesado en voz alta, pero tanto él como yo siempre habíamos sido plenamente conscientes de que esto nunca había tenido nada que ver con el trabajo, los estudios o quién acabara teniendo la última palabra en un debate estudiantil.

Tenía que ver con él y conmigo. Siempre había sido así y siempre lo sería.

La media docena de bebidas que me había tomado antes me hizo efecto de golpe.

Dejé la copa en la barra con el estómago revuelto. Ayana todavía no había regresado del baño y había perdido a Sloane y Xavier de vista.

Me vi obligada a quedarme aquí cual objeto de estudio y participar en este interminable tira y afloja que llevábamos arrastrando desde hacía décadas.

Solía disfrutar de la oportunidad de derrotar a Sebastian. Sin embargo, entre el estrés de la semana, las noticias del compromiso de mi hermana y la estúpida sonrisa socarrona que tenía él ahora en la cara, fue como si acabase de superarlo en un santiamén.

—En eso te equivocas —le dije. El ardor que notaba en el pecho se cargó cualquier posible filtro por mi parte—. Tú y yo no somos competencia. Eres listo, no te lo voy a negar. Y a veces me ganas.

Pero yo siempre me esmeraré más que tú, me preocuparé más que tú y *sentiré* más que tú. Puedes coleccionar todos los galardones que quieras, Sebastian, pero están igual de vacíos que todo lo demás en tu vida. Vas a por esas victorias porque así puedes decir que lo has conseguido, pero te importan una mierda. No puedo ser la competencia de alguien que no pone su corazón en lo que hace. Así que, dime, en el fondo, ¿quién sale ganando?

No era consciente de lo que estaba diciendo. Ni siquiera sabía de dónde me salían tantas palabras. Pero ahí estaban y ya no podía retractarme.

Noté que el corazón me latía desbocado a la vez que Sebastian me atravesaba con la mirada. Mientras yo le había soltado toda esa perorata, él no se había movido ni un ápice y tenía una mirada inquietamente calmada.

—¿Eso crees? —preguntó en voz tan baja que, entre lo fuerte que me latía el corazón y lo alta que estaba la música, no sé ni cómo lo oí.

Pero lo oí. Cada palabra. Se colaron en mi interior y se me clavaron en algo que notaba en el fondo del pecho.

Tragué saliva para deshacerme del nudo que, de pronto, se me había instalado en la garganta.

—Me lo dice la experiencia —respondí.

Se le ensombrecieron esos ojos relajados color ámbar. Un peligro sutil permeó el aire y ese algo que notaba en el pecho buscó desesperado a qué aferrarse.

—Menuda decepción. —Sebastian retrocedió y, sin emoción alguna en el rostro, añadió—: Esperaba más de ti.

Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, pegó media vuelta y se marchó.

—Mira el correo —me dijo.

Y me quedé ahí, de pie, sola en la barra y con el pulso aceleradísimo. Las náuseas que había notado en el estómago se condensaron hasta formar un nudo enorme.

Detestaba que me hubiese ocurrido lo mismo dos veces en una única semana. Que Sebastian se hubiese largado después de dejarme sin palabras.

Y lo que más detestaba aún era la sensación de culpa que me carcomía por dentro.

Porque yo había dicho la verdad. Sebastian asustaba o maravillaba demasiado al resto como para que los demás fueran sinceros con él, cosa que nunca había sido un problema entre nosotros. Siempre le habíamos señalado los defectos al otro.

De modo que ni él debería estar dolido por lo que le acababa de decir ni a mí debería importarme cómo le había sentado.

Aun así, abrí el correo con la sensación de que acababa de cruzar una especie de límite invisible. Vi su mensaje arriba del todo de la bandeja de entrada y, cuando lo leí, el nudo que notaba en el estómago se hizo aún mayor.

Era su respuesta a las ideas que le había enviado antes para el lanzamiento del producto. Sebastian había añadido sus propios comentarios y observaciones. Eran ocurrentes, perspicaces y... pfff, conseguían que mis propuestas fueran más sólidas. Mucho más sólidas.

Se lo había enviado mientras estaba en La Cabra Contentilla, lo cual significaba que Sebastian había tardado menos de una hora en leer y editar ocho páginas enteras.

La culpabilidad que sentía aumentó y se convirtió en una tajante vergüenza.

Metí el móvil en el bolso de malas maneras y paseé la vista entre la multitud en busca de un chico de pelo oscuro enmarañado, pero no lo vi por ninguna parte.

5

Sebastian



El primer trago me abrasó con ganas.

El segundo me bajó como si nada, como si mi cuerpo se hubiese dado cuenta de que debía absorber hasta la última gota de alcohol antes de que volviese a privarlo de ello.

Disfruté de ese intenso sabor casi achocolatado del *whisky* mientras el camarero se marchaba para atender otras tareas. No me había vuelvo a dar el lujo de beber desde el incidente de Praga, pero esta noche lo necesitaba.

No bastaba para llenar ese vacío, pero menos da una piedra.

«Están igual de vacíos que todo lo demás en tu vida».

El eco de la voz de Maya me retumbaba en la cabeza. Apreté la mandíbula y seguí bebiendo con la esperanza de ahogar su recuerdo.

No sirvió.

Dios, no la soportaba. No soportaba que se discutiese conmigo cada vez que hablábamos ni que fuese directa al grano y me diese donde más dolía. No soportaba saber que, hiciera lo que hiciese o ganara lo que ganase, Maya siempre me vería como su némesis.

Y lo que menos soportaba aún era que esa chica me perseguía hasta en sueños desde hacía días, semanas, meses.

Años.

Maya llevaba razón en muchas cosas y se equivocaba en muchas otras. Pero yo no podía ponerme a destejer esa artimaña porque no teníamos ese tipo de relación.

De modo que me senté aquí, en la zona privada de La Bóveda, y me puse a beber.

Esta planta estaba cerrada al público general. Solo tenían acceso a ella algunas personalidades vip y, aparte del camarero, yo era la única persona aquí.

Bueno, hasta ahora.

Se abrió la puerta y me llegó un dulce aroma a perfume antes de que alguien más se sentara en el taburete que quedaba a mi lado.

—Un agua con limón, por favor —le pidió al camarero—. Gracias.

—Ayana —dije sin girar la cabeza—, ¿no deberías estar abajo con tus amigas?

—Maya está ocupada y Sloane está confabulando con Xavier. —Cruzó las piernas y el vestido de pedrería que llevaba centelleó en mi campo de visión periférico—. He visto que te escabullías y venías hacia aquí y he decidido venir a hacerte compañía. Pareces afectado.

Si se hubiese tratado de cualquier otra persona, pensaría que estaba tonteando conmigo, pero Ayana y Vuk tenían una relación más que sólida. Era imposible separar a la pareja a no ser que algún pobre desgraciado quisiera convertirse en comida para los peces del East River.

—Todo un detalle por tu parte, pero, ahora en serio, deberías irte antes de que Vuk me meta en una picadora de carne y me sirva a los perros.

Ayana rio.

—Venga ya, tampoco es tan malo. Cuando lo conoces, es un osito de peluche gigante.

Al imaginarme cómo reaccionaría Vuk Markovic al oír que alguien lo llamaba «osito de peluche gigante» (aparte de su novia), me reí.

Gigante, seguro. El cabrón era grande como una montaña. ¿Osito de peluche? Solo si el osito de peluche en cuestión tenía unos

huraños problemas de autocontrol y era más violento que el giro de una puerta mosquetera en pleno huracán.

Estuve a punto de excusarme cuando por fin asimilé lo que me había dicho.

—¿Maya está ocupada? ¿Haciendo qué?

—Está hablando con un tío. —Aceptó la bebida con una sonrisa—. Como no ha conseguido dar con Killian, Xavier le ha presentado a uno de sus viejos amigos que ha venido a la ciudad.

Hice una mueca.

—Espero que no sea uno de los amigos con quienes salía de fiesta. Esos solo traen problemas.

—Para una relación a largo plazo, quizá sí, pero ella solo está buscando acompañante para la boda. Si es divertido y le gustan las fiestas, será ideal. —Ayana enarcó una ceja—. A no ser que quieras ir tú con ella...

Solté una carcajada.

—No. Para nada.

—Vale. Entonces no debería molestarte que vaya con otro tío.

—No me molesta. Nunca he dicho que... —Dejé la frase a medias e inhalé profundamente—. Puede ir con quien ella quiera. Yo solo decía que la gente que formó parte del pasado de Xavier no son de fiar.

—¿Y tú no formaste parte de su pasado?

—Yo soy la excepción que confirma la regla, obviamente.

—Obviamente —repitió.

La miré con un cierto recelo mientras ella le daba un sorbo al agua. No me tragaba la excusa esa de que me había seguido porque parecía afectado.

Ayana y yo nos llevábamos, pero no teníamos una relación tan cercana como para que viniera en mi auxilio por algo así. O estaba muy aburrida o tenía algo más en mente.

Nunca llegué a descubrir de qué se trataba porque se volvió a abrir la puerta y entró el taciturno de El Serbio, con todo su metro noventa y ocho y sus cicatrices.

A Ayana se le iluminó la expresión.

—Markovic —lo saludé yo, levantando la copa mientras se nos acercaba. Ahora sí, mi tiempo aquí era limitado, pero no por eso iba a tragarme una copa de licor de primera calidad como un neandertal —. Me alegro de verte.

El hombre entrecerró sus ojos pálidos, esos que casi carecían de color. Vuk no parecía alegrarse en absoluto de verme con su novia; sin embargo, cuando esta se levantó para darle un beso en la mejilla, a él se le relajó la expresión.

—Hola, mi amor —le dijo ella—. ¿Has podido hacer lo que querías?

Asintió y envolvió a Ayana por la cintura con un brazo protector.

Vuk no hablaba (por decisión propia) y solo se comunicaba en voz alta con Ayana. Sin embargo, pillé clarísimamente sus energías de «lárgate de aquí y déjanos a solas».

—Sebastian y yo solo estábamos hablando —le contó ella.

Vuk dijo algo en lengua de signos.

—Uy, no te preocupes —lo tranquilizó—. Está demasiado ocupado pensando en Maya como para pensar en cualquier otra persona.

Entré en tensión.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté.

—Nada. Que hablas mucho de ella, ya está.

—No es verdad. Sois los demás los que la sacáis primero a colación.

—¿No has sido tú quién me ha preguntado por qué estaba ocupada?

Noté que me ardía la cara, pero no porque me estuviese sonrojando, sino por el alcohol. Claramente.

Vuk, que seguía al lado de Ayana, dejó de fulminarme con la mirada y dibujó una sonrisa pícara.

Maravilloso. Ahora el tipo más cascarrabias del mundo se estaba burlando de mí.

—Me encantaría quedarme aquí a discutir esto, pero tengo que ir a revisar una cosa. —Le di un último sorbo al *whisky* y bajé del taburete—. Vuk, Ayana, un placer, como siempre. Seguro que nos vemos pronto.

Me marché, dejando la bebida ahí e ignorando la voz que habitaba en mi cabeza y que me decía que dejase de huir cada vez que me sentía incómodo.

Igual dejaría de hacerlo algún día.

Pero ese día no era hoy.

Debería haberme ido directo a casa, pero primero di una vuelta por la discoteca.

Tenía que encontrar a Xavier y despedirme de él. Era una cuestión de buenos modales.

Aunque no pensaba preguntarle quién le había presentado a Maya. Me daba igual, y todas aquellas personas que decían lo contrario se equivocaban.

Además, ¿Maya y Killian? No se me ocurría peor pareja. Y lo decía alguien que se había tragado todas las temporadas de todos los *reality shows* de pacotilla que había sobre citas.

Aun así, mientras me abría paso entre la multitud, noté una punzada en el corazón. Nada dramático, solo la típica punzada incómoda que notaba cuando no podía dejar de darle demasiadas vueltas a algo.

Paseé la vista por la sala en un intento por encontrar a Xavier entre ese mar de gente. No estaba en la sala vip, pero tal vez...

Un reflejo de color azul me llamó la atención. Uno del mismo tono que el vestido que le había visto a Maya.

A Xavier, no lo encontré; a quien sí que encontré, en cambio, fue al tío con el que la había juntado. Estaba de cara a mí, escuchando lo que quiera que le estuviese contando Maya con expresión absolutamente encantadora.

Ella me quedaba de espaldas, pero, vestido aparte, reconocería esa cabellera oscura como la media noche y esas piernas largas y atléticas en cualquier parte.

El tipo se rio y se le arrugaron los ojos. Se agachó para susurrarle algo a Maya y a ella le temblaron los hombros, o porque estaba pasándolo bien de verdad o porque ese era el maniaco gesto de regocijo de un súcubo antes de comerse vivo al otro.

Pobre idiota. El chaval no tenía ni idea de que, bajo la bonita cara de Maya, se escondía una lengua afilada como una cuchilla y tantísimo ácido que podría derretir la Estatua de la Libertad.

Todo el mundo sabía que las criaturas más hermosas que había sueltas por ahí también eran las más venenosas. Y, si ese tío no lo sabía, mi deber era salvarlo.

Considerémoslo mi acto caritativo del mes.

Me acerqué a ellos.

—Aquí estás, Segu —dije arrastrando las palabras—. Veo que la búsqueda de acompañante va bien.

A Maya se le tensaron visiblemente los hombros. Pasó de mí, pero el tío arrugó la frente, confundido.

—Creo que te has equivocado. Se llama Maya —dijo el chaval.

—Uy, qué va. Ya lo sé. Eso de Segu es un apodo. Nos conocemos de hace mucho. —Le tendí la mano y el chico la aceptó precavido—. Sebastian Laurent. He visto que estabas hablando con ella y solo quería ver cómo iba. Es que, verás... Ha tenido malas experiencias con los hombres. La cosa nunca va más allá de la primera cita, pero no es culpa suya. Aunque desde esa orden judicial para que fuera a clases de gestión emocional ya controla muchísimo mejor la agresividad.

El tío se quedó boquiabierto, sorprendido, y desvió la vista de nuevo hacia Maya, aterrado.

—Ni caso —le dijo ella sonriendo con ahínco (aunque ese gesto fue más bien todo dientes; lo cual les otorgó bastante credibilidad a mis palabras)—. El pobre Seb tiene alucinaciones. No debería salir de casa sin su cuidadora, pero debe de haberse escapado solito. Otra vez.

—No he podido resistirme a venir a buscarte, *mon ange*.

—Pues resístete.

—¿Y perderme tu búsqueda de acompañante? Nunca.

—Oye... —nos interrumpió el tío con una risa nerviosa—. Eh... Está claro que hay algo entre vosotros dos y...

—Qué va. —Maya se separó de mí—. Entre nosotros no hay nada de nada. Lo único que hay es la posibilidad de que uno de los dos —

añadió marcando bien ese *uno*— acabe enyesado de los pies a la cabeza.

—¿Ves? —Miré al chico, cómplice, y suspiré—. La agresividad que decía yo.

—Ya... —respondió el tío y retrocedió—. Bueno, da igual. Ha sido un placer conocerte, pero tengo que, eh..., ir a buscar a mi amigo. Nos vemos.

Se largó pies para qué os quiero y se perdió entre la multitud.

La satisfacción me inundó el pecho. El chaval no lo sabía, pero yo acababa de salvarlo.

Maya se giró hacia mí de inmediato.

—Pero ¿a ti qué te pasa? Estábamos hablando superbién y te lo has cargado.

—Por favor... No te jode que se haya ido. Lo que te jode es que os haya interrumpido.

—Una cosa no quita la otra.

—Puede, pero dime de qué estabais hablando antes de que llegara yo. —Enarqué una ceja—. ¿Del tiempo, de su trabajo o de la bolsa?

Maya apretó los labios. Había dado en el clavo.

—¿Qué haces aquí todavía? Pensaba que te habías ido —comentó.

Me encogí de hombros.

—La noche es joven. He ido arriba a tomarme una copa después de ese psicoanálisis tan útil por tu parte.

Maya hizo una mueca. Se mordió el labio inferior con expresión disgustada.

—Siento lo que te he dicho antes —dijo con una lentitud lacerante —. He tenido una semana complicada y he estallado contigo. No debería haberlo hecho.

Casi trastabillo hacia atrás.

A lo mejor me había equivocado y, en efecto, esta chica no era Maya. Los alienígenas debían de haber secuestrado a la Maya de verdad y debían de haberla reemplazado con una doble más maja, porque nunca nos disculpábamos. Entre nosotros no.

He aquí un principio fundamental de nuestra relación. No estallábamos si veíamos que no podríamos apechugar con las

consecuencias, aunque siempre apechugábamos. Éramos demasiado competitivos para no hacerlo.

Aquella disculpa sin precedentes por su parte me daba, como mínimo, veinte puntos en nuestro recuento invisible. Sin embargo, la pullita con la que iba a responderle sufrió una muerte súbita en mi boca cuando Maya se cruzó de brazos.

Era un gesto defensivo; uno que casi nunca hacía. Y, al mirarla, al mirarla de verdad, atisbé unas señales discretas de las que debería haberme dado cuenta antes: las sombras que le acunaban los ojos, aquellas marcadas líneas alrededor de los labios y lo tensos que tenía los hombros. Cosa que, por una vez en la vida, no tenía nada que ver conmigo. Al menos, no del todo.

Aquella semana debía de haberle pasado factura de la buena, más de lo que Maya iba a aceptar, pero es que ella era así. Se lo callaba todo y fingía estar bien incluso cuando no lo estaba.

—Disculpas aceptadas —respondí.

Maya pestañeó, claramente sorprendida. Supongo que esperaría que fuese a tocarle las narices por haberse disculpado y, sí, era justo lo primero que me había pasado por la cabeza. Pero era evidente que se sentía como el culo y ya estaba siendo bastante vulnerable como para que fuese yo y la chinchara aún más.

Lo que me gustaba era competir con ella, no hacerle daño.

Una extraña sensación se abrió paso en mi interior. Era una especie de presión lenta y sigilosa, como si mi corazón estuviese encogiéndose a causa de un sentimiento que, a falta de palabras (o narices), no sabía describir.

Me deshice de ese pensamiento antes de que pudiera ir a más.

—Ahora que ya hemos dejado eso de lado, podemos centrarnos en algo más divertido. —Señalé la barra con la cabeza—. ¿Te acuerdas del juego de las Cinco Vidas?

—Como para no acordarme... —Arrugó la nariz—. Hace mucho que no lo practico.

—Yo también, pero creo que ha llegado el momento de volver a jugar. —Nuestro antiguo reto para beber siempre conseguía disipar aquellos pensamientos más molestos (o cualquier pensamiento en general)—. El primero que acabe podrá farolear tanto como quiera.

Le centelleó la mirada. No había cosa en el mundo que le gustase más a Maya que un desafío.

—Hecho.

Al cabo de veinte minutos, ya habíamos aunado todo lo que necesitábamos y habíamos reclutado a nuestros amigos para que hicieran de testigos.

Xavier y Sloane nos encontraron cuando estábamos pidiendo los chupitos y Ayana y Vuk aparecieron al cabo de poco. Lo cuatros miraron, con distintos grados de diversión, nervios e inquietud, cómo lo preparábamos todo.

El Cinco Vidas era una tradición entre los alumnos de nuestro antiguo internado. Cada sénior tenía que «aprobar» el juego para poder graduarse de forma no oficial. Consistía en tomarse cinco chupitos, cada uno de un licor distinto: tequila, vodka, *whisky*, ron y ginebra, en este orden. Esta combinación te dejaba jodidísimo, pero esta era la idea.

La adrenalina me corría ávida por las venas mientras ordenaba los vasos.

Hacía años que no jugaba a esto, pero ¿hacerlo con Maya? Era como volver a los viejos tiempos.

—Me siento como si estuviese en una fiesta universitaria —señaló Sloane mirándonos en señal de advertencia—. Como me vomitéis en los Louboutin, fliparéis con las consecuencias.

—No pasará —respondimos Maya y yo al unísono.

—Yo nunca he vomitado por culpa del alcohol —añadió Maya, mirándome de reojo.

—Yo tampoco.

Había hecho muchas gilipolleces por culpa del alcohol, pero vomitar no era una de ellas.

A pesar de lo que acabábamos de decirle, Sloane retrocedió unos cuantos pasos mientras Xavier se disponía a cronometrarlo todo.

—¿Estáis preparados? —nos preguntó él.

Asentimos los dos.

Mi amigo levantó el móvil y empezó la cuenta atrás:

—Tres... Dos... Uno... ¡Ya!

Cogí el primer chupito de la barra y me lo tragué del tirón como si nada. Tenía ventaja porque Maya odiaba el tequila, pero ella compensó el tiempo perdido con el segundo chupito, porque quien odiaba el vodka puro era yo.

Dejé el vaso con fuerza y el corazón acelerado. La barra estaba pegajosa por culpa del alcohol que se había derramado, pero hice caso omiso tanto al líquido que me estaba empapando la manga de la camisa como a la algarabía de mis amigos.

Yo solo tenía una cosa en mente: ganar.

Me daba igual que estuviese en plena abstinencia autoimpuesta (esa que ya me había saltado) o que ya no tuviese diecisiete años o estuviera en...

Oí un cristal rompiéndose a lo lejos.

El ron me bajó por el lado equivocado y me atraganté. Se me nubló la vista un segundo y ese sonido provocó que resurgiera un recuerdo que tenía encerrado bajo llave.

Huesos contra porcelana. Gritos. Una estampida.

«Mi culpa».

«Mi culpa».

«Mi culpa».

Me sentía como si me estuviesen aporreando la cabeza. La música se apagó un poco y me fueron pasando miles de recuerdos por la mente. Momentos de mi vida que habían ido aconteciendo desde esa noche entretejidos con un delicado hilo de ansiedad y de duda persistente e implacable.

Cuando la canción pasó a un desenfadado tema de pop sintético, volví al presente.

La Bóveda. El Cinco Vidas. Maya.

Me terminé lo que quedaba de ron y me tragué el último chupito. Los ojos todavía me ardían tras haberme atragantado antes, pero ya era demasiado tarde.

Maya dejó el vaso vacío encima de la barra meros segundos antes que yo. Xavier le cogió la mano y la alzó al aire.

—¡Tintintintintíiín! ¡Tenemos una ganadora! Lo siento, Laurent —dijo dándome unos golpecitos con la otra mano—. A ver si la

próxima tienes más suerte.

Me obligué a sonreír a pesar de que el corazón seguía latiéndome desbocado.

—No se puede ganar todo en esta vida. Felicidades, Segu. —Ladeé la cabeza hacia ella y dije—: Te has redimido después de la última vez.

Maya rio por la nariz y contestó:

—Hace casi diez años de la última vez. Ya ni pienso en eso.

—Tsss. Tú sigue mintiendo.

Xavier regresó al lado de Sloane. La chica parecía aliviada de que sus zapatos siguieran intactos después del reto en cuestión.

—Ya sé que toleras bien el alcohol, pero añade la cosa esta de las Cinco Vidas a la lista de retos que no deberías hacer nunca —le dijo Ayana a Vuk—. Casi vomito con solo mirar.

Vuk se rio.

Mientras nuestros amigos se perdían en sus pequeños mundos, yo continué con la atención puesta en Maya.

—Tú nunca te olvidas de cuándo has perdido algo. Seguro que el resultado de nuestro último reto no te deja dormir.

—Si quieres hablar de eso, yo podría decir lo mismo de ti —respondió.

—No le doy demasiada importancia a un reto para ver quién bebe más.

—Puede, pero te conozco. —Maya se encogió de hombros—. Has perdido y te está matando por dentro.

A pesar de ese tira y afloja, aquella interacción carecía de nuestra chispa habitual. Maya estaba prácticamente centelleante después de haber ganado al tomarse esos cinco chupitos, y yo... No estaba contento, que digamos, pero sí me alegraba de ver que había vuelto a ser ella misma. Ahora ya sentía que mi mundo volvía a estar equilibrado.

Le estudié el rostro. Le brillaban los ojos y tenía las mejillas sonrojadas. Ni rastro quedaba de lo que quiera que la estuviese agobiando antes y, por una vez, perder mereció la pena.

Pero con perder una vez bastaba.

No me gustaba quedar segundo.

—Si te quedas más tranquila al pensar eso... —comenté, saqué la cartera y dejé un billete de cincuenta adicional al camarero por su ayuda—. Supongo que ahora me iré a casa a lamerme las heridas en privado.

—Sé que lo dices en broma, pero imaginármelo es placentero de narices.

Maya le pasó un billete de cien al camarero, que estaba encantado.

Encorvé los labios. Siempre tenía que estar por encima de mí, incluso con las propinas.

—Me alegra saber que pensar en mí te aporta placer.

Se quedó con cara aterrada y se me escapó la risa.

—No me refería a....

—Buenas noches, Segu. Nos vemos el lunes.

Me despedí de mis amigos con un gesto de cabeza, pero Maya me cogió por la manga antes de que me marchara.

—Seb.

Me detuve y entré en tensión. Tenía que largarme de aquí antes de que me desmoronase, joder. Sin embargo, el ligero roce de Maya me mantuvo anclado.

Me miró con una expresión sutilmente más relajada.

—Gracias.

Se me encogió el corazón. Se había dado cuenta, cómo no. Como siempre.

Una decena de palabras por decir empezaron a desfilar entre nosotros, cargando el aire y volviéndolo más denso; tanto que acabó siendo sofocante.

Mi mundo casi vuelve a desequilibrarse, pero entonces me acordé de lo que ocurrió la última vez que me desestabilicé tanto. Y no me apetecía lo más mínimo revivir dicha experiencia.

Le aparté la mano. Ese breve roce de mi piel contra la suya provocó que me subiera una minidescarga por el brazo.

—No sé de qué estás hablando.

Y me alejé.

No miré atrás, pero el recuerdo de su tacto no se desvaneció. Igual que tampoco lo hizo el eco de ese cristal al romperse.

Apreté la mandíbula y seguí andando. Crucé la puerta y avancé por la acera hasta que esos recuerdos no fueron más que unas débiles huellas del pasado.

6

Sebastian



—Asegurarnos de que los gastos encajen con nuestros objetivos financieros...

Iba pasándome el boli entre los dedos mientras Allen, el director financiero, hablaba sin cesar. Había escogido sentarme allí estratégicamente para poder mirar por las ventanas mientras los demás ejecutivos revisaban las cifras del último trimestre.

Odiaba estas reuniones. Sin embargo, como director de *marketing*, mi obligación era asistir.

En cuanto Allen pasó a la diapositiva cincuenta y pico de su PowerPoint, contuve las ganas de gruñir.

Hacía un día precioso. El sol brillaba con fuerza, la temperatura rozaba los veintitrés grados, soplaba una delicada brisa y la ciudad estaba recuperando su bullicio habitual después del Día del Trabajador, que había caído en fin de semana.

Debería estar fuera, absorbiendo hasta el último rayo de sol en Central Park. O, por lo menos, perfeccionando mi receta de vieiras en una cocina. En cambio, estaba perdiendo el tiempo en un edificio con el aire acondicionado a tope y escuchando un montón de mierda que no podría darme más igual.

A mi receta le faltaba un ingrediente, seguro. Había revisado los demás componentes una y otra vez. Las porciones eran las exactas, lo cual significaba que...

—Sebastian.

La afilada voz de mi padre me devolvió a esa sala de juntas.

Aparté la vista de los rascacielos que había fuera y me encontré con que todos los presentes me estaban mirando.

—¿Sí?

—Por favor —dijo mi padre, recostándose en la silla y entrelazando los dedos—. Dinos qué piensas al respecto. Me encantaría saber tu opinión.

Suspiré. Seguía teniendo la mente en las vieiras, pero obedecí.

—Estamos gastando demasiado en costes operativos para restaurantes que están en números rojos. Una de las maneras más fáciles de bajar gastos es reducir el desperdicio de alimentos. Podemos trabajar con organizaciones benéficas locales que vayan a beneficiarse de la comida. Presentaremos una campaña de *marketing* enfocada a evitar que se desperdicien alimentos, conseguiremos buena cobertura mediática, alimentaremos a la gente de nuestra comunidad y, de paso, recortaremos gastos. Cuatro en uno.

Miré a mi padre fijamente a los ojos y el resto de la sala aguardó en silencio mientras él arrugaba la frente.

Le encantaba la gilipollez esta de llamarme la atención en el momento menos pensado para ver si estaba prestando atención (casi nunca) y, si no, ver si era capaz de salir airoso de la situación (siempre).

Me aburría como una ostra, pero no hacía falta ser un genio para echarle una ojeada rápida a una diapositiva de PowerPoint; además, la última persona que había hablado siempre era quien estuviese sudando más en ese momento (señal de que el tema en cuestión estaba relacionado con su trabajo). El ganador de hoy era el director financiero, que llevaba meses machacándonos con eso de los costes operativos.

—Bien —respondió mi padre. Le hizo un gesto con la cabeza a su jefe de operaciones y le dijo—: Corbin, prepara un plan para

implementar estos cambios. Bueno, habladme de nuestra cadena de suministro. ¿Qué es lo último...?

Volví a desconectar y miré la hora en el reloj de pared.

¿Cómo era posible que hubiesen pasado solo treinta minutos? Habría jurado que llevaba, como mínimo, tres horas encerrado allí.

Mirándolo por el lado positivo, este era mi último compromiso a puerta cerrada del día. Habíamos quedado más tarde con Maya para concretar el plan de la colaboración de productos, pero al menos eso no sería aburrido.

Con ella, nunca nada lo era.

Me puse a pensar de nuevo en el viernes por la noche, en cómo me destripó, en su disculpa posterior y en la extraña insistencia de Xavier por juntarla con Killian. Había tenido tres noches para darle vueltas y seguía pareciéndome la idea más estúpida que hubiese oído jamás.

Que tampoco es que pensara demasiado en eso, eh. Lo que pasa es que, de vez en cuando, me venía a la mente; era como el típico mosquito diminuto de turno que no para de incordiar.

Bajé la mano y repiqueteé con el boli en la mesa hasta que mi padre me fulminó con la mirada para que parase.

Al cabo de media hora, la reunión por fin terminó. Gracias a Dios.

Eché la silla hacia atrás y fui directo a la puerta, pero mi padre me detuvo antes de que pudiese escapar.

—Sebastian. Hablemos.

Mecagüen... Miré la salida con anhelo.

—¿Sobre?

—Tu propuesta.

Lo miré a los ojos y tuve que echar mano de todas mis fuerzas para mantener una expresión neutral.

—¿Qué le pasa?

Hacía meses que la había enviado. Era la primera vez que mi padre la sacaba a colación, así que tampoco iba a hacerme ilusiones. Aunque a lo mejor...

—No es una buena idea. —Se levantó y vino hacia mí. Técnicamente, yo le sacaba cinco centímetros, pero con mi padre siempre me había sentido más pequeño porque su sombra siempre

sofocaba cualquier intento de liberación por mi parte—. Tu cargo como director de *marketing* es demasiado importante. Algún día, serás tú quien dirija esta empresa, pero si pierdes el tiempo poniendo todo tu empeño en una cocina en lugar de aquí, que es donde se toman las decisiones, no podrás hacerlo.

Un amargo escozor se me fue abriendo paso por las tripas, despacio.

—¿Que pierdo el tiempo? Menuda forma de despreciar el oficio sobre el cual has erigido toda tu empresa.

—No lo estoy despreciando. Los chefs de verdad tienen que estar en las cocinas, no en las salas de juntas. Pero tú eres justo lo contrario. —A mi padre le centelleó la mirada—. Que tienes un máster en Administración Empresarial, coño. No me dejé ese pastizal en tu educación para que te dediques a cortar verduras y asar carne.

El escozor se solidificó hasta convertirse en una ira apabullante.

—También estudié cocina. El trabajo no implica solo «cortar verduras y asar carne». Tú deberías saberlo mejor que nadie.

Convencí a mis padres para que me dejaran estudiar cocina porque así podría «entender mejor el proceso de elaboración de nuestro negocio». En realidad, lo hice porque quería. Aprender sobre los distintos tipos de corte y sobre las diferentes técnicas culinarias era infinitamente más interesante que sacarse un aburrido máster en Administración Empresarial.

Accedieron siempre y cuando, primero, me graduara en Empresariales con la mejor nota de la promoción. Y lo hice. Me enorgullecía más de mis estudios culinarios que del máster, pero lo primero no me habría servido de nada si no podía ponerlo en práctica.

—Da igual. Te digo que no —concluyó mi padre, serio—. No te olvides de lo que pasó la última vez que insististe en ponerte al frente de una cocina. Estamos vivos de milagro.

Sus palabras me sentaron como una patada en el estómago. Si pude esconder mis emociones fue porque contaba con la práctica de toda una vida; sin embargo, por dentro, el corazón se me encogió tanto que parecía que me lo estuviesen estrangulando.

Años atrás, supervisé la preinauguración de uno de nuestros restaurantes en la ciudad. Fue la primera vez que estaba al mando de la comida y un importante invitado cayó muerto (literalmente) en mitad de la cena.

El médico forense achacó la causa de la muerte a un caso de anafilaxia porque el hombre era alérgico a los cacahuetes. Yo estaba noventa y nueve por ciento convencido de que habíamos preparado su plato bien lejos de cualquier sitio donde pudiese haber cacahuetes; tenía que haberse expuesto a ese alimento en algún otro sitio. Pero daba igual.

Ese uno por ciento de incerteza que quedaba me llevó a entrar en un bucle descomunal. Además, desató tal frenesí mediático que nuestras acciones se hundieron hasta que, al cabo de poco, la gente dejó de prestarle atención al asunto y los esfuerzos de nuestra agresiva publicista salvaron a la empresa de una debacle inminente.

Tuve que recurrir a decenas de sesiones de terapia (y varios mecanismos de defensa más no tan saludables) para mitigar el horror de esa noche.

De puertas para afuera, hacía como si nada, pero mi padre sabía lo mucho que me costó volver a pisar una cocina sin entrar en pánico.

Lo sabía y, aun así, lo usó a modo de arma contra mí.

Cerré los puños. Quería estamparlos contra la mesa con tal de estallar contra algo sólido. Sin embargo, si lo hacía, si demostraba cualquier arrebato emocional, ganaría él.

—Seb. —Mi padre dejó de arrugar la frente y suspiró—. No quiero ser el poli malo. Puede que ahora me odies por lo que te estoy diciendo, pero, a la larga, me lo agradecerás.

—Déjalo —respondí tajante—. Si no quieres que sea chef porque crees que sería deshonrar el apellido Laurent, dilo sin tapujos. No intentes justificarlo como si fuese una especie de acto de compasión. Para ti siempre ha sido una cuestión de ego y punto.

Se le incendió la mirada de nuevo y espetó:

—No tienes ni puta idea de qué ha sido esa cuestión.

—Ilumíname, pues. —Al ver que no decía nada, solté una áspera risa—. ¿Ves? Lo que yo decía.

Y me marché. Mi padre no me detuvo, pero sus palabras me siguieron pasillo abajo hasta que llegué a la acera, donde ni siquiera el sol pudo evitar que sintiese un repentino escalofrío.

Se me nubló un poco la vista. Noté que se me iba encogiendo el pecho y tuve que obligarme a respirar profundamente varias veces para que aquella sensación familiar amainara un poco.

«No te olvides de lo que pasó la última vez que insististe en ponerte al frente de una cocina».

Mi padre había sido astuto y me había arrancado la tirita de golpe con un único recuerdo, dejando que mis feas y latentes inseguridades salieran de nuevo a la superficie.

Detestaba que pudiera manipularme con tanta facilidad. Lo veía perfectamente, pero una parte de mí se preguntaba si no tendría razón; si el hecho de que yo regresara a una cocina resultaría en otro desastre.

Si ni siquiera podía perfeccionar una puta receta de vieiras, por el amor de Dios. Aunque lo que sí podía hacer era idear un plan de *marketing* con los ojos cerrados, por más que eso me resultara igual de divertido que hacerme una endodoncia.

Si de verdad quisiera, podría ignorar a mi padre y emprender yo solo; al traste con la herencia. Porque tenía clarísimo que, como fuese en contra de su voluntad, dejaría de hablarme. Sin embargo, yo seguía siendo un Laurent y tenía un arraigadísimo sentido de la lealtad hacia mi familia, aunque no hacia mi padre. Además, una grieta de semejantes dimensiones destrozaría a mi madre, que bastante sensible estaba ya desde que murió mi tía. Me negaba a angustiarla más aún.

Volví a tomar una profunda bocanada de aire y la neblina que me enturbiaba la vista desapareció. Las voces contradictorias que habitaban en mi cabeza retrocedieron e ignoré el desasosiego que hervía en mi interior. No era la primera vez que ocurría.

Ya me preocuparía luego por el futuro.

De momento, tenía que seguir con mi día.

Llegas tarde.

Me encontré el pósit en cuestión pegado a la mesa, delante de mi silla, cuando llegué a la reunión que tenía con Maya esa tarde.

Habíamos intercambiado una acalorada retahíla de correos a lo largo del fin de semana para ver dónde reunirnos hasta que, al final, convenimos en un sitio neutro: la biblioteca del exclusivísimo Club Valhalla, del cual éramos miembros los dos.

Durante la larga y enérgica caminata hasta el Valhalla, se me había despejado la mente y, cuando me senté frente a Maya, ya casi volvía a ser el mismo de siempre. No toqué la nota.

—Y tú pronto —señalé, dándome un par de golpes delicados en el reloj de muñeca—. Son las tres en punto clavadas.

—Llegar a la hora justa es llegar tarde.

Me pasó una carpeta de papel manila desde el otro lado de la mesa. Iba vestida en lo que, en secreto, yo describía como su «*outfit* de pencar»: camisa blanca impecable, unos pendientes de botón de diamantes y su collar dorado del elefante de la suerte. El pelo le caía en una gruesa y lustrosa trenza por encima de un hombro.

Hay cosas que nunca cambian.

Bostecé.

—Disculpa. No todos vivimos siguiendo tus normas, Segu.

Me miró con frialdad.

—¿Así quieres empezar la colaboración? Porque, créeme, yo, encantada de pasarme el día discutiendo contigo, pero seremos muchísimo más eficaces si cooperáramos en serio. Cuanto antes terminemos, antes podremos ir cada uno por su lado.

Arqueé las cejas. La estudié en un intento por descifrar si lo decía en serio o si me estaba vacilando.

¿Yo había venido preparado como si fuera a la guerra y ella estaba empezando una semitregua? La disculpa esa fue una cosa. Su predisposición (por reacia que fuera) a que trabajáramos juntos sin soltar algún comentario mordaz primero era otra.

Aunque eso del pósit pasivo-agresivo también era muy típico de Maya Singh, así que a lo mejor no se había sometido a ningún trasplante de personalidad. A lo mejor se había dado semejante

golpe en la cabeza que se le había partido la personalidad en dos y ahora se veía obligada a ir pasando de la una a la otra como el Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

—Tienes razón —respondí—. Empecemos, venga.

—Gracias. —Maya me sonrió con amabilidad y a mí me dio la impresión de que, en cierto modo, acababa de perder una batalla que yo no sabía que estaba luchando—. Lo primero será el plan de comunicación. Tenemos que dar un mensaje impoluto desde el primer momento o estaremos jodidos.

—Esa boca...

—Vete a la mierda.

Me reí. «Mucho mejor». Verla siendo tan maja me daba urticaria.

Maya suspiró, pero juro que vi cómo se le encorvaban un poco los labios antes de que volviera a apretarlos en una finísima línea.

—Shhh. Que nos van a echar.

Señaló la bibliotecaria con la cabeza. Efectivamente, la mujer estaba sentada detrás de su escritorio y nos estaba fulminando con la mirada. Solo venía una vez por semana porque la biblioteca del Valhalla servía más para socializar y hacer contactos que de biblioteca en sí. Sin embargo, a juzgar por lo arrugada que tenía la frente, cualquiera diría que acababa de matarle el gato en lugar de haberme limitado a reír.

—Me gustaría ver cómo lo intenta. —Le dediqué una sonrisa a la bibliotecaria. No me devolvió el gesto—. ¿Cuántos años tiene, ochenta? Puedo con ella.

Maya sacudió la cabeza.

—Porque tú no verías nada de malo en atacar a una señora mayor la mar de amable, cómo no.

—No he dicho nada de atacar a nadie. Y eso de «la mar de amable» es discutible.

—Lo cual demuestra que tiene buen criterio. A diferencia de otras personas, ella no se traga tu encanto europeo de mierda.

Se me dibujó una sonrisa en los labios, despacio.

—¿Acabas de reconocer que tengo encanto?

—Encanto de mierda —insistió enfatizando bien en las últimas dos palabras—. Iba todo junto. —Maya se sonrojó un poco más de lo

habitual mientras abría el ordenador—. Venga, basta de cháchara. A trabajar, que no tengo todo el día.

A pesar de reírme, obedecí y abrí la carpeta que me había pasado. Maya había impreso mi respuesta a su propuesta y había añadido comentarios a los que ya había hecho yo. Típico.

Le eché una ojeada sin analizar cada uno de sus anotaciones como haría si los hubiese escrito cualquier otra persona. No hacía falta que le dijera cómo tenía que hacerlo todo; confiaba en que Maya sabría hacerlo bien solita.

Dicho esto, cierto era que teníamos un montón de trabajo. Un proyecto de esta envergadura implicaba mover mil hilos y, como disponíamos del tiempo justo, tanto ella como yo teníamos que dar lo mejor de nosotros.

—Necesitamos que se encargue de las recetas un chef estelar y que sea la cara de la colaboración —comenté—. Te he mandado algunos nombres por correo. Si estás conforme, empezaré a ponerme en contacto con ellos para ver si hay alguno interesado.

—Perfecto. Yo me ocuparé de preparar un borrador para el comunicado de prensa y dejaré espacio para añadir luego el nombre y la biografía del chef en cuestión. —Maya subrayó algo en su libreta —. ¿Puedes cerrarlo antes de la semana que viene?

—Claro.

No sería pan comido, pero el apellido Laurent tenía fuerza en el sector culinario.

Estuvimos trabajando en silencio durante un rato. Nuestra conversación murió y dio paso al sonido de los bolis al escribir en el papel y al rítmico repiqueteo de los teclados.

Había muchísima actividad en la biblioteca, pero el ruido que se oía era más bien acallado y, a pesar de que teníamos a más personas cerca, casi ni reparábamos en ellas. Era como si una burbuja invisible nos aislara del resto de la sala.

Miré a Maya, que estaba tecleando furiosa en su ordenador. La luz del sol se colaba por las vidrieras que le quedaban detrás, acariciándole el pelo y resaltando sus labios fruncidos. Tenía la frente arrugada y musitó algo por lo bajo mientras paraba de teclear y se disponía a subrayar otra frase en la libreta.

No habíamos vuelto a trabajar así, juntos, desde la universidad; en esa época, no paraban de juntarnos para hacer proyectos en grupo. Nos habíamos pasado un sinfín de noches en la biblioteca porque ninguno de los dos quería ser el primero en marcharse, pero se me había olvidado lo mucho que se concentraba Maya. Irradiaba intensidad y abordaba todas las tareas con tanta precisión militar que dejaba poco margen de error.

Yo había convertido el distraerla en un juego. Había ganado en varias ocasiones, pero me guardaba esas victorias para mis adentros. Eran una gratificación secreta mía y la custodiaba como los dragones custodiaban los tesoros: bien lejos de las miradas indiscretas de quienes no lo entenderían.

A veces, yo tampoco lo entendía.

—Como me mires mucho más, empezaré a cobrarte —dijo ella sin levantar la vista de la pantalla—. No he venido para que te entretengas.

No le había dicho ni una sola palabra y ya la había distraído. «Un punto para el equipo Laurent».

Contuve las ganas de sonreír.

—¿Acaso te incomoda mi atención?

—Todo lo que venga de ti me incomoda.

—Y, sin embargo, aquí estamos —contesté arrastrando las palabras.

Me contenté al ver que se le ensanchaban sutilmente las fosas nasales. «Dos puntos para el equipo Laurent».

—Por pura obligación. —Levantó la vista para mirarme a los ojos. Los suyos iban cargados de una lóbrega exasperación—. ¿Te has mirado ya el borrador que te he enviado? Tengo que marcharme enseguida; he quedado por el centro en una hora.

—Sí. Me parece correcto.

—¿Correcto? —Maya me miró como si acabase de decirle que tenía una enfermedad terminal y que le quedaban dos semanas de vida—. El *retrotiming* no puede parecerte «correcto» y ya. Tiene que ser perfecto. ¿Qué...?

—¿Con quién has quedado? —la interrumpí—. ¿Con Killian?

A lo mejor Xavier consiguió dar con ese escurridizo soltero y los presentó después de que yo me fuera de La Bóveda. A Killian le encantaba salir por el centro, aunque era más bien alérgico a quedar los lunes por la noche a no ser que la quedada en cuestión incluyera una botella de *whisky*, un par de supermodelos y un trío.

Maya me miró extrañada.

—¿Killian Katrakis? ¿Por qué iba a quedar con él?

El calor empezó a subirme a las mejillas.

—Por nada —respondí en voz baja mientras me reprendía por haberla pifiado. ¿Por qué cojones había sido el primero en mencionar a Killian?—. Es que he hablado con él antes y me ha dicho que también había quedado por el centro esta noche.

Por suerte, Maya estaba demasiado distraída con el apático comentario que le había soltado sobre el plan de *marketing* como para percatarse de mi mentira descarada.

—¿Qué le pasa al *retrotiming*? —Fue pasando páginas en su libreta, furiosa—. Supongo que podemos avanzar la campaña publicitaria un mes, pero como lo hagamos demasiado temprano perderá fuerza y...

—Maya. —Le cogí la muñeca—. «Correcto» no es más que una palabra. El *retrotiming* está genial.

Se quedó petrificada. Bajó la vista hasta mi mano antes de mirarme a los ojos y ahí me di cuenta, demasiado tarde, de que la había cagado.

La burbuja invisible que nos rodeaba se contrajo. Estaba tenso y noté que me tiraba la piel una barbaridad; era como si mi cuerpo fuese incapaz de contener la ola de pánico que acaba de invadirme de repente. El pulso me latía con tanta fuerza que Maya debió de notármelo en los dedos y, de no ser porque eso lo empeoraría todo aún más, habría apartado la mano del tirón.

En lugar de eso, la dejé ahí (aunque me hubiese jurado no hacerlo) y aquel delicado contacto reavivó unas emociones que más valía que siguieran olvidadas.

Maya tenía la piel más suave de lo que recordaba. De pronto, se me abrió un pozo en el estómago antes de que le apartase la mano despacio y procurando mantener una expresión neutral.

—Si no es Killian, ¿con quién has quedado? —pregunté como si nada y paseé la vista por la sala en un intento por calmar el irritante ritmo que había adoptado mi corazón—. ¿Tu madre ha convencido a otro pobre idiota para que tenga una cita contigo?

Maya reaccionó. Apartó la mano de la mesa, dejándola lejos de donde yo pudiera cogérsela, y se apresuró a guardarlo todo. Me dio la impresión de que me estaba evitando la mirada.

—No es que sea de tu incumbencia, pero he quedado con Vivian. Me está ayudando a organizar la fiesta de cumpleaños.

Faltaban dos meses y medio para su cumpleaños.

—O sea que sí que vas a organizar una fiesta.

—Pues claro.

—Todavía no he recibido mi invitación. —Me llevé la mano al pecho. El corazón ya empezaba a recuperar su ritmo habitual. Gracias a Dios, joder—. Duele.

—A lo mejor es que no estás invitado —respondió con cara inocente—. A lo mejor he decidido que la competición esta que nos llevamos no es tan importante como para tener que compartir mi día favorito del año contigo.

—Tu cumpleaños no tendría demasiado sentido sin mí, Segu.

Llevábamos invitándonos a nuestras respectivas fiestas de cumpleaños toda la vida. Era la ocasión perfecta para pasarle la mano por la cara al otro, y yo me moría de ganas de ver qué temática escogía Maya cada año (y así ver cómo superarla con la mía).

Rio por la nariz.

—Mira que llegas a ser flipado.

—Puede. —Me encogí de hombros—. ¿Acaso me equivoco?

—Te...

—Señor Laurent, señorita Singh. —No me había dado cuenta de que la bibliotecaria había abandonado su sitio hasta que apareció a nuestro lado y nos miró en señal de desaprobación y con el ceño fruncido—. Por favor, bajen la voz. Hay gente que intenta trabajar.

Esa gente que decía ella estaba hablando al mismo volumen que nosotros, pero ni Maya ni yo le llevamos la contraria. Nos

disculpamos y nos aguantamos la mirada mientras la bibliotecaria bufaba y se marchaba.

Maya garabateó algo en un pósit sin romper el contacto visual y lo pegó en la mesa de un manotazo.

Cuando lo leí, se me encorvaron los labios.

Pues, sí. Te equivocas.

—Mientes fatal, cielo —le dije en un tono lo bastante bajo como para que solo lo oyera ella.

Maya apretó la mandíbula. El aire que nos separaba se volvió más pesado y yo vi que la indecisión estaba librando una batalla en su interior: ¿mordía el anzuelo y me respondía o se marchaba y dejaba que yo tuviese la última palabra?

Recibí una respuesta al cabo de un minuto, cuando Maya se colgó el bolso en el hombro, pasó por mi lado rozándome con el brazo y me dijo con aspereza:

—Hasta la semana que viene. No llegues tarde.

No contemplé cómo se iba, pero su aroma se quedó conmigo cuando se fue. Olía a una mezcla de ámbar con notas florales.

Se me desdibujó la sonrisa y esperé a que ese aroma se hubiese evaporado del todo antes de doblar la nota en tres partes iguales y guardármela en el bolsillo.

Me levanté con la vista puesta en su silla, ahora vacía, y yo también me fui.

Ocho meses y tres semanas. He aquí el tiempo que tendríamos que trabajar juntos.

En general, no era demasiado. Sin embargo, tenía el mal presentimiento de que sería el tiempo suficiente para volverme loco.

7

Maya/Sebastian



Maya

Dejando de lado nuestras pequeñas rivalidades, Sebastian y yo nos acomodamos a un ritmo sorprendentemente fácil a lo largo de las tres siguientes semanas. Ya sabíamos cómo trabajaba el otro y, cuando dejaba de intentar sacarme de quicio, nuestras quedadas resultaban productivas.

Gracias a él, conseguimos que Derek Gardiner accediera a crear las recetas para la colaboración. Aquel atractivo y galardonado chef era la persona ideal para encabezar una campaña nacional y ahora me tocaba darle las gracias a Sebastian, aunque fuera a regañadientes. Por más que me irritara su estatus de «chico perfecto», a veces, sus contactos venían de maravilla.

—He oído que este es el mejor sitio de la ciudad para tener una cita —dijo Nikhil—. Espero que te guste.

Pestañeé, desorientada por esta repentina conversación. «Cierto». No estaba en el trabajo y no estaba con Sebastian.

Estaba en otra cita; en esta ocasión, con un médico que mi madre me había asegurado que era «uno de los solteros más codiciados del

área de los tres estados». El último hombre con el que me juntó tenía complejo de Napoleón y le encantaba reexplicarme cada plato de la carta como si yo no supiera leer, así que cogí las palabras de mi madre con pinzas.

Aun así, eché a un lado los pensamientos de cierto francés y sonreí a mi acompañante.

—Seguro que me encantará —le dije mientras entrábamos en el restaurante en cuestión.

Nikhil dio su nombre a la jefa de sala, quien comprobó la reserva y nos acompañó hasta nuestra mesa en el centro del comedor.

El Brasserie M era el restaurante de moda de la ciudad. En Nueva York aparecían nuevos puntos de interés cada pocos meses; sin embargo, ese íntimo bistró llevaba seduciendo a la gente desde que *Mode de Vie* lo describió como «el restaurante más romántico de Estados Unidos».

Ahora que estaba aquí, lo entendía. Era lo suficientemente grande como para que cupieran unas doce mesas, más o menos, y esa tenue iluminación, los acogedores sofás y la música suave de fondo le daban un aire sensual y elegante al local. Reconocí a algunos comensales más, incluidos un famoso presentador de noticias, una actriz que había sido galardonada en los Tony Award, y Charles Whitaker, la competencia de mi padre. Estaba cenando con su esposa y no parecía haber reparado en mí.

—Bueno... Conque eres cirujano, ¿eh? —dije cuando ya hubimos pedido—. Debe de ser un trabajo emocionante. Ahora en serio, ¿se parece mucho a *Anatomía de Grey*?

Nikhil se rio.

—Me temo que no demasiado. A ver, es que ya solo en el primer episodio...

Procedió a soltarme una perorata interminable sobre todos los detalles erróneos de la serie.

Tenía la vista perdida, pero no dejé de sonreír en ningún momento. Le había prometido a mi madre que, en lugar de mandar a mis citas a tomar viento de buenas a primeras, les daría una oportunidad; sin embargo, nadie había pasado mi primera prueba de momento.

Les preguntaba algo sobre ellos y esperaba a ver cuánto tardaban en preguntarme algo sobre mí. La respuesta solía ser nunca.

Cuando nos trajeron los entremeses, Nikhil seguía hablando de *Anatomía de Grey* y de su formación médica.

«Bueno... Otro descartado».

Le di un sorbo al vino y paseé la vista por mi alrededor. Ya empezaba a contar los minutos que faltaban para que terminara la cita.

Sabía que debería haberles pedido a mis amigas que me salvaran. Normalmente, le pedía a Sloane o a Ayana que me llamaran al cabo de media hora para que, en caso necesario, pudiese marcharme por una «emergencia». No obstante, desde que Priya se comprometió, mi madre se había puesto muy insistente. Como se enterase de que me había ido antes de la cena, me mataría.

A decir verdad, yo quería que esas citas dieran sus frutos. Pero... nunca pasaba. Una no puede forzar la química o la compatibilidad con otra persona, por más que tu familia rece, te convenza o te presione.

—Buenas noches.

Una voz relajante y profunda interrumpió el horripilante sueño en el que mi madre y mis tías se colocaban en línea recta frente a mí como un tribunal.

Veredicto: culpable por impedirnos poder presumir; privarnos de nietos y sobrinos, y robarnos la oportunidad de que podamos organizar una boda mejor que las de las hijas de nuestras amigas.

Condena: una eternidad de citas a ciegas con egocéntricos que son todos iguales.

Sacudí la cabeza para deshacerme de dicha imagen mientras esa misma voz nos preguntaba:

—¿Están disfrutando de la cena?

Joder. Un momento...

Giré la cabeza de golpe hacia la izquierda y me encontré con unos ojos color ámbar y una sonrisa diabólica.

«Será coña».

—¿Qué...?

—De momento vamos bien, pero todavía no hemos probado el entrante —rio Nikhil sin darse cuenta siquiera de que yo me había quedado conmocionada—. Se ha hecho mucho bombo del restaurante. Veremos si cumple con las expectativas.

—Eso espero, de veras —dijo Sebastian enseguida—. He visto que han pedido champiñones *bourguignon* y *gratindauphinois*. Excelente elección. —Se sacó un par de tarjetas de visita del bolsillo del pecho y nos las dejó delante—. Me llamo Sebastian. Si necesitan cualquier cosa, no duden en pedir por mí. Disfruten de la velada.

Al pasar, me sonrió socarrón.

Le hice la peineta por debajo de la mesa y su risa grave siguió atormentándome durante un buen rato después de que se fuera.

Me terminé la copa de un solo trago. La aparición de Sebastian me había desubicado tanto que fui incapaz de apreciar la objetiva exquisitez del vino. He aquí otra cosa más que se había cargado por mí en una larga lista que databa de cuando éramos críos.

¿Cómo había podido olvidar que este era uno de los restaurantes de su familia? Sin embargo, incluso en el caso de que me hubiese acordado, lo último que habría esperado habría sido encontrármelo a él.

Sebastian era un ejecutivo de alto rango. Su trabajo no consistía en trabajar en los restaurantes o ir dejando tarjetas de visita a los clientes.

Tramaba algo. Pero yo no sabía el qué.

—Esto sí que es tener buen servicio. —Nikhil examinó la tarjeta de visita en la que no aparecía otra cosa que el nombre de Sebastian y su correo electrónico; ni su cargo ni su número de teléfono—. Sebastian Laurent... Espera, ¿no pensarás que es uno de esos Laurent, no? ¿Los dueños de todo ese montón de restaurantes?

—No lo sé. Quizá —musité.

Cogí la tarjeta que me había dejado a mí y, justo cuando estaba a punto de apartarla despectivamente a un lado, vi que tenía algo garabateado en negro detrás.

> Te deseo lo mejor en esta cita. Alguien capaz de hablar por los descosidos sin parar es un partidazo, no cabe duda.

Qué astuto era, el cabrón. Debía de haber estado espiándome a lo largo de la cena, lo cual era alarmante de cojones. Aunque, visto así, ¿por qué me entraban ganas de reír?

«Será cosa del vino». No había otra.

Me guardé la tarjeta en el bolso. Nikhil siguió hablándome de sus años de universidad con sumo detalle y yo esperé que, con suerte, mi expresión me ayudase a aparentar un cierto interés.

Ahora que sabía que Sebastian nos estaba observando, no podía parecer aburrida. Me negaba a dejar que me viera sufrir, o peor, sonreírle a algo que me había dejado él, a pesar de que fuese lo más interesante que me había ocurrido en toda la noche.

La camarera nos trajo los entrantes, y yo me esforcé más aún en prestar atención mientras Nikhil dejaba sus historias universitarias de lado y pasaba a hablar poéticamente acerca de una acampada que haría pronto con los chicos.

¿Qué les pasaba a los hombres con eso de ir de acampada? A mí, los bichos y tener que hacer pis en el bosque me repugnaba; no le veía la gracia.

Aun así, cuando él hizo una broma sobre osos, fingí reír. La satisfacción le atravesó el rostro y prosiguió a farolear de que podría luchar contra un oso negro él solo.

«Mátame ya».

Al menos la comida estaba rica. Era lo único salvable de la noche.

Le di otro mordisco al *bourguignon* y paseé la vista rápidamente por la sala. No había visto a Sebastian desde que nos habían traído los entremeses. Seguramente ya se habría marchado, lo cual tenía sentido porque ¿por qué iba a quedarse cuando...?

Atisbé una silueta familiar al lado de la recepción.

«Sigue aquí». Me dio un vuelco el corazón. Tenía que dejar de beber, claramente. Había bebido tanto vino que mis órganos internos se estaban revelando.

Sebastian estaba de pie, de cara a mí. Continuaba hablando con el *maître*, pero, justo cuando yo me dispuse a apartar la vista, me miró.

Nuestras miradas colisionaron y la intensidad de la suya surgió el mismo efecto en mí que si acabasen de chutarme *whisky*

intravenoso. Oí un zumbido en las orejas mientras intentaba, con todas mis fuerzas, no ser la primera en romper el contacto visual.

Dios, detestaba que me estuviese mirando de esa forma, como si supiera exactamente lo que me estaba pasando por la cabeza. Cómo me sentía, lo que quería. Cosas que no le incumbían lo más mínimo, pero que él sabía de todas formas.

Una burlesca diversión le centelleó en los ojos mientras me aguantaba la mirada durante un largo y deliberado minuto. Se le dibujó una discreta sonrisa socarrona en los labios.

Me agarré con fuerza a los brazos de la silla. El pulso me latía tan fuerte que dolía. Justo cuando ya estaba a punto de ceder y pestañear, Sebastian rompió el contacto visual y siguió hablando con el *maître*.

Se me destensaron los músculos en el acto, tomé una temblorosa bocanada de aire y volví a centrarme en mi conversación con Nikhil. No se había dado ni cuenta de que había dejado de prestarle atención. Prosiguió con su monólogo hasta que la camarera se llevó los platos y nos trajo una exquisita porción de tarta de chocolate. Iba decorada con unas relucientes fresas dispuestas en una elaborada forma de flor.

—Creo que se ha equivocado de mesa. Nosotros no lo hemos pedido —dije, a pesar de que se me hizo la boca agua con solo mirarlo.

Las fresas eran mi comida reconfortante favorita, justo después del chocolate.

—Invita la casa. —La mujer nos dejó el postre en la mesa y guiñó el ojo—. Cortesía del dueño del local.

No le presté mucha atención a Nikhil, que arrugó la frente, confundido. Estaba demasiado ocupada mirando la minúscula nota que había medio escondida bajo la tarta.

Espero que la siguiente vaya mejor ;) – Seb

Sebastian

—A ver, ¿qué te pasa?

Me apoyé contra la pared y me metí una patata frita trufada en la boca. No había comido en toda la noche y ese primer mordisco me supo a gloria, joder.

—No sé a qué te refieres.

Margaux le dio una honda calada al cigarrillo y formó un aro de humo perfecto bajo el fresco aire de la noche.

—Llevas toda la noche distraído —señaló—. Y tú nunca te distraes.

—No estaba distraído.

—¿Por eso no parabas de salir al salón cuando deberías haber estado ayudando en la cocina? —me miró con segundas, restándole credibilidad a mi negativa.

Margaux era una de las chefs más elogiadas del mundo. Empezó fregando platos y fue subiendo peldaños hasta llegar a lo más alto. Había presenciado un montón de patrañas a lo largo de su vida y, ahora mismo, acababa de oler mi mentira a la legua.

—Tengo muchas cosas en la cabeza —respondí sin entrar en detalles.

—De eso no me cabe duda. —Formó otro aro de humo entre nosotros—. ¿A quién has invitado antes al postre?

Suspiré. En la cocina de Margaux nunca pasaba nada sin que ella se enterase.

El restaurante había cerrado hacía más de una hora, pero yo había querido quedarme con ella y darme una pausa rapidilla para comer algo antes de irme a casa.

Ya me arrepentía de ello.

—A nadie importante —contesté.

—Si no era nadie importante, no le habrías invitado al postre.

Me terminé las patatas y tiré el envase vacío en un cubo de basura que había cerca. Estábamos en la calle de la parte trasera del restaurante. Olía a desechos y a grasa de comida, pero yo me sentía más en casa aquí que en la sala de juntas de mi familia.

—A alguien a quien conocía del colegio —respondí.

Margaux poseía la misma tenacidad que un pitbull, así que tenía que decirle algo o no dejaría nunca el tema.

—Alguien con quien no sois amigos —observó con perspicacia.

—Exacto.

Lo que teníamos Maya y yo era demasiado complicado como para tacharlo de amistad.

Los amigos no competían tan a menudo como nosotros. No vivían por y para chincharse mutuamente y, desde luego, no cancelaban los planes que tenían esa noche con sus colegas para chafarle la cita al otro.

Cada mañana me enviaban una lista de los comensales con trato vip que vendrían a mis restaurantes ese día. El chaval había hecho la reserva a su nombre, pero había especificado que le acompañaría Maya. La persona con trato vip era ella, no él.

Le dije a Margaux que quería estar con ella en la cocina esta noche para aprender; sin embargo, lo que quería en realidad era ver a Maya en una cita. ¿Qué pedía? ¿Cómo actuaba? ¿Qué ropa se ponía?

Teniendo en cuenta que crecimos juntos, ya debería saber la respuesta a estas preguntas. El hecho de no haberlas tenido hasta esta noche me molestaba por razones a las que era incapaz de ponerles nombre.

—¿Tu padre sigue siendo un capullo contigo porque quieres ser chef a tiempo completo? —se interesó Margaux.

Sonreí. Era una de las pocas personas que sabía cuáles eran mis ambiciones, y era una de las más pocas aún con la valentía suficiente para hablar así de mi padre.

—*Évidemment*.

Soltó un sonido asqueado y respondió:

—Qué corporativo. *T'as un don naturel pour la cuisine. Tu ne devrais pas perdre ton temps à suivre les conseils de ton père alors qu'il n'y connait rien*.

Traducción: «Tienes un talento natural para la cocina. No deberías perder el tiempo escuchando a tu padre; él no lo entiende».

—También tengo un talento natural para el *marketing*.

—No es lo mismo y lo sabes. —Me señaló con el cigarrillo—. ¿Sabes cuál es tu problema? Que pides demasiado y no negocias suficiente. Eres su único hijo y te necesita más de lo que quiere reconocer. Úsalo a tu favor. Oblígale a que te tome en serio.

Permanecí en silencio.

Margaux tenía razón. Podía presionar más a mi padre, pero para eso tendría que creer en mí mismo al cien por cien. Tendría que estar absoluta e inequívocamente convencido de que había nacido para ser chef; y de momento, solo estaba noventa y ocho por ciento convencido de ello.

Por más que quisiera, albergaba un dos por ciento de dudas en mi interior. Mis fracasos previos acechaban allá donde fuera y, hasta que no encontrara la forma de deshacerme de ellos, seguiría atrapado en este limbo.

Aunque eso, a Margaux, no podía contárselo. Ella confiaba totalmente en su trabajo, y reconocer que yo no confiaba lo suficiente en el mío sería un fracaso más en mi lista.

—Ya gestionaré este problema otro día. —Me separé de la pared con un empujón y eché a andar hacia la calle principal—. Gracias por dejarme aprender de ti esta noche. Nos vemos.

Margaux apagó el cigarrillo y encendió otro. Era consciente de que tanto fumar igual acabaría matándola algún día, pero mostraba la misma actitud hacia la muerte que hacia cualquier otra cosa en la vida (a excepción de la cocina); le importaba una mierda.

—¡No te acostumbres! —me dijo—. La próxima vez que te vea en la cocina, espero que lleves tú la batuta.

Noté una punzada en el pecho, pero me reí. Levanté la mano para despedirme y doblé la esquina para adentrarme por la avenida principal.

Tenía una buena caminata hacia casa, pero hacía una noche maravillosa y, cuando reinaba tanto silencio, la ciudad se me antojaba extrañamente relajante.

Se oía el eco de mis pasos al avanzar por esas calles prácticamente vacías. Además de algún que otro coche o peatón con los que me cruzaba de vez en cuando, estaba solo con mis pensamientos.

Mi padre. Maya. El lanzamiento de la nueva línea. El pasado y el futuro y todo lo que cupiese entre medio. Una decena de caminos que se bifurcaba en otra decena más. Ojalá pudiera comprometerme

con uno solo sin tener que cuestionarme a mí mismo a cada paso que diera.

Cuando ya estaba a medio camino del centro, me vibró el móvil. Casi dejé que saltara el buzón, pero entonces vi quién llamaba.

«Interesante».

Respondí con un humor un tanto más ligero.

—¿Ya me echabas de menos?

—Más te gustaría —respondió Maya.

—No veo por qué ibas a llamarme pasada la medianoche, si no. A no ser que...

—No acabes esa frase si no quieres que vomite —me advirtió. Tras un segundo, añadió—: ¿Por qué me has enviado ese postre?

El puto postre. Era la segunda decisión más estúpida que había tomado ese día; la primera fue cancelar el plan con mis colegas para irme a trabajar.

—Te gustan las fresas y el chocolate —contesté—. Estaba siendo majo.

—Tú nunca eres majo.

—Lo soy siempre.

—Conmigo no.

—En eso llevas razón —accedí—. ¿Qué quieres que te diga? Estaba de buen humor.

—Algo tramas, Laurent. —Su evidente sospecha me hizo sonreír—. Como descubra que me has puesto laxantes o algo en la tarta, te mato.

«Causa de la muerte: anafilaxia».

El recuerdo del veredicto del médico forense regresó a mí. Se me desdibujó la sonrisa, pero mantuve un tono de voz sereno al responder.

—Uno: no pondría en juego la reputación de mi restaurante con semejante estupidez. Y dos: mira quién fue a hablar; la que quería hacerme justamente lo mismo a mí hace un mes, en la cena en casa de sus padres.

Se hizo un largo silencio.

Me imaginé a Maya sentada en su ático, atónita y boquiabierta. El buen humor regresó a mí.

—¿Pensabas que no lo sabía? Tsss. Te tengo fichadísima, Segu.

La verdad era que, esa noche, mientras me dirigía a la terraza interior, me encontré a Diya. Se negó a decirme por qué llevaba un bote de laxantes, pero até cabos yo solito.

Aunque eso nunca se lo diría a Maya. Prefería que pensara que podía leerle la mente.

—¿Cómo iba a hacer yo algo así? —dijo con un tono para nada convincente—. De todos modos, si hubiera sido el caso, te lo tendrías merecido.

—Si tú lo dices... Aunque, si quieres que te diga la verdad, te he enviado esa tarta porque tenías pinta de estar asqueada.

—Pues no. Me lo estaba pasando bien.

Otra mentira. Algún día se daría cuenta de que no podía esconderme la verdad. Y menos cuando algo era importante, cuando tenía que ver con ella.

—He visto a gente pasándoselo mejor mientras les atacaba un león —respondí.

Maya resopló.

—¿Qué más te da si tenía pinta de estar asqueada o no? Pensaba que te encantaba verme así.

—Me da. —Me detuve en un semáforo en rojo antes de cruzar la calle—. Soy el único que puede asquearte.

Otro silencio. Y este iba cargado por ambas partes.

Maya era estrés, frustración y escapatoria, todo a la vez. Nuestras interacciones siempre me subían la presión; sin embargo, en un mundo donde mis días eran más bien soporíferos, Maya era la única persona que me hacía sentir vivo. Su enfado, su vitalidad, sus escasos momentos de genuina vulnerabilidad... Nunca me parecían suficiente.

Quería embotellar sus emociones y llevarlas siempre conmigo porque ver que ella sentía algo también hacía que sintiera algo yo. De no ser por nuestras disputas constantes, mi vida hubiera parecido un simple paisaje desértico.

Vacío. Predecible. Aburrido.

Así que... No. Nadie más tenía permiso para hacer que Maya se sintiera como yo hacía que se sintiera. Ese privilegio estaba

reservado única y exclusivamente para mí.

—Eres un cabrón —dijo finalmente.

Le noté un tono extraño en la voz, pero no me dio tiempo a responder. Cuando volví a mirar la pantalla, Maya ya había colgado.

Daba igual. Lo que importaba era que seguía pensando en mí horas después de que le hubiese enviado ese postre. Yo diría que me había marcado otro tanto.

Esbocé una sonrisa.

Seguí andando hacia casa a un paso más ligero que antes.

Al final, enviarle esa tarta a Maya no había sido tan mala idea.

8

Maya



Sebastian y yo no volvimos a hablar de mi cita con Nikhil. Estábamos demasiado liados con el trabajo y, en mi caso, con la organización de mi fiesta de cumpleaños, las citas que me organizaba mi madre y la ansiedad general que me generaba la vida. Aunque eso daba igual.

Lo más importante ahora mismo era el comunicado oficial de la línea de platos preparados congelados Derek Gardiner. Lo habíamos presentado esa mañana, una semana después de mi desastrosa cita en el Brasserie M, y yo llevaba pegada al móvil desde entonces.

Los puntos de venta principales se habían enterado enseguida. Además, contábamos con llamativos letreros publicitarios al lado de supermercados clave, una agresiva campaña de *marketing* digital y una entrevista especial que le habíamos preparado a Derek con la revista *Gourmand*.

Las repercusiones derivadas del brote de listeria del mes pasado ya habían cesado. No se habían denunciado más casos e incluso nos habían felicitado por haber gestionado la crisis de forma tan efectiva. Seguíamos capeando el temporal con las cuestiones de reputación de la marca porque, ahora, el público general relacionaba Comestibles Singh con listeria, pero podría haber sido muchísimo peor.

Por lo general, el anuncio de la colaboración iba tan bien como podría haber esperado. Así que... ¿por qué estaba tan inquieta?

—Está teniendo buen recibimiento en redes —comentó Sebastian con la vista puesta en el móvil—. Ha despertado la curiosidad de la mayoría de los periodistas e *influencers*. Les encanta Derek; eso ya es un punto a nuestro favor.

—¿La mayoría? —Arrugué la frente—. ¿Quiénes son la excepción?

Estábamos trabajando en un despacho de la empresa de mi familia en la sede de Midtown que no había utilizado nadie hasta la fecha. De ahora en adelante, sería nuestro nuevo punto de encuentro ya que, en el Valhalla, la gente no paraba de interrumpirnos para acercarse a saludar a Sebastian.

Nos habíamos peleado como el perro y el gato para ver dónde reunirnos, pero al final gané yo. La sede de los Singh era el lugar perfecto: quedaba a medio camino entre el apartamento que tenía yo en el Upper East Side y la casa adosada que tenía él en West Village; además, disponíamos de más espacio que en las oficinas de los de los Laurent en Nueva York. Era lo más lógico.

«Un punto para el equipo Singh».

—El principal es Hollis Miller —respondió Sebastian—. Ha hecho todo un vídeo rajando de «chefs que se venden», pero él es así. Me sorprendería que saliera con algo positivo de buenas a primeras.

Refunfuñé. Hollis Miller era un *influencer* que iba de «defensor de la verdad digital» para cualquier tema relacionado con la gastronomía. Escupía varias porquerías, pero tenía millones de seguidores que creían todo lo que decía a pies juntillas.

—Tenemos que demostrar que se equivoca —decidí—. Si los productos son tan buenos como para que le explote la puta cabeza, no podrá quejarse y decir que Derek es un vendido.

Sebastian soltó un sonido evasivo. Llevaba todo el día distraído, pero se lo había dejado pasar porque yo también tenía mis cosas.

Repiqueteé con el boli en el escritorio, extrañamente inquieta.

Dejando lo del vídeo de Hollis de lado, ¿por qué era incapaz de celebrar que el lanzamiento de esta nueva línea de productos había sido un éxito? Debería estar enviando un correo electrónico a toda la

empresa para resaltar esas impresionantes estadísticas, no ahogándome en la incerteza.

A lo mejor era porque seguía sin encontrarles sentido a esos casos de contaminación. Se me escapaba algún detalle y no conseguía ver cuál era.

«Aunque a lo mejor...».

Miré al Laurent que peor me caía. Continuaba con la vista puesta en el móvil y la frente arrugada.

A lo mejor era por mi cercanía a Sebastian. Seguía siendo irritante, exasperante y cualquier adjetivo negativo más que acabase en *-ante*; pero, a su manera, Sebastian también era reconfortante. Cuando algo tenía que ver con él, sabía a qué atenerme, pero me daba la impresión de que, poco a poco, las bases de nuestra relación iban cambiando.

Primero, mi disculpa en La Bóveda, que se la solté del tirón porque había bebido y me sentía culpable. Sebastian la aceptó sin cuestionarme, y eso no era para nada habitual en él. Luego, su sugerencia para que jugáramos al Cinco Vidas y que, así, yo dejase de pensar en la mierda de semana que había tenido (Sebastian podía negarlo, pero lo había hecho justamente con esa intención). Y la guinda del pastel ya fue el postre que me envió la semana pasada.

La cagué al llamarlo para preguntarle al respecto, pero es que necesitaba saberlo. ¿A qué estaba jugando?

Entre el bombón de chocolate y la tarta a la que me invitó, estaba convencida de que Sebastian estaba librando alguna especie de guerra a base de comida. ¿Cuál era su objetivo? No tenía ni la menor idea. Pero no confiaba lo más mínimo en aquellas acciones aparentemente inocentes.

Sebastian se guardó el móvil y se levantó.

—Es hora de comer. Vamos.

—¿Adónde?

Me miró como si fuese tonta de remate.

—A comer —respondió marcando bien esa última palabra.

—Voy a pedir algo a domicilio. Tengo mucho trabajo por hacer.

Ahora que el mundo se había enterado de esta colaboración, tenía que asegurarme de que el lanzamiento oficial fuese perfecto. Como no me diesen un premio por el lanzamiento del año que viene, me cabrearía y, lo que sería peor aún, me sentiría humillada.

He aquí lo que nadie te contaba de ser una persona exitosa. Que cuando lograbas algo, tenías que seguir consiguiendo eso y más. Con cada nuevo logro, el listón era cada vez más alto y, como no cumplieras con las expectativas (sobre todo si eras una mujer en el mundo corporativo), la gente diría que «habías perdido facultades».

A lo mejor llegaría un día en el que dejaran de importarme las opiniones ajenas, pero ese día no era hoy.

—Maya. —Sebastian se inclinó hacia delante, plantó las manos en la mesa y me miró fijamente a los ojos—. No vas a comerte una triste y mustia ensalada cuando hay un sitio donde hacen un ramen exquisito a dos manzanas. Conozco al propietario. No tardaremos ni cuarenta minutos en terminar.

—¡¿Cuarenta?!

Me quedé aterrada. ¿Sebastian era consciente de la de correos que podía responder en cuarenta minutos?

Me encantaba desconectar y disfrutar de la comida, como a todo el mundo, pero no durante horas laborales. No cuando mi reputación y mi orgullo dependían de mi capacidad de dar con el lanzamiento de productos más imponente y mejor concebido de la historia de este sector.

—Hacen el mejor ramen vegetariano de la ciudad —insistió Sebastian—. No habrás vivido de verdad hasta que lo pruebes. Confía en mí.

—Tú ve a comer ramen —contesté con firmeza—. Yo me quedo aquí.

Estaba siendo una aguafiestas total, pero es que yo no mezclaba trabajo con placer. Que no es que considerase que comer con Sebastian fuera un placer, eh; lo decía por el hecho de salir a comer en sí.

Entrecerró los ojos. Al cabo de un segundo, sacudió la cabeza y se marchó.

«Por fin».

Exhalé y se me desinfló el cuerpo entero. Cuando Sebastian estaba aquí, acaparaba tanto el oxígeno que tenía que acordarme de respirar.

El problema era que, cuando no estaba aquí, no tenía nada que me distrajera.

Me quedé mirando las notificaciones que me iban apareciendo en la esquina derecha de la pantalla sin cesar. Correos electrónicos y mensajes de texto o wasaps de absolutamente todo: desde estadísticas hasta mensajes sobre mi tarta de cumpleaños o tareas que debía desempeñar como dama de honor para la boda de Priya.

Se me aceleró el pulso. Cogí la botella de agua y le di un buen sorbo en un intento por calmar los nervios.

«No pasa nada. Puedo superarme». Siempre lo hacía.

Pero... ¿y si no podía? ¿Y si lo hacía peor que en el pasado? ¿Sería entonces el principio de un catastrófico efecto dominó? Además, ¿en qué momento había empezado a dudar tanto de mí misma?

De adolescente y a lo largo de mi veintena, había ido por el mundo con la misma seguridad de alguien que estaba acostumbrado a ganar. Incluso cuando perdía (normalmente, contra el maldito Sebastian), me sacudía el polvo y volvía a levantarme. Nunca me había planteado que los contratiempos fueran a ser permanentes.

Ahora tenía treinta y pocos años, y ese repentino cambio de mentalidad tan negativo me preocupaba casi tanto como la posibilidad de fracasar.

Abrí mi lista de cosas por hacer y pensé en qué tachar a continuación. Acababa de decantarme por revisar algunos anuncios nuevos cuando se abrió la puerta de par en par y apareció Sebastian con una bolsa de cartón marrón considerablemente grande.

—Qué rápido —señalé.

Se había ido hacía veinte minutos.

—No he comido allí.

Dejó la bolsa en la mesa y la abrió. El rico aroma a caldo con *noodles* inundó el espacio y mi estómago emitió un bochornoso rugido.

Sebastian sacó un bol negro de comida para llevar y lo empujó hacia mí.

—Come ahora que aún está caliente o Harumi vendrá personalmente a por ti. Es el dueño del restaurante —aclaró cuando enarqué las cejas—. No suele preparar comida para llevar porque afecta el sabor y la textura de los *noodles*, pero, como te has puesto tan tozuda, como de costumbre, ha hecho una única excepción por mí.

Lo dijo con un tono seco y una pizca de exasperación en el rostro. Aun así, a mí se me coló una ligera calidez en el estómago.

No soportaba que Sebastian actuase como un humano decente, normal. Prefería mil veces más que fuese un cabrón.

Así me resultaba más fácil odiarlo.

—No le des demasiadas vueltas —dijo como si me hubiese leído la mente—. Nadie ha comido mal estando conmigo. No voy a dejar que te cargues mi impecable reputación.

—A lo mejor es que eran demasiado educados para decirte que tus recomendaciones eran una basura y punto.

Le centellearon una pizca de humor y cierto desafío en la mirada.

—Pues pruébalo y dime qué te parece.

Lo hice y, Dios, qué bueno estaba. Más que bueno. Ese exquisito caldo, la fibrosa textura de los *noodles*, la armonía entre sabores... Era el mejor ramen que había probado en la vida.

Sebastian sonrió socarrón y lo fulminé con la mirada. Me sentía tentada a fastidiarlo con una mentira, pero también quería devorar el bol entero de inmediato.

—Ni una palabra —le dije señalándolo con los palillos—. Es sustento. Y punto.

—Me parece adorable lo mucho que te empeñas en aferrarte a la negación.

—Tú sigue. Verás cómo te echo el ramen encima. A ver qué le parece eso a Harumi.

Sebastian se rio, pero pilló la indirecta y dejó de provocarme.

Comimos en silencio. Era muchísimo mejor que comer una triste ensalada sola, pero no pensaba reconocer que Sebastian tenía razón y darle semejante satisfacción.

Nuestra relación había cambiado, pero tampoco tanto.

—¿Te acuerdas de cuando el internado contrató a ese chef nuevo cuando íbamos a tercero? —Sebastian rompió el silencio al cabo de poco—. Estoy seguro de que el ayuno de los viernes se puso de moda por su culpa. Nadie quería comerse aquella lasaña.

—Por eso lo echaron enseguida. —Al pensar en la pasta acuosa e insípida que hacía ese hombre, me entró un escalofrío—. Cocinaba de pena.

—Tampoco es que su sustituto fuese para tirar cohetes. Teniendo en cuenta el pastizal que costaba la matrícula, cualquiera habría pensado que la comida estaría más rica.

—Supongo que a los mejores chefs no les interesa cocinar para un montón de adolescentes en Suiza. —Envolví un *noodle* alrededor de los palillos—. Sinceramente, creo que deberían haberte contratado a ti. Por más adolescente que fueras, cocinabas mejor que la mayoría de profesionales.

Sebastian enarcó las cejas.

—¿Eso ha sido un cumplido, Segu? —preguntó con tono animado.

Me ardían las mejillas.

—Solo he dicho la verdad —respondí—. No me importa reconocer el trabajo bien hecho cuando toca.

Uno de los pocos campos en los que no me molestaba en intentar competir siquiera era la cocina. Mis habilidades culinarias se limitaban a preparar cuatro platos contados; además, disfrutaba más comiendo que cocinando.

—Siempre pensé que acabarías siendo chef —proseguí—. No te veía tirando por el *marketing*.

—Ya, bueno... —Se encogió de hombros y se le ensombreció la expresión—. No se puede hacer todo en esta vida.

Se me avivaron los sentidos y lo estudié. Nunca me había parado a pensar demasiado en el recorrido profesional de Sebastian. En nuestro mundo, se esperaba que siguiéramos el legado familiar. Sin embargo, yo tenía hermanas que podían amortiguar las expectativas de mis padres. Sebastian no. Él era hijo único. El niño al que tanto adoraban. La presión que debía sentir él por tener que seguir un camino ya estipulado debía ser colosal.

La mente se me fue a primero de carrera. Hubo una tormenta de nieve espectacular. Cerraron las cantinas y limitaron el reparto de comida. Sebastian invitó a varias personas a su apartamento y nos alimentó todo el fin de semana.

Me acuerdo de verlo superfeliz en la cocina y, cuando (a regañadientes) le felicité por lo bien que cocinaba, sonrió de verdad.

Creo que nunca lo había visto así de contento en un despacho.

Se me encogió extrañamente el corazón. Me acabé el ramen y eché el bol a un lado.

—Si alguien puede hacerlo, eres tú —le dije—. Por eso eres tan irritante.

Se le dibujó una sonrisa en los labios, pero el gesto no le llegó a los ojos.

Se me encogió todavía más el corazón.

A lo mejor me estaba dando un infarto. Teniendo en cuenta cómo me había ido el año hasta la fecha, tampoco habría sido descabellado.

—¿Crees que habríamos hablado si nuestras familias no hubiesen sido amigas? —me preguntó Sebastian, cambiando repentinamente de tema.

—Claro. Íbamos al mismo curso y el internado tampoco era tan grande.

—No me refería a eso.

Ante la silenciosa e inesperada intensidad que escondían sus palabras, me dio un vuelco el corazón.

Ay, Dios. Fijo que me estaba dando una parada cardíaca.

Abrí la boca, pero mi respuesta se ahogó bajo los ecos de otro recuerdo. Uno de cuando íbamos al último curso en el internado, minutos antes del acto de graduación.

—Maya, espera.

Sebastian me agarró la muñeca.

—¿Qué quieres, Sebastian?

—Te...

Un alumno que hacía de voluntario en Secretaría nos interrumpió y dijo que tenía que llevárselo detrás del escenario de inmediato

para revisar no sé qué del discurso que iba a dar Sebastian, que era quien mejor nota había saco de nuestra promoción.

Él nunca llegó a decirme lo que quería y yo nunca le pregunté. Sin embargo, en ocasiones, cuando estaba sola y me obsesionaba con aquella interacción que duró meros segundos, pensaba que... Que quizá Sebastian...

No. Seguramente había querido restregarme por la cara que era el primero de la promoción. A fin de cuentas, por eso había empezado a llamarme «Segu». Era la abreviación de «segundona»: he aquí su forma de recordarme que, ahora ya, yo nunca conseguiría ese logro.

—Estoy segura de que habrías encontrado la forma de colarte en mi vida —respondí cuando por fin encontré las palabras. Ojalá no se hubiese dado cuenta de lo tensa que me sonaba la voz—. Tú no paras hasta que te sales con la tuya.

Algo parecido a la decepción le atravesó un segundo el rostro, pero desapareció enseguida.

—Cierto. Si algo soy, es persistente. —Volvió a dedicarme una sonrisa, aunque esta parecía incluso más vacía que la anterior—. Bueno, bonita charla, pero tengo que irme. Inauguramos un nuevo restaurante en Pittsburgh el mes que viene y tengo que acabar de ultimar unos detalles.

—Vale. Yo también tengo que...

Dejé la frase a medias y el pulso se me aceleró por una razón completamente distinta.

«Pittsburgh».

Bingo. He aquí el detalle que se me había escapado.

Eché la silla hacia atrás y me levanté tan deprisa que me di en la rodilla con la mesa. Me invadió semejante ola de adrenalina de repente que a duras penas noté el dolor.

Sebastian arrugó la frente.

—¿Estás bien? ¿Qué...?

—Tengo que irme. Acabo de acordarme de que llego tarde a, eh..., al médico. —Pillé el bolso y me fui prácticamente corriendo hacia la salida—. ¡Nos vemos la semana que viene!

No esperé a que Sebastian respondiera. La puerta se cerró de golpe tras de mí y noté que el corazón me latía desbocado mientras

bajaba las escaleras a toda prisa.

A lo mejor le daba demasiadas vueltas al tema, para no variar. Puede que Pittsburgh no tuviese nada que ver con el brote de listeria de verano, pero la intuición me decía que allí encontraría algo. Y, a mí, casi nunca me fallaba la intuición.

Era más fácil conducir que comprar un billete de avión de última hora. Nos estaban arreglando el *jet* familiar y no quería tener que ir a un aeropuerto atiborrado de gente.

Por suerte, había ido a trabajar en coche por la mañana, así que no tuve que ir a casa a buscarlo. Le mandé un mensaje a Vivian para aplazar la sesión que teníamos prevista esa misma noche para organizar la fiesta y puse la nueva dirección en el GPS.

Me iba a Pittsburgh.

9

Sebastian



Cuando algo iba bien, el desastre siempre acechaba de cerca.

Normalmente, las malas noticias tenían la delicadeza de esperar uno o dos meses a llegar. Sin embargo, en esta ocasión, asomaron su fea cabeza solo una semana después de que anunciáramos la colaboración.

—Lo siento muchísimo, Sebastian. —Derek sonaba destrozado, como si hubiese salido de parranda y llevase días sin dormir. Que, en cierto modo, era la realidad—. Detesto tener que dejaros tirados de esta forma, pero mañana tengo que ir al centro de desintoxicación. Anoche me multaron por tercera vez por conducir bajo los efectos de las drogas y, como no me presente, acabaré entre rejas.

Me latió una vena en la frente. Agarré el móvil con fuerza para contenerme y no personarme en su casa de Jersey y hacerle tragar el aparato del tirón.

Yo no solía ser una persona violenta, pero ¡¿qué cojones?!

¿Cómo podía ser que hubiesen pillado a Derek, que siempre era tan pulcro y bonachón, conduciendo drogado en tantas ocasiones? Y lo que era peor, ¿cómo podía ser que yo no me hubiese enterado de todo esto? El trabajo de un chef era estresante y, en este sector, el

consumo de sustancias era más bien elevado. No siempre resultaba evidente, pero yo debería haber indagado más y haber investigado con más detenimiento antes de convertir a Derek en la cara de nuestra nueva línea.

Bastante presión teníamos ya con el lanzamiento como para que, ahora, encima, nos encontrásemos en una situación así de peliaguda y sin alternativa.

—Lo siento —repitió con tono sombrío—. Me encantaría poder trabajar en esta nueva línea, de verdad, pero voy a tener que pasarme, como mínimo, un mes en el centro de desintoxicación.

—No pasa nada. —«Y tanto que pasa», pensé—. Tienes que procurar por ti. Ya encontraré una solución.

—Gracias. Oye, antes de que..., ya sabes, estuve trabajando en algunas ideas. Puedo enviártelas, por si le sirven a mi sustituto.

Su sustituto. Tenía que convencer a otro chef para que se uniera al proyecto con un plazo aún más ajustado que el inicial. Además, Maya y yo tendríamos que pensar en un segundo comunicado para que no pareciera que la situación nos estaba superando. Y nos estaba superando.

El pánico se sumó a la vena que ya me latía en la frente.

—Claro. —Me obligué a sonreír a pesar de que Derek no pudiera verme. Gritarle no cambiaría nada. Prefería ahorrar mi energía para convencer a su sustituto, fuera quien fuese—. Mándamelas por correo.

Colgué y llamé a Maya de inmediato. No teníamos que reunirnos hasta el día siguiente y ella llevaba ignorando mis mensajes desde que había salido por patas la semana pasada, pero esto era una emergencia.

Respondió al tercer tono.

—Debemos avanzar la reunión —dije sin preámbulo alguno—. Tenemos un problema.

—¿Es broma? ¿Hemos perdido a nuestro famoso chef porque tiene que ir a un centro de desintoxicación? —preguntó marcando bien esa última palabra.

—¿Tú me ves con cara de estar de broma?

Miré a Maya, que iba caminando de una lado al otro de nuestra oficina temporal. Parecía cansada y resignada.

Se estaba tomando la noticia con la misma calma con la que ya me había imaginado; es decir, ninguna. Se había saltado la fase de la negación y había pasado directa a la del enfado.

—Vale. —Se detuvo el tiempo justo para inhalar profundamente—. No pasa nada. Quedaremos fatal, pero encontraremos a un sustituto lo bastante importante como para enmascarar las noticias de lo de Derek. Tú conoces a..., bueno, a todos los chefs del mundo.

«He aquí la fase de negociación».

—Que los conozca no significa que pueda convencerlos —señalé —. Ya he llamado a todos los que tenía en mi lista inicial. Y todos han dicho que no.

—Pues llama a más.

—Serán de segunda categoría en comparación con los demás.

A Maya le dio un tic en el ojo. Era alérgica a la expresión «de segunda categoría» y, por un segundo, temí que tuviera que llamar a una ambulancia para gestionar su inevitable crisis.

No la culpaba. No es que nos encontrásemos en una situación ideal, por decirlo livianamente.

Bastante malo era ya que tuviéramos que retractarnos de la colaboración con Derek ahora que hacía nada y menos que lo habíamos anunciado. La gente se pasaría semanas hablando del escándalo de las drogas y cualquier cobertura mediática relevante que se hiciera de la colaboración mencionaría algo acerca de su periodo en el centro de desintoxicación.

Lo peor era que todo esto también afectaría a nuestros plazos de elaboración. Necesitábamos, como mínimo, tres meses para desarrollar el producto y, luego, entre tres y seis más para la producción en masa, las pruebas y el envasado. Eso, suponiendo que no hubiera demora y que nada saliera mal.

Tarde íbamos y, como no consiguiéramos que otro chef se pusiera manos a la obra en las próximas cuarenta y ocho horas, ya podíamos colgar los delantales y bajar persianas.

—No —respondió Mara—. Me niego a pensar que no podemos encontrar un chef igual de famoso cuando tu familia es la dueña de la mitad de los restaurantes *gourmet* que existen. Como si tienes que chantajearlos u obligarlos a punta de pistola, me da igual. Dios, si hasta los obligaré yo a punta de pistola. Este lanzamiento verá la luz. Y será in-cre-í-ble. ¿Me has entendido?

En un momento altamente inapropiado, descubrí que esta Maya desquiciada me asustaba y me ponía un poco cachondo. Todo a la vez.

Pero la realidad seguía siendo la misma.

Desbloqueé el móvil y se lo pasé.

—Adelante. Pruébalo tú misma. Tienes los nombres y la información de contacto en Notas.

En resumen: ni siquiera los creativos y temerarios intentos de intimidación y chantaje de Maya servirían para convencer a los chefs más famosos del mundo para que dejaran sus quehaceres diarios y se pusieran a trabajar en una línea de platos preparados congelados. Porque, para ellos, esto estaba por debajo de sus estándares.

—Ya está. —Se cubrió la cara con las manos. Habíamos pasado muy por encima de la fase de negociación y ahora estábamos hundidos en una profunda depresión—. Aquí se acaba mi carrera.

—Igual dramatizas un poco...

Separó los dedos para fulminarme con la mirada sin apartarse las manos de la cara.

—Y tú no dramatizas lo suficiente. Esto también lleva tu nombre. ¿Quieres que la gente te recuerde como un fracaso por siempre jamás? ¿Quieres que la competencia se ría de ti a tus espaldas?

La única competencia que me importaba a mí era la suya, pero eso no se lo dije.

—Mira, podemos pedírselo a alguien de menor renombre. Siguen siendo chefs maravillosos y, ahora mismo, tampoco es que podamos ponernos quisquillosos.

—Supongo... —Suspiró—. ¿Crees que alguno de tus antiguos profesores de cocina lo haría? Los había que eran verdaderas personalidades y no están al cargo de ningún restaurante. A lo mejor...

Dejó la frase a medias y abrió los ojos como platos.

Mierda. Esa expresión nunca acarreaba nada bueno.

—¿Qué?

—Seb... —exhaló—. Puedes hacerlo tú.

Se me heló la sangre.

—¿Qué coño dices?

—¡Tú! —Maya me señaló y se le agudizó la voz, ilusionada—. No serás un chef profesional, pero como si lo fueras. Te has formado. Y conoces el proyecto como la palma de tu mano. Además, míralo desde un punto de vista comercial. ¿El famoso heredero Laurent arremangándose para preparar las recetas él mismo? Los medios se volverán locos. Podemos coger la negativa de Derek y darle un giro estratégico. Tú no eres el segundo plato: eres la innovación. Un nuevo enfoque.

Su razonamiento tenía sentido, pero empezaron a saltarme las alarmas igualmente.

—No te haces a la idea de lo que cuesta crear esas recetas de cero. No estoy tan formado.

—Pero es que no las estarías creando de cero. Derek ya te ha dado sus ideas.

Apreté la mandíbula. Ojalá pudiese volver atrás en el tiempo y decirle a mi yo del pasado que no aceptara meterse en este absurdo proyecto. No lo había pensado bien, claramente.

—Da igual. No puedo hacerlo.

A Maya se le incendió la mirada.

—¿Por qué narices no?

«Porque me acojona cagarla y que alguien la palme».

«Porque no estoy preparado».

«Porque bastante me costó volver a cocinar para otra persona, imagínate si tengo que hacerlo para miles».

En lugar de decir nada de eso, contesté:

—Porque las juntas ejecutivas de nuestras empresas no lo aceptarán.

—Las juntas ejecutivas de nuestras empresas no tendrán más remedio que aceptarlo. No hay alternativa —contraargumentó Maya.

—Hay muchas alternativas. Hay chefs no tan famosos que...

—Ya sé por qué no quieres hacerlo, Sebastian, y no tiene nada que ver con que la junta lo acepte o no.

Entré en tensión y el terror me carcomió por dentro, pero mantuve una expresión neutral.

Maya no lo sabía. No podía saberlo.

Apoyó ambas manos en la mesa, se inclinó hacia delante, me miró fijamente a los ojos y razonó:

—Tienes miedo. No puedes hacer esto en un abrir y cerrar de ojos sin esforzarte. Por una vez en tu vida, vas a tener que intentarlo de verdad. No tienes ni idea de cómo saldrá todo esto y te acojona. Estás tan acostumbrado a que todo sea coser y cantar que preferirías quedarte en tu zona de confort antes que tener que enfrentarte a la posibilidad de fracasar. Bueno, pues..., ¿sabes una cosa? Hay gente que lo hace a diario. Que se esmera día sí y día también con la esperanza de que le salga bien. Y, si no es así, se levanta y sigue intentándolo porque no puede permitirse el lujo de inventarse excusas. Así que si eres demasiado cobarde como para dar un paso al frente cuando toca, no pasa nada. Pero yo no trabajo con cobardes, Sebastian. Si te largas sin intentarlo siquiera, resultará que no eres el hombre que pensaba. Y aquí se habrá acabado nuestra relación.

No alzó la voz en ningún momento, pero sus palabras me atravesaron con la misma eficacia y brutalidad que un cuchillo.

La vergüenza atravesó viejas heridas hasta dejarme destrozado y hueco, y con todas las feas verdades que acababa de echarme en cara arremolinándose en mi interior.

A duras penas podía mirarla porque tenía razón.

Sí, tenía miedo. No solo por cómo fueran a afectar mis acciones a terceros, sino también por cómo me afectarían a mí y a mi reputación.

Había crecido con la certeza de que, si quería tener éxito en algo, lo tendría. Los estudios y el deporte se me daban bien de forma natural y no sabía lo que era darme de morros con nada porque nunca me había pasado. Ni siquiera cuando Maya me ganaba en algo; en ese caso, no sentía que hubiese fracasado porque ella era la única persona a quien admiraba lo suficiente para quedar relegado a

segundo plano (al menos, temporalmente). Maya me instaba a ser mejor y yo me tomaba nuestra rivalidad como un aprendizaje, no como un contratiempo.

No obstante, hacía tres años que había descubierto, por vez primera, lo que era fracasar de verdad. Fue una experiencia tan amarga que entré en bucle y me planteé si de verdad tenía las agallas suficientes para hacer todo esto. Si era un blandengue, si era demasiado sensible y mi pasión por la cocina no sería un lastre más que una virtud.

Cuando fracasabas en algo que realmente te importaba, dolía todavía más. Era más fácil tirar por lo fácil y contar las pequeñas victorias que tenías aseguradas que dar un gran salto y fallar.

Sin embargo, detestaba que Maya me estuviese mirando de esa forma, como si no me conociera. En cierto modo, era el caso. Aun así, incluso cuando me odiaba, me trataba como si fuese alguien digno de su energía, no un desgraciado que tiraba la toalla cuando la cosa se torcía.

Tragué saliva para deshacerme del doloroso nudo que tenía en la garganta.

—Bueno, ¿qué? —preguntó—. ¿Te arriesgas por el equipo o vas a pedirle a otro que ocupe tu lugar?

Me miró fijamente a los ojos mientras yo desviaba la vista hacia el móvil.

Conocía a una decena de chefs más a quienes podía llamar. No eran, bajo ningún concepto, tan famosos como Derek, y sustituirlo a él con alguna de esas alternativas daría de qué hablar entre la gente del mundillo, pero lo harían bien. ¿Quién sabe? A lo mejor esta colaboración los catapultaba a la fama.

A diferencia de mí, ellos sí tenían agallas y experiencia. Maya podía recriminármelo tanto como quisiera, pero ellos eran una apuesta segura.

Me guardé el móvil y la miré a los ojos. Noté el peso de mi decisión sobre los hombros, pero mantuve un tono de voz firme al responder:

—Si asumo el puesto de Derek, más vale que empecemos de inmediato. Tenemos mucho trabajo por hacer.

10

Sebastian



Maya tenía razón. Las juntas de ejecutivos de ambas empresas no tuvieron más remedio que aceptar mi nueva posición en este proyecto. No les hizo ni pizca de gracia, pero era esto o aplazar el lanzamiento. Tanto su padre como el mío eran tozudos como los que más y temían que la competencia fuese a adelantárseles con esto, así que ahora me había convertido, oficialmente, en la cara de la colaboración Singh-Laurent.

Claro que había un inconveniente. Como siempre.

—No eres lo bastante famoso como para ser la cara de todo esto —dijo mi padre, sentado detrás de su escritorio. Estábamos en el despacho que tenía él en casa, con vistas a Central Park, y por un segundo me planteé tirarme por la ventana y estamparme contra la acera que había más abajo. Sería mejor que mantener esta charla—. Ni siquiera eres un chef de verdad; al menos, no en el sentido estricto de la palabra, así que el evento de la presentación tendrá que ser todo un éxito. Nada de gilipolleces como una cena genérica y punto. Quiero algo innovador.

Me mordí la lengua para no soltarle una réplica mordaz.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el acto no puede ser uno más en las páginas donde aparecen decenas de fiestas y eventos. Quiero que todo el mundo hable de esto, Sebastian. Quiero que vayáis a por todas.

—¿Quieres que el lanzamiento de una línea de platos preparados congelados —hice especial énfasis en esa última palabra— sea el evento de la temporada?

Llegados a este punto, no me sorprendería que tanto él como Neal estuviesen confabulando para que fracasáramos directamente. No podían esperar que me encargara de preparar los productos y planear un evento a la vez ni de puta coña.

—Sí. Y que esto ocurra dependerá de ti —dijo mi padre como si nada—. ¿Quién sabe? Si lo consigues, quizá podamos replantearnos tu futuro en esta empresa.

Apreté los puños. Parecía que, últimamente, esta fuese mi reacción por defecto a nuestras conversaciones; aun así, era absolutamente imposible que mi padre cambiara de opinión y dejara que me convirtiera en chef profesional. Lo que pasaba era que le gustaba enseñarme el caramelito para tenerme controlado.

Y, sin embargo, una minúscula y estúpida parte de mí se agarraba a esa diminuta posibilidad como si le fuera la vida en ello.

«Pides demasiado y no negocias suficiente».

«Si te largas sin intentarlo siquiera, resultará que no eres el hombre que pensaba».

Oí el eco de las voces de Margaux y de Maya en mi cabeza.

A la mierda. Había ido de majo con mi padre, pero ya me llegaba el agua al cuello. Si todo esto tenía que estallarme en la cara, ya puestos, que fuera a lo grande.

Me lo debía a mí mismo.

—Lo quiero por escrito —le dije.

Mi padre frunció el ceño y preguntó:

—¿Disculpa?

—Has dicho que si consigo que el lanzamiento salga bien, nos replantearemos mi futuro. Quiero dejarlo por escrito y que conste lo siguiente: si lo consigo, pasaré de ser el director de *marketing* del Grupo de Restaurantes Laurent a ser chef del restaurante que yo elija a tiempo completo. Y también quiero que en el contrato

aparezcan tus términos, lo que tú consideres un éxito y el plazo exacto para la transición. Envíamelo y les pediré a mis abogados que lo revisen.

Soltó una carcajada.

—Ni en sueños. He dicho que quizá podamos replanteárnoslo. No vamos a meter a nuestros abogados en todo esto. Es absurdo.

Me encogí de hombros.

—Entonces quizá no tengas el lanzamiento que esperas.

A mi padre se le desdibujó la sonrisa. La temperatura en su despacho descendió una decena de grados, pero me mantuve firme.

A la mierda. Me había engatusado durante demasiado tiempo y yo se lo había permitido.

La bronca que me había pegado Maya a principios de mes había sido como un toque de atención. Me había pasado tanto tiempo asfixiándome con el miedo y la autocompasión que se me había olvidado cómo defenderme. Pero qué bien sentaba, leches.

Y ver a mi padre así de enfadado y estupefacto sentaba aún mejor.

—Es tu trabajo, Sebastian —dijo con los dientes apretados—. No te cargarías tu propio proyecto, el proyecto de tu familia, para demostrar algo.

—No, pero uno puede esmerarse más o menos en cada trabajo —respondí como si nada—. Seguiré haciendo lo justo para quedar bien. Puedo coordinar una entrevista *online* en algún supermercado para presentar los productos... O puedo enviar paquetes de promoción a *influencers*. Seguro que estarán encantados.

Mi padre me fulminó con la mirada. Cuando hablaba de «ir a por todas» no se refería a esto y los dos lo sabíamos.

—Si no te gustan mis ideas, échame —añadí fríamente—. Seguro que después de lo de Derek quedaría la mar de bien.

—No me vengas con fantasmadas.

—Pues échame —repetí.

A mi padre le latió un músculo en la barbilla, pero enseguida se le relajó la expresión.

—Te estás olvidando de la otra parte de la ecuación. Todavía contamos con Maya. Si no lo haces tú, lo hará ella.

—Puede. Es buena, pero estaría sola. Bastante desbordada está ya ahora que somos dos. ¿Quieres arriesgarte a que se queme y meta la pata antes del lanzamiento?

A mi pregunta le siguió un silencio tan pesado que era casi palpable.

Mi padre no estaba acostumbrado a perder ninguna discusión. Y ahora irradiaba tal descontento que se me pusieron los pelos de punta.

Aun así, no rompí el contacto visual y, tras un largo y tenso minuto, él desvío la vista hacia el ordenador.

—Mi abogado te enviará los documentos la semana que viene —convino con sequedad—. Puedes irte.

Me marché sonriendo.

«Un punto para el quipo Sebastian».

Justo como había prometido, mi padre me envió los documentos. Mis abogados los revisaron y, en menos de una semana, firmamos y cerramos el acuerdo.

Si lograba que la presentación fuese un éxito, tal y como quedaba estipulado en nuestro contrato, me convertiría en chef tras un periodo de transición de seis meses.

Era emocionante (y aterrador, ahora que había todavía más en juego). En el lanzamiento ya no solo nos jugábamos la reputación, sino que tenía que salir rodado porque yo me jugaba mi futuro entero, y eso sin entrar en detalles de lo que significaba realmente que me convirtiera en chef a tiempo completo.

Pero ya me preocuparía por eso llegado el momento. Ahora, tenía que encontrar la forma para que una línea de platos preparados congelados fuese la comidilla de la ciudad, metafóricamente hablando.

—No me puedo creer que esté haciendo horas extra la misma noche de Halloween por culpa del puñetero Derek. —Maya clavó la vista en el techo—. Lo odio. Te odio. Odio mi vida.

—No me digas que vas a rendirte... —Le pasé una bolsa abierta de patatas. Cogió una y la masticó. Sonaba taciturna incluso

mascando—. No es ni medianoche.

Estábamos tumbados el uno al lado del otro en el suelo del despacho. Eran las once y media de la noche y, a excepción de nosotros dos, no había nadie más en todo el edificio. Hasta los conserjes se habían ido a casa.

Llevábamos allí metidos desde la hora de comer, intentando encontrar una forma divertida e innovadora para el lanzamiento de la colaboración. En algún momento, Maya se había cansado de estar sentada y había traído unas cuantas esterillas de yoga del *spa* para empleados.

Yo había albergado la esperanza de que ese cambio de perspectiva (literal) nos ayudase a dar con unas cuantas ideas. Sin embargo, de momento, no había habido suerte.

—Piensa, Maya, piensa —se dijo a sí misma ejerciéndose presión en los ojos cerrados con las yemas de los dedos—. Una cena es demasiado básica, pero organizar una gala para platos preparados congelados sería ir a la desesperada. ¿Y si nos llevamos a los invitados de crucero temático? O contratamos a famosos para que les lleven los productos a casa personalmente. O podemos llevárnoslos a París y celebrarlo en Versalles...

No me molesté en rebatirle esas absurdas sugerencias. Tenía el cerebro frito y en ese momento solo podía pensar en una única cosa: «Necesito dormir».

Entre la sesión de lluvia de ideas de hoy y que ayer me pasé la noche en vela para acabar de convertir los apuntes de Derek en recetas realmente viables, estaba exhausto.

Aunque, por más extenuado que estuviera, el proceso de creación me tenía estimuladísimo. Derek me había dado ideas básicas, pero eran mis recetas. Mis creaciones. Las había concebido yo ingrediente a ingrediente y, joder, me sentía de maravilla. Me sentía como un chef de verdad.

Aunque ahora mismo no me sentía tan de maravilla porque estaba quemadísimo y nos encontrábamos en un bloqueo creativo.

—Creo que ya hemos terminado por hoy —dije, a pesar de que yo mismo acababa de señalar que aún era temprano—. A lo mejor, si hoy dormimos bien, luego se nos ocurrirá algo mejor.

—No. Hace dos semanas que Michel nos dijo que teníamos que convertir todo esto en el evento de la temporada. No podemos seguir posponiéndolo; además, la fecha está a la vuelta de la esquina. Solo necesitamos un poco de inspiración.

Estaba agotado y cerré los ojos.

—Llámame cuando la encuentres.

—No te duermas.

—Que no...

Aunque la verdad era que me estaba quedando frito. Sin comerlo ni beberlo, la mente se me perdió por un terreno híbrido que quedaba a medio camino entre la lucidez y la inconsciencia.

Un territorio repleto de piedras donde soplaba el mismo viento gélido invernal que en Praga. No veía a nadie a mi alrededor, pero notaba el frío metal de una pistola pegada a mi cabeza.

Y, entonces, la escena cambió y yo ya no estaba en Praga, sino en una cocina, rodeado de los gritos del personal mientras nos preparábamos para una preinauguración. Bajé la vista y me dio un vuelco el estómago al ver que tenía las manos manchadas de sangre. Aquel líquido denso y pegajoso iba goteando y formando un charco cada vez mayor en el suelo, alrededor de mis pies.

La respiración se me volvió superficial. Se me aceleró el corazón y me envolvió la apabullante sensación de que tenía que largarme de inmediato. Si no abría los ojos y me sentaba, me ahogaría. La sangre ya me llegaba a los tobillos; sin embargo, por más que me repitiera que tenía que moverme, no podía.

«Mi culpa».

«Mi culpa».

«Mi culpa».

Empecé a respirar de forma más entrecortada. Parecía que el suelo fuese a abrirse a mis pies y...

—¿Seb? ¡Sebastian!

Unas manos firmes me agarraron por los hombros y me sacudieron para sacarme de aquella pesadilla.

Abrí los ojos de golpe. La bilis me subía por la garganta y temía que, como Maya siguiera agitándome de aquella manera, fuese a vomitar.

Tenía la cara pegada a la mía.

—Estás sudando —señaló.

Tardé un instante en recobrar la voz.

—Estaba medio adormilado...

Me estudió un segundo. La tenía tan cerca que podía contarle hasta la última pestaña, que fue justamente lo que hice mientras esperaba a que el corazón volviera a latirme al ritmo habitual.

La actividad me resultó extrañamente relajante. Maya era extrañamente relajante, cosa que jamás pensé que diría de la chica que una vez se coló en mi habitación del internado y me puso toda la ropa a lavar con agua caliente. Tuve que cambiar el armario entero.

Al final, el corazón empezó a latirme lo bastante despacio como para que pudiera sentarme sin marearme.

Hacía más de un año que no tenía una pesadilla tan vívida, por eso había dejado de ir a terapia hacía unos meses. Era de esperar que siguiese notando algo de ansiedad; sin embargo, la presión por partida doble que me generaban el lanzamiento de la colaboración y mi posible cambio laboral debían de haber avivado esa chispa hasta convertirla en un incontrolable incendio.

Maya se echó hacia atrás para sentarse, pero continuaba con la frente arrugada, preocupada.

—Tienes razón. Igual deberíamos irnos a casa —comentó—. Hoy no llegaremos a ninguna parte.

—No. —Carraspeé. Tenía la camisa empapada en sudor frío y se me pegaba a la piel. Me entró un discreto escalofrío—. Hablemos de algo distinto durante un rato. Reseteemos la mente. Nos vendrá bien. —Me puse a pensar en un tema más seguro. Maya no quería contarme por qué se había ido tan deprisa de esa reunión hacía algunas semanas. No paraba de insistir en que tenía médico y, a pesar de que yo sabía que no era cierto, no podía obligarla a que me contara la verdad—. ¿Qué hiciste el fin de semana?

Este año, Halloween caía en martes, así que casi todos los eventos habían tenido lugar ya durante el fin de semana.

—Fui a un par de fiestas con mis amigas —contestó—. Ayana organizó una noche de chicas en su casa e hicimos la previa allí

antes de ir a una experiencia *pop-up* en Brooklyn. Era como una fiesta con temática encantada en la que... —Inhaló con fuerza. Se le iluminó la expresión y me agarró el brazo con tanta fuerza que me dolió—. Dios, ¡pues claro!

La última vez que estuvo tan ilusionada, acabé aceptando crear más de doce recetas para toda una puta línea de platos preparados congelados.

La miré con cierto recelo mientras ella me soltaba y se ponía de pie.

—Un evento emergente. ¡Claro! —repitió. Echó a andar de una punta a la otra de la sala, que era lo que solía hacer mientras pensaba—. Podemos lanzar la línea de productos con un restaurante emergente. Serviremos los platos preparados congelados a los clientes... Bueno, los calentaremos, claro. Pero les presentaremos los platos como si estuviesen en un restaurante *gourmet*. Con servicio de primera clase, vajilla de porcelana y decoración de diseño. No será una cena; será una experiencia.

Interesante. No me parecía horrendo, pero...

—Es como servir comida rápida en el Ritz.

—Exacto. Es extraño e inesperado, de modo que dará de qué hablar. —Maya se detuvo, abrió el ordenador y se puso a teclear a toda mecha—. A los medios les encantan los eventos emergentes. Podemos organizar una preinauguración con la prensa e *influencers* y luego abrir al público general durante un tiempo limitado.

Su ilusión era contagiosa. Yo seguía sin tenerlo del todo claro, pero, de repente, me empezaron a venir un montón de ideas a la mente.

—¿Y si lo llevamos un paso más allá?

Maya enarcó una ceja a modo de pregunta.

—Les servimos la comida de la nueva línea de productos y platos *gourmet* de toda la vida —proseguí—. Y que los clientes adivinen cuál es cuál. Eso le sumará un poco de misterio a la experiencia y logrará que sea más interactiva. Además, demostrará la alta calidad de la línea: unos platos preparados congelados que están tan ricos que cualquiera diría que los acaban de preparar.

—Es... —Maya pestañeó—. Es una genialidad.

—Lo sé.

Cuando cogió una servilleta arrugada de la mesa y me la tiró, me reí. La pesadilla de antes ya casi había desaparecido, y yo preferí achacar eso a la idea que acabábamos de tener que a Maya en sí.

—Pero... una pregunta —dijo ella—. ¿Puedes hacer que los platos preparados congelados sepan tan bien como una comida *gourmet*? Parece superchungo.

—Fácil, no será —reconocí—. No puedo garantizar que vayan a saber exactamente igual, pero puedo hacer que estén lo bastante ricos como para que los comensales duden. —«Espero», añadí para mis adentros.

No paraba de sumarme más y más presión a diario, pero... A la mierda. Estaba harto de ir a lo seguro y me negaba a dejar que la ansiedad me impidiera dar lo mejor de mí.

Que era el puñetero Sebastian Laurent. Tenía que darlo todo.

A Maya se le dibujó lentamente una sonrisa.

—Justo lo que quería oír.

Esa noche, no nos fuimos a casa. Nos quedamos en el despacho y nos pasamos horas intercambiando ideas y creando un plan para el evento en cuestión. El proyecto dejó de ser tanto una obligación y por fin se convirtió en algo más divertido; podría haberme pasado la vida entera trabajando en eso si no fuera porque, al final, el cuerpo se me rebeló.

Primero estábamos otra vez tumbados en las esterillas de yoga para parar unos minutos (solo unos minutos, para estirar un poco la musculatura) y, de pronto...

Se me empezaron a cerrar los ojos, noté el brazo de Maya alrededor de la cintura y yo tenía la pierna en...

Bostecé. Traté de acabar ese pensamiento de dónde tenía la pierna. ¿O estaba pensando en la lista de invitados? A lo mejor era algo sobre el perfume de Maya, que olía aún mejor ahora que la tenía tan cerca. El aroma era ligero y dulce, y la calidez de su cuerpo mantenía el agresivo aire acondicionado a raya.

Estar tumbado a su lado era como estar envuelto con una agradable manta con aromas florales. Y, en esta ocasión, cuando

volví a perderme en las profundidades del sueño, no tuve ninguna pesadilla.

Más bien lo contrario.

11

Maya



Olía a sal y a vinagre, un poco a perfume de hombre, y a Guerlain Shalimar, el perfume favorito de mi abuela.

Una combinación extraña, pero yo estaba demasiado adormilada como para cuestionarme nada.

Suspiré y me acurruqué más contra la almohada y...

«Un segundo...». ¿Qué les había pasado a mis sábanas mullidas y extremadamente suaves? Era como si estuviese durmiendo contra una pared de ladrillos. Una pared de ladrillos cálida y musculada que no era incómoda de por sí, pero que no era de seda y pluma de ganso ni de broma.

Abrí los ojos. Un rayo de sol me abrasó las retinas y volví a cerrarlos de golpe.

Yo siempre cerraba mis cortinas opacas por la noche. Y también encendía mi vela favorita antes de acostarme; una vela que olía a jazmín, no a Guerlain.

Algo no cuadraba.

Auné la fuerza para volver a abrir los ojos. Ahora, no vi directamente la luz del sol porque me encontré con una cara prácticamente pegada a la mía que me impidió ver nada más.

—¡Ahhhhh!

—¡Ahhhhh!

Me senté de golpe y con el corazón acelerado.

—¿Cómo...? ¿Qué...? ¿Por qué gritas?

Tenía miles de preguntas, pero opté por empezar con la más simple.

—Has gritado tú primero —respondió mi abuela, cuyos pendientes de rubíes centelleaban con la luz del sol. Llevaba un abrigo de un azul intenso, tenía una expresión curiosa y se había puesto tantas joyas que podría llenar toda una tienda de Tiffany—. ¿Qué haces durmiendo en una esterilla de yoga con tu némesis de la infancia?

—¿De qué estás...?

Le seguí la mirada hacia mi lado, donde vi a Sebastian despatarrado en el suelo y cubriéndose los ojos con un brazo. Tenía una pierna entrelazada con la mía y, en ese instante, me di cuenta de que aquella «pared de ladrillos» contra la que estaba durmiendo era él. Por lo visto, nuestro griterío no lo había despertado.

—¡Ahhhhh!

Aparté la pierna de repente y me levanté. Mi abuela rio mientras Sebastian por fin se despertaba. Bajó el brazo y nos miró con los ojos entornados. Me estudió las pintas de recién levantada y se le iluminó la mirada con algo peligrosamente parecido al ardor, pero se le enfrió la expresión enseguida.

Fue visto y no visto; debía de habérmelo imaginado. En su mirada no había ardor alguno. ¿Por qué iba a haberlo?

—Espero que no te despiertes gritando así cada día. Es bastante molesto —dijo antes de dedicarle una encantadora sonrisa a mi abuela. Sebastian parecía estar tomándose su inesperada aparición muchísimo mejor que yo—. Buenos días, señora, Gupta. —Gupta, el apellido de soltera de mi abuela.

Mi abuela le devolvió la sonrisa.

—Buenos días, querido.

Ella siempre había tenido cierta predilección por Sebastian. Lo cual demostraba que el gusto exquisito que tenía la mujer con las joyas no se extrapolaba al gusto no tan exquisito que tenía con la gente.

Apreté los dientes mientras Sebastian se levantaba con parsimonia. Estiró los brazos por encima de la cabeza y bostezó. Fue

un movimiento tan perezoso que parecía un gato de dimensiones considerables después de haberse echado una siesta. A pesar de que tenía el pelo enmarañado y la ropa arrugada, seguía estando guapísimo. Había quienes se pasaban horas intentando dar con ese atuendo informal y natural; él, en cambio, saltaba de la cama (o, en este caso, de la esterilla de yoga) con estas mismas pintas.

Qué rabia.

Sebastian cogió las esterillas y las enroscó. Bajé involuntariamente la mirada hacia sus antebrazos y noté algo aterciopelado cerca del corazón. ¿Un aleteo? No. Menuda tontería.

La lluvia de ideas para el evento emergente había estado bien, pero no significaba nada. Lo único que me había aportado Sebastian Laurent siempre eran úlceras.

Aunque verlo recién levantado, por más que fuera vestido de los pies a la cabeza y estuviéramos en un despacho, tenía algo muy... íntimo. Estaba convencida de que, la primera vez que se quedó dormido anoche, Sebastian tuvo una pesadilla, y aquel minúsculo atisbo de vulnerabilidad me dejó más tocada de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Me gustaba más tratar con un Sebastian que parecía un dios intocable. Me irritaba, sí, pero no agrietaba la supuesta opinión que tenía yo sobre él; una opinión que debía ser firme como una roca. Una opinión sustentada en todas las décadas que había tenido que soportarlo por obligación. Y no me gustaba que me demostraran que me equivocaba.

Porque no me equivocaba. Sebastian era Sebastian, por más encantador que se mostrara al ilusionarse con el menú para el evento o por más agradable que fuese su calor corporal...

Alguien carraspeó con delicadeza y me sacó de mis cavilaciones.

Me sobresalté, me encontré con la sagaz mirada de mi abuela y me subieron los colores. La mujer cogió la americana de Sebastian del respaldo de la silla y se la pasó.

—Igual deberías ponértela. A ver si la gente va a pensar lo que no es... —le dijo sin apartarme la mirada.

—Ah. —Sebastian se aclaró la voz—. Gracias.

Cogió la chaqueta con un apagado tono rosado en las mejillas.

Cruzamos miradas un milisegundo antes de que ambos nos apresurásemos a desviar la vista hacia otro lado.

A mí también se me sonrojaron cuello y pecho. No tenía nada de lo que avergonzarme. No había hecho nada malo. Estábamos trabajando y nos quedamos dormidos. Fin de la historia.

Volví a mirar a mi abuela.

—¿Qué haces aquí, *nani*?[1] —le pregunté en un intento por dejar de pensar en la cercanía de Sebastian—. Nunca vienes al despacho.

—He quedado con una amiga para desayunar y estaba por la zona. Se me ha ocurrido venir a ver si el pésimo gusto de tu padre para la decoración había mejorado. Ya veo que no. —Mi abuela enarcó las cejas—. Menos mal que no os ha encontrado él aquí. Está prohibidísimo fornicar en el trabajo.

—¿Qué? ¡¡¡No!!!

—No estábamos...

—No hemos...

Sebastian y yo nos pisamos las palabras mutuamente mientras intentábamos negar las acusaciones de mi abuela.

—No estábamos fornicando —contesté—. Vamos vestidos de arriba abajo. ¿Acaso parece que estuviéramos haciendo algo inapropiado?

Nos señalé la ropa a ambos y mi abuela nos estudió con la mirada.

—Parece... algo —contestó ella—. A lo mejor, si fornicarais más, ya me habrías dado nietos.

—*¡Nani!*

A mi lado, Sebastian se puso del color de las fresas. Habría disfrutado de su incomodidad de no ser porque estaba mortificada y me ardían las mejillas.

Para tener ochenta y cuatro años, mi abuela se mostraba extremadamente abierta con el tema del sexo. Ojalá no fuera el caso.

—Las cosas, como son. —Bufó—. Si...

—No vuelvas a usar el verbo *fornicar*, por favor.

Yo nunca interrumpiría a una persona mayor, pero estaba a nada de morir de humillación y tenía mucho por hacer antes de sucumbir a la muerte.

Aunque, a decir verdad, me parecería fenomenal que me atravesara un rayo ahora mismo.

—No quería decir eso. —A mi abuela le repiquetearon los brazaletes de oro mientras se alisaba la parte delantera del abrigo—. Lo que sí quería decir era que el tiempo vuela. No quiero morirme antes de ver cómo se casa mi nieta favorita.

¡Ja! Ya sabía yo que era su favorita. «Toma esa, Neha».

—No te vas a morir —respondí—. Bueno, no pronto, quiero decir. Eres la persona más sana que conozco.

—Ya, bueno, eso no significa nada. Podría caerme de un acantilado o podría atropellarme un coche. —Lo dijo tal cual, como si nada de eso le preocupara lo más mínimo—. En fin, ya os he robado suficiente tiempo. Cuanto antes acabéis el proyecto este, antes podréis poneros con el tema de mis nietos. —Nos señaló con los dedos a los dos y se marchó hacia la salida—. Más trabajar y menos arrumacos —añadió girando la cabeza por encima del hombro—. ¡Eso ya lo haréis en algún hotel!

Cerró de un portazo tras de sí.

Tras su marcha, nos sumimos en un profundo silencio. Sebastian y yo permanecimos ahí quietos hasta que las voces que se oían en el pasillo nos sacaron de ese trance. Eran casi las ocho, de modo que la gente ya iba llegando al trabajo.

—Debería...

—Tengo que...

Chocamos mientras nos afanábamos en coger nuestras pertinencias. Nos disculpamos apresuradamente y luego nos fuimos corriendo del despacho.

Yo cogí el ascensor; él, las escaleras. Por una vez, ninguno de los dos soltó ningún comentario mordaz.

No tenía ni idea de adónde me dirigía, pero tenía que alejarme de él de inmediato.

«Es solo Sebastian». Las puertas del ascensor se abrieron emitiendo el sonido correspondiente. «Lo conoces de toda la vida.

No ha cambiado nada».

Al salir fuera, cuando hube atravesado la entrada, ya casi me hube convencido de ello.

—¿Hola? Tierra llamando a Maya.

Vivian me agitó una mano en la cara.

Pestañeé y volví a centrarme en el presente.

—Perdona. ¿Qué decías?

—Quería saber si querías cambiar algún espectáculo de orden —dijo—. He intercambiado la hora de la actuación de Riley K. por la de los acróbatas. Como ella vendrá directa desde el *tour* de Asia, quería darle un poco de margen por si llegaba tarde o algo.

—Me parece bien —respondí.

Estábamos en su salón, ultimando los detalles finales de mi fiesta de cumpleaños, que tendría lugar en dos semanas y media. Esta parte solía encantarme (¡tarta!, ¡actuaciones!, ¡regalos!), pero hoy no conseguía centrarme.

La verdad es que llevaba toda la semana distraída. Desde... Bueno, desde que me desperté al lado de Sebastian Laurent y no lo odié.

Lo cual estaba fatal.

En el mejor de los casos, nos tolerábamos, de modo que no debería estar ablandándome con él. Eso solo podía indicar que el apocalipsis estaba al caer, segurísimo.

—Vale. —Vivian anotó algo en su libreta—. Por mi parte, ya estaría. Mañana volveré a confirmarlo todo con los proveedores, pero, aparte de eso, ya lo tenemos todo preparado.

—Gracias, Viv.

Ella me sonrió y contestó:

—No hay de qué

Ya habíamos trabajado en varias ocasiones juntas en el pasado. Sin embargo, a lo largo del último año y gracias a Sloane, nuestra relación había ido cambiando gradualmente y habíamos pasado de ser unas conocidas que se llevaban bien a convertirnos en amigas de verdad.

Vivian siempre me había caído bien. La organizadora de eventos de lujo era competente y paciente. Y, a pesar de que había crecido en el seno de una familia superadinerada (y se había casado con otro hombre también superadinerado), tenía la cabeza sobre los hombros. Su marido, Dante Russo, era el dueño del mayor grupo de bienes de lujo del mundo, de modo que Vivan tenía acceso a unos selectos contactos con mucho poder y de un valor incalculable para su trabajo.

Me sonó el móvil justo cuando Vivian me acompañaba a la puerta.

Sebastian
Nos vemos pronto
Voy a ganar, que lo sepas

Puse los ojos en blanco. No lo había vuelto a ver desde que nos quedamos dormidos en el despacho por error. A lo largo de la última semana, nos habíamos comunicado exclusivamente por correo o por mensaje de texto, pero eso no nos había impedido encontrar algo más en lo que competir.

Nuestra primera tarea importante para el evento emergente era encontrar la ubicación perfecta. Acordamos que teníamos que dar con un lugar especial y alejarnos de los típicos de Nueva York, pero no teníamos ni idea de cuál podía ser la alternativa.

Tras días investigando y discutiendo, habíamos acotado nuestra lista de preferencias principales. Yo había escogido un lugar precioso y rústico en Vermont, mientras que él se mantenía firme en un *château* que había a orillas de un lago en Carolina del Norte, aunque eso daba igual. Mi elección iba a ser la vencedora, clarísimamente.

—Divertíos en Vermont. —Vivian me abrazó—. Intenta no matarlo, ¿vale? Digamos que sería mejor que no te acusen de asesinato justo antes de tu cumpleaños. Hablo en nombre de Sloane y mío.

En una de nuestras conversaciones por mensaje más... enérgicas, Sebastian y yo acabamos pactando que visitaríamos ambos lugares juntos. Solo así confiábamos en que el otro fuera a dar una opinión sincera. Además, tendríamos que ir a ver el sitio ganador igualmente.

Este fin de semana íbamos a Vermont y, a finales de mes, pasado mi cumpleaños, iríamos a Carolina del Norte.

Miedo me daban los dos viajes. Eso implicaba que estaría aún más cerca de Sebastian, pero no me quedaba otra opción. Eran un mal inevitable.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada —contesté—. Igual tienes que sacarme de prisión.

Vivian rio justo a la vez que se abría la puerta de entrada.

—No hay problema —respondió.

—¿Quién tiene que sacar de prisión a quién? —preguntó alguien de voz profunda y con cierto acento de forma despreocupada.

Dante apareció al cabo de un segundo. Llevaba a su hija de dos años, Josephine (Josie), en un brazo y, en el otro, traía consigo una cesta de pícnic.

A Josie se le iluminó la expresión.

—¡Mami!

La niña alargó sus brazos rechonchitos hacia Vivian y procedió a agitarse frenéticamente hasta que esta cogió la niña a su marido.

—Hola, cielo —saludó a la niña y le dio un beso en la mejilla—. ¿Te lo has pasado bien en el parque con papi?

Josie se rio.

—¡Sí! Hemos visto perritos.

—Andaaaa, pero si nos encantan los perritos. —Vivian se giró y le dio un beso más dulce a Dante—. Cuando crezca nos atosigará para que le compremos uno, ¿a que sí? —le preguntó en un susurro.

Él hizo una mueca, pero miró a su mujer y a su hija con los ojos llenos de ternura.

—No lo manifiestes, por favor —le dijo. Giró la cara hacia mí y añadió—: Maya, me alegro de verte.

—Lo mismo digo.

Sonreí, pero noté que se me encogía un poco el corazón.

No es que me encantaran los bebés ni tampoco me había pasado la vida soñando con tener una casa con jardín y doce críos. Sin embargo, al ver lo felices y familiares que eran los Russo, me entraban ganas de tener algo parecido.

Yo era muy ambiciosa a nivel profesional, pero eso no significaba que no pudiera disfrutar también de salidas y pícnics en familia. La cuestión era que tenía que encontrar a una persona a quien quisiera y respetara lo suficiente como para formar dicha familia juntos. De momento, la cosa pintaba fatal.

Mi madre no paraba de decirme que tenía las expectativas demasiado altas; quizá llevara razón. Pero es que, si no tenía expectativas altas con la persona con quien fuera a pasar el resto de mi vida, no hacía falta que tuviera expectativas para nada en general.

—¿Eres tú la que necesita que la saquen de prisión? —me preguntó Dante con el tono de voz más gracioso que podría aunar un intimidante director ejecutivo italiano de metro noventa y cinco.

—No. —Me sonrojé—. Era, eh... Una broma entre nosotras. Tengo que irme, pero ¿nos vemos en mi fiesta en unas semanas?

El hombre asintió.

Me despedí de nuevo y me marché, dejando que disfrutaran de ese rato en familia.

Los Russo vivían a pocas manzanas de mí. Tenía tiempo de ir a casa, cambiarme y coger el equipaje antes de que, teóricamente, me encontrase con Sebastian. No obstante, mis planes acabaron truncados cuando salí del edificio y me encontré con un utilitario negro que bajó la velocidad al lado de la acera.

Bajó la ventanilla.

—Sube —me ordenó Sebastian con los ojos escondidos tras unas gafas de sol—. Tienes el equipaje en el maletero.

—¿Qué narices...? ¿Cómo sabías que estaba aquí?

Como me estuviese espiando, tendrían que sacarme de prisión antes de que llegásemos a Vermont siquiera.

Él se encogió de hombros.

—Tu asistenta me adora. Además, Vivian ha subido una foto de vuestra sesión de organización de la fiesta en el perfil de su empresa.

—Vivian jamás especificaría dónde estábamos.

—No, pero he reconocido la alfombra. Dante es mi amigo, ¿sabes? —Sebastian señaló el asiento del copiloto—. ¿Piensas subir o qué?

Porque, si quieres ir andando hasta Vermont, por mí, fenomenal.

—La escapada empieza de maravilla. Qué ilusión —me quejé.

Subí al coche. Casi no me dio ni tiempo a cerrar la puerta porque Sebastian arrancó y casi se lleva por delante a dos mujeres vestidas con ropa de deporte de diseñador.

—Me parece increíble que me hayas tendido esta emboscada.

—Que son cuatro horas de coche, Segu; no te he secuestrado —respondió con sequedad—. ¿Tienes que ir al baño?

—No.

—¿Tienes que comer?

—No.

—Entonces siéntate y elige una *playlist*. Serás la *DJ*.

—Vale.

Entré en Spotify y busqué mi *playlist* de música pop. Empezó a sonar una canción de Riley K. a todo volumen a través de los altavoces del coche y, cuando Sebastian hizo una mueca, me di el gusto de sonreír satisfecha.

Era la canción que menos le gustaba de la discografía de la cantante. De hecho, también era la que menos me gustaba a mí, y eso que me encantaba Riley K. Sin embargo, Sebastian tenía pinta de querer arrancarse la piel y los tímpanos a la vez, así que esos tres minutos cincuenta y cuatro segundos de tortura merecieron la pena.

—¿Cómo has cogido mis cosas? —me interesé—. No me digas que también te las ha dado mi asistenta.

—No, eso lo ha hecho tu ama de llaves. Le he dicho que te estaba haciendo un favor. —Me sonrió socarrón—. También me adora.

—Se acabó. —Me puse las gafas de sol para esconder el enfado—. Voy a echarlas a todas y contrataré a monjas.

—Conozco a algunas. Me...

—Como digas que ellas también te adoran, te juro por Dios que te tiro por la ventanilla y te atropello. Dos veces.

La risa de Sebastian inundó el espacio.

Al final, acabamos disfrutando de un silencio semicómodo. La incomodidad derivada de nuestra última interacción en persona pesaba entre nosotros, pero la música y el paisaje al otro lado de la

ventanilla conseguía que resultara más fácil fingir que todo seguía como siempre.

El trayecto entre Nueva York y el lugar que había encontrado yo en Vermont era relativamente corto. Estaba ubicado en un minúsculo pueblo llamado Ellington, donde no había ni aeropuerto ni estación de tren, así que la mejor opción era ir en coche hasta allí.

—¿Me contarás algún día por qué saliste por patas después de aquella reunión de octubre? —me preguntó Sebastian de repente.

El día en que me fui directa a Pittsburgh. No me podía creer que se acordara.

—Ya te lo dije. Tenía hora en el médico —mentí.

—Vamos a pasarnos, por lo menos, una hora más en este coche. Y tienes un gusto musical cuestionable. Lo mínimo que puedes hacer es contarme algo interesante... y cierto.

—No tengo un gusto musical cuestionable. No a todo el mundo le gusta la pretenciosidad del *jazz* francés.

—No cambies de tema. —Me miró—. ¿Tan malo es?

Me mordí el labio inferior. No le había hablado de mi teoría de Pittsburgh a absolutamente nadie. Me preocupaba que la gente fuera a pensar que se me había ido la olla, pero este secreto llevaba semanas atosigándome.

Por extraño que pareciera, Sebastian sería la persona ideal con quien compartirlo. Era muchas cosas, pero despectivo no entraba en la lista. Siempre se había tomado en serio todo lo que le decía, incluso cuando una vez intenté tocarle las narices al defender que Enrique VIII fue el mejor monarca de la historia (no lo fue, y Sebastian lo dejó clarísimo con una disertación de sesenta minutos para echar abajo todos mis argumentos).

—Malo no. Pero, si te lo digo, igual piensas que me he vuelto loca —lo advertí.

—Prueba, a ver.

Inhalé profundamente.

—Creo que el brote de listeria del verano pasado fue premeditado. Alguien se coló en la planta de envasado que tenemos en Pittsburgh y saboteó los productos a propósito.

Al decirlo en voz alta, parecía más descabellado aún.

Hice una mueca y me preparé para que Sebastian se burlara de mí, pero no lo hizo.

—¿Qué te hace pensar eso? —quiso saber, curioso.

—Para empezar, nunca lo vi claro —respondí—. Mi padre está obsesionadísimo con las normas de seguridad. Le importan tanto la calidad como la reputación de nuestros productos, y obliga a los trabajadores a hacer un curso de formación cada año. Si alguien vulnera las normas, lo echan temporalmente o lo despiden. Llevamos décadas dedicándonos a esto y nunca, jamás, hemos tenido ningún problema de contaminación.

—Siempre hay una primera vez para todo —reflexionó Sebastian —. Basta con que alguien la pifie por error.

—Eso pensaba yo también, pero la intuición me decía que no. Envasamos casi toda la línea de productos italiana en la fábrica de Pittsburgh. Cuando mencionaste la ciudad durante la reunión, tuve un *flash*. A principios de año echamos a uno de nuestros trabajadores por no seguir las normas de seguridad. Pensamos que la cosa acabaría ahí, pero se presentó en la fábrica unas semanas más tarde, pistola en mano. Amenazó con pegarle un tiro a todo el mundo y luego suicidarse él. Por suerte, los de seguridad consiguieron desarmarlo antes de que le hiciera daño a nadie.

—Hostia puta. —Sebastian se agarró con más fuerza al volante—. No me había enterado de nada.

—Lo escondimos —contesté—. Convencí a mi padre para que no lo denunciara porque entonces habríamos tenido otro percal que gestionar, pero obligaron al extrabajador en cuestión a someterse a tratamiento. Tampoco puede poner un pie a menos de trescientos metros de las propiedades de Comestibles Singh.

—O sea que crees que se pasó la orden de alejamiento por el forro y se coló en la fábrica —caviló Sebastian.

—Suena descabellado —admití—. Esa noche fui directa a Pittsburgh para hablar con algunos trabajadores. Para ver si se habían dado cuenta de algo raro durante las semanas previas a que se denunciara el primer caso. Nadie se había percatado de nada, pero te juro que no suele fallarme la intuición. Lo que pasa es que no puedo demostrarlo.

Deseaba poder hacerlo con todas mis fuerzas. Sí, había gestionado bien la crisis, pero la empresa había seguido perdiendo varios clientes que, al oír «Comestibles Singh» pensaban en la listeria. Si pudiese demostrar que alguien había contaminado la comida para sabotearnos y que no nos habíamos saltado los controles de seguridad alimentaria, podríamos enmendar la reputación de la marca.

—¿Se lo has contado a alguien más? —quiso saber Sebastian.

—No. No quiero decir nada hasta que tenga algo más que mi intuición.

—O sea que soy tu confidente. —Se le dibujó una lenta sonrisa en el rostro—. Qué honor.

Me acaloré un poco.

—Que no se te suba a la cabeza. Solo te lo he contado porque eres un pesado y no parabas de insistir.

—Nueve de cada diez veces, ser un pesado y no parar de insistir suele ayudarte a conseguir lo que quieres. —Sebastian volvió a mirarme y se le relajó sutilmente el rostro—. Por si te sirve de algo, no creo que tu teoría sea descabellada. Tienes buenos instintos, Segu. Confía en ellos.

Algo en mi interior se derritió un poco.

Me abrumó tantísimo que giré la cara enseguida para mirar por la ventana. Basta de hablar, basta de mirarlo y, por encima de todo, basta de seguir confesándole cosas hasta que mi cuerpo aceptara que Sebastian Laurent seguía siendo nuestro mayor contrincante. Que nos llevásemos bien de vez en cuando no cambiaba nada.

Sebastian también guardó silencio durante un rato, aunque puede que en su caso fuera porque estaba superconcentrado en la conducción.

A lo largo de los últimos kilómetros, el tiempo había cambiado drásticamente. El cielo soleado se había encapotado con unas feúchas nubes de tormenta, la lluvia nos dificultaba la visibilidad y el tráfico se había ralentizado muchísimo.

Cuarenta minutos más tarde, habíamos avanzado tal vez un metro y medio.

—Esto es una locura —comentó Sebastian con una pizca de frustración en la voz—. Como nos quedemos en la autopista, no llegaremos a Vermont hasta medianoche.

—¿Y qué quieres que hagamos?

Miré el móvil como si allí fuera a encontrar la respuesta por arte de magia. La cobertura iba fatal y Google tardaba un montón en cargar.

—Estamos a solo una hora y pico del sitio en cuestión. Podemos ir por las carreteras secundarias —sugirió Sebastian.

—No sé yo... —Miré la lluvia un tanto incómoda. Las gotas aporreaban el coche con tanta fuerza que parecían balazos—. No me parece que haga el tiempo ideal para ir por ahí.

—Este coche es una mole. No nos pasará nada. ¿Prefieres ir por carreteras secundarias o esto?

Señaló el sinfín de faros en rojo que teníamos delante. Era justo cómo me imaginaba que sería la entrada al Infierno.

Además, no había vuelto a comer nada desde que habíamos almorzado con Vivian en su casa y ya empezaba a tener hambre.

—Vale —accedí—. Pero espero que sepas lo que haces.

No sé muy bien cómo, pero Sebastian consiguió maniobrar entre los carriles y pillamos la salida que nos quedaba más cerca. El GPS se reubicó y, cuando nos alejamos de ese tráfico infernal, exhalé aliviada. No me había dado cuenta de la claustrofobia que me había generado hasta que lo hubimos dejado atrás.

Sin embargo, el alivio me duró poco. Condujimos durante una media hora antes de que la incomodidad se adueñara de mí.

—¿Soy yo o hemos pasado por delante de la misma gasolinera hace diez minutos?

La lluvia había amainado un poco y vi el mismo Toyota de color azul aparcado exactamente en el mismo sitio que antes.

Sebastian arrugó la frente.

—Estoy siguiendo el GPS. Nos habrá hecho dar la vuelta. No me había pasado nunca.

Intentó resetearlo, pero no sirvió de nada. Seguíamos dando círculos.

—A la mierda. No tenemos tiempo para ponernos a arreglar esto —solté—. Ya te guío yo con Google Maps. La actualización debería ser más reciente.

La aplicación iba más lenta que de costumbre, pero, al final, nos sacó de ese bucle y pusimos rumbo a nuestro destino.

Por eso odiaba los viajes por carretera. Había demasiadas cosas que podían salir mal.

Pero ya casi habíamos llegado y, si aguantaba, era porque ya me veía dándome una ducha caliente y pidiendo servicio de habitaciones.

—Gira a la izquierda —le dije.

—¿Estás segura? —preguntó Sebastian, frenó un poco y observó el estrecho camino que daba a un bosque—. No tiene pinta de llevar a ninguna parte.

—Es lo que dice la aplicación.

Refresqué la página por si acaso, pero seguía enviándome por ahí.

Sebastian parecía escéptico, pero no me llevó la contraria.

Avanzamos por el camino. Habíamos parado la música hacía un montón y nos envolvía un silencio absoluto; no se oía nada aparte del ruido de la lluvia y el zumbido del coche. Los árboles se alzaban altos por encima de nosotros; eran tan gruesos que prácticamente ocultaban el cielo nocturno.

Yo estaba acostumbrada a las luces y al ruido, y aquella asfixiante oscuridad provocó que se me pusiera la piel de gallina.

—Intenta refrescar la aplicación otra vez. No puede ser que nos envíe por aquí —comentó Sebastian—. Nos está llevando al bosque, no a la carretera principal.

—Ya lo intento, pero es que aquí casi no hay cobertura.

De no ser porque la aplicación también podía funcionar sin cobertura, estaríamos jodidos.

—*Putain* —Sebastian soltó otro taco en francés que sería inapropiado traducir—. Olvídalo. Voy a dar media vuelta. Volveremos a la gasolinera y, si hace falta, le pediremos a alguien que nos indique.

Estaba tan cansada que ni siquiera lo vacilé al imaginármelo dignándose a pedir ayuda. Ahora ya, hasta dormiría felizmente en la

gasolinera. Lo que fuera con tal de salir de este maldito coche.

Sebastian dio media vuelta y siguió conduciendo, pero se detuvo al cabo de pocos metros.

—¿Qué pasa? ¿Por qué paras? —pregunté.

Sebastian le dio al gas. Se oyó un chirriante sonido y noté que el coche vibraba bajo mi asiento, pero no nos movimos lo más mínimo.

—No he parado. —Sebastian estaba pálido—. Creo que las ruedas se han quedado atascadas.

Me dio un vuelco descomunal el estómago.

—¡¿Que crees que qué?!

—Espera aquí.

Se sacudió un poco para quitarse la americana y la usó a modo de paraguas improvisado para bajar del coche.

Me repiqueteé el muslo con los dedos. Tenía los nervios a flor de piel; no podía estarme quieta.

Tras lo que pareció una eternidad, Sebastian regresó. No me hizo falta preguntarle cuán jodidos estábamos porque lo llevaba escrito en la cara.

—Es por el barro —comentó—. Las ruedas se han quedado pegadas, pero es imposible sacarlas de ahí con este tiempo.

—Pero si se supone que lloverá toda la noche...

—Ya lo sé.

Tragué saliva. No sabía si aquellas repentinas náuseas se debían al hambre, al miedo o a una mezcla de ambos.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ahora vamos a tener que quedarnos en el coche hasta que amanezca —respondió Sebastian, taciturno.

12

Maya



—No —contesté—. No vamos a pasar la noche durmiendo en el coche. Tiene que haber una alternativa para salir de aquí.

—¿Crees que me apetece dormir aquí así? —Sebastian se señaló la ropa. Estaba empapado. Tenía los bajos de los vaqueros pringados de barro, y la camisa y la americana le chorreaban—. Si se te ocurre alguna maravillosa solución, adelante, soy todo oídos.

—Llamaremos a la policía. Se puede llamar a emergencias sin cobertura. —Pero, por más que lo intentara, las líneas seguían ocupadas—. ¡Venga yaaa! —Le di al botón de llamada otra vez, furiosa.

¿De qué servía llamar a emergencias si cuando tenías una emergencia de verdad no respondían?

—Deben de tener las líneas petadísimas —razonó Sebastian, apagando el motor. Si queríamos seguir conduciendo por la mañana, no podíamos dejar el coche en marcha toda la noche—. Seguro que, con la tormenta, está habiendo una barbaridad de accidentes. Aunque consigas dar con ellos, vamos a ser los últimos en su lista de prioridades.

Mis padres no habían criado a una rajada, pero sabía cuándo me tocaba aceptar la derrota.

Me hundí en el asiento y, cuando la lluvia se intensificó de nuevo, se me puso aún más la piel de gallina. Caían unas gotas tan gruesas que no veía ni a un metro de distancia.

¿Habría animales salvajes en este bosque? O peor, ¿humanos? Parecía el típico sitio y la típica noche que tanto les gustaban a los asesinos en serie. A lo mejor teníamos a uno justo detrás del coche, esperando a que bajáramos la guardia para poder descuartizarnos.

Me estremecí. «Basta. Se acabaron los pódcast sobre crímenes reales».

—No deberíamos habernos movido de la autopista —me lamenté —. Si no hubieses insistido en desviarte por esta ruta panorámica, esto no habría pasado.

—¿Ruta panorámica? —escupió—. ¡Que tú has estado de acuerdo! No me vengas con estas; ni que te hubiese obligado a venir por aquí. Además, quien me iba dando direcciones y ha decidido que deberíamos pillar el camino que daba al bosque has sido tú. Así que, si hay que culpar a alguien, te llevas la palma.

—Yo no he decidido nada. ¡Es lo que decía la aplicación!

—¡Las aplicaciones fallan!

—¡Qué fácil decirlo, a toro pasado! El conductor eres tú. No hacía falta que giraras aquí. Así que no intentes echarme la culpa.

Nos fulminamos mutuamente con la mirada y con la respiración andrajosa. Un delicado rayo de luz aportó ciertas sombras a la mueca apretada de sus labios. Y me sentí tentada a..., a... ¡Pfff!

Le aparté la mirada e intenté tranquilizar a los furiosos latidos de mi corazón. Me estaban azotando mil emociones a la vez y, a pesar de que me sentaría de maravilla explotar con Sebastian, en el fondo sabía que él no tenía la culpa de todo esto.

Ninguno de los dos tenía la culpa. Habíamos tenido mala suerte y ahora tendríamos que capear el temporal.

Sebastian debió de llegar a la misma conclusión que yo porque no dijo nada más.

Permanecimos en silencio y nuestro estallido de hostilidad cedió un poco hasta convertirse en una contrariada aceptación.

La cuestión era que íbamos a tener que pasar la noche aquí, juntos. Y yo no quería destinar todas las horas a pelearme con la

única compañía que tenía.

Cuando volví a mirar a Sebastian, vi que tenía la vista puesta al frente y la mandíbula apretada. Se le había secado un poco la ropa, pero debía de estar congelándose.

Estaba rígido, con una postura para nada natural. Era como si estuviese obligándose a no moverse, pero entonces le entró un sutil escalofrío.

Apreté los labios. «Para. Tú céntrate en lo tuyo».

Si Sebastian quería pasarse la noche entera con la ropa empapada, ¿quién era yo para impedírselo?

Lo delató otro escalofrío y exhalé frustrada. A veces me odiaba a mí misma que daba gusto.

—Deberías cambiarte. Así pillarás un resfriado —señalé.

—Estoy bien. Ya casi se me ha secado la ropa.

—No se te ha secado; sigue húmeda. Como duermas con esto puesto —le señalé el atuendo—, pillarás una neumonía.

Me miró de soslayo y le atisbé una pizca de diversión en los ojos.

—Tu preocupación me conmueve.

Me sonrojé.

—Solo lo digo porque no quiero despertarme por la mañana y encontrarme con un cuerpo sin vida —me defendí con altanería—. No quiero tener que descubrir cómo deshacerme de un cadáver.

—Tú ve repitiéndote eso, Segu.

Sin embargo, tras titubear un segundo, Sebastian abrió la puerta y salió fuera. Seguía lloviendo. Regresó al cabo de un minuto con el pelo chorreando y su bolsa de mano.

Alargué el brazo y encendí el motor. La calefacción empezó a colarse por las rejillas de ventilación.

—Ya lo apagaremos cuando hayamos entrado en calor —argumenté.

Sebastian volvió a mirarme, aunque ahora lo hizo con una expresión inescrutable. No obstante, sacó un pantalón de chándal de la bolsa y luego lo tiró en el asiento trasero sin decir ni mu.

Al cabo de un segundo, me preguntó:

—¿Piensas girarte o quieres ver cómo me desnudo?

Si antes me había sonrojado, ahora estaba como un tomate, literalmente.

—Para nada. Bastante terrible ha sido ya la noche como para que tenga que ver tu..., tu... —farfullé en busca de algo negativo que decir sobre su físico. Por desgracia, el hombre estaba esculpido como si fuese una puñetera estatua griega.

Su sonrisa adoptó un guiño diabólico.

—¿Mi...?

—Ay, calla ya y cámbiate —me quejé.

Desvié la vista por la ventana e ignoré la risa grave que se le escapó.

Pero el coche tampoco es que fuera tan grande, así que atisbé algún que otro reflejo de su cuerpo en el cristal, empañado por la lluvia.

Sus anchos hombros. Cómo flexionó los brazos al sacarse la camisa por la cabeza. La despreocupada seguridad que emanaba al moverse.

Fue colándose todo en mi interior. Cada roce de la ropa sonaba extrañamente fuerte en este espacio reducido y, cuanto más intentaba ignorarlo, más se me tensaban los músculos.

Fijé la vista en una gota de agua que resbalaba por el cristal. Estaba tan resuelta a no prestar atención alguna a lo que estaba ocurriendo a mis espaldas que casi pegué un salto cuando Sebastian volvió a hablar.

—Ya puedes girarte.

Tragué saliva. Relajé la expresión para adoptar algo que se asemejara a la neutralidad y miré hacia el asiento del conductor.

Sebastian se había cambiado del todo y ahora llevaba una sudadera y unos pantalones de chándal negros. Seguía con el pelo mojado, pero la piel le había vuelto a adoptar el saludable tono de siempre.

Me pasó una sudadera.

—Póntela —me dijo.

—No me hace falta.

El jersey de cuello vuelto y los vaqueros que llevaba no eran lo más cómodo del mundo para dormir, pero el pijama de seda que

había puesto en la maleta no es que estuviese hecho precisamente para este tipo de clima.

—El suéter ese tan fino no te abrigará nada cuando apaguemos la calefacción —señaló Sebastian.

—Tengo el abrigo.

—Piensas dormir con una prenda de cachemir de Max Mara —comentó escéptico.

—Qué va. Lo usaré a modo de manta. —Me tapé el torso con el abrigo—. ¿Ves?

Sebastian exhaló con pesadez.

—Maya, ponte la maldita sudadera.

Me miré el jersey de cuello vuelto de lana. Y luego miré la gruesa sudadera que me estaba tendiendo Sebastian y que me quedaría gigantesca.

«*Mecagüen*...».

Acepté la prenda sin volver a terciar palabra y me la pasé por la cabeza. Entré en calor enseguida y casi suspiro, alegre. No me había dado cuenta del frío que tenía hasta que me puse esta capa de más.

La sudadera olía a él; tenía un aroma fresco y limpio y con la pizca justa de especias como para provocarme un poco los sentidos. Resistí la tentación de hundir la cara en la tela.

—¿Has traído algún tentempié? —le pregunté. Ahora que estábamos expuestos a cualquier peligro inminente, el estómago se me reveló de nuevo. Y, como si acabase de invocarlo, me rugió enfadado—. Yo solo tengo un par de barritas proteicas y una botella de agua.

Cuando viajaba, solía llevar siempre un montón de tentempiés conmigo. Sin embargo, como Sebastian había venido a recogerme directamente a casa de Vivian, ahora tenía solo lo que llevaba en el bolso.

—Yo tengo un poco de Gatorade y galletas saladas, pero nada más —me contó.

Me obligué a no pensar en la *pizza* y las patatas fritas que tenía previsto pedir que me subieran a la habitación mientras nos partíamos la bolsa de galletas saldas y una barrita proteica. Guardamos la segunda para el desayuno. Estaba a punto de darle un

sorbo al agua para tragarme la comida cuando un espeluznante rugido permeó el aire.

Me quedé petrificada y se me aceleró el pulso.

—¿Lo has oído? ¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—Debe de haber sido el viento —respondió Sebastian, a pesar de que se aseguró de que tuviésemos las puertas bloqueadas antes de volver a apagar el motor.

Se hizo un silencio sepulcral. Y, entonces, se oyó otro rugido en la distancia seguido de unos más fuertes que yo no tenía interés alguno en investigar.

Me hundí aún más en el asiento y me tapé la cabeza con la capucha.

Iba a ser una noche larga.

A pesar de que me sentía tentada a mantenerme despierta hasta la mañana para que no me asesinara nadie mientras dormía, me pudo el agotamiento.

No recordaba haberme quedado dormida; sin embargo cuando me desperté a la mañana siguiente, estaba tumbada en los asientos traseros del coche. ¿Cómo había acabado aquí, si estaba en el asiento del copiloto?

Tenía el abrigo puesto por encima, como una manta, y una sudadera de tío que me hacía de almohada. La bolsa de mano de Sebastian estaba en el suelo y con la cremallera entreabierta.

Me apoyé en un codo para erguirme y pestañeé para enfocar mejor. Tardé un segundo en orientarme y acordarme de lo ocurrido anoche.

La tormenta. El GSP que había fallado. Sebastian y yo atrapados en el bosque.

Gruñí y deseé haber tenido la lucidez de contratar un servicio de taxi profesional antes de subirme a un coche para hacer el trayecto con Sebastian.

Por lo menos había dejado de llover... El cielo estaba despejado y hacía sol; incluso se oía el piar de algunos pájaros en el exterior.

Me senté del todo y me incliné hacia delante.

—Seb, ¿has...?

Al ver que los dos asientos delanteros estaban vacíos, se me apagó la voz.

Sebastian no estaba.

Me dio un vuelco el estómago mientras escaneaba los alrededores del coche frenéticamente. Nada.

¿Dónde se había metido? ¿Me habría dejado aquí para que me las apañara sola o es que se lo había llevado un asesino en serie y lo había descuartizado mientras yo dormía?

Me puse el abrigo del tirón y salí del coche. Los pies se me hundieron en el barro pringoso que rodeaba el vehículo mientras buscaba un conocido rostro de pelo oscuro.

—¿Sebastian? —El eco de mi voz retumbó entre los árboles—. ¿Dónde estás?

No obtuve respuesta.

Vale. No pasaba nada. Todo iba bien. Iba todo bien.

«Piensa, Maya, piensa». Me ejercí presión en los ojos con la base de las palmas de las manos en un intento por no ponerme jodidamente histérica.

Sebastian tenía las llaves, de modo que, suponiendo que consiguiera sacar el coche de aquí, yo no podría conducir a ninguna parte. Miré el móvil enseguida y vi que se me había muerto; y no podía cargarlo porque, de nuevo, necesitaba las llaves para encender el motor. Aun así, no podía llamar a nadie para pedir ayuda, aunque seguramente seguiría sin tener cobertura.

—¡Seb! —volví a gritar. Una imagen de su cuerpo mutilado me atravesó la mente y se me contrajo la garganta—. ¡No me hace gracia!

Nada.

Las lágrimas me inundaron la vista. Pestañeé para deshacerme de ellas, furiosa conmigo misma por ponerme así de sensible cuando debería estar buscando una solución.

Si Sebastian no estaba, no estaba y punto. Que gritara su nombre no cambiaría nada, pero no podía rendirme.

—¡Sebastian! ¡Te juro por Dios que, como me estés vacilando, te mato! —Giré sobre mí misma—. ¿Dónde...?

—Eso de gritar cuando te despiertas es una costumbre, ¿no? —dijo una voz familiar.

Al cabo de un segundo, vi a Sebastian. Llevaba los mismos pantalones de chándal que anoche y parecía perfectamente entero, sano y vivo.

Nunca me había alegrado tanto de ver su estúpida sonrisa socarrona.

—¿Dónde narices estabas? —exigí saber.

La voz me sonaba más cargada que de costumbre.

—Tenía que hacer mis necesidades. Estabas durmiendo y no he querido molestarte. —Me miró y se le desdibujó la sonrisa—. ¿Estás llorando?

—No. —«Pensaba que te habías muerto, idiota». Me resbaló una lágrima por la mejilla y me la sequé con más fuerza de la necesaria —. O sea, sí, pero porque me muero de hambre. Y, eh..., me pongo sensiblona cuando no desayuno como Dios manda.

Me miró extrañado, pero no puso mi patética excusa en duda.

—Antes he mirado cómo pinta la cosa —me contó—. ¿Prefieres que empiece con las buenas noticias o con las malas?

—Con las malas.

—No puedo sacar el coche de aquí. —Señaló las ruedas con la cabeza. Había puesto alfombrillas justo debajo para que hubiese mejor tracción, pero era evidente que no bastaba con eso—. El barro es demasiado hondo y el coche, demasiado pesado.

—Joder... Vale. —Respiré profundamente—. ¿Y las buenas?

—Podemos volver andando a la carretera principal. No debería estar tan lejos. Cuando lleguemos, podemos buscar ayuda.

Tenía sentido. Aun así, imaginarme abandonando la relativa seguridad que nos aportaba el coche para ponernos a deambular por el bosque me inquietaba.

—¿Vamos a dejar las cosas aquí?

—Podemos coger lo esencial, pero todo lo demás nos hará ir más lentos.

No me entusiasmaba, pero no nos quedaba otra. Teníamos el coche atascado; los teléfonos, sin batería, y nuestro suministro de alimentos se reducía a media botella de Gatorade y una barrita

proteica. Además, ya casi eran las doce; habíamos dormido muchísimo más de lo que deberíamos. Como no encontrásemos ayuda pronto, nos moriríamos de hambre o peor.

No mencioné el bombón de chocolate que me tiró el verano pasado y que seguía guardando en el bolso.

Sebastian y yo cogimos las cuatro cosas esenciales, las metimos en su bolsa de mano y echamos a andar. Al principio, la cosa fue bien. El camino seguía todo recto hacia la carretera principal... Hasta que la cosa se torció.

—Tiene que ser una broma —solté.

Me quedé mirando, consternada, el montón de barro revuelto y vegetación destrozada que teníamos delante. La lluvia se había cargado el resto del camino y ahora era imposible adivinar por dónde seguía antes.

El universo nos la tenía jugada ya de por sí, pero esto era una racha de mala suerte sin precedentes. De no ser porque a mí no me hacía ni pizca de gracia, habría resultado casi cómico.

—Míralo por el lado positivo —dijo Sebastian—. Solo podemos ir hacia la izquierda, hacia la derecha, o seguir recto. Así que tenemos bastantes probabilidades de acertar.

—Esto no tiene nada de positivo.

—Ya. —Sonaba cansado—. Pero no sé qué más decirte.

Tras otre breve debate, optamos por seguir recto.

Me rugían las tripas, que no parecían para nada satisfechas con la media barrita proteica que les había dado para desayunar. Sin embargo, lo peor eran los pies.

No me había llevado bambas, así que ahora me veía obligada a atravesar el bosque con unas bailarinas de cuero. Estos zapatos no estaban pensados para caminar largas distancias, pero era eso, los *stilettos* negros o mis alpargatas peluditas, y las había dejado en el coche.

—¿Cómo vas? —quiso saber Sebastian.

—Bien —mentí.

Los zapatos me rozaban el talón y la molestia era tal que ya se había convertido en dolor con todas las de la ley. Sin embargo, a no

ser que él tuviese un par de deportivas de mujer adicional escondido en la bolsa, no podía ayudarme.

Ralentizó el ritmo y me esperó.

—Cojeas.

—Estoy bien —insistí—. Sigamos. Quiero llegar a la carretera principal antes de que anochezca.

A juzgar por la posición del sol, debería ser primera hora de la tarde. Además, estábamos a principios de noviembre, así que caería la noche mucho más temprano.

Si dormir en el coche ya me había puesto nerviosa, dormir a la intemperie en medio del bosque sería peor. Muchísimo peor.

Me entró un escalofrío.

El miedo me dio el impulso necesario para continuar andando un kilómetro más. Sin embargo, después de eso, sentí otra punzada de dolor por todo el cuerpo.

Apreté los dientes. «Sigue andando». Y casi habíamos llegado. Seguro.

Empecé a exhalar con unos jadeos entrecortados. Noté algo húmedo en los talones y casi me resbalan las bailarinas. Trastabillé y, de no ser porque una mano fuerte me agarró por el codo, me habría caído de cara.

Sebastian bajó la mirada e hizo una mueca, aterrado.

—Estás sangrando.

—Es un corte de nada. No hay para tanto —resollé.

—Maya. —Me apretó el codo con más fuerza—. Estás san-gran-do.

Le seguí la mirada y, al ver el pie manchado de sangre, casi gemí. Ahora entendía de dónde salía tanta agonía. Tenía los talones completamente llagados.

—Joder, no sé cómo no lo he visto antes. Estaba demasiado centrado en... —Sebastian se detuvo. Movió repetidamente la mandíbula, como si estuviese pensado qué decir a continuación—. Quítate los zapatos.

—No puedo andar descalza por el bosque —protesté.

—No vas a andar descalza. Te llevaré yo.

Sentí una perturbadora sensación en el pecho, pero la aplasté de inmediato.

—No puedes llevarme. No tienes ni idea de cuánto queda para llegar a la carretera principal. Igual está a kilómetros de aquí.

—Soy plenamente consciente de ello —contestó como si nada.

La sensación de antes se avivó. Sin embargo, en esta ocasión, no pude sofocarla.

No quería perder más tiempo discutiendo con él, así que obedecí y me descalcé. Envolví las bailarinas con una de las camisas de Sebastian y las metí en su bolsa.

Dudé una milésima de segundo antes de saltarle a la espalda y envolverle el torso con piernas y manos. Entre mi peso y su bolsa, Sebastian estaba demasiado sobrecargado, pero se limitó a agarrarme por debajo de los muslos y echó a andar como si yo fuera una muñeca de trapo.

La respiración de Sebastian era firme y constante, y su espalda me pareció alentadoramente sólida contra el pecho. Era... agradable. Seguíamos estando jodidísimos como los que más, pero su presencia tenía algo que mejoraba muy sutilmente la situación, aunque yo, eso, no lo reconocería jamás.

Llegamos a un punto del camino accidentado y el instinto casi me llevó a hundirle la cara en el hombro, pero me contuve.

«Para. No es tu compañero de apoyo emocional. Estáis aquí juntos porque os ha tocado, no por voluntad propia, ni por tu parte ni por la suya».

Fui repitiéndome ese mismo mantra hasta que el corazón dejó de latirme tan fuerte.

Tenía que volver a la civilización de inmediato. Tanta naturaleza me estaba atrofiando el cerebro.

El bosque era inmenso y seguimos avanzando lo que me parecieron horas antes de que nos tomáramos un respiro. Sebastian me bajó y el fresco aire reemplazó el vacío que había dejado la calidez de su cuerpo.

Paseé la vista por el paisaje. Era igual que cualquier otro que hubiésemos visto en todo el día.

—Nos hemos vuelto a perder —señalé, y no lo dije como una pregunta.

Sebastian suspiró.

—Sí.

El sol brillaba bajo y noté que empezaba a refrescar. Anochecería pronto y teníamos muy pocas probabilidades de llegar a la carretera principal antes de que cayera la noche.

Esperé a que el miedo se adueñara de mí, pero lo único que sentí fue agotamiento. ¿Era esto rendirse? ¿Ya me había resignado y aceptado que tal vez muriéramos en este bosque?

Pensaba que era más resiliente, pero es que no había comido nada en todo el día y no tenía la energía suficiente como para agobiarme.

—Deberíamos acampar aquí —comentó Sebastian—. No vamos a llegar demasiado lejos antes de que se ponga el sol y quiero encender una hoguera antes de que anochezca. Yo me ocupo del fuego y tú monta algo para que podamos dormir.

Por lo general, no acataría las órdenes de Sebastian, pero tenía razón. La ropa que llevábamos no era lo bastante caliente como para dormir a la intemperie y, como no encendiéramos pronto una hoguera, nos congelaríamos de verdad.

Por suerte, habíamos tenido la prudencia de traer una muda de recambio. Aparté unas cuantas ramas del suelo y monté una cama improvisada con las sudaderas y los pantalones. Podíamos volver a usar los abrigos a modo de mantas. Si teníamos suerte, con el fuego bastaría.

Me preocupaba un poco que la leña estuviese demasiado mojada a causa de la lluvia de la noche anterior, pero Sebastian encontró la suficiente yesca seca como para poder encender la hoguera. Incluso regresó de su expedición con varias bayas silvestres.

—La cena. —Me dejó unas cuantas en las palmas—. No te preocupes, son comestibles.

Las miré con recelo a pesar de que me dio un vuelco el estómago, ilusionado.

—¿Estás seguro?

—Estoy en un ochenta por ciento seguro. —Sebastian se metió una en la boca—. Si me desplomo y empiezo a convulsionar, será que me he equivocado, supongo.

—A mí no me hace gracia —me quejé.

Aun así, me comí una con cautela. Un estallido dulce me inundó la boca y, cuando hube confirmado que no eran venenosas, me zampé el resto en un periquete.

—Si fueras a morir mañana, ¿cuál querrías que fuese tu última comida? —le pregunté con la boca llena del jugo de las bayas.

Me froté la boca con el dorso de la mano.

Como mi madre me viera comiendo así, me mataría. Pero..., a la mierda. No estábamos en ningún restaurante con estrellas Michelin y, ahora mismo, la menor de mis preocupaciones eran los buenos modales.

Sebastian me miró de refilón.

—Un tema un poco mórbido, vistas las circunstancias, ¿no crees? —De todos modos, arrugó la frente, concentrado, y respondió—: Lomo de Wagyu A5 poco hecho y cola de langosta recién pescada con puré de patatas con ajo y romero de acompañamiento, y una crema catalana hecha como Dios manda de postre. Y, luego, una copa de Macallan Adami 1926 para digerirlo todo. ¿Y tú?

—Hmmm. —Mastiqué mi última baya pensativa—. Chocolate, por supuesto. Un buen pedazo de tarta de chocolate con un batido de chocolate, pero de los buenos, de esos que son tan densos que parecen helado, no de los acuosos. De plato principal, quiero *tagliatelle* de trufa y *pizza* de burrata con patatas fritas de acompañamiento. Ah, y muchas, muchísimas fresas. Son mi fruta favorita.

—Lo sé. —Sebastian esbozó una sonrisa—. Me acuerdo de cuando dejaste el puesto de ese agricultor vacío en los Hamptons. Nunca he visto a nadie comerse tantísimas fresas tan rápido.

—¡Tenía doce años! —me defendí—. Me había pasado el día en la playa y tenía hambre. Además, esas fresas estaban riquísimas.

—No he dicho que fuera nada malo. En parte, fue hasta tierno. —Se le ensanchó la sonrisa—. Casi tan tierno como cuando luego vomitaste por comer tan deprisa.

—Como empieces a sacar momentos bochornosos de mi pasado, pienso hacer lo mismo con el tuyo, Míster Me-Caí-En-Una-Piscina-Con-Un-Traje-De-Brioni-Puesto.

—Seguía estando la mar de atractivo —respondió como si nada—. Me dieron el teléfono doce personas después de eso.

Puse los ojos en blanco. Claro, cómo no.

Nuestras sombras se alargaron. El sol se había puesto mientras nosotros hablábamos, pero el fuego seguía chisporroteando con una firme tranquilidad mientras Sebastian y yo permanecíamos sentados al lado del otro, dejando que el calor de las llamas nos calara hasta nuestros gélidos huesos.

—¿Crees que vale la pena? —le pregunté con la vista puesta en el fuego. Aquel centelleo anaranjado era prácticamente hipnótico—. Todo lo que has experimentado y lo que has logrado hasta ahora. Si de verdad este fuera nuestro último día en la Tierra, ¿estarías satisfecho con tu vida?

Sebastian le añadió otro trozo de leña al fuego. Las llamas se avivaron, alzándose más altas e iluminando las esculpidas líneas de su perfil.

—Con algunas cosas sí.

—¿Con cuáles?

—Con las que han hecho que me sintiera realizado —contestó tras una larga pausa—. Con los lugares que he visitado y lo que he aprendido. Con los momentos en los que he estado tan metido en el presente que no he tenido que preocuparme por nada más.

—¿Y con qué no estarías feliz?

Sebastian me miró. Le atisbé una breve pizca de melancolía en los ojos, pero se desvaneció enseguida.

—A lo mejor te lo cuento en otra vida. —Me dio un golpe en la rodilla con la suya y aquel gesto tan familiar provocó que una inesperada descarga me subiera pierna arriba—. El simple hecho de que tal vez acabemos muriendo aquí los dos juntos no significa que vaya a darte acceso a mis secretos más oscuros y profundos.

—¿Y por qué estás tan convencido de que coincidiríamos en otra vida?

—Porque no me imagino una vida en la que no estés tú para volverme loco de remate.

Lo decía como si fuera negativo. Segurísimo.

De modo que no tenía sentido alguno que sus palabras se me clavaran tan hondo y me abrasaran el corazón.

Nos miramos a los ojos y, por un segundo, el aire a nuestro alrededor se volvió electrizante.

Y, entonces, Sebastian pestañeó y todo volvió a la normalidad.

Desvió la mirada hacia el fuego antes de volver a centrar su atención en mí.

—Te toca —me dijo—. ¿Y tú? ¿Estarías satisfecha con tu vida?

—No —reconocí—. Me sentiría...

«Como si hubiese malgastado años en busca de algo que no existía. Como si la hubiese pifiado y no hubiese priorizado lo que era importante de verdad. Y lo sé, pero soy incapaz de dejar de hacerlo porque soy como soy y a veces me odio por ello».

Lo pensé, pero no podía decirle nada de eso. Como pronunciara todo eso en voz alta lo convertiría en miedos reales. Y lo real no iba conmigo. No cuando era algo así.

—Me sentiría incompleta —acabé de decir—. Todavía me faltan puntos por tachar en mi lista de cosas por hacer antes de morir.

—¿Como qué?

—Como ganar un premio Nobel. O correr un maratón. O enamorarme.

Eso último se me escapó sin pensarlo, pero ahora ya era demasiado tarde como para retractarme.

Sebastian enarcó las cejas.

—¿Me estás diciendo que no te has enamorado nunca?

—A ver, a algunos de mis ex los quise —respondí en voz baja—. Creo que me cuesta estar mucho tiempo con alguien a no ser que la persona en cuestión me importe de verdad. Pero nunca lo he acabado de sentir del todo, ¿sabes? Como ese gran amor que todo lo puede y que logra que estés dispuesta a cualquier cosa con tal de estar con la otra persona. —Me encogí de hombros, cohibida—. Yo qué sé. A lo mejor esa clase de amor es un mito y yo estoy esperando algo que no existe. Pero me gusta pensar que sí.

—Existe —respondió Sebastian con una convicción sorprendente —. Mira a la reina Bridget y al príncipe Rhys de Eldorra. Derogaron una ley de hacía siglos para estar juntos. Dios, si es que mira a

algunos de nuestros amigos. Si que Vuk asista a fiestas de forma voluntaria por Ayana no es una clara señal de amor verdadero, no sé qué lo será.

Reí por lo bajo.

—Cierto.

—Maya Singh, una romántica. —A Sebastian se le dibujó una delicadísima sonrisa—. ¿Quién lo habría dicho?

—No se lo digas a nadie o verás cómo descubres esa otra vida antes de lo previsto —le advertí—. Supongo que yo no tengo que preguntarte si te has enamorado alguna vez. La respuesta es claramente que no.

Sebastian había tenido decenas de novias informales. Nunca había salido más de unos cuantos meses con nadie y en ocasiones me daba la impresión de que, más que disfrutar de la compañía de esas chicas, la toleraba. Nunca había visto que se le iluminara la expresión en presencia de ninguna de ellas; eso seguro.

Esperaba que fuese a darme la razón de inmediato, pero titubeó un segundo.

—Claramente —respondió luego. Señaló la cama improvisada que había preparado yo con un gesto de cabeza y sentenció—: Deberíamos descansar un poco. Cuanto antes nos vayamos a dormir, antes nos despertaremos y antes podremos seguir andando. No me apetece nada pasar una segunda noche aquí.

—Ya somos dos. —Me obligué a no mirar hacia los árboles. Mientras mantuviera la vista fija en el centelleo de las llamas, estaría a salvo. O eso esperaba. Cualquier cosa que pudiera existir a lo lejos no era asunto mío—. ¿Deberíamos turnarnos para hacer guardia?

Sebastian rio por la nariz.

—Creo que has visto demasiados programas de supervivencia.

—Disculpa si quiero intentar que sigamos con vida —resoplé.

Sin embargo, mientras me tumbaba y me cubría con el abrigo, me alegré de no tener que quedarme despierta sola.

Sebastian se acomodó a mi lado, dejando que yo quedara entre la curva de su cuerpo y la hoguera. Tenía la espalda pegada a su pecho y, cuando me envolvió la cintura con los brazos, inhalé sorprendida.

—No pienses lo que no es —aclaró con tono áspero—. Es para mantener el calor corporal.

Me mordí el labio con tanta fuerza que noté el sabor cobrizo de la sangre. Era muy consciente de todo y el instinto de supervivencia me dijo que me separara de inmediato, pero no lo hice.

Estar pegada a él me aportaba más calidez, era cierto. Y me gustaba que su cuerpo fuese como una especie de escudo protector ante la noche. Sebastian me aportaba seguridad y era algo que, ahora mismo, necesitaba sentir desesperadamente.

Una combinación de calor, hambre y agotamiento se adueñó de mí y fui quedándome dormida poco a poco. Pensé que lo había oído hablar, pero estaba tan cansada que igual no fue más que un sueño.

—Por si te sirve de algo... —dijo Sebastian, a pesar de que el crepitar del fuego casi le acalló la voz—. Si tuviera que elegir con quién pasar mis últimas horas de vida, te elegiría a ti.

13

Sebastian/Maya



Sebastian

Oí un grito.

Me desperté de golpe, sobresaltado. El corazón me iba a mil por hora mientras yo me deshacía de la somnolencia y buscaba de dónde procedía el grito en cuestión.

No tardé demasiado en encontrar la respuesta.

Tenía a Maya pegada a un lado, con los ojos abiertos de par en par y la mirada fija en su pierna. Estaba temblando y cuando seguí su mirada aterrada...

«Hostia. Puta».

Me dio un vuelco el estómago.

Tenía una serpiente enroscada alrededor del tobillo y sus escamas negras centelleaban bajo la luz de primera hora de la mañana. Medía, por lo menos, un metro y medio e iba sacando su lengua bífida rápidamente, saboreando el aire.

—Maya —le dije casi sin separar los labios. Todos mis instintos me pedían a gritos que hiciera algo, pero los movimientos repentinos no

harían más que empeorar la situación—. No te muevas.

No respondió, pero me agarró el brazo con tanta fuerza que me clavó las uñas. Maya tenía la respiración acelerada y jadeaba someramente.

La serpiente se aferró un poco más, enroscando sus músculos con una perezosa aunque peligrosa fuerza. El reptil me miraba con sus ojos penetrantes mientras yo me acercaba un par de centímetros, procurando que todos mis movimientos fueran tranquilos y deliberados.

No aparté la vista de la serpiente mientras, despacio, cogía un palo pequeño del suelo.

«Con cuidado...».

Agarré el palo con fuerza mientras estiraba la mano hacia delante.

«Con cuidado...».

La serpiente volvió a sacar la lengua y levantó sutilmente la cabeza.

No era ningún experto en reptiles, así que lo único que podía hacer era rezar por que este en concreto no fuese venenoso.

«Con cuidado...».

Colé el palo entre el cuerpo de la serpiente y la pierna de Maya. Ella soltó un sonido ahogado, pero permaneció sorprendentemente quieta cuando la serpiente siseó.

Si se la apartaba a la fuerza, a lo mejor la serpiente la mordía para defenderse. Así pues, en lugar de hacer eso, me basté del palo para levantarla y que se enroscara ahí.

Estábamos a cuatro grados, pero tenía la frente sudada y la camisa se me pegaba a la piel.

«Venga... Apártate de Maya, hostia».

La serpiente se detuvo y le tembló el cuerpo; era como si mi intrusión la hubiese irritado. Justo cuando pensaba que tendría que apartársela con las manos, la serpiente empezó a soltarse. Primero se desenroscó un poco. Luego, un poco más.

Siseó con fuerza y bajó al suelo antes de alejarse. Desapareció por debajo de la maleza en cuestión de segundos, como si nunca hubiese estado aquí.

Miré a Maya, que seguía aterrada y con los ojos como platos.

—Ya se ha ido. —Le apoyé las manos en los hombros y la sacudí con delicadeza—. Maya, no pasa nada. La serpiente se ha ido.

Eso pareció sacarla del trance. Inhaló con fuerza, temblorosa, y se dejó caer contra mí.

—Ay, Dios... —Le temblaba la voz—. Pensaba que... Odio...

—Ya lo sé —le dije con ternura, dibujándole círculos en la espalda con la mano.

Aquel gesto era más íntimo de lo que normalmente me permitiría compartir con Maya. Sin embargo, nada de lo que había ocurrido a lo largo del último día había sido normal.

Además, era consciente de lo mucho que odiaba Maya las serpientes. Una vez, en el internado, le hice una broma colocándole una serpiente de goma en la cama. Se desmayó, se dio un golpe en la cabeza y tuvieron que llevarla a la enfermería de inmediato. La culpa me carcomió durante semanas.

Al final, dejó de temblar y levantó la cabeza para mirarme.

—¿Cómo sabías que no era venenosa?

—No lo sabía.

Se le salieron los ojos de órbita. Solo que, ahora, fue porque se había quedado atónita.

—¿Me estás diciendo que has chinchado, literalmente, a un reptil potencialmente venenoso con un palo?

—Técnicamente no lo he chinchado. Pero, así, *grosso modo*, sí. Era eso, esperar a que la serpiente se marchara por voluntad propia, si es que lo hacía, o ver cómo te mataba.

—Te podría haber matado a ti —dijo enfatizando en eso último.

Me encogí de hombros.

—Pero no lo ha hecho.

—Eres... —Maya dejó la frase a medias, como si le estuviese costando encontrar las palabras correctas—. Gracias —susurró.

Se me encogió el corazón.

Sabía qué hacer con una serpiente o si me quedaba tirado en medio del bosque, pero no sabía qué hacer con su franqueza. Con la de ese tipo, no.

Maya casi nunca bajaba la guardia a mi alrededor. Y sin ese escudo protector, temía que fuera a perderme en algo a lo que había

jurado que no volvería.

Se agarró con fuerza a la parte delantera de mi sudadera. Estaba respirando de forma desigual, pero, en cuanto la situación cambió un poco, se le relajó la expresión.

Como tenía la garganta seca, tragué saliva. El bosque pasó a un segundo plano y, de repente, solo pude centrarme en ella.

En sus ojos. En su piel. En sus labios. En cómo le latía el pulso en la base del cuello y en las ganas que tenía de plantarle la boca en ese mismo punto para notar si ella anhelaba notar mi tacto tanto como yo anhelaba notar el suyo.

Y, a pesar de que nuestra relación tendiese a ser siempre tensa y de que yo no debería estar pensando en tales cosas (y mucho menos encontrándonos en una situación como esta), no podría haber parado ni queriendo.

Agaché la cabeza. A Maya se le entrecortó la respiración y levantó muy sutilmente la barbilla, lo justo para que yo...

Un fuerte crujido se cargó el momento.

Giramos la cabeza de repente justo a tiempo para que sintiera que el terror me invadía por completo al ver que algo grande salía de detrás de un arbusto.

Maya

«Voy a morir».

No era la primera vez que lo pensaba a lo largo de las últimas cuarenta y ocho horas. Y, sinceramente, debería ser ilegal que el universo fuera repartiéndole tantas experiencias cercanas a la muerte a una misma persona en un periodo de tiempo tan limitado.

Aunque, en esta ocasión, la experiencia tal vez no fuera solo cercana.

El corazón me latía desbocado contra la caja torácica mientras un hombre del mismo tamaño que un oso aparecía de entre el follaje. Debería tener unos cincuenta largos; tenía el pelo grueso y canoso y

llevaba barba. Iba vestido con una camisa de franela y nos observaba con la frente arrugada.

Ay, Dios. Ya estaba. Ya había llegado el asesino en serie que vivía en el bosque. Me vino a la mente una imagen de nuestros cuerpos mutilados en las noticias de las nueve, o peor, una imagen de cómo nos enterraba este hombre en un sitio donde nadie fuera a encontrarnos jamás. Y, entonces, habló. Para ser de dimensiones gigantescas, tenía una voz sorprendentemente agradable.

—¿Estáis bien, chavales? —quiso saber—. He oído un grito antes y quería ver si necesitabais que os echara un cable.

Ahí fue cuando reparé en los dos adolescentes que lo seguían por detrás. Eran un chico y una chica y ambos iban con material de senderismo. El chico estaba ocupado jugando con el móvil y la chica nos miraba curiosa. No parecía que nadie los hubiese secuestrado ni que les hubiesen hecho daño. Parecía... Bueno, parecía una familia que había ido de acampada, que resultó ser justamente el caso.

Por lo visto, vivían cerca, pero venían cada otoño a acampar en este bosque. Conocían el lugar como la palma de su mano y, después de que Sebastian les contara lo que nos había ocurrido, el hombre, Burt, nos guio alegremente hasta la carretera principal. Gracias a él, no tardamos ni una hora en llegar.

—No os machaquéis demasiado —nos dijo cuando Sebastian y yo nos miramos avergonzados—. Si no conoces la zona, es fácil perderse, y más aún después de una tormenta como esa. Puedo quedarme con vosotros hasta que os vengan a socorrer.

—Muchísimas gracias —le dije. Me sentía un poco tonta por haberle tenido tanto miedo antes. Burt era todo lo contrario a un asesino en serie—. Le estamos muy agradecidos, en serio.

Al hombre se le arrugaron los ojos al sonreír.

—Yo me alegro de que estéis bien. Hace poco encontraron unos cadáveres por aquí. Agradezco no haber tenido que denunciar otros dos casos más.

Tragué saliva.

—Vaya... —dije.

Hasta aquí. Basta de naturaleza para mí. Estaba harta.

Por suerte, cuando llegamos a la carretera principal, recuperamos la cobertura. Los hijos de Burt nos habían dejado sus cargadores portátiles y Sebastian había podido cargar el suyo lo justo para llamar al amigo de un amigo que era un pez gordo en el sector automovilístico. Vinieron a rescatarnos al cabo de veinte minutos. Cuando hubieron sacado el coche del barro y compensamos generosamente a Burt y a su familia por su amabilidad, pusimos rumbo al hotel; en esta ocasión, con unas direcciones más claras.

Durante el trayecto, me puse en contacto con la administradora del sitio y le conté lo ocurrido. La mujer consiguió hacernos un hueco esa misma tarde para enseñárnoslo todo. Así pues, después de hacer el *check-in*, ducharnos y comer, fuimos directos hacia allí. Todavía me dolían los pies por culpa de los zapatos, pero me había puesto suficientes tiritas para mitigar el dolor.

Tenía varias llamadas perdidas y mensajes de amigas y compañeros de trabajo, pero nadie parecía demasiado preocupado. Me había ido hacía relativamente poco y sabían que estaba en Vermont. Pensarían que estaba muy ocupada como para responderles. No sería la primera vez que desconectaba del mundo por cuestiones de trabajo. Debería ponerle remedio por si volvía a desaparecer en el futuro y no procedían a buscarme de inmediato.

Acabé de responder a los mensajes de texto y dejé el móvil. Al otro lado de las ventanillas, el follaje otoñal se iba volviendo borroso. El aroma a manzanas y a hojas secas se coló en el coche y se mezcló con el olor de la loción *aftershave* de Sebastian, con notas especiadas. Se había puesto una camiseta limpia y unos vaqueros, y ni rastro había ya de la barba sutil que le había crecido; ahora, se apreciaba la limpia y marcada línea de su mandíbula.

Sebastian conducía con una mano en el volante y la otra apoyada tranquilamente sobre el cambio de marcha. Seguro de sí mismo pero relajado, con una postura que irradiaba una perezosa confianza.

Costaba asociar esta versión suya con el hombre de expresión sombría que se había enfrentado a una serpiente potencialmente venenosa esa misma mañana.

«Lo ha hecho por ti», me susurró una voz traicionera en la cabeza que acallé enseguida. Seguí mirando por la ventana con una extraña

sensación de calidez en mi interior hasta que llegamos al destino.

Aquella cabaña espectacular de madera se encontraba a las afueras de la ciudad, y me enamoré nada más verla. Los ventanales que ocupaban paredes enteras, esos techos de doble altura y aquel encanto sublime eran la definición de perfección. También tenía una cocina profesional que le haría la competencia a cualquier cocina de restaurante *gourmet*, además de un comedor enorme con vistas al bosque que lo circundaba todo. Era la mezcla ideal entre lo íntimo y lo lujoso.

—Podemos distribuir a los comensales como más les guste —dijo la mujer—. Podemos poner desde una mesa larga hasta decenas de mesas más pequeñas; lo que quieran. —Desvió la vista hacia el móvil—. Tengo que cogerlo, pero miren y paséense por el espacio; vean cómo se sienten. Enseguida vuelvo.

—Gracias. —Esperé a que se hubiera ido antes de dirigirme a Sebastian—. ¿Y bien? ¿Qué te parece?

Acarició el mármol de la cocina con una mano y, a regañadientes, respondió:

—Es... bonito.

—Te lo dije.

—Aunque no tiene por qué ser más bonito que el *château* de Carolina del Norte.

—Ya veremos...

Se le dibujó una media sonrisa y a mí me atravesó una ola de calor.

De momento, habíamos evitado hablar de lo que ocurrió antes de que apareciera Burt. Yo tenía la adrenalina tan por las nubes que las últimas horas me habían pasado en un abrir y cerrar de ojos; sin embargo, ahora que los nervios habían cedido y nos habíamos vuelto a quedar los dos a solas...

La sangre me corría ávida por las venas. Sebastian había estado a punto de besarme. Lo tenía clarísimo.

Y también tenía clarísimo que yo había querido que lo hiciera. Y, de todo lo que había ocurrido en este viaje, esto era lo que más me agobiaba.

A Sebastian se le desdibujó la sonrisa. Al ser ambos conscientes de ello, de pronto el aire se volvió más pesado; tan pesado y tan denso que casi podía saborearlo.

—Disculpen. —La administradora regresó y nos sacó de aquel trance—. ¿Les gustaría hacerme alguna pregunta más?

Sebastian volvió a pasear la vista por la cocina mientras yo sonreía con el corazón acelerado.

—No, creo que eso es todo. Muchas gracias por hacernos un hueco en el último momento. Deberíamos poder darle una respuesta definitiva en un par de semanas —anuncié.

—Me alegra haber podido ayudar. Sin embargo, debo advertirles que hay más interesados en reservar el espacio para esa misma fecha —nos informó la mujer—. Puede que en dos semanas ya no esté disponible.

—¿Cuánto deberíamos dejar de depósito para la reserva?

—El cincuenta por ciento del precio total. Y no es reembolsable.

Hice una mueca. No podía aprobar un cargo tan elevado sin hablarlo primero con el departamento de finanzas, aunque dudaba que fueran a acceder igualmente. Al menos, hasta que pudiera garantizarles que el evento se celebraría aquí.

—No hay problema. —Sebastian se me acercó—. Ya nos hemos decidido. Queremos hacer la reserva.

Lo miré de golpe. «¡¿Qué?!».

—Maravilloso. —La mujer sonrió alegre—. Hoy mismo preparo toda la documentación y se la envío por correo electrónico.

Le dimos la información necesaria para el papeleo y regresamos andando al coche. No dije nada hasta que estuvimos refugiados en la seguridad del vehículo.

—¿Qué narices ha sido eso? Aún tenemos que ir al sitio que viste tú en Carolina del Norte —le recordé—. Como hagamos la reserva y no nos quedemos el local, los de finanzas nos van a decapitar.

—No nos van a decapitar porque nos quedaremos el local —contestó Sebastian la mar de tranquilo—. No vamos a ir al *château*. Tenías razón. Esta cabaña es perfecta y lo último que nos falta es perder más tiempo; bastante atrasados vamos ya.

Me lo quedé mirando.

—¿Quién eres y qué has hecho con Sebastian Laurent? Dímelo ahora y nadie saldrá herido.

El Sebastian de verdad jamás reconocería que yo tenía la razón en nada, y mucho menos se rendiría así. Era todo realmente sospechoso.

—No todo es una conspiración, Segu —dijo con tono seco—. Lo decía en serio. Escogiste el lugar ideal. Nada más.

Debería aceptar mi victoria y ya, pero me sentía vacía. ¿De qué me servía ganar sin una buena pelea antes?

Volvimos a quedarnos en silencio. No obstante, pasados diez minutos, ya no pude aguantar más. Teníamos demasiados temas de los que hablar y, como no aclarásemos las cosas pronto, igual nos ahogaríamos bajo el peso de todo eso.

—Eh... —Me acomodé un pelo detrás de la oreja—. En cuanto a lo que pasó en el bosque... No quiero que estemos incómodos con el otro. Porque todavía tenemos que seguir trabajando juntos unos cuantos meses.

A Sebastian no le cambió lo más mínimo la expresión.

—¿Qué crees que pasó en el bosque, exactamente?

Pestañeé, atónita ante la frialdad de su tono. ¿Se me estaba yendo la olla? ¿Me había imaginado ese casi beso o acaso Sebastian se estaba haciendo el loco? Me inundó la incerteza.

—Nada —respondí—. A eso me refería. Solo quería asegurarme de que no pensaras que las circunstancias nos habían acercado o algo.

—Para nada.

—Bien. Me alegro de que lo veamos igual.

—Lo mismo digo.

Dicho eso, ya no volvimos a hablar.

Sin embargo, más entrada la noche, cuando intenté quedarme dormida, no conseguí deshacerme de la sensación de que, si Sebastian había anulado el viaje a Carolina del Norte, era porque no quería volver a viajar conmigo.

Era mejor así. En vista de la suerte que habíamos tenido ya, acabaríamos estampándonos con el avión o algo por el estilo.

Sin embargo, una pizca de decepción se apoderó de mí antes de que cayera en un sueño intermitente.

14

Maya/Sebastian



Maya

—A ver si lo he entendido... ¿Te quedaste tirada en el bosque con el sexi de tu némesis, te viste obligada a acurrucarte a él para mantener el calor corporal y, encima, te salvó de una serpiente potencialmente venenosa? —dijo Priya—. Guau, a ti sí que te pasan cosas guais.

Me la quedé mirando boquiabierta.

—¿Estás de coña? ¡De guay nada! Pensé que me iba a morir.

—Pero no te moriste. Ahora tienes una historia divertidísima para contar toda la vida. —Suspiró—. Qué suerte tienes...

Cómo no, Priya tenía celos de que casi hubiese muerto. Mi hermana coleccionaba experiencias raras como quien colecciona monedas. Yo estaba convencida de que, como se quedara sin historias con factor sorpresa para contarle a la gente, se marchitaría y moriría.

—Por eso deberías haberte unido a las Girl Scouts, como yo —señaló Neha—. Así habrías sobrevivido mejor. Los entrenamientos que ofrecen para sobrevivir en plena naturaleza son superútiles.

—O sobrevives o no sobrevives —contesté—. No se puede «sobrevivir mejor». Además, aquí estoy, ¿o no?

—De no haber sido por Sebastian, no estarías aquí. —Siguió ojeando la revista y pasó de página distraídamente—. Y por supuesto que hay varios niveles de supervivencia. Estar plenamente consciente es mejor que estar en coma, ¿a que sí?

No me molesté en discutir con ella. Neha tenía el típico síndrome de la hermana menor, lo cual venía a ser una forma elegante de decir que vivía por y para tocarme los cojones.

Estábamos a domingo. Ya habían pasado cuatro días desde que Sebastian y yo habíamos regresado de Vermont y mis hermanas y yo habíamos venido a pasar la tarde en el *spa* del Club Valhalla. Priya y Ben habían vuelto a Nueva York porque mi madre no había parado de insistirles y, técnicamente, hoy deberíamos pasar el día las tres juntas para organizarle la boda.

De momento, nos habíamos limitado a hacernos tratamientos faciales, beber champán y cotillear al lado de la piscina. Eso último, seguía en proceso.

—¿Ben sigue con papá? —me interesé yo.

Mi padre había insistido en llevar al prometido de Priya a «comer de forma amistosa». No se me habría ocurrido forma más fúnebre de describirlo.

—Sí. Estará friéndolo ahora mismo, pobre, pero es lo que pasa cuando te casas con una Singh. Ya se lo advertí. Se las apañará. —Priya no parecía estar demasiado preocupada—. Es una de las cosas que tanto me gustan de él. Es de trato fácil, no como el resto de estirados con los que solía salir. ¿Os acordáis de Troy? Dios, menudo cabrón. Ben nunca...

Me obligué a sonreír mientras mi hermana nos contaba lo perfecto que era Ben. Se habían conocido hacía seis meses en un taller de cerámica y, desde entonces, habían sido inseparables.

Ben me caía bien. Mi hermana era todo caos y él, la calma. Y, a pesar de que mis padres habían tardado meses en hacerse a la idea, ahora ya lo habían aceptado (en gran medida). A mi madre le fastidiaba que el chico fuera un simple artista en lugar de un poderoso hombre de negocios, pero también se alegraba de que

Priya hubiese roto el juramento ese de que no se casaría nunca. Eso la había tenido tan preocupada que, suponiendo que Priya se hubiese casado con un payaso, mi madre lo habría aprobado.

Que Neha ya estuviera casada con el yerno de sus sueños también ayudaba. Arjun era un exitoso gestor de fondos, completamente hecho a nuestra cultura y que colmaba a mis padres con regalos y cumplidos cada vez que los veía.

Y luego estaba yo, la hija soltera de treinta y un años. Poco importaba cuántos logros profesionales acumulase. Seguía siendo la razón por la cual mi madre se pasaba las noches en vela.

—Yo no quiero una boda de dimensiones colosales, pero ya sabéis cómo es mamá. —Priya me dio un codazo—. Ojalá tú también te casaras. Así podríamos intercambiarnos: tú te quedas con el bodorrio y yo me fugo y me caso a escondidas.

No lo dijo con condescendencia, pero sus palabras me dolieron igual. He aquí otro recordatorio de que, en cierto modo, me había quedado atrás.

Si viviese completamente aislada del resto, me daría igual estar soltera. Preferiría estar soltera que estar en una relación por estar. No obstante, la gente no paraba de insistirme tanto con el tema que me entraba ansiedad.

La presión social existía de verdad y, por desgracia, yo no era inmune a ella.

—Por favor... —tercié dibujando otra sonrisa para disimular el malestar—. Como una de sus hijas se fugara y se casara a escondidas, mamá se volvería loca y lo sabes. Le daría el mayor síncope de la historia de la humanidad.

Mi hermana se rio.

—Cierto —coincidió.

Sin embargo, cuando nos fuimos de la piscina para dirigirnos a nuestros respectivos masajes, no pude evitar que aflorara una pizca de competitividad en mi interior.

Priya no se casaría hasta dentro de un año, pero solo faltaban unos cuantos meses para la boda de nuestra prima Radhika.

¿Quería presentarme a cualquiera de esos acontecimientos sola y que toda mi familia se compadeciera otra vez de mí? No. ¿Había una

alta probabilidad de que yo siguiera siendo la única de mis hermanas y primos que iba sola? Sí.

Me quité el albornoz y me tumbé en la camilla de masajes. La cabeza me iba a mil por hora. A lo mejor me había pasado de dura con mis citas previas. Tenía otra prevista para esta semana. Tal vez fuera el definitivo. O, como mínimo, tal vez fuera tolerable y pudiera llevarlo como acompañante a la boda de mi prima.

Fuera como fuese, el chico en cuestión ya tenía un puntazo a su favor: no era Sebastian Laurent.

Ojalá aquel hipotético asesino en serie me hubiese matado.

Preferiría estar muerta que vivir la tortura que estaba viviendo ahora mismo. Y, a diferencia de una rápida puñalada en el pecho, esto no tenía escapatoria fácil.

Debería haber sabido que la cita sería un desastre cuando Brady me llevó al Brasserie M porque era «el restaurante más romántico de la ciudad». Tras recuperarme de un horrendo *déjà vu*, empezamos a hablar. Y ahí fue cuando la cosa empeoró aún más.

—¿Cuántos hijos quieres tener? —me preguntó.

—No más de dos —respondí—. ¿Tú?

—Cuantos más, mejor. Tengo seis hermanos y, de pequeños, lo pasábamos genial. Me gustaría que mis hijos pudieran tener la misma experiencia algún día.

Casi me atraganté con el agua.

—Seis. —Tosí y se me humedecieron los ojos—. Guau. Es... un montón.

—Sí, pero es genial —contestó Brady encarecidamente—. Mi madre se aseguró de que todos nos sintiéramos valorados a nivel individual. Nos preparaba comidas personalizadas, nos hacía jerséis cosidos a mano, nos organizaba unas fiestas de cumpleaños estupendas... De todo.

—¿Y qué hacía tu padre? —quise saber.

—Era abogado. Todavía ejerce. Es uno de los socios de Pierce, Waltham y Greene.

—No me refería a eso —aclaré—. ¿Qué hacía tu padre en casa?

Brady me sonrió confundido.

—Creo que no entiendo la pregunta.

La jaqueca empezó a azotarme la sien.

—Tu madre os preparaba comidas personalizadas y os cosía jerséis a mano. Y tú padre, ¿qué hacía?

—Ya te lo he dicho, es abogado —respondió paciente—. Su trabajo consiste en proveer para la familia. Y el de mi madre, en cuidarnos a nosotros y ocuparse de la casa. De hecho, ella también era abogada; se conocieron en la universidad. Pero, cuando nacimos mis hermanos y yo, dejó de trabajar. Es lógico.

Me saltaron las alarmas y me dio un espasmo ocular.

—Anda... ¿Sí? ¿Y eso por qué?

—Porque la familia va antes que el trabajo.

—Supongo que esto también se aplica a tu padre.

Brady se rio.

—Me troncho contigo. No me habían dicho que fueras tan graciosa.

—No intento ser graciosa. Teniendo en cuenta que tu madre fue quien estuvo embarazada de vosotros durante nueve meses y luego os dio a luz, yo diría que la cosa debería ir al revés. Tu padre debería haber dejado el trabajo y haber ayudado en casa. Tu padre y cualquier otro hombre en general.

Que las mujeres dejaran de trabajar para cuidar de su familia si así lo deseaban no me suponía ningún problema. Lo que sí me suponía un problema era la flagrante misoginia y condescendencia de Brady.

Menos mal que yo era vegetariana, porque como tuviese un cuchillo de carne cerca a lo mejor el chaval no salía con vida del restaurante.

Dejó de reírse.

—¿Cómo quieres que hagan eso? Tienen un trabajo importante.

Por el amor de Dios... ¿Este chico era humano de verdad? Porque su comportamiento era caricaturesco. Aunque yo había conocido a suficientes tíos de rollo macho-tóxico como para saber que los había que realmente pensaban así.

—Tiene gracia —contesté—. Porque, a algunos, ese trabajo que se supone que es tan importante se les da como el culo. Por ejemplo, el dueño de una exclusiva empresa de inversión debería tener unas buenas dotes de gestión de riesgos. Pero, de haber sido el caso, no habría hecho que uno de sus clientes perdiera cientos de miles de dólares por una mala apuesta.

Brady se sonrojó como el que más y le desapareció la sonrisa.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

—Conozco a muchas personas y, a algunas de ellas, les gusta hablar. —Había investigado antes de venir a la cita. Qué pena que nadie hubiese mencionado lo capullo que era Brady; de lo contrario, se la habría anulado. Me importaban un bledo las recriminaciones de mi madre—. Por eso me parece desternillante que vayas alardeando tanto de «proveer para la familia» cuando tú no eres ni capaz de ofrecerle un buen servicio a uno de tus clientes. Y por si no había quedado claro ya... —Me incliné hacia delante y lo miré fijamente a los ojos antes de sentenciar—: Se ha acabado la cita.

Brady era lo bastante listo como para no montar un numerito espectacular en medio del restaurante. Aun así, me soltó una pullita al marcharse:

—Con razón estás soltera —siseó mientras se iba—. Compadezco al pobre desgraciado que acabe contigo. ¿No quieres ir tan de altiva? Pues paga tú la cena.

Se largó cabreado y dejando una ráfaga de asfixiante perfume a su paso.

Arrugué la nariz. Los hombres podían llegar a ser tan dramáticos...

La camarera apareció y se llevó discretamente el plato de Brady, donde todavía quedaba la mitad de la comida. Era la misma que la última vez.

—¿Le apetece más vino? —preguntó con cierta empatía.

—Por favor. —Señalé la copa vacía—. Siga rellenándola.

La chica me guiñó un ojo.

—Entendido.

Suspiré. Ahora que el enfado me había abandonado, me sentía extrañamente desanimada. «"El restaurante más romántico", los cojones», pensé. Este sitio estaba maldito.

Le di un lúgubre sorbo al pinot gris.

La puerta de la cocina se abrió del tirón y me erguí antes de que un camarero al que no ubicaba saliera, plato en mano.

Dejé caer los hombros de nuevo.

Sebastian no estaba aquí, por supuesto (que yo no esperaba que estuviese, eh). Si apareció en mi cita con Nikhil fue por pura casualidad. Además, estaba demasiado ocupado preparando las recetas para los platos preparados congelados como para dedicarse a otras cosas.

Me acabé la comida e hice ademán de pedir la cuenta.

—Su cena ya está cubierta, señorita Singh —me informó la camarera—. Además, desde la cocina quieren obsequiarla con algo especial para agradecerle su asiduidad como clienta.

Le hizo un gesto de cabeza a alguien que quedaba a mis espaldas y otro camarero apareció para dejarme algo más en la mesa.

Un batido de chocolate. Y un trozo de tarta de chocolate con fresas.

Me dio un vuelco el corazón y se me instaló un nudo en la garganta.

—Que aproveche —me dijo la camarera guiñándome un ojo antes de irse a atender a otra mesa.

—Nosotros también somos asiduos y nunca nos lo agradecen con nada especial —oí que se quejaba alguien desde una mesa colindante.

Yo estaba demasiado ocupada paseando la vista por el local como para oír lo que le respondía el otro comensal. Los nervios empezaron a adueñarse de mí, pero estudié el restaurante entero y no logré ver a Sebastian por ninguna parte.

Aun así, no pude contener la sonrisa que se me dibujó cuando le di un sorbo al batido de chocolate. Era tan denso que parecía helado, justo como a mí me gustaba.

En esta ocasión, el postre no traía ninguna nota. Sin embargo, noté la presencia de Sebastian como si lo tuviera justo al lado.

Sebastian

Debería haberme mantenido al margen.

Después de lo de Vermont, después de que casi la besara en el bosque, debería haber sabido que lo mejor era no interferir en otra de sus citas.

Maya era peligrosa y, cuanto más tiempo pasábamos juntos, más perdía yo el control. Por eso había cancelado el viaje a Carolina del Norte y la había dejado ganar con la cabaña.

Bastante me estaba afectando ya. Como tuviera que sobrevivir a un segundo viaje con ella haciendo noche en otro lugar, acabaría perdidísimo.

Mi intención había sido dar un paso al lado al volver a Nueva York y dejar que nuestra relación se ciñera a lo estrictamente profesional. Sin embargo, cuando vi que volvía a aparecer en mi lista de comensales vip (ahora con el chapuzas del mundo de las finanzas cuyo nombre casi ni me sonaba), caí como un puto idiota.

Conseguí controlarme y no salir a la sala, pero les pedí a mis trabajadores que se fijaran en cómo le iba la cita por si tenía que intervenir.

A fin de cuentas, daba igual que yo estuviese físicamente o no con ella. Maya podía estar a kilómetros de distancia que seguiría plagándome la mente; era como si no pudiera deshacerme de su sombra.

Invadía todos mis pensamientos y ocupaba todos los segundos del día.

Era plenamente consciente de que estaba a puntísimo de perderme de forma irrevocable en sus hechizos...

Pero no podía hacer nada de nada para evitarlo.

15

Maya



Dos días después de aquella cita infernal, mis padres me convocaron a su casa para que fuera a comer con ellos.

Digo «convocaron», que no «invitaron», porque el tono de mi madre dejó más que claro que, como me saltara esa comida, ya podía mudarme a otro país y cambiarme el apellido.

—Ahora en serio —le susurré a Diya en el salón—. ¿Están muy enfadados conmigo?

Apretó los labios y no respondió. Lo que sí hizo, en cambio, fue colocarme una minitableta de chocolate en la mano antes de irse y dejar que me las apañara sola.

Yo ya sabía qué quería decir eso.

Estaba jodidísima.

Cuando entré, mis padres ya estaban sentados. Era sábado e iban con su ropa «informal» de fin de semana: un jersey de cachemir y unos pantalones entallados, en el caso de mi padre; y un vestido de seda, un chal a conjunto y las joyas de diamantes, en el caso de mi madre.

Los saludé y tomé asiento en una de las sillas vacías.

—¿Y las demás? —me interesé.

—Tus hermanas y tu abuela están ocupadas —respondió mi padre, no sin antes desviar la mirada rápidamente hacia mi madre, que estaba sentada en la otra punta de la mesa, inexpresiva—. Hoy comeremos los tres solos.

Tragué saliva. Me corrijo: «Estaba jodidísima por dos».

Mi madre esperó a que nos hubieran servido los entrantes antes de arremeter contra mí.

—Maya Singh. —Tenía la voz tan cargada de ira que le temblaba —. ¿Puedes explicarme por qué recibí ayer una llamada de la madre de Brady acusándote de ser «maleducada, hostil y descortés» porque humillaste a su hijo en la cena? Yo no te he enseñado a montar numeritos en público, y menos en un restaurante de tres estrellas Michelin. Y menos aún con lo que me esmeré para conseguirte esa cita. ¿Tienes idea de lo que has hecho? ¡Ahora los Sinclair le dirán a todo el mundo que no sé educar a mi hija!

La indignación me abrasó el estómago.

—No le grité —aclaré—. Le dije la verdad, que es un pésimo banquero de inversión, y se enfadó. Quien montó el numerito al marcharse iracundo fue él.

A mi madre se le ensancharon las fosas nasales.

—¿Y por qué le dijiste eso? ¡*Are baap re*, es como si intentaras sabotearte tus propias citas!

—Traté de darle una oportunidad —me quejé—. Pero el chico estaba siendo un capullo misógino. Y no me arrepiento.

—¡Maya! —Mi padre me advirtió con la mirada—. Esa boca.

—Perdón. Quería decir que estaba siendo un bobo misógino y que no me arrepiento.

A mi padre empezó a formársele una media sonrisa, lo cual solo consiguió que mi madre se mosqueara aún más.

—¿Te parece gracioso? ¡Bastante tarde vas ya para casarte! Eres la mayor de mis hijas y la única que no tiene perspectivas de matrimonio. Como sigas así, acabarás siendo una solterona igual que la tita Meera. ¿Eso quieres?

La tita Meera era la hermana mayor de mi madre. El hecho de que no se hubiera casado generaba gran controversia en nuestra familia.

—No, pero créeme, no quieres a Brady Sinclair como yerno.

Procedí a resumir rápidamente mi conversación con él antes de que mi madre volviese a perder los estribos.

Cuando hube acabado, ella apretó los labios y contestó.

—Aun así. Enemistarte con él en el Brasserie M no era la solución.

Mi padre tuvo la decencia de guardar silencio. Tras décadas casado con mi madre, sabía que era mejor no interrumpir a su mujer cuando ella estaba en plena confrontación.

—Ya no es solo por Brady —prosiguió mi madre—. Hemos intentado dejar que encontraras a alguien a tu propio ritmo. Ya sabes que, cuando algo tiene que ver con encontrar el amor, tu padre y yo somos de mente abierta. ¡Si hasta vamos a dejar que Priya se case con un escultor, por el amor de Dios! Pero no has vuelto a tener novio serio desde los veintipico. Llevo ¡dos años! organizándote citas. Puede que Brady no encajara, pero has rechazado a una barbaridad de chicos la mar de aptos y amables por motivos más que cuestionables.

—Tan cuestionables no eran —respondí débilmente.

—A uno lo rechazaste porque no te gustaba su perfume.

—Dijo que era el que se ponía siempre, pero yo no paraba de estornudar. No iba a casarme con alguien a quien fuera alérgica.

Mi padre se rio por la nariz, pero enseguida tosió para disimularlo y, cuando mi madre lo fulminó con la mirada, él siguió comiendo.

—Maya. —Tenía clarísimo que mi madre estaba echando mano de todas sus fuerzas por mantener un tono de voz neutral—. Como te he dicho ya, te hemos dado todas las oportunidades del mundo para que encontraras el amor por tu cuenta. Sin embargo, está claro que esto no funciona; necesitas que te guíen con más firmeza.

Se me heló la sangre. Solté el tenedor, que repiqueteó al caer, y recé por que no me estuviera diciendo lo que creía que me estaba diciendo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Mi madre se alisó la parte delantera del vestido y me miró fijamente a los ojos.

—Quiero decir que, como de aquí a un año no te hayas comprometido, elegiremos nosotros a tu marido. Fin de la historia.

16

Sebastian



Una vez de vuelta a Nueva York, me metí de lleno en terminar las recetas para la presentación de los platos congelados. Eso, aparte de las que ya había creado basándome en las notas que me había pasado Derek. Y me vino de maravilla para distraerme del caos total que no paraba de atormentarme mentalmente.

Seguía sin conseguir perfeccionar las vieiras, pero no me costaba prepararlas. La presión de crear una línea de producción en serie no se me antojaba tan pesada como la de preparar un plato de forma artesanal. Quería que los platos preparados congelados también fueran perfectos; nos jugábamos la reputación y millones de dólares en ello. Sin embargo, yo no me sentía implicado en ello de forma tan personal. Era como la diferencia que hay entre hacerle un emotivo discurso a alguien en persona o enviárselo por mensaje de texto.

Con las directrices de Margaux, terminé las diez recetas la mañana del cumpleaños de Maya. Me había planteado no ir a su fiesta por el mismo motivo por el cual había anulado el viaje a Carolina del Norte: ir sería demasiado peligroso.

Nuestra relación había cambiado en Vermont. Había sufrido un cambio pequeño pero sísmico. Y, hasta que no volviese a encontrar

el equilibrio, no confiaba en mí teniéndola a ella cerca.

Bastante había hecho ya al enviarle la tarta y el batido en el Brasserie M, pero al menos ahí había tenido intermediarios. Si hoy iba a la fiesta, tendría que verla en persona. Claro que no ir sería una cagada descomunal. Nunca nos habíamos saltado las fiestas de cumpleaños del otro y no quería cargarme esa tradición.

Además, necesitaba tener a Killian controlado.

El soltero multimillonario silbó por lo bajo mientras estudiaba todo cuanto nos rodeaba.

—Impresionante. Hay que ver lo que me estaba perdiendo...

Estábamos en el salón de baile que tenían los Singh en su propiedad en Westchester y que para la fiesta de hoy habían convertido en una carpa gigantesca. Había acróbatas colgando de las tiras de seda pegadas al techo y el personal estaba repartido entre un puesto de palomitas *gourmet* y varios puestos más de comida de feria de todo tipo. Había bailarines haciendo danzas de fuego, contorsionistas, videntes y un mago de renombre internacional que hacía «desaparecer» a la gente delante de una multitud maravillada.

—Tampoco te estabas perdiendo tanto —respondí.

A lo mejor, si Killian pensaba que este tipo de extravagancia era la excepción y no la regla, no volvería a asistir a las fiestas de Maya en el futuro.

Para empezar, no tenía ni idea de por qué había confirmado asistencia. No había mostrado interés alguno en este tipo de fiestas hasta ahora, de modo que su repentina aparición resultaba sospechosa. ¿Qué estaría tramando?

Killian me miró extrañado, pero no hizo comentario alguno acerca de mi respuesta, un tanto borde.

—Tú y Maya sois amigos desde hace tiempo, ¿verdad? —preguntó mientras yo pedía un par de copas de Lion Tamer en la barra—. Deberías presentarnos. Nos conocemos, pero nunca he podido hablar bien con ella.

Mi irritación fue a más.

—Yo no nos definiría como amigos. Estamos trabajando juntos en una colaboración, pero ya está. —Cogí las bebidas que me pasó el

camarero y le ofrecí una a Killian—. Si ya os conocéis, puedes hablar tú solito con ella. No necesitas que esté yo allí apoyándote. Total, dudo que te sirviera de mucho.

—No necesito que estés allí apoyándome, Laurent —contestó con sequedad—. Solo he pensado que sería menos raro si nos volviera a presentar alguien a quien ambos conocemos.

—¡Seb! Me alegro de verte. —Por suerte, Xavier apareció en aquel instante y me salvó de tener que responder. Me dio una palmada en el hombro y le enarcó una ceja a Killian—. Katrakis, no esperaba verte por aquí.

—Como le he dicho a Laurent, necesitaba innovar un poco. —Killian desvió la vista hacia Dante, Vuk, Kai Young y Dominic Davenport, que estaban acercándosenos por detrás de Xavier con unas expresiones que iban desde la curiosidad hasta la diversión o la apatía—. ¿Dónde tenéis a vuestras acompañantes?

—El evento lo ha organizado Vivian, así que estará ocupada toda la noche —respondió Dante, que no parecía para nada ilusionado con tener que compartir a su esposa con el trabajo. Aun así, cuando estudió la sala, le centelleó la mirada.

—Ha hecho un trabajo increíble —señalé yo.

—Pues claro —contestó él con firmeza—. Es la mejor.

Para estar hablando con un hombre que, en su día, detestaba tanto su matrimonio concertado que intentó arruinar a su suegro, mostraba una actitud sorprendentemente conmovedora. Lo que pasa es que el amor y el tiempo suelen surtir este efecto en la gente, incluidas las personas tan ariscas como Dante Russo.

—A Ale y a sus amigas les están leyendo la mano. —Dominic señaló la mesa del vidente, donde Alessandra estaba sentada con Sloane, Ayana y la mujer de Kai, Isabella—. Es pseudociencia, pero le ha parecido que sería divertido.

—¿Crees que el vidente le recomendará que vuelva a dejarte, como sigas tachando sus *hobbies* de pseudociencia? —preguntó Xavier con tono inocente.

El grupo entero se echó a reír. Hasta a Vuk se le encorvaron sutilmente los labios por un segundo mientras Dominic nos miraba a todos con la frente arrugada. Su divorcio y sus consiguientes

(segundas) nupcias con Alessandra seguían siendo un tema delicado.

—Ni es uno de sus *hobbies* ni he tachado nada de lo que le guste a ella de pseudociencia —señaló con frialdad—. Al menos yo no tengo la obligación de ver comedias románticas de mierda cada dos noches para que mi novia pueda eviscerarlas con sus reseñas.

—No son de mierda. —Xavier guardó silencio—. Bueno, algunas sí, pero siguen siendo divertidas, y a ti no te vendría nada mal sumarle un poco de diversión a tu vida. No dejes que Bea crezca en una casa sin alegría.

Bea era la hija de Dominic y Alessandra.

—En nuestra casa hay alegría para dar y regalar —se quejó Dominic—. El fin de semana pasado la llevamos a un mercado navideño.

—Tiene un año y medio —señaló Kai. Con su aristocrático acento británico, sus palabras sonaban más punzantes de lo que tal vez habría querido—. No creo que le interesen demasiado los mercados navideños.

—Tú te pasaste el fin de semana pasado construyéndole estanterías a tu mujer para su erótica de dinosaurios, así que disculpa si no sigo tus consejos en cuanto a... Fíjate tú, nada —se defendió Dominic.

«¿Erótica de dinosaurios?». Mejor no preguntar. Había cosas de las que no necesitaba enterarme.

—¿Que ibas a construir tú estanterías? —pregunté escéptico.

Kai era un erudito hasta la médula. Pero si el hombre traducía libros al latín por diversión, por el amor de Dios. No iba a dedicar su tiempo libre a experimentar con cuestiones de carpintería.

—Pues sí, mira tú por dónde —contestó—. Quería aprender a hacer algo nuevo y estuvo bien hacerlo juntos.

—Ya, claro... —Xavier no parecía convencido—. En términos porcentuales, ¿cuánto construiste tú y cuánto construyó Isabella?

—Noventa-diez —respondió Kai tras una reticente pausa—. Si la vieras con una grapadora eléctrica lo entenderías.

Killian, que había permanecido en silencio hasta ahora, sacudió la cabeza con una evidente expresión de desagrado.

—Por eso no me casaré nunca —opinó—. Menuda pesadilla.

—No te casarás nunca porque estás emocionalmente estreñido y tienes traumas por resolver que te impiden mantener relaciones significantes con personas del sexo opuesto —argumentó Xavier. Todo el mundo lo miró; todo el mundo menos Vuk, que parecía haber desconectado totalmente de la conversación—. El nuevo cliente de Sloane es un experto en relaciones famosísimo —aclaró Xavier—. Está a punto de sacar un libro. Ya te enviaré un ejemplar.

—No, gracias —contestó Killian con una mueca—. Prefiero estar emocionalmente estreñido.

Pasamos a conversar del Baile de Dotes, una gala extremadamente exclusiva que, tras años celebrándose en otras ciudades, volvería a organizarse en Nueva York. No tendría lugar aquí hasta dentro de dos años, pero la gente ya estaba hablando del tema.

—Señores, buenas tardes.

La abuela de Maya se nos acercó, ataviada, como de costumbre, con las joyas suficientes como para pasarle la mano por la cara al Louvre. Cuando todo el mundo la hubo saludado, la mujer se giró hacia mí.

—Sebastian, querido, ¿puedo hablar contigo en privado?

—Por supuesto.

Dejé la copa y la seguí hacia el pasillo, pasando de las curiosas miradas y los susurros de mis amigos. Para ser todos adultos, les gustaba husmear más que a un montón de mapaches en una nevera abierta.

—Necesito que me ayudes —me dijo la abuela de Maya cuando nos quedamos a solas—. Antes he ido a la terraza interior y he perdido uno de mis pendientes de diamantes. He tenido que cambiármelos por otro par. —Se tocó los zafiros en forma de lágrima que le colgaban de los lóbulos—. ¿Serías tan amable de ayudarme a buscarlo? Iría yo, pero mi vista ya no es lo que era y, evidentemente, todo el mundo está muy ocupado... —Señaló la sala.

Me detuve un segundo para ver si me estaba vacilando. La mujer tenía una expresión totalmente seria.

—¿Quiere que..., que vaya a buscarle la joya en mitad de la fiesta de cumpleaños de su nieta?

—Si no te sabe mal... —Me dio unas palmaditas en la mano—. Siempre has sido un encanto y confío en que, si al final encuentras el pendiente, tú no me lo robarás. Me los regaló mi difunto marido por nuestro décimo aniversario de bodas. Les tengo mucho aprecio.

Me ablandé.

—Por supuesto, señora Gupta. La ayudaré encantado.

Resultaba un poco extraño que me hubiese llamado única y exclusivamente a mí, pero siempre había sido excéntrica, así que no le di demasiadas vueltas a su petición y eché a andar hacia la terraza interior.

Había una catenaria roja aterciopelada y una señal que rezaba «ZONA PRIVADA» en la entrada. Sin embargo, cuando esquivé la catenaria en cuestión y entré en aquel espacio acristalado, nadie me detuvo.

Supongo que los Singh tenían a los invitados tan fichados que no les preocupaba que fueran a colarse.

Hube avanzado más bien poco cuando me di cuenta de que no era la única persona allí. Al lado de las ventanas, de pie, vi a una mujer de pelo largo y oscuro; tenía la cabeza agachada y estaba de espaldas a mí.

«Maya».

Me acerqué a ella. El corazón me latía al mismo ritmo que el eco de mis pasos al andar por ese suelo de roble claro.

Aquel ruido la sacó del trance. Se giró hacia mí de repente y abrió los ojos, sorprendida.

—¿Seb? ¿Qué haces aquí?

Me detuve a menos de medio metro de distancia.

—Me invitaste tú, ¿recuerdas?

Con esa respuesta, me gané un suspiro exasperado por su parte.

—No me refería a eso.

—Ya lo sé —contesté, permitiéndome esbozar una discreta sonrisa —. Tu abuela ha perdido un pendiente aquí. Me ha pedido que la ayude a buscarlo.

—Cómo no...

Maya musitó algo inaudible por lo bajo.

La estudié en silencio. Como yo había tenido que centrarme en las recetas, nos habíamos saltado las dos últimas reuniones, de modo que no habíamos vuelto a vernos en persona desde que regresamos de Vermont.

Albergaba la esperanza de que ese tiempo lejos de ella hubiese mitigado mi reacción al verla, pero en ese momento temí que la hubiese empeorado.

Me azotó todo a la vez. La suavidad de su piel, la sedosidad de su pelo, la dulzura de su perfume y la forma en la que ese vestido dorado de lentejuelas se le aferraba a las curvas... Cada rasgo resultaba más vívido, más afilado, y me dejó mil pequeños cortes que fueron infinitamente más agonizantes que uno solo más grande.

Ver a Maya de forma asidua era tolerable, pero verla después de una breve pausa, exponerme a ella (a su cara, a su voz, a su aroma...) resultaba tan intenso que dolía.

Respiré para deshacerme de la punzada de dolor que se me había clavado en el pecho y dejé caer los hombros en un gesto habitual, informal.

—La pregunta es: ¿qué haces tú aquí? ¿No deberías estar ahí fuera, de celebración? —Señalé la salida con la cabeza.

—Claro. Ahora iré. Es que... necesitaba un segundo a solas —balbuceó, aunque se apresuró a añadir eso último con una rapidez sorprendente.

—¿Estresada?

—No.

A pesar de su negativa, le atisbé una pizca de chocolate en la comisura de los labios. Fue como si mi mano tuviese vida propia, porque la alargué y le pasé cuidadosamente el pulgar por esa zona.

—Ya estás mintiendo otra vez —señalé con delicadeza.

Ese roce duró un segundo más de lo que debería haber durado. Maya separó los labios y el aire que nos envolvía empezó a cargarse antes de que yo apartara el brazo y me hundiera la mano en el bolsillo. Todavía notaba el cosquilleo fantasma de su calidez, pero me lo cargué antes de que pudiera ir a más.

—He tenido unos días moviditos. —Se apartó un mechón de pelo de delante de los ojos. Le temblaba sutilmente la mano. Tras un segundo, añadió—: El otro día, en el Brasserie M, ¿estabas espiándome?

—No.

Era cierto. A medias.

Maya no se lo tragó y rio por lo bajo.

—¿Quién es el mentiroso ahora?

—No miento. Yo no estaba, pero le pedí a mis trabajadores que estuvieran pendientes de ti. Que si tenías una cita y te veían con pintas de estar asqueada otra vez, te animaran.

—¿Por qué? —quiso saber—. ¿A qué viene tanta fascinación con cómo me van las citas?

—Soy un *connoisseur* en regodearme con el mal ajeno.

Maya puso los ojos en blanco.

—En este caso, te encantará saber lo que voy a contarte. —Se le serenó la expresión mientras titubeaba, como si estuviese planteándose si seguir o no—. Después de que esa cita me fuera estrepitosamente mal, mis padres decidieron que ya estaban hartos. En resumidas cuentas: como no me comprometa antes del noviembre que viene, me organizarán un matrimonio concertado.

Tardé un segundo en notar el impacto de sus palabras. Cuando por fin ocurrió, me quedé literalmente sin aliento.

Traté de mantener una expresión neutra, pero se me tensaron los músculos.

¿Maya en un matrimonio concertado? Imposible.

Este tipo de cosas seguían sucediendo en muchas partes del mundo. Leches, si hasta el matrimonio de Dante y Vivian fue concertado; no se enamoraron hasta meses después de comprometerse.

Pero los Singh siempre habían permitido que sus hijas saliesen con quien quisieran (dentro de ciertos límites) y, de todas sus hijas, Maya era la menos adecuada para acabar en un matrimonio concertado.

Era demasiado fogosa. Demasiado indomable.

«Demasiado mía».

Aplasté ese último pensamiento antes de que pudiera echar raíces. El peligro empezó a adueñarse de mí y cerré el puño sin sacar la mano del bolsillo hasta que me obligué a relajarla.

—Ya veo... —El corazón me latía con tanta fuerza que casi no me oí ni a mí mismo—. ¿Quién es el afortunado?

—No lo sé. Tengo un año de margen antes de que detone esa bomba y espero que no lleguemos a descubrirlo nunca. —Se le escapó un profundo suspiro—. Supongo que, como no encuentre al amor de mi vida en los próximos doce meses, ese será mi regalo de cumpleaños. Me traerán un marido a la puerta, personalmente; me guste o no.

Sabía que no valía la pena que le preguntara si se opondría a los deseos de sus padres. Maya era independiente como la que más, pero las consecuencias de desafiarlos serían demasiado severas. En su familia, estas cosas no se hacían y punto.

—En este caso, supongo que tendrás que encontrar al amor de tu vida en un año o menos —comenté—. Cero presión.

—Para nada —añadió ella con sequedad.

En una vida pasada, le habría ofrecido una solución. Sin embargo, esto, ahora, no era una posibilidad.

Yo no era de los que tropiezan dos veces con la misma piedra.

—Bueno, basta ya de hablar de cosas deprimentes —continuó Maya—. ¿Qué me has regalado por mi cumpleaños? Me muero de ganas de ver cómo te has superado después de lo del año pasado.

La tradición que teníamos por intentar superar al otro con las fiestas también se extendía a los regalos. El año pasado, Maya me regaló un set de cuchillos japoneses artesanales hechos a medida y grabados a mano, mientras que yo le regalé una primera edición firmada de *Jane Eyre*, su novela favorita de Brontë.

Este año...

La pequeña caja de regalo me ardía en el bolsillo.

En lugar de cogerla, dibujé una despreocupada sonrisa y respondí:

—Una tarjeta regalo de Delamonte. Veinte mil dólares. Gástalos con cabeza.

Maya rio por lo bajo.

—Me has regalado una tarjeta regalo.

—Así es. —Me encogí de un solo hombro—. He pensado que ya va siendo hora de que elijas lo que quieras en lugar de intentar adivinar qué podría gustarte. Es más fácil.

Maya rio. Al ver que yo permanecía serio, le flaqueó la sonrisa y, acto seguido, se le desdibujó por completo.

—Ah. Eh... Gracias.

Confusión y una pizca de dolor le atravesaron el rostro antes de que se apresurara a disimularlo.

Se me instaló un nudo en la garganta.

—De nada. Feliz cumpleaños, Segu.

Nos quedamos en silencio, sin que ninguno de los dos dijera nada. La tensión fue bajándome por la columna vertebral como si de la electricidad que precede a una tormenta se tratara.

Habíamos llegado a cierto límite en nuestra relación y me ardían todos los músculos del cuerpo a causa del esfuerzo que estaba haciendo por no cruzarlo.

—Aquí estás. —Vivian rompió el silencio desde la otra punta de la sala antes de aparecer. Nos sonrió en señal de disculpa—. Siento interrumpir, pero, Maya, ya casi te toca salir. Riley K. ha llegado y tengo al equipo entero esperando.

—Gracias, Vi. Enseguida voy.

Maya continuó mirándome a los ojos un segundo más antes de pasar por mi lado y marcharse.

Al irse, me rozó el brazo con el suyo. Noté una chispa de calidez en la piel y apreté la mandíbula para obligarme a no reaccionar.

Cuando hubo desaparecido, pude volver a respirar.

En lugar de ponerme a buscar el pendiente de su abuela, permanecí con la vista puesta en los oscuros alrededores de la finca y esperé a que la calidez que seguía notando tras haber estado en presencia de Maya se disipara. Su regalo, el de verdad, me pesaba una barbaridad en el bolsillo.

Debería haberle comprado otra cosa. Esto era demasiado íntimo para lo que éramos; a saber en qué estaba pensando cuando lo escogí.

Tras unos pocos minutos, volví a serenarme y me puse a buscar minuciosamente por la terraza interior. No vi ningún pendiente de

diamantes.

Mientras regresaba a la fiesta, llamé a mi asistenta y le pedí que me trajera una tarjeta regalo de Delamonte lo más rápido posible.

Lo hizo y yo la dejé en la sala, junto con los regalos de los demás invitados.

No volví a hablar con Maya en toda la noche.

17

Maya



—Yo diría que la fiesta ha sido un éxito rotundo —señaló Sloane, estirando los brazos por encima de la cabeza—. Tooodo el mundo estaba hablando de cómo has entrado con esa acrobacia aérea. No había para menos; ha sido espectacular. Vi, lo has bordado.

—Gracias, pero la idea fue de Maya, no mía —respondió Vivian con una sonrisa—. Me dijo lo que quería y yo me ocupé de la logística. Nada más.

—Yo nunca podría hacerlo. —Alessandra se encogió de hombros—. Si intentara hacer algo así sin formación previa profesional, me daría un parraque.

—Estaba de los nervios —reconocí—. Pero me gusta probar cosas un tanto arriesgadas, siempre y cuando lo haga en un espacio seguro y controlado.

—¿O sea que nada de volver a dormir en el bosque con Sebastian? —bromeó Isabella.

—Ni en broma. Con una vez tuve suficiente.

Procedí a abrir el siguiente regalo para que mis amigas no vieran la mezcla de emociones contradictorias que me inundaban el rostro.

En parte, pensaba que Sebastian no vendría a la fiesta. La cosa había estado muy rara entre nosotros últimamente, de ahí que me

quedase atónita al encontrármelo en la terraza interior. Jamás lo reconocería, pero se me detuvo un segundo el corazón al verlo y me sentí un tanto decepcionada cuando reaccionó de esa forma a mis noticias sobre el matrimonio concertado; parecía igual de interesado que si estuviese leyendo el aviso legal de Apple.

Aunque, en secreto, muy en el fondo de mi corazón, no podía negar lo que había sentido.

La fiesta había terminado hacía una hora y, como mandaba la tradición anual, yo celebraba un *after party* con mi familia. Solo que, este año, mi familia estaba ocupada hablando con los invitados que aún no se habían ido y revisando cómo iba la limpieza en el piso de abajo, así que les había dicho a mis amigas que se quedaran.

Vivian, Ayana y Sloane ya entraban en el *pack* y, tras la petición de esta última, había estado encantada de sumar a Isabella y a Alessandra a la lista. No las conocía tan bien como a las demás, pero me gustaba el sentido del humor de Isabella y la sencilla personalidad de Alessandra.

Sus parejas seguían abajo, esperando a que las chicas terminásemos. Aun así, Alessandra me había asegurado que no teníamos que preocuparnos por el tiempo, que los chicos podían mantenerse entretenidos unas cuantas horas.

—Menuda preciosidad... —dijo desplegando un chal—. Quiero hundirme en esto.

—Por eso hay que invitar a gente con buen gusto a las fiestas de cumpleaños —comenté—. De lo contrario, acabas con una decena de baratijas cutres y un jersey que pica y que te queda dos tallas grande.

Alessandra rio y dejó el chal en cuestión en el montón de pañuelos de seda, jerséis de cachemir y demás ropa que había en el sofá.

Había dividido el salón que teníamos arriba (que se había convertido en la sala de los regalos) en secciones según categorías: ropa, accesorios, zapatos y bolsos, productos de belleza, comida y vino, artículos para el hogar, artículos de electrónica, y otra sección de cosas varias. Ya había una buena pila en cada montón y eso que seguía con la mitad de regalos por abrir.

La verdad es que solía donarlo casi todo a obras benéficas. Me quedaba lo que más me gustaba y lo que me habían regalado mis amigos de verdad y mi familia; sin embargo, las baratijas genéricas que me habían regalado personas a quienes conocía de pasada iban directas a ONG locales. Bastantes cosas tenía ya como para ir acumulando otras que no usaría jamás.

Unos cascos de cancelación de sonido ultracaros. Un jarrón Ming de valor incalculable. Un brazalete de diamantes.

Lo dejé todo en sus respectivos montones y fui a por el siguiente regalo. Era un sobre dorado metálico y llevaba mi nombre escrito en el anverso.

Se me aceleró el pulso. Era la caligrafía de Sebastian.

Abrí el sobre del tirón, impaciente. Dentro había una funda negra para tarjetas y al abrirla me encontré con...

Una tarjeta regalo de veinte mil dólares para gastar en Delamonte, tal como me había avisado.

Se me hundieron los hombros. La decepción se me coló de nuevo en el pecho mientras volvía a guardar la tarjeta en el sobre.

¿Por qué esperaba encontrar algo distinto? Sebastian me había dicho lo que me había comprado y no tenía razón alguna para mentirme. Además, veinte mil dólares no era moco de pavo.

Sin embargo, cuando dejé el sobre en el montón de cosas varias, no pude deshacerme de aquel recelo. La tradición que teníamos de intercambiar regalos radicaba en la rivalidad, pero nuestros regalos siempre habían significado algo. Una tarjeta regalo era algo genérico y desalmado. Era lo típico que le comprabas a un compañero de trabajo o al amigo de un amigo, no a alguien a quien conocías de toda la vida.

Cuando terminé de abrir todos los regalos, ya casi había conseguido olvidarme del extraño comportamiento de Sebastian. Por desgracia, el vacío que dejó ese recuerdo acabó reemplazado por un tema que tenía menos ganas de abordar aún.

—¿Podemos hablar del ultimátum de tus padres? —preguntó Ayana. Estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, justo al lado de la sección de productos de belleza. Le centelleaba tanto la

piel que toda ella resplandecía—. ¿Qué vas a hacer? Un año tampoco es tanto tiempo...

No me preguntó lo que seguramente deberían de estar preguntándose todas: que por qué estaba ciñéndome al arbitrario plazo de mis padres cuando era una mujer adulta y perfectamente capaz. Que por qué no podía salir (o no salir) con quien yo quisiera cuando yo quisiera.

Podía, pero eso implicaría más de una discusión. Implicaría acabar con la tradición y, seguramente, cortar también lazos con mi familia.

—Tener más citas, supongo —dije con un montón de nudos en el estómago—. ¿Qué otra alternativa hay?

—¿Qué te ha parecido Killian? —quiso saber Sloane—. Es un picaflor, pero quién sabe... A lo mejor tú consigues domarlo.

Esa misma noche, Xavier me había presentado a Killian. Técnicamente, me lo había vuelto a presentar, porque Killian y yo ya nos conocíamos, pero hacía tantísimo tiempo que no interactuábamos que habíamos necesitado el evidente empujón de Xavier.

—Bien —respondí—. Está bueno, pero no sé... No había química. Además, no tengo ni el tiempo ni la energía para domar a nadie. Eso, que lo haga otra.

Killian y yo nos habíamos pasado quince minutos hablando de arte, viajes y las vacaciones, que estaban a la vuelta de la esquina. Había sido una conversación perfectamente agradable, pero hasta mi secador de pelo y yo teníamos más tensión, románticamente hablando.

—Qué pena —musitó Isabella—. Me habría encantado ver a alguien arrodillando a ese hombre.

—Los matrimonios concertados pueden salir bien. Dante y yo... —Vivian dejó la frase a medias; evidentemente, acababa de acordarse de lo complicado que fue su compromiso al principio. Más que concertado, su matrimonio fue forzado, cortesía de cómo chantajeó su padre a Dante en esa época—. Bueno, da igual.

Guardé silencio mientras las chicas se ponían a pensar en otras opciones.

La frustración se adueñó de mí. Si esto fuera un tema laboral, lo habría resuelto en cuestión de minutos porque tenía un plan de gestión de crisis para todo. Cuando se daba el problema A, implementaba la solución B (ajustando los parámetros necesarios) para conseguir el resultado C. Todo perfecto, pulcro, lógico.

Pero los temas personales eran algo completamente distinto. Las emociones eran caóticas y complicadas, y cuando se juntaban las de dos personas, la complicación era cuatro veces mayor.

En parte, por eso había evitado ciertas relaciones. Detestaba el caos.

Sin embargo, cierto era que había llegado a un punto en el que ya no podía seguir escondiéndome. Tenía que lanzarme de cabeza al meollo y esperaba salir de esa situación airosa. De lo contrario, ya podía ir despidiéndome de encontrar el amor.

Me quedé sentada sobre mis talones, con la vista puesta en la marabunta de regalos que tenía delante. Si pudiera, los cambiaría absolutamente todos por una solución a mi problema. Pero, por desgracia, no podía.

Suspiré. «Feliz cumpleaños, Maya», pensé para mis adentros.

A la mañana siguiente, me desperté temprano. El día después de mi cumpleaños, solía dormir hasta tarde, pero hoy me sentía demasiado inquieta para quedarme en la cama. De modo que me puse un cárdigan por encima del pijama y bajé las escaleras.

Mis amigas y mis hermanas regresaron a la ciudad anoche, y mis padres seguían durmiendo. En casa se respiraba un silencio espeluznante. Ya ni rastro quedaba de la fiesta de ayer; mientras iba hacia la cocina, no atisbé ni una sola pluma ni una mota de purpurina.

Al llegar, vi que mi abuela y Diya ya estaban sentadas alrededor de la isla de azulejos. Estaban hablando con un plato de *dosas* y un par de humeantes tazas de *chai* delante; no obstante, cuando entré, callaron de golpe.

—Buenos días, Diya. Buenos días, nani —las saludé.

Me senté al lado de mi abuela y bostecé.

—Buenos días. —Diya enseguida entró en acción—. ¿Qué le apetece desayunar? Tenemos más *dosas*, y también yogurt, cereales y fruta. Y puedo preparar huevos, *pancakes* o lo que usted quiera.

Diya (de normal, severa) me consentía una única vez al año: la semana de mi cumpleaños. Y yo aprovechaba la ocasión tanto como podía porque, las otras cincuenta y una semanas del año, la mujer nunca me pasaba ni una.

—Las *dosas* con unos huevos y fresas, por favor. ¿Y un poquito de tarta, quizá? —Le dediqué una sonrisa de oreja a oreja.

Arrugó la frente y chascó repetidamente la lengua por lo bajo, en señal de desaprobación, pero no se opuso.

Mientras ella me preparaba el desayuno, mi abuela le dio unos tranquilos sorbos al té y me observó. Llevaba una camisa de lino holgada, unos pantalones a conjunto y sus «joyas de jardinería», es decir, un par de pendientes de rubíes con forma de rosa y su collar de oro favorito. Tenía el sombrero de jardinería en la mesa, justo al lado del plato.

—Tome. —Diya me dejó las *dosas* y las fresas delante, junto con una porción de tarta de chocolate que sobró de anoche—. Ahora le preparo los huevos. No empiece por...

Clavé el tenedor en aquella *delicatessen* de chocolate y me metí un trozo en la boca.

—La tarta —acabó de decir, y suspiró.

Se alejó mientras musitaba no sé qué sobre caries en voz baja.

—¿Cómo estás? —preguntó mi abuela.

—Bien.

—¿Solo bien?

Mastiqué en silencio, con la vista puesta en la tarta a medio comer. Quería hacerme pequeña para resguardarme del escrutinio de mi abuela y evitar sus inevitables preguntas.

Podía engañar a cualquier miembro de mi familia. A cualquiera menos a ella.

—De aquí a un año estarás comprometida —señaló—. Espero que con ese hombre te comuniques mejor que conmigo.

—Nani, por favor, no me lo recuerdes. —Pasé de la tarta a una *dosa*. Arranqué un pedazo y lo mojé en el *chutney* de menta con

una fuerza innecesaria—. ¿Cómo puede hacerme mamá esto? Nunca había hablado de matrimonios concertados hasta ahora; ni siquiera cuando Priya se fue a navegar por el mundo y dijo que se quedaría soltera de por vida.

—Tampoco culpes tanto a tu madre. Toma las decisiones que toma en base a su experiencia.

Mis padres tenían la historia de amor más clara del mundo: se conocieron en la universidad, se casaron al graduarse y luego tuvieron tres hijas seguidas. Mi madre me tuvo a mí a los veintidós; a Neha, a los veinticuatro, y a Priya, a los veintisiete. La mayoría de sus amigas y familiares (menos la tita Meera) siguieron unos tiempos parecidos, así que no le entraba en la cabeza que alguien se desviara de ese camino.

Pero eso fue hacía décadas y yo no era ni mi madre ni la tita Meera. Yo era yo y tenía mis propios tiempos. Unos que, en circunstancias ideales, no me obligarían a encontrar marido en menos de un año.

—Y también se preocupa por ti —añadió mi abuela.

—¿Por? Me va fenomenal en todo —respondí frustrada—. Eso de pensar que una mujer tiene que casarse antes de cierta edad es muy anticuado. Si un hombre se pasa la vida soltero, nadie dice nada. Mira a Killian Katrakis.

—Por lo que he oído, Killian Katrakis también tiene sus cosas —contraargumentó mi abuela con sequedad—. Yo no lo tomaría a él como modelo para seguir. Pero lo que le preocupa a tu madre no es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Detestaba poder hacerlo todo bien menos una cosa. Y esa única cosa era justamente la que invalidaba el resto de mis logros. Podría haber ganado un premio Nobel y convertirme en jefa de cirugía y astronauta, todo a la vez, que la gente seguiría chascando la lengua y diciendo: «Pobre Maya. ¿Cómo es que todavía no se ha casado? ¿Qué le pasa?».

Aunque lo que más detestaba era que yo también me hacía esas mismas preguntas. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué no conseguía

encontrar el tipo de conexión que tenían todos los que me rodeaban?

Vivía en una de las ciudades más grandes y heterogéneas del planeta. Tampoco podía ser tan complicado.

Mi abuela suspiró y dejó el *chai*.

—Le preocupa que te hayas cerrado en banda durante tanto tiempo que ya te hayas acostumbrado a esto —explicó—. Cuando alguien se... ata a una forma de vivir, se resiste inconscientemente al cambio, por más que diga que quiere algo nuevo. Porque tiene miedo y, a veces, necesita que alguien le dé un empujón.

Entendía dónde quería llegar, pero un matrimonio concertado no era dar un empujón. Era empujarme de un acantilado para que me estampara contra las agitadas olas que aguardaban abajo.

—¿Y la solución es casarme con alguien a quien no quiero? ¿En serio? No veo en qué me ayuda esto —señalé.

—Podrías acabar queriéndolo. El matrimonio de tus padres también fue concertado y han sido felices durante muchos, muchísimos años.

—Lo suyo es la excepción, no la regla. —Volví a dejar la *dosa* en el plato sin comérmela. Se me había quitado el hambre y, cuando volví a hablar, la voz me salió en un delicado susurro—. Tengo miedo, nani.

Me sentía como si volviera a ser una niña pequeña y estuviese esperando a que mi abuela me vendara las heridas y lo arreglara todo otra vez.

—¿Y si...? —Dejé la frase a medias y el ácido me inundó el estómago—. ¿Y si no encuentro al definitivo? ¿Y si tengo que pasarme la vida con alguien a quien a duras penas tolero? ¿Y si encuentro al definitivo cuando ya esté casada con alguien más?

Tenía mil preguntas en la cabeza. En circunstancias habituales, me desenvolvía de maravilla bajo presión. Sin embargo, el ultimátum de mis padres amenazaba con hacerme estallar.

A saber por qué, me vino una imagen de Sebastian a la mente. Se me aceleró el pulso y aparté dicha imagen antes de que acabase de tomar forma por completo. Estábamos hablando de mi futuro matrimonio; él aquí no pintaba nada.

Absolutamente nada.

A mi abuela se le relajó la expresión.

—Yo confío en ti, *beti.*[1] Me preocuparía más que fuesen Neha o Priya quienes estuvieran en esta situación. Neha es demasiado rígida, y Priya, demasiado impulsiva. Tú, en cambio... —Me cubrió la mano con la suya. Su roce resultaba reconfortantemente tierno y cálido—. Tú escuchas tanto a tu cabeza como a tu corazón. No todo el mundo sabe hacerlo. Pero esto te llevará por el buen camino.

—¿Y si no lo hace?

—Claro que lo hará.

Ojalá confiara en mí misma ni que fuera una milésima parte de lo que confiaba mi abuela.

Cualquiera se habría sentido reconfortado con la seguridad que mostraba ella; sin embargo, en mi caso, la ansiedad volvió a sacar las garras y a susurrarme que yo no cumpliría con las expectativas del resto. Cuanta más gente esperaba verme triunfar, más presión me ponía yo.

—Dicho esto, te recomendaría que conozcas a gente por tu propia cuenta en lugar de depender de las dotes de casamentera de tu madre —continuó mi abuela—. Sal, diviértete. Queda con gente simplemente para conoceros y punto. No te pongas tanta presión ni a ti misma ni a los demás para encontrar «al definitivo». A menudo, la persona indicada llega en el momento más inesperado.

—Supongo... —respondí con escepticismo—. A lo mejor debería hacer como en las pelis románticas que ponen por vacaciones e ir pegando esquinazos con un café caliente en la mano hasta que, por error, acabe tirándoselo encima a un director ejecutivo atractivo, soltero, con un historial trágico y un corazón enorme guardado bajo llave.

Mi abuela pestañeó.

—Claro, por supuesto. O podrías ir a un bar como una persona normal. Si tienes suerte, igual encuentras a un roquero. Así podremos ver juntas cómo le da un parraque a tu madre.

A pesar de mi previa melancolía, solté una carcajada.

—¡Nani!

—¿Qué? —preguntó con suma inocencia—. Soy mayor y me paso casi todo el tiempo encerrada en esta casa. En algo tendré que encontrar la diversión.

Al oír eso, tuve un *flash*.

—Hablando de encontrar cosas: ¿encontraste el pendiente de diamantes, al final? —quise saber—. Ese que perdiste en la terraza interior.

Mi abuela volvió a pestañear y su expresión pasó a una más reservada.

—Ah, no. Seguro que Diya acabará encontrándolo.

Diya regresó con los huevos. Los dejó en la isla y miró a mi abuela en señal de desaprobación. Mi abuela la ignoró.

Qué raro...

Sin embargo, yo enseguida volví a retomar el tema que nos concernía en ese momento.

—Todavía necesito acompañante para la boda de Radhika. —Dudaba que fuera a encontrar al hombre perfecto para mí en un bar, pero sabía de alguien que había conocido a su cónyuge en un funeral. Nunca digas nunca—. Igual tengo que ampliar el radio. Buscar fuera de Nueva York.

Un intenso rollo de vacaciones que se convirtiera en un compromiso a largo plazo. Podría ser divertido.

—Igual sí —dijo mi abuela, despacio—. O igual tienes a tu hombre perfecto más cerca de lo que crees. No siempre se trata de buscar a gente nueva en sitios nuevos. A veces, basta con cambiar la perspectiva.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Eres lista. —Mi abuela volvió a coger el *chai* y vi cómo le centelleaban los ojos por encima del borde de la taza—. Ya lo descubrirás.

18

Sebastian



¡Flap!

El cuchillo golpeó la tabla con un fuerte ruido sordo. La patata cayó con un corte limpio bajo la hoja del tenedor y a mí me fue subiendo una ola de satisfacción por el brazo con cada corte posterior.

—Por Dios... ¿La patata esa te mató a la mascota cuando eras niño o algo? —preguntó Xavier.

—Pero si no estoy siendo agresivo. —Acabé de cortar las patatas y las dejé en un cazo con agua fría antes de encender el fogón—. Pásame la mezcla de condimentos que hay ahí.

A pesar de refunfuñar, Xavier obedeció.

—Me encanta que uses *mi* local de gratis y, además, me trates como si fuera tu segundo de cocina.

—Sí, hombre —respondí—. No te contrataría como segundo de cocina en la vida. Si ni siquiera sabes lo que significa «macerar».

—Aparte de ti, no lo sabe nadie.

Reí por la nariz. El agua empezó a hervir. Añadí la sal *kosher* y bicarbonato de sodio. La mente me iba sola; era como si la memoria muscular hubiese tomado las riendas.

Estábamos a principios de febrero. Ya casi hacía tres meses de la fiesta de cumpleaños de Maya. Entre el trabajo y las vacaciones, el tiempo había pasado volando, pero yo seguía pensando en el año pasado. En el bosque, en la terraza interior, en miles de momentos en los que podría haber tomado una decisión distinta, pero no lo hice.

Maya y yo no habíamos vuelto a reunirnos en persona desde su fiesta. Solíamos tener «solapamientos de horarios» (o ella, o yo, o los dos), aunque teníamos programada una reunión en el calendario para finales de semana.

Si se daría o no, eso aún estaba por ver.

Bajé la intensidad para que el agua siguiera hirviendo a fuego lento y empecé a preparar el condimento de ajo y romero mientras las patatas se iban cociendo. Tenía un nudo en el pecho y estaba escuchando a medias a Xavier, que me estaba contando lo que le había preparado ese año a Sloane para San Valentín.

No podía pasarme la vida huyendo de Maya, pero aún no sabía qué le diría cuando volviera a verla. ¿Debería intentar actuar con total normalidad o mejor me liaba la manta a la cabeza y dejaba las cosas claras de una vez por todas? En el caso de decantarme por lo último, ¿qué significaría eso para nuestra relación, de ahora en adelante?

Dios... Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y regresar al verano pasado; en esa época, me resultaba muchísimo más fácil disimularlo todo a la perfección.

Por aquel entonces, me preocupó tener que trabajar codo con codo con Maya, y con razón. Yo estaba jodidísimo y eso que ella ni siquiera estaba aquí.

—Estuviste bastante desaparecido durante las fiestas —comentó Xavier mientras yo acababa de preparar las patatas. Había dejado las vieiras de lado y me había puesto a experimentar con platos nuevos. Con un poco de suerte, eso me daría algo de margen para ver qué le faltaba a la otra receta—. ¿Todo bien?

—Quería estar tranquilo —contesté—. Este año no tenía demasiadas ganas de fiesta.

Dejando el tema de Maya aparte, estas habían sido las primeras Navidades sin mi tía. Mi madre lo llevaba fatal y a mí no me apetecía salir de parranda mientras ella se pasaba las noches llorando desconsoladamente. Mi padre intentó ayudarla, pero no es de los que tienen un don natural para reconfortar a los demás, así que me tocó tranquilizarla a mí.

—Normal. —A Xavier se le encorvaron los labios—. Una pena. Josie casi se le cae a una de las clientas de Vivian en el evento benéfico de Ayana y te lo perdiste. Todo en orden, pero Dante estuvo a nada de cometer un asesinato con todas las de la ley.

Al imaginarme la situación, reí. Dante era el padre más sobreprotector del mundo. Seguro que perdió los estribos por completo con la pobre clienta.

—A ver si adivino: ya no es su clienta —comenté.

—Exacto. Y, además, ya podemos ir despidiéndonos de que nos dejen coger a Josie en brazos nunca más. Estoy casi convencido de que Dante ha encargado alguna especie de papel burbuja hecho a medida para envolver a su hija hasta que cumpla los dieciocho.

Pobre criatura. Ser la hija de Dante Russo era una suerte y una pesadilla a partes iguales.

Con la ayuda de Xavier, terminé los platos en un tiempo razonable. Crujiente de patatas asadas con ajo y romero, y jamón con glaseado de piña. Dos platos perfectos. En parte, que me saliera impecable sin tener que esmerarme siquiera me tocó las narices porque, con las vieiras, no hacía más que esforzarme y seguía sin llegar a ninguna parte.

—¿Puedo coger un poco para Sloane? —preguntó Xavier, pegándole un bocado al jamón—. Como no le lleve nada, me matará.

—Adelante. Es todo tuyo.

—Dale.

Estaba en mitad de la limpieza cuando me llamaron. Del Hospital Monte Sinaí.

Respondí de inmediato, alarmado y con el corazón acelerado. Xavier me miró preocupado a la vez que la mujer que había al otro lado de la línea se presentaba como enfermera.

—Llamamos por su madre —me informó—. Ha tenido un accidente.

Al cabo de media hora, entré a toda prisa en la habitación de hospital de mi madre, aterrado y con la piel empapada en sudor. Mi padre estaba en Londres toda la semana por trabajo y no pude dar con él. Xavier se brindó para acompañarme, pero rechacé su oferta. Los demás ya tenían sus cosas y yo no quería que vieran lo que se escondía bajo el lustrado chapado de mi familia. Odiaba que la gente se apiadara de mí.

Cuando llegué, me encontré a mi madre sentada en la cama.

—Ay, Sebastian... —Suspiró—. Mira que les he dicho que no te llamaran...

—¿Qué ha pasado? —quise saber—. ¿Estás bien?

Tenía unos cuantos cortes y algunos moratones, pero, aparte de eso, parecía en buen estado. Aun así, la estudié frenéticamente en busca de cualquier herida que se me hubiese pasado por alto.

—Estoy bien —me tranquilizó—. Estaba comiendo con Buffy Darlington para organizar una obra benéfica. Estamos las dos en la junta del Fondo para la Conservación de la Fauna. En fin, que puede que me haya tomado demasiadas copas y he cruzado la calle sin mirar. Un coche ha doblado la esquina y... —Se encogió de hombros y sentenció—: Aquí estoy.

Fue como si me aporrearan la cabeza.

—¿Te ha atropellado un coche y dices que estás bien? —pregunté enfatizando en la última palabra.

—¡Es verdad! Además, no me ha atropellado. Iba despacio y ha sido más bien un golpecito. —Mi madre cambió al francés, su lengua materna, igual que hacía cada vez que estaba molesta—. Todo el mundo está haciendo una montaña de un granito de arena. Espero que no hayas llamado a tu padre. No vale la pena que coja un avión para esto.

Dejando los moratones de lado, la verdad es que sí que parecía serena. Sin embargo, yo no podía dejar de pensar en lo que acababa de decirme.

—Pensaba que habías dicho que ya no bebías durante el día —respondí en inglés.

—Y no bebía. O sea, no bebo; lo de hoy ha sido una necesidad social. Intenta organizar un evento con Buffy sin alcohol y me dices. —Al ver que yo no me reía, se le desdibujó la sonrisa—. Sebastian, estoy bien —insistió marcando especialmente esa última palabra—. Sé controlarme.

Por más que intentara tranquilizarme, mi cerebro se negaba a asimilar sus palabras. Tenía demasiados recuerdos de mi madre llorando y bebiendo durante todo el día. Mi tía y ella compartían una relación estrechísima y, después de que la otra falleciera a causa de un tumor cerebral, mi madre se dio al alcohol para lidiar con la pérdida.

La cosa no se había descontrolado lo suficiente como para que los demás tuviéramos que intervenir, pero yo me ponía nerviosísimo. Me pasaba el tiempo vigilándola, atento por si mi madre acababa de cruzar ese límite invisible.

No era fácil de medir. ¿Qué era un mecanismo de defensa normal y qué no? Aunque yo había experimentado, personalmente, lo fácil que era perderse en una botella. Las maravillas que hacía al mitigar el dolor y cómo acallaba las voces que habitaban en mi cabeza, por más que el efecto durase solo unas horas. De no ser porque aquella noche me salvó de caer en el abismo, me habría hundido en un oscuro y profundo pozo.

Mi madre me estudió y se le relajó la expresión.

—¿Estás pensando en Praga?

Tragué saliva y asentí levemente con la cabeza una única vez.

—¿Quieres que volvamos a llamar al doctor Pratchett? Te ayudó muchísi...

—No —la corté. Ahora, me tocaba cerrarme en banda a mí—. No necesito hablarlo con nadie. Solo necesito que vigiles, *maman*, ¿de acuerdo?

—Ya lo hago. —Su expresión bromista desapareció y mi madre frunció el ceño a más no poder—. Sé que, cuando tu tía murió, me hundí en la miseria. Las Navidades también se me hicieron muy cuesta arriba. Y seguramente me ocurra durante un tiempo. Era mi

hermana y mi mejor amiga. Nunca acabaré de superar que... —Se le entrecortó la voz—. Que se haya muerto. Pero ya estoy mejor. El doctor Pratchett me ayudó muchísimo a gestionar mis emociones y, a pesar de que puede que en ocasiones beba más de lo habitual, eso no significa que haya entrado en bucle. Sé cuál es mi límite. Te lo prometo.

Se me instaló un nudo en la garganta. Mi madre sonaba convincente y puede que estuviese diciendo la verdad. Después de lo de Praga, me emparanoié tanto que no paraba de darle mil vueltas a todo. El doctor Pratchett, con ese porte tan suyo, calmado y sin juicio alguno, me dijo que estaba exagerando y yo le hice caso. En general.

Pero esto era distinto. Estábamos hablando de mi madre. Mejor prevenir que curar.

Mi madre me cogió la mano y me dio un apretón sorprendentemente fuerte.

—Si algo me enseñó Colette es que nunca debemos dar por sentado que la gente estará aquí para toda la vida —me dijo—. Sé que suena a cliché, pero nunca sabemos cuándo se irá alguien para siempre. —Esbozó una discreta sonrisa—. Aunque yo pienso seguir aquí bastante más. No haría nada que fuera a robarme tiempo con tu padre. Todavía quiero hacer muchas cosas, como llorar el día de tu boda y acunar a mis nietos.

Mi madre tenía la misma delicadeza que un martillazo en la cabeza.

Se me escapó una risa áspera.

—Cómo no, también vas a usar esto como excusa para seguir insistiéndome en que te dé nietos.

—¿Y vas a culparme? Eres mi único hijo, Sebastian. Me gustaría poder corretear por ahí con mis nietos y malcriarlos mientras aún tenga energía.

Pues sí, mi madre estaba perfectamente bien y en plena forma.

Me quedé un rato más hasta que la enfermera nos informó de que ya habían terminado las horas de visita. Antes de marcharme, hablé con la doctora; cuando me confirmó que mi madre no tenía ninguna hemorragia interna, me quedé más tranquilo. Se la quedarían esta

noche en observación y le pedirían a un fisio que la visitara por si acaso, pero, aparte de esto, no había de qué preocuparse.

Me marché sintiéndome más ligero que cuando había entrado. Aun sí, no podía sacarme de la cabeza algo que había dicho mi madre.

«Nunca debemos dar por sentado que la gente estará aquí para toda la vida [...] Nunca sabemos cuándo se irá alguien para siempre».

No era la primera vez que lo oía, pero, por algún motivo, en ese momento, sus palabras me calaron más hondo.

Eché a andar por la calle y los pies me llevaron por el Upper East Side y hacia Midtown. No era consciente de dónde estaba yendo; me limité a seguir mis instintos cuando, de pronto, me detuve y alcé la vista para mirar el alto edificio que tenía enfrente.

La sede de Comestibles Singh.

Tras dudar una milésima de segundo, entré. Todavía faltaban dos días para mi reunión con Maya, pero me habían dado un pase de empleado temporal que me servía hasta que finalizara el proyecto.

Pasé por el control de seguridad y me metí en el ascensor para subir a la planta donde se encontraban los despachos de los ejecutivos. Todo el mundo estaba acostumbrado a verme por aquí; además, como la gente iba muy liada con el trabajo, nadie me prestó demasiada atención.

La única persona que me detuvo fue Ezra, el director de comunicación de Maya.

—¡Sebastian! —me saludó con la voz cargada de sorpresa—. Pensaba que no teníais la reunión hasta el viernes.

—Así es, pero estaba por la zona y necesitaba un sitio donde poder trabajar un poco. No se lo digas a nadie —añadí—. Ya sé que solo puedo venir para la colaboración.

Se le serenó la expresión y respondió:

—Tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo.

No me hizo más preguntas y yo me metí en el despacho sin que me interrumpiera nadie más.

Ahora que estaba aquí, sabía por qué había venido instintivamente a la sede de Comestibles Singh. Pero tendría que esperar a que se

hubiese ido todo el mundo.

Aguardé y fui desviando la atención hacia la pizarra blanca que había en una esquina. Estaba repleta de apuntes que habíamos ido escribiendo la última vez que nos reunimos para hacer una lluvia de ideas.

Casi nada de lo que había anotado tenía sentido. Nos habíamos quedado bloqueados y, al final, Maya garabateó unos cuantos gatos en el borde de la pizarra con la esperanza de despertar su creatividad. Yo no tenía ni idea de la relación que guardaban los gatos con la creatividad, pero sonreí al acordarme de eso.

Como la jornada laboral ya estaba llegando a su fin, no tuve que esperar demasiado. La gente se fue marchando y, cuando ya no quedó nadie, salí al pasillo y fui hacia el despacho de Maya. Al igual que el resto de la planta, estaba vacío.

«Nunca sabemos cuándo se irá alguien».

Culpé a la intensidad emocional del día por lo que hice a continuación.

Entré, cogí la pequeña cajita que hacía meses que llevaba en el bolsillo (por ninguna razón en especial; era solo que no podía deshacerme de ella y punto) y se la dejé en el cajón del escritorio. Lo cerré con un firme clic y me marché antes de que pudiera cambiar de opinión.

Tal vez llegara tres meses tarde, pero... quería que lo tuviera.

19

Maya



Las vacaciones pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Mi familia celebraba la Navidad a lo grande, de modo que las semanas que quedaban entre Acción de Gracias y Año Nuevo fueron un cúmulo de fiestas, cenas y festivales.

Tras resucitar de ese jolgorio bañado en champán con resaca y un tacón de menos (gracias, noche de Fin de Año, por el fiestón de La Bóveda), ya me había decidido: basta de que mis padres me organizaran citas. Encontraría a alguien por mi cuenta.

Mi abuela tenía razón. Me había acostumbrado demasiado a estar sola y ya iba siendo hora de que saliera de mi zona de confort.

Así que empecé a tener citas. Muchas. Con hombres a quienes conocía en una cafetería, en un bar o mientras corría por Central Park. Cuando llegó febrero, mi lista de contactos estaba repleta de pretendientes; muchos eran unos inútiles, pero había unos cuantos con quienes no me importaría quedar una segunda vez.

Sinceramente, ya era mejor que la media del año pasado.

Aunque no por eso dejó de formárseme un nudo en el estómago cuando entré a trabajar el viernes. Sebastian y yo teníamos programada una reunión para (miré el reloj...) ahora mismo. Sería la primera vez que nos veíamos cara a cara desde mi cumpleaños y,

aunque había intentado no pensar en él desde entonces, los nervios regresaron a mí en cuanto me acerqué al despacho que compartíamos.

«Respira. No tienes por qué estar nerviosa».

Tampoco nos llevábamos mal. Los correos electrónicos que intercambiábamos eran perfectamente cordiales e incluso nos habíamos enviado una felicitación virtual por Navidad. Pero yo no conseguía deshacerme de los ecos de lo ocurrido en...

«Basta».

El año pasado fue el año pasado. Había llegado el momento de dejar el pasado atrás, incluyendo lo que fuera que hubiese creído sentir con Sebastian.

Llegué al despacho. Hice de tripas corazón y giré el pomo, esperando ver el pelo enmarañado de Sebastian y su perezosa sonrisa socarrona aguardando dentro.

—Siento llegar tarde. He...

Frené en seco. La sala estaba vacía.

Arrugué la frente. Estudié el despacho y vi que había un pósit naranja pegado a la mesa, justo delante de donde solía sentarme yo normalmente.

> No puedo quedarme para la reunión de hoy. Ha habido una emergencia con el proceso de producción. He intentado llamarte, pero tenías el teléfono apagado. Mándame un correo y buscamos otro hueco.
>
> Seb

Miré el móvil. Anoche se me olvidó cargarlo y, efectivamente, se me había muerto durante el trayecto.

Solté el aire con un largo y tembloroso suspiro. Alivio y decepción procedieron a echar un pulso en mi interior. Una parte de mí se alegraba de no tener que lidiar con Sebastian y con las indeseadas emociones que me despertaba; sin embargo, había otra parte que se moría estúpidamente de ganas por esta reunión.

No estaba acostumbrada a pasar tanto tiempo sin verlo. Sebastian no había asistido a ninguna fiesta durante las vacaciones y, a pesar

de que solíamos pasar la noche de Fin de Año con los Laurent, este año se fueron a San Bartolomé entre Navidad y principios de año.

Releí la nota. ¿En serio había habido una emergencia con el proceso de producción o es que simplemente me estaba evitando? No lo veía viniendo solo para escaquearse en el último momento. Si había venido hasta aquí, habría tenido una buena razón para marcharse.

Al menos, eso me dije a mí misma.

Puesto que la reunión se había anulado, salí de allí y me fui a mi despacho habitual, que estaba en la otra punta de la planta. Como había estado liada tratando con comerciantes fuera del despacho, no había estado aquí en toda la semana. A duras penas tuve tiempo de acomodarme antes de que Ezra llamara a la puerta.

—Siento molestar a primera hora de la mañana —dijo al entrar—, pero tengo los documentos que me pediste y quería dártelos antes de pasarme el día entre reuniones.

Me dejó las carpetas de color manila en el escritorio.

Se me aceleró el corazón. La adrenalina empezó a correrme por las venas, pero mantuve la voz firme al responder:

—Gracias. Te lo agradezco.

—No hay de qué. Si necesitas cualquier otra cosa, avísame.

Esperé a que se hubiera ido antes de abrir las carpetas con ansias. No me había olvidado de mi teoría sobre Pittsburgh. A finales del año pasado, estuve demasiado ocupada como para seguir con la investigación; sin embargo, ahora que ya habíamos comenzado a producir la línea de platos preparados congelados y que la organización del evento iba viento en popa, disponía de un poquito más de tiempo para seguir mis instintos.

Le había pedido a Ezra que recopilara todo tipo de comunicación interna relacionada con el despido de aquel empleado y su detención posterior. Le dije que lo quería para crear unos procedimientos operativos nuevos y uniformes por si se daba algún caso parecido en el futuro y él acató sin preguntar nada.

No tenía muy claro qué estaba buscando, pero estaba convencida de que se me escapaba algo. A pesar de que aquella crisis por contaminación ya había quedado atrás, siempre sería una mancha

en el impecable historial de la empresa. A no ser que yo me encargara de limpiarla.

Me pasé el resto de la mañana alternando entre cuestiones de trabajo (propiamente dicho) y estudiando minuciosamente esos documentos.

No le devolví la llamada a Sebastian, pero sí le envié un correo para buscar otro hueco para la reunión.

Llegó la hora de comer sin que yo hubiese avanzado en absoluto con la investigación. Llevaba tantas horas con la vista puesta en la pantalla que tenía los ojos cansados, así que pestañeé y estiré los brazos por encima de la cabeza.

Me moría de hambre. Podía ir a por una ensalada en mi sitio de comida para llevar habitual o... Podía ir al sitio de ramen que me había recomendado Sebastian el año pasado. No sabía cómo se llamaba, pero ¿cuántos restaurantes de ramen podía haber en la zona?

Abrí el cajón del escritorio para coger unos cuantos billetes de emergencia por si solo se podía pagar en efectivo. A estas alturas, casi todos los locales aceptaban tarjetas de crédito, pero había algún que otro establecimiento que seguía aferrándose a las viejas costumbres.

Metí el brazo para coger la bolsa de efectivo que tenía en el fondo del cajón. Sin embargo, cuando vi que había una cajita blanca justo encima de varias cosas de *marketing* antiguas, me detuve. Llevaba un lazo azul. Esto no estaba aquí la semana pasada ni de broma.

La curiosidad le ganó el pulso al recelo.

Deshice el lazo y abrí la caja.

Me quedé sin aliento. Saqué lo que había dentro y me lo quedé mirando. Tenía el pulso tan desbocado que incluso lo notaba en los oídos.

No vi ninguna nota, pero tampoco la necesitaba.

Tenía clarísimo quién lo había dejado aquí.

No le conté lo del regalo a nadie, ni siquiera a la persona que me lo había dado. Quería mantener esta conversación en persona, pero

me tocaría esperar a nuestra próxima reunión y para eso todavía faltaba una semana.

Hasta entonces, tenía que centrarme en algo distinto. Como en el chico monísimo y de carne y hueso con el que estaba teniendo una cita ahora mismo.

—Espero que no sea raro que te haya pedido una cita el Día de San Valentín —dijo Zack—. Como solo es la segunda que tenemos...

—No es raro. Me alegra tener planes el Día de San Valentín por una vez en la vida. —Hice una mueca—. Guau. Espero no haber quedado como una pringada.

A Zack le centelleó la mirada.

—Dudo que pudieras ser una pringada ni queriendo.

Intenté disimular el color que empezaba a teñirme las mejillas y miré a mi alrededor con la esperanza de que él no se diera cuenta de lo avergonzada que me sentía. Sin embargo, hacía muchísimo tiempo que no tenía una segunda cita y no sabía cómo debía tomarme los cumplidos que te hacían en estas situaciones.

Era el miércoles después de que se anulara la reunión con Sebastian, y Zack y yo estábamos tomándonos una copas en un bar del centro de estilo victoriano. Entre las lámparas de araña de cristal y la ornamentada ebanistería, el local ya era bastante romántico, así que habían evitado decorarlo con las típicas cursiladas de San Valentín. Aun así, tenían una oferta para el día y la sala estaba repleta de parejas que habían venido a disfrutar del ambiente y de ese dos por uno en bebidas.

—Brindemos —sugirió Zack alzando la copa—. Por las bebidas con descuento y por haber llegado lo bastante temprano como para pillar sitio y no tener que estar de pie.

Reí y choqué la copa con la suya.

—Bien dicho —respondí.

Zack y yo nos conocimos en la fiesta que celebró Ayana en diciembre. Era fotógrafo, lo cual solía ser una bandera roja porque yo ya había salido con fotógrafos en el pasado y todos habían resultado ser unos *playboys*; sin embargo, fue tan gracioso y natural que, al final, casi me pasé la noche entera hablando con él. Y, cuando me pidió mi número, se lo di.

Tuvimos la primera cita el mes pasado. Me llevó a patinar sobre hielo en Bryant Park, lo cual fue una mezcla perfecta entre algo tierno e informal. Luego se fue porque tenía una sesión de fotos en el Caribe, pero seguimos escribiéndonos mensajes y, cuando me dijo que había vuelto, enseguida acepté y volví a quedar con él.

De momento, la noche iba bien. Solo esperaba poder centrarme en Zack en lugar de perderme en el millón de distracciones que iban pasándoseme por la mente.

Me deshice de un pensamiento errante que me llevó a preguntarme si Sebastian habría quedado con alguien este San Valentín y sonreí a mi cita.

—Has dicho que te gusta mucho esquiar, ¿verdad? ¿Cuál es tu estación favorita?

—Buena pregunta. —Pareció pensarlo seriamente—. Seguramente, Chamonix, en Francia. Aunque Sankt Anton, en Austria, le sigue de cerca. Y si nos ceñimos a Estados Unidos, Jackson Hole y Alta nunca defraudan. ¿Y tú?

—Sé esquiar, pero no soy muy de deportes de invierno —reconocí —. Mejor dame una playa y una moto acuática.

El chico sonrió.

—Sí que te veo dándolo todo con una moto acuática.

Esperé a que retomara el tema del esquí o se pusiera a hablar de su último trabajo en Aruba, pero cambió completamente de tema.

—Hemos hablado mucho sobre mí —comentó—. Háblame de ti. ¿Qué has hecho desde la última vez que nos vimos?

Le di un sorbo a la bebida para disimular la sorpresa.

Un chico que no se pasaba la noche hablando única y exclusivamente de él. Eso sí que era poco habitual.

Cuando me hube recuperado, le conté cómo me había ido el mes hasta ahora. Intenté destacar solo lo interesante, pero la verdad era que había hecho más bien poco aparte de trabajar, quedar con mis amigas y prepararme mentalmente para la boda de Radhika, que empezaba el fin de semana siguiente.

—¿Se casa en la India? —se interesó Zack.

Asentí.

—Me pasaré una semana allí. Es mucho tiempo sin trabajar, sobre todo, con el lío que tengo, pero las bodas son todo un acontecimiento en mi familia.

—Me imagino... —Carraspeó y se le sonrojaron sutilmente las mejillas—. Bueno y... ¿Ya tienes acompañante para esta gran celebración?

Se me aceleró el pulso.

—¿Qué me dirías si te dijera que no?

—Te diría que... podrías tenerlo. Si quisieras.

Me acabé lo que me quedaba de bebida. La cabeza me iba a mil por hora. Me había resignado a presentarme allí sin acompañante, porque pedirle a alguien con quien no tenía una relación seria que se pasara toda una semana conmigo en la India era muchísimo. Zack, en cambio, parecía dispuesto a ello. Además, viajaba tanto por trabajo que la logística en sí no me preocupaba demasiado.

—Por supuesto que quiero. —Guardé silencio un segundo y añadí —: Eh... Esta ha sido mi forma de pedirte si quieres acompañarme a la boda. Por si no quedaba claro.

Se le dibujó una amplia sonrisa en el rostro.

—Ha quedado claro. Y estaré encantado de acompañarte. Mientras no ronques durante el vuelo, nos irá de maravilla.

Volví a reír y la ansiedad que sentía se disipó un poco.

La cosa iba bien. Las citas y tontear con alguien debería ser así: liviano y divertido, sin quedarte sin aliento ni entrar en tensión, que es lo que me ocurría cada vez que estaba cerca de Sebastian.

«¡Basta de pensar en Sebastian! Piensa en Zack. Z-A-C-K. Zack».

La conversación fluyó como si nada y, al cabo de un rato, me disculpé para ir al baño.

Me abrí paso entre la multitud. Como me había tomado tres cócteles, tenía las mejillas sonrosadas y me notaba la cabeza sutilmente aturdida. Había ingerido la cantidad de alcohol ideal; sin embargo, cuando vi la larga cola que había en las escaleras para subir al baño, me serené de golpe.

—Disculpe —llamé la atención de una camarera que pasaba por ahí—. ¿Tienen algún otro baño? En otras circunstancias, no se lo pediría, pero es que tengo que ir muy urgentemente... Por favor.

La mujer dudó. Debía de parecerle desesperada, porque miró a mi alrededor antes de confesar en voz baja:

—El baño de empleados está abajo. Las escaleras están detrás de esa puerta. Está abierta. No le diga a nadie que se lo he dicho o me meteré en problemas.

—No diré nada —le prometí—. Y voy a dejarle la propina más generosa del mundo. ¡Lo juro!

Dicho esto, abrí la puerta que había señalado la mujer y bajé las escaleras a toda prisa. Ninguno de los clientes me prestó atención y los trabajadores iban tan ajetreados que ni siquiera me vieron colándome.

Por suerte, abajo no había nadie. Usé el baño, me lavé las manos y me arreglé el pelo antes de salir. Cuando ya estaba a mitad de camino del pasillo, alguien me cortó el paso.

Ocurrió tan deprisa que solo me dio tiempo a ahogar un grito. Primero estaba caminando hacia las escaleras y, de pronto, tenía la espalda empotrada contra la pared.

Levanté la vista hacia el hombre que me quedaba delante y noté un nudo en la garganta.

—Sebastian.

20

Maya



No nos estábamos tocando.

Estaba a centímetros de mí y con los músculos visiblemente tensos. Sin embargo, su calor corporal se me coló en la piel como si tuviese vida propia.

Debería haberlo empujado. Cerré los puños a mis costados, pero el impulso desapareció antes de que pudiera actuar.

—¿Qué haces aquí? —El pulso me latía en los oídos—. No me digas que ya has vuelto a seguirme.

Sebastian agachó la barbilla para que nos miráramos a los ojos. Aquella tenue luz le teñía la cara de un cálido tono ocre, resaltando los afilados rasgos de sus pómulos y la entretenida curva de sus labios.

—No te he seguido en ningún momento, Segu. Mi familia es la dueña del bar.

«Cierto». Además de restaurantes, los Laurent tenían varias coctelerías de alta gama. Pero eso no respondía a mi pregunta.

—Tu familia es la dueña de muchos locales —señalé—. Y, aun así, tú no paras de aparecer en los que voy yo. Qué coincidencia tan extraña.

—La isla es pequeña.

—Y la ciudad, enorme.

Se le ensanchó un poco más la sonrisa.

—La que no para de ir a los locales de mi familia eres tú. Debería ser yo quien te preguntara si me estás siguiendo tú a mí.

—No te vengas arriba. Estoy de cita.

—Ya lo veo.

Me estudió de los pies a la cabeza y volvió a subir la mirada. Su escrutinio no duró ni un segundo, pero noté un cosquilleo igualmente.

No me había imaginado que volveríamos a encontrarnos así. Se suponía que teníamos que estar en una oficina con mucha luz y a salvo, bajo el pretexto del trabajo, no solos en un pasillo a oscuras en el sótano de un bar la mar de íntimo y tan cerca uno del otro que casi podía contar los latidos de su corazón.

De puertas para fuera, Sebastian estaba igual que de costumbre. Con el mismo pelo grueso y ondulado de siempre, los mismos ojos color ámbar de siempre, los mismos labios carnosos y esos devastadores rasgos de siempre. Sin embargo, después de haber estado tanto tiempo separados, la intensidad de su presencia fue igual que el primer sorbo de *espresso* tras meses sin tomar cafeína: rica, embriagadora y apabullantemente fuerte.

—¿Quién es el desafortunado? —preguntó arrastrando las palabras con tono aburrido—. Al final, tu madre se quedará sin hombres con los que juntarte.

—No me ha organizado ella la cita. Conocí a Zack en una fiesta por Navidad y conectamos enseguida. —Me obligué a encogerme de hombros como quien no quiere la cosa. Me negaba a dejar que viera lo mucho que me había afectado su repentina aparición—. De hecho, es nuestra segunda cita.

Algo peligroso le atravesó la mirada.

—¿Sí, eh?

—Sí.

Hice lo posible por evitarlo, pero me quedé un poco sin aliento.

A mi respuesta le siguió un silencio.

La tela de su camisa me rozaba el pecho y tuve que ralentizar la respiración a propósito para no rozarlo yo a él.

—Me alegro de que esté yendo bien —comentó Sebastian.

—Yo también.

El sonido bajo de nuestras voces quedó suspendido entre nosotros. Ya estaba un poco embriagada de antes, pero, cuanto más tiempo pasaba aquí, más me embriagaban las corrientes que cargaban el aire.

Intenté juntar mis dispersos pensamientos para formar uno un tanto coherente. Me humedecí los labios con la lengua, pero, en cuanto Sebastian bajó la mirada hacia mi boca, me arrepentí de inmediato.

El corazón volvió a latirme con fuerza, insistente.

—La semana pasada encontré algo interesante en mi despacho.

Por fin conseguí encontrar un tema de conversación exacto.

—No me digas —respondió Sebastian, perezoso.

—Sí. Un collar.

—Qué bonito.

—Pues sí. —Le aguanté la mirada—. ¿Alguna idea de quién pudo dejarlo allí?

—Para nada.

Su aliento me rozó los labios y un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

—¿Quién miente ahora? —pregunté con un susurro.

Se le encorvaron los labios de nuevo, aunque, en esta ocasión, el gesto fue casi imperceptible.

Siguió aguantándome la mirada a la vez que levantaba la mano y me acariciaba la delicada cadena de oro que me envolvía el cuello con el pulgar. Noté la calidez de su tacto en mi piel sonrojada y el aire se volvió más pesado cuando él me sacó el medallón de debajo del cuello del vestido.

Lo abrió con un delicado clic.

No bajé la vista. Tenía esa imagen grabada en el cerebro.

Era una foto en la que salía yo en el escenario después de haber ganado a Sebastian en el debate estudiantil anual de nuestra universidad. Fue uno de los mejores momentos de mi vida, pero nunca me hicieron una foto de ganadora oficial.

Menos de un minuto después de que me entregaran el trofeo, sufrí una desagradable intoxicación alimentaria (cortesía de la cena de esa noche) y me vomité encima. Me sentí humillada y devastada, y que nunca llegaran a sacarme esa foto me atormentó de por vida. Fue la única oportunidad que tuve para conmemorar la victoria porque Sebastian me había ganado cada año hasta entonces.

La foto que había en el medallón era una instantánea sacada literalmente segundos antes de la debacle vomitiva. Salía yo sonriéndole al decano, con el trofeo en un brazo y un ramo de flores en el otro. Irradiaba felicidad. Noté una punzada en el corazón.

Me había pasado todos estos años sin saber de la existencia de esta foto.

Hasta ahora.

Sebastian, con el medallón en la palma de la mano, acarició el borde con el pulgar.

—Te pusiste tan contenta cuando ganaste... —reconoció en voz baja—. Nunca te había visto sonreír tan ilusionada.

—Fue una noche maravillosa hasta que...

—Se torció la cosa —acabó la frase por mí y le brillaron los ojos, divertido—. ¿Te pusiste así de contenta porque habías ganado? ¿O porque me habías ganado a mí?

—Ambas.

—Hmmm.

Cuando cerró el medallón y, despacio, volvió a escondérmelo debajo de la ropa, me quedé sin aliento. Siguió rozándome la piel y una especie de pequeñas descargas electroestáticas se me colaron en la sangre.

—¿Cómo conseguiste la foto?

«Sigue hablando. Hablar es algo seguro».

—La saqué yo.

—Sebastian.

Movió los labios de un lado a otro.

—¿Qué quieres que te diga? Tenía una cámara a mano en el momento indicado.

—Pero te has pasado años sin decírmelo. ¿Por qué...? —Cuando Sebastian me soltó el collar y me apoyó la mano delicadamente en la

cintura, se me secó la boca—. ¿Por qué me la has dado ahora?

La calidez de su palma me atravesó el vestido. Yo estaba que ardía; era como si se me hubiesen derretido los huesos y estuviese a meros segundos de caerme.

—Quería que la tuvieras —dijo con voz tan baja que a duras penas lo oí. Sebastian ya no estaba sonriendo—. Tenía que ser tu regalo de cumpleaños.

Al oír su confesión, se me aceleró el pulso. Sabía que él no me regalaría algo tan genérico como una tarjeta regalo.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—He tenido tres meses para pensar.

—¿Y?

Oí que me rugía la sangre aún más fuerte.

El silencio de Sebastian dijo más que cualquier palabra.

Cuando me fue subiendo la mano por la curva de la cintura con una agonizante aunque tierna lentitud, noté otro escalofrío. Fue como si no existiera la delicada capa de cachemir que separaba su piel de la mía.

El lejano sonido de la música y las risas se colaba por la puerta y llegaba hasta aquí, pero no era más que ruido de fondo.

Las ganas me podían y, cuando Sebastian me pasó la mano por el hombro, noté que me ardía el cuerpo entero a más no poder.

Se me fueron cerrando los ojos, cargados de deseo, y la respiración se me volvió andrajosa.

Sebastian apoyó la frente en la mía y juro que notaba la tensión que desprendía. A través de sus lentas y controladas exhalaciones, a través de su tacto moderado y del calor acumulado que iba intensificándose entre nosotros.

Nuestros labios se rozaban con cada respiración. Muy sutilmente. No era un beso, sino más bien una insinuación de ello, pero a mí me dio vueltas la cabeza igualmente.

Cuando me agarró por la nuca, se me escapó un delicado jadeo.

Su mano en mi cuello.

Piel contra piel.

No era nada explícitamente sexual, pero se me tensó el cuerpo entero como respuesta. Se me endurecieron los pezones y se me

avivó una llama en la entrepierna. Me perdí tanto en aquella sensación que casi ni oí el grave gruñido de Sebastian.

Arqueé las caderas contra él en un acto reflejo, en busca de más fricción. Noté su erección en mi centro y mi jadeo se convirtió en un gemido.

Sebastian soltó un taco y me agarró la nuca con más fuerza.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó con más aspereza, sacándome de aquel trance.

Ese cambio tan abrupto me llevó a abrir los ojos de golpe. Sebastian me estaba mirando con los ojos llenos de tortura y le centelleaban, oscuros, a causa de la frustración.

—¿Qué quieres decir? —contesté con la voz rasposa.

Seguía teniendo el cuerpo a mil a pesar de que mi cerebro intentaba espabilarse para asimilar lo que estaba ocurriendo.

—Esto. —Nos señaló a los dos—. ¿Qué ha cambiado?

La confusión acabó de cargarse los últimos resquicios de ardor que quedaban. Y el frío regreso a mí.

—No sé de qué estás hablando —respondí.

Le latió un músculo en la mandíbula. Abrió la boca justo en el mismo instante en el que se abrió la puerta con un fuerte golpe y oímos a alguien bajando por las escaleras.

—Ay, mierda —dijo un chico ataviado con el uniforme negro de los camareros. Al ver a Sebastian, se estremeció—. Lo siento muchísimo, jefe. Haga como si, eh..., como si yo no estuviera.

Fue corriendo hacia el baño. Efectivamente, los ruidos que se colaron de ahí dentro se cargaron el momento, aunque tampoco es que quedara mucha cosa que arruinar.

Quería oír qué iba a decir Sebastian antes de que nos interrumpieran, pero, cuando giré la cabeza, él ya se había ido.

21

Sebastian



Maya me consumía.

Me había pasado meses evitándola, pero me bastaba con desviar la vista un segundo para perder el maldito control.

Se suponía que yo solo tenía que ir al bar a ver cómo iban y punto. El Día de San Valentín había muchísimo trabajo y yo solía pasármelo yendo a nuestros locales principales para hacerme una idea de cuánta gente había. Ya había visitado cuatro más antes de llegar a la Botica de Terciopelo.

Y, cuando entré, allí estaba ella.

Era evidente que Maya tenía una cita y estaba tan metida en la conversación que ni siquiera reparó en mi cuando llegué.

Debería haberme ido de inmediato, pero nada me preparó para aquel apabullante chute de celos irracional que sentí en el pecho. Ya la había visto en citas antes, pero esta vez era distinto. Esta vez parecía... contenta. Y verla sonriéndole de forma genuina a otro me sentó como una patada en el estómago.

Quería que Maya fuera feliz, pero quería que fuera feliz conmigo. No con otro. Me daba igual estar siendo un egoísta tarado.

Y, a pesar de que sabía que tenía un ultimátum para encontrar marido y que yo no tenía derecho alguno para pararle los pies, había ido a por ella. Había hablado con ella cuando debería haberme quedado al margen. La había provocado cuando debería haberme ceñido a la neutralidad.

La había tocado a sabiendas de que sería mi ruina.

Apreté la mandíbula. Clavé la vista en el reloj de la pared y me quedé mirando cómo avanzaban los minutos hasta las tres.

Ya hacía una semana del incidente del bar. Me marché antes de que pudiera hacer algo de lo que fuera a arrepentirme, pero ella seguía presente en cada segundo del día. Y en mis sueños, también.

Y ahora tenía que verla y fingir que todo seguía como siempre.

Repiqueteé los dedos contra la mesa. El desasosiego me estaba carcomiendo.

Había llegado con tiempo para serenarme antes de la reunión. Maya todavía no había llegado, pero la veía vívidamente en mi cabeza. Sus pesados párpados medio cerrados, la sensualidad de su mirada y cómo ejerció presión con su cuerpo contra el mío; me había suplicado, con lenguaje corporal, que le diera eso que tan desesperadamente queríamos los dos.

Fue casi suficiente como para que me olvidara de por qué me había pasado todos estos años alejado de ella.

Casi.

«Las tres menos dos».

Debería haber cancelado la reunión de hoy, pero ya me había saltado la última que teníamos prevista por culpa de una emergencia con la producción. Nos habíamos quedado sin espinacas para la receta de la quiche y uno de los responsables las sustituyó por puñetera col rizada antes de que alguien más se diera cuenta y me avisara. Habíamos tenido que deshacernos del lote entero.

«Las tres menos uno».

Maya ya debería haber llegado. Quien siempre decía que llegar a la hora justa era llegar tarde era ella y...

Se abrió la puerta.

Dejé de repiquetear los dedos. Me recosté en el asiento y dibujé una expresión neutral a la vez que Maya entraba ataviada con un

abrigo largo y una bufanda. Se había vuelto a recoger el pelo en una trenza y yo cerré los puños para contener la repentina necesidad que sentí de soltársela y hundirle la mano en aquellos sedosos mechones.

—Llegas tarde —le dije.

—Y tú temprano.

Al ver cómo habían cambiado los roles desde aquella primera reunión en el Club Valhalla, casi sonrío. Sin embargo, esa pizca de diversión se desvaneció en cuanto ella sacudió un poco los hombros para quitarse el abrigo y la bufanda y se sentó frente a mí.

Un silencio incómodo se abrió paso entre nosotros, acentuado por el efímero recuerdo de su delicado gemido.

Aparté la mano de la mesa, me la apoyé en el muslo y cerré el puño.

—¿Arreglaste el problema de producción? —preguntó Maya, que fue la primera en romper el silencio con una expresión inescrutable.

Asentí con un breve gesto de cabeza.

—También he acabado de preparar el menú para la cena del lanzamiento. Los platos marcados con una estrella son los congelados; los otros, los normales.

Le pasé un papel desde el otro lado de la mesa.

Mientras ella lo estudiaba, yo le bajé inconscientemente la vista hacia el cuello. Ni rastro del medallón.

Noté una punzada en el pecho, pero enseguida me recompuse. Tampoco es que esperara que fuese a llevarlo después de que la abandonara en el bar.

A lo mejor habría podido tener un poco más de delicadeza al marcharme, pero es que estaba a punto de estallar. Si el camarero no nos hubiera interrumpido, yo habría acabado tirando años de cuidadosa contención por la borda con tal de saborear a Maya una única vez. Mi orgullo, el delicado equilibrio de nuestra relación... Todo se habría ido al traste.

Si ella no hubiese estado borracha, a lo mejor habría valido la pena. Pero, si decidía arriesgarme, quería que Maya supiera qué estaba haciendo exactamente y con quién. Y yo necesitaba saber

qué había cambiado, si es que había cambiado algo. De lo contrario, solo acabaría haciéndome daño otra vez.

Pero, como ella no había podido darme una respuesta, aquí estábamos.

Cuando Maya levantó la vista de la carta, se me tensaron los hombros de nuevo.

—Lo veo bien.

Comentamos algunos temas relevantes de la fiesta de presentación y luego volvimos a quedarnos en silencio. En la sala se oía solo el repiqueteo de nuestros respectivos teclados, pero el silencio que nos envolvía era tan asfixiante que me costaba incluso respirar.

Me quedé mirando la pantalla en un intento por centrarme en la lista de invitados en lugar de en el sutil aroma que me llegaba del perfume de Maya. Era sumamente consciente de su presencia sin tener que mirarla siquiera; por la sutileza con la que ladeaba la cabeza, por las periódicas pausas de sus movimientos... Cuando dejaba de teclear, yo tenía que contener las ganas de decir algo.

—Ya basta. —Maya cerró su portátil de golpe y vi que la frustración le inundaba el rostro—. Tenemos que hablar.

Arqueé una ceja inquisitoria, pero noté que el alivio me soltaba un poco el nudo que tenía en el pecho.

¡Gracias a Dios! Como tuviera que seguir aguantando esta tortura un minuto más, acabaría estallando.

—La semana pasada, en el bar. —Se le tiñeron un poco las mejillas a la altura de los pómulos, pero recobró la compostura de inmediato—. ¿De qué estabas hablando cuando me preguntaste qué había cambiado?

Su pregunta me sorprendió. Di por sentado que, en ese momento, no se acordaría por culpa del alcohol; sin embargo, cuando le estudié la mirada, la confusión lo inundó todo.

Apreté los dientes. No sabía qué me cabreaba más: si el hecho de que Maya estuviera mintiendo (porque yo tenía pruebas irrefutables que demostraban que sabía de qué le estaba hablando) o la posibilidad de que se hubiese olvidado de verdad (y de que eso significara tan poco para ella cuando significaba tanto para mí).

—Si tienes que preguntar, entonces, da igual —respondí.

Me encogí de hombros a pesar de que algo en mi interior se rompió. Lo disimulé con una sonrisa desinteresada, asegurándome de seguir con mi máscara bien puesta.

No me gustaba nada dejarme en ridículo y, claramente, la cosa no se repetiría una segunda vez. Y menos delante de Maya.

Todavía me acordaba de cómo me sentí la primera y única vez que me permití ser vulnerable con ella: desnudo y expuesto, como si alguien me hubiese arrancado la piel para evidenciar que yo también era de carne y hueso, igual que el resto. Que no era especial, que no era inmortal. Cuando alguien me metía el dedo en la llaga, el dolor era igual de intenso o puede que incluso más porque a mí me tocaba fingir que no escocía.

Maya se puso más seria.

—Ya somos demasiado mayores como para estar jugando a estas cosas, Sebastian. Tanto tú como yo sabemos... —Dejó la frase a medias y se sonrojó—. ¿Sabes qué? Que da igual. Si quieres seguir con este jueguecito de ir de majo y luego de borde, adelante. Pero no esperes que yo continúe siguiéndote el rollo.

Solté una risotada y respondí:

—Tiene gracia que seas tú quien lo diga.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no paras de tener citas con tíos insípidos fingiendo que te importan cuando en el fondo sabes que no es así. ¿Me acusas a mí de ir de majo y luego de borde? Vale. Pero al menos yo no voy haciéndole ilusiones al resto porque tengo miedo a quedarme atrás en una carrera invisible a la que, para empezar, ni me he apuntado. Puedes poner el ultimátum de tus padres de excusa, pero llevas engañándote a ti misma desde mucho antes.

A Maya se le ensancharon las fosas nasales.

—Ni ellos son insípidos ni yo estoy haciéndole ilusiones a nadie. Estoy intentando encontrar a la persona correcta. Se dice «salir de mi zona de confort». Deberías intentarlo alguna vez.

«Ya lo hice, joder, y no es que me saliera precisamente bien, ¿a que no?».

—Cuando tu zona de confort abarca un radio de cincuenta centímetros, tampoco es tan difícil —respondí—. ¿En serio intentas decirme que Zeke encaja con lo que tú entiendes por «persona correcta»?

No oí la conversación que estuvieron manteniendo en el bar, pero me bastó con mirar al tipo para saber que era un blandengue. Maya se lo comería vivo.

—Se llama Zack y es justo lo que te estoy diciendo. De lo contrario, no habría aceptado tener una segunda cita con él. —Levantó la barbilla, a la defensiva—. De hecho, me acompañará a la boda de Radhika.

Ahora, la ola de celos que sentí fue tan afilada que me atravesó la coraza. Se me desdibujó un segundo la sonrisa, pero me recuperé en el acto.

—Entonces, supongo que lo veré ahí. Me muero de ganas de conocerlo.

Maya agarró el boli con tanta fuerza que se le quedaron los nudillos blancos.

—Vas a ir. —No era una pregunta.

—Por supuesto.

La boda de la prima de Maya era todo un acontecimiento. Todas las personas a quienes conocía volarían a la India para asistir a la ceremonia, y mi familia no era ninguna excepción.

—¿Con quién vas?

Me lo preguntó con tono monocorde. Aun así, le atisbé en la mirada una pizca de una emoción que no supe identificar antes de que volviera a serenarse.

—Con nadie a quien conozcas.

No tenía previsto llevar acompañante, pero igual me tocaba cambiar los planes. Al imaginármela por ahí con Zeke toda la noche estando yo solo sentí unos celos horribles y me hirvió la sangre.

—Ya la compadezco...

—No más que yo a Zeke. O a ti. Pasar una semana con alguien con quien la cosa no avanzará es perder muchísimo tiempo.

Esta vez, no se molestó en corregirme con el nombre.

—No estoy perdiendo el tiempo. Como te he dicho ya, no le habría pedido que viniera conmigo si no me gustara. Es mono, majo, agradable...

—Los cachorros también lo son, pero dudo que quieras casarte con uno.

¿Mono? ¿Majo? ¡¿Agradable?! Más le valía tomarse un ibuprofeno y dar el día por terminado.

—Tú y tu arrogancia —señaló Maya—. Crees que me conoces superbién.

—Porque es cierto.

Le centelleó la mirada y me retó:

—Pues venga, ilumíname.

—Hecho. —Fui levantando un dedo por cada cosa que dije—. Detestas a los hombres que se limitan a acatar órdenes, así que quieres estar con alguien que te apoye, pero que también te cante las cuarenta cuando, inevitablemente, la cagues. Necesitas a alguien que no tema tu ambición y a quien no le intimiden tus éxitos. Debería tener tanta curiosidad intelectual como tú y saber defenderse en una conversación porque te gusta discutir que te cagas, pero no respetarás a alguien que no esté a la altura de tus argumentos. No solo buscas pareja, buscas un igual, pero si tu búsqueda ha fallado hasta ahora es porque no *existe* nadie igual que tú. Como máximo puedes aspirar a alguien que sea capaz de seguirte el ritmo, pero lamento informarte de que Zack, con su rubio decolorado, no es esa persona, por más que tú intentes convencerte de lo contrario.

Maya se quedó mirándome con la respiración pesada y en silencio.

—Ahí lo tienes —respondí con un tono falsamente desinteresado —. Podría entrar en más detalle, pero entonces tendría que cobrarte. No trabajo de gratis.

Agarró el boli con más fuerza todavía.

—A veces —respondió en voz baja—, te odio que flipas.

Volví a centrarme en el ordenador con el pecho helado y sentencié:

—Lo sé.

Después de nuestra reunión, fui directo al Club Valhalla. Pasé de la barra y opté por esconderme en el restaurante exclusivo para miembros.

Sin embargo, solo pude disfrutar de unos minutos a solas antes de que alguien se sentara en la silla que tenía enfrente.

—Tienes unas pintas de mierda —comentó Dante.

Reí por lo bajo mientras jugueteaba distraídamente con el vaso. Ojalá estuviese lleno de vino en lugar de agua, pero había aprendido a las malas que, si bebía alcohol estando así de afectado, me sentiría aún peor.

—Teniendo en cuenta que hay media docena de mesas más vacías a nuestro alrededor, ¿has decidido sentarte conmigo por algún motivo en concreto o es que mi compañía te parece fulgurante? —pregunté.

—Yo no diría «fulgurante» —respondió con tono seco—. He venido a picar algo rápido y te he visto aquí, con unas pintas de mierda. He pensado que igual te vendría bien una distracción. —El camarero vino a tomarle nota, Dante guardó silencio y, cuando se hubo ido, me preguntó—: ¿Por qué estás paseándote por el club con cara mustia un martes por la tarde?

—Por nada importante.

—Si no fuera nada importante, no estarías así de mustio.

—No estoy mustio.

—Claro que lo estás.

Ahora, quien lo fulminó irritado con la mirada fui yo.

—Autoinvitarse en mesas ajenas y luego importunar a los comensales preguntándoles por sus problemas es de mala educación.

—O sea que sí que tienes problemas.

Habría jurado que era menos insufrible antes de casarse. Al Dante de antes de Vivian le habrían importado una mierda los problemas ajenos, siempre y cuando no tuvieran nada que ver con él.

No obstante, como estaba aquí y me había quedado claro que no pensaba irse hasta dentro de un rato, ya puestos, aprovechaba la ocasión.

—Al principio de comprometerte con Vivian, ella no te caía bien, ¿verdad?

La cautela le inundó el rostro.

—Era una situación peliaguda. Pero no, no me caía bien.

—Y tú a ella tampoco.

—No —respondió más malhumorado.

—Entonces, ¿cómo pasasteis de odiaros mutuamente a enamoraros y tener una hija?

Dante arrugó la frente, pensativo. Parecía estar meditando realmente la respuesta a mi pregunta.

—No pasó de la noche a la mañana —contestó al fin—. No fue como si, de pronto, un día cambiase algo y ya estuviésemos enamorados. Yo tardé meses en reconocer para mis adentros que tal vez no la odiaba, y tardé más tiempo todavía en decírselo a ella.

—¿Sabías cómo reaccionaría Vivian antes de decírselo?

—Nadie sabe nunca lo que pasará con estas cosas. Y si alguien dice que sí, miente.

—¿Qué habrías hecho si ella no hubiese sentido lo mismo?

Estaba convirtiendo nuestra comida en una interrogación, pero es que no podía preguntarle todo esto a nadie más. Xavier lo pillaría enseguida y mis otros amigos tenían unas dinámicas distintas con sus parejas. La situación de Dante no era la misma que la mía, pero sí era la que más se le asemejaba.

—¿A qué viene esta pregunta? —Volvió a fruncir el ceño—. Qué mal rollo...

—Es solo una pregunta hipotética. Dime.

Tenía pinta de estar arrepintiéndose mucho de haberse sentado conmigo, pero, tras una larga pausa, contestó:

—Si hubiese visto que me tenía el más mínimo aprecio, y me lo tenía, habría intentado que cambiara de opinión. Que es precisamente lo que tuve que hacer después de que experimentáramos algunos, eh..., contratiempos durante nuestro compromiso.

—¿Te refieres a cuando descubrió que la estabas utilizando como peón para cargarte a su padre?

Dante me fulminó con la mirada.

—Para estar linchándome a preguntas como si estuviésemos en una puta entrevista de trabajo, me estás tocando los cojones que flipas. —Soltó un largo y controlado suspiro y, ya más calmado, prosiguió—: La cosa es que dejé mi orgullo a un lado e hice lo que tuve que hacer para volver a ganarme su confianza. Porque la quería muchísimo.

Le di un sorbo al agua en silencio y fui asimilando sus palabras. Lo que me estaba contando tenía sentido, pero no podía aplicármelo.

Toda esta conversación para, de nuevo, no llegar a ninguna parte.

Dante me miró y se interesó:

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Te has enamorado, Laurent?

—No. —La risa me sonó más falsa de lo que me habría gustado—. Pura curiosidad. Yo no estoy hecho para enamorarme.

—Hmmm. —Dante cogió el vino con expresión sabionda y concluyó—: Eso mismo me decía yo también al principio.

22

Sebastian



La boda de Radhika Singh con su prometido (igualmente adinerado) se celebró en Jaipur, una ciudad situada en el estado de Rajastán, en el noroeste de la India. También se la conocía como la Ciudad Rosa, por sus característicos edificios de arenisca de color rosa y rojo, y era el lugar ideal para festejar uno de los acontecimientos sociales más esperados del año.

Las celebraciones duraban una semana entera y comenzaron con una cena de bienvenida el jueves, dos días después de mi reunión con Maya. A esto le siguieron un sinfín de fiestas temáticas, actuaciones musicales y celebraciones formales organizadas en varios puntos de la ciudad. Sin embargo, lo más destacable de la semana fue, sin duda alguna, la recepción principal. Tuvo lugar en los lujosos jardines del también lujoso hotel-palacio donde se hospedaban la mitad de los invitados, y el equipo que había planificado la boda consiguió convertir ese espacio exterior en uno temporalmente interior y lo suficiente grande para acoger a dos mil personas.

Entre el techo y aquellas paredes estructuradas, varios escenarios y el suelo que lo recubría todo, casi se me olvidó que, técnicamente,

estábamos en una carpa y no en un salón de baile real.

—¡Sebastian! —me llamó el padre de Maya cuando yo estaba en la zona este de la carpa viendo cómo un artista pintaba escenas de la celebración en directo. Los detalles eran tales que podrían haber pasado por fotografías—. ¿Qué te parece la fiesta?

—Genial. Las bodas de los Singh siempre son las mejores —dije tranquilo.

El hombre sonrió orgulloso y se le encorvó el bigote.

—En eso te doy la razón. —Bajó la voz y añadió—: La boda de Priya será aún mejor. Pero yo no te he dicho nada, eh.

Maya había heredado el espíritu competitivo de su padre, claramente.

Al pensar en ella, noté una punzada en el pecho. La había visto de lejos a lo largo de la semana, pero había tanta gente y tantas cosas por hacer que no había tenido tiempo de... ¿De qué? ¿Disculparme? ¿Arreglar las cosas? ¿Dejar mi orgullo a un lado tal y como había hecho Dante con Vivian y contarle la verdad?

Me inundó otra ola de desasosiego, pero me serené y seguí conversando con Neal.

—Me alegro de ver que la colaboración está yendo bien —dijo—. Tu padre también está bastante satisfecho con el progreso.

—No me diga... —No era ninguna pregunta.

Mi padre y yo no habíamos vuelto a hablar de trabajo desde que me planté en su despacho y le obligué a aceptar mis requisitos. De hecho, no habíamos hablado demasiado en general. Mi madre apaciguaba las aguas cambiando de tema y poniéndose a hablar de las sesiones de fisioterapia o del último cotilleo de la alta sociedad para disimular la tensión que había entre nosotros dos.

Neal pensaba que mi padre estaba satisfecho con el progreso que habíamos ido haciendo, pero yo sabía que estaba esperando para ver cómo fracasaba su hijo en la presentación.

—Claro que sí —insistió el padre de Maya con cierta especulación en los ojos—. Estamos todos ilusionadísimos con el evento de presentación. Parece que va a ser una gran noche.

—Gracias, señor —contesté—. Yo también estoy muy ilusionado.

Seguro que sabía lo de mi acuerdo con mi padre. Eran mejores amigos. De todos modos, a juzgar por su tono, me resultaba imposible ver si quería verme fracasar o triunfar; eso, si es que le importaba lo más mínimo.

Miró detrás de mí y se estremeció.

—Uy, viene visita —comentó—. Me alegro de verte, Seb. Buena suerte.

Dicho esto, ese director ejecutivo de Fortune 500, uno de los hombres más poderosos del mundo, se marchó escopeteado como si lo estuvieran persiguiendo los mismísimos perros del Infierno.

Entendí el porqué al cabo de un segundo, cuando apareció la abuela de Maya. Llevaba un sari profusamente bordado y montones de joyas centelleantes.

—Sebastian —me llamó—. Justo el hombre al que andaba buscando.

—Buenas tardes, señora Gupta. Está usted espléndida. El verde le sienta fenomenal —la alabé con una sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Hmmm... Tú siempre has tenido mucha labia. —A pesar de que chascó la lengua, se sonrojó, complacida—. Espero que estés disfrutando de las celebraciones.

—Por supuesto. Tal y como le estaba diciendo al señor Singh, las bodas...

—De los Singh siempre son las mejores. Sí, ya. —Sacudió una mano al aire—. Debo reconocer que esta es todo un espectáculo. Aunque no te vas a creer lo que me ha pasado antes.

Una pizca de diversión se coló en mi interior.

—¿Qué?

—He perdido un anillo. —La abuela de Maya me enseñó la mano, atiborrada de joyas doradas—. Era un rubí precioso que me regaló mi difunto marido por mi cumpleaños. Estoy absolutamente destrozada.

—Ya veo... Supongo que tendría tanto valor sentimental como el pendiente de diamantes que perdió en la fiesta de cumpleaños de Maya, ¿verdad?

—¡Pues sí! ¡Así es! —Sonrió pletórica, lo cual resultó un poco sospechoso para estar hablando de una mujer que estaba «absolutamente destrozada»—. ¿Serías tan amable de ayudarme a buscarlo? La última vez que lo vi estaba por el suelo de la pista de baile. —Señaló la pista en cuestión—. Detesto tener que pedírtelo, pero me ayudaste tanto con el pendiente de diamantes...

—No encontré el pendiente —aclaré.

Sospechaba que, para empezar, nunca lo había perdido, pero no era tan estúpido para confesarlo en voz alta.

—Cierto, pero me ayudaste a descartar la terraza interior, y eso le facilitó muchísimo la búsqueda a Diya —respondió enseguida.

Desvié la vista hacia el suelo de la pista de baile, indeciso. Me apostaba hasta mi último centavo a que Maya estaba allí.

Se veía a la legua que su abuela estaba intentando juntarnos, pero no acababa de descifrar cómo me sentía al respecto. Nuestro pasado era demasiado complicado para que una simple encerrona lo arreglara todo. Aun así...

—La ayudaré encantado, señora Gupta —contesté—. Espero tener mejor suerte que con los diamantes y encontrar el rubí.

—Fantástico. Yo también lo espero. —Me dio unas palmaditas en el brazo con los ojos centelleantes—. Tómate el tiempo que necesites. Yo voy a ir a la sección de los postres, a ver si me animo.

Se marchó y yo eché a andar en la dirección opuesta, hacia el salón de baile.

Pasé por al lado de mis padres, que estaban enfrascados en una conversación con algunos de los socios de negocios de mi padre y sus esposas. Dante y Vivian se habían quedado en casa porque Josie seguía enferma, pero vi a algunos de sus otros amigos entre la multitud: Vuk sacando fotos de Ayana en una esquina, Dominic y Alessandra bailando al son de la música, y Kai e Isabella llenándose los platos en varias estaciones gastronómicas (en las que había de todo, desde *biryani* hasta *chaat* y kebabs).

No me detuve a saludar a nadie.

Tenía la vista puesta en la pista de baile y, a medida que fui acercándome, el corazón empezó a latirme más deprisa.

Sin embargo, a pesar de que su abuela me hubiese echado un cable, me costó encontrar a Maya entre esa multitud de gente bailando y girando. No tenía ni idea de cómo iba vestida ni de si se habría movido de sitio mientras yo caminaba hacia allí. Cada vez que pensaba que la veía, otro invitado pasaba por el medio y me bloqueaba la vista.

La música me caló hondo. El corazón se me sincronizó con el *crescendo* de la melodía mientras yo estudiaba la pista de baile, preso de la repentina necesidad de encontrarla.

Meros minutos antes, ni siquiera sabía si quería hablar con ella. Sin embargo, ahora que estaba aquí y que, teóricamente, ella debía de estar cerca, no podía no verla. Lo necesitaba más que el aire que respiraba.

Me abrí paso entre la multitud, a ciegas y sin prestar atención a las personas que chocaban conmigo o me pisaban. La frustración me corría ávida por las venas.

Un grupo de adolescentes pasó gritando por delante, bloqueándome el campo de visión.

Y entonces la multitud se separó... Y ahí estaba ella.

Me detuve. A pesar de que a duras penas me había movido, sentí que me faltaba un poco el aire.

Maya estaba bailando con sus hermanas a unos tres metros y medio de donde estaba yo. El fuerte bajo de la música acalló su risa, pero se le veía claramente en la sonrisa, en el centelleo de los ojos y en cómo le resplandecía el rostro. El pelo le caía por la espalda como si de una oscura y brillante cascada se tratara, y el intricado patrón de cristales que adornaba su *lehenga* resplandecía cual mapa de estrellas fugaces. Las joyas le titilaban bajo las luces, y aquella falda ondulante se mecía con cada movimiento.

Los demás invitados danzaban y giraban a nuestro alrededor al son de unos tamborileos cada vez más fuertes. Sin embargo, a pesar de ese frenesí de color y música, Maya era la única estrella en mi universo. Lo único en lo que podía centrar mi atención.

Brillaba como la que más; no la había visto así de feliz desde el día en que me ganó en el debate universitario. Se me había olvidado

lo mucho que cegaba su resplandeciente alegría o lo muy devastador que era eso para mi autocontrol.

Cuando Maya sonreía así, me invadía la incómoda sensación de que haría lo que fuera con tal de que me mirase igual.

Neha me vio. Le susurro algo a Maya y esta se giró de inmediato a la vez que yo llegaba a ellas. Saludé a las tres hermanas educadamente, pero a duras penas me di cuenta de que se disculpaban y se marchaban.

Desaparecieron y, de repente, quedamos solo Maya y yo.

El mundo se detuvo. La música cesó y todo lo demás dejó de existir en cuanto nuestros ojos se encontraron.

A Maya se le desvaneció la sonrisa, pero se le tiñeron las mejillas de un tono rosado mientras el aire se volvía más pesado a nuestro alrededor.

A lo mejor era por el sitio en el que estábamos, por esa magia especial que acompañaba las bodas o porque este era el resultado inevitable de habernos pasado una semana seguida celebrando el amor; sin embargo, parecía que hiciese siglos de la discusión de la semana pasada. Ese enfado, esa incerteza y esos celos... dejaron de existir uno a uno hasta que lo único que sentí fue el deseo de verla sonreír otra vez.

—Tu abuela ha vuelto a enviarme a una misión —comenté—. Ha perdido un anillo de rubí.

—¿En serio? —Maya enarcó las cejas—. No ha perdido una joya en toda su vida y, de repente, pierde dos en cuatro meses. Qué raro.

—Mucho.

Volvimos a quedarnos en silencio y con un sinfín de pesadas palabras por pronunciar.

—Estás guapísima —le dije con voz más baja.

Ese adjetivo no se acercaba lo más mínimo al efecto que surgía Maya en mí, pero era lo más seguro. Neutral.

Y tendría que bastarme por ahora.

—Gracias. Tú también. —Se sonrojó todavía más—. O sea... Estás guapo.

—¿Me relegas de guapísimo a guapo? —Me llevé una mano al pecho—. Eso ha dolido, Segu.

—Podrás soportarlo. Tu ego necesitaba el golpe de realidad.

Sonreí ante ese breve momento de vuelta a la dinámica antes de acordarme de algo que llevaba irritándome toda la semana.

—¿Y tu acompañante? —quise saber.

Zeke, Zack, como se llamara, era un idiota por haberla dejado sola. Lo cual acababa de evidenciar que no la merecía (aunque no la había merecido nunca).

Maya titubeó.

—Al final no he venido con él —reconoció—. ¿Y la tuya?

—He venido solo.

Tragó saliva.

—Vaya...

Eso, vaya... No debería darle demasiadas vueltas a por qué Maya había decidido venir sola, pero el pulso se me aceleró por igual.

Maya estaba aquí, estaba sola y estaba conmigo. Al menos, por ahora.

La música dio paso a una balada romántica hindi más lenta, así que le tendí la mano antes de que me diese tiempo a cambiar de opinión y le pregunté:

—¿Bailamos?

Le centellearon los ojos, sorprendida. Tras un breve segundo, me cogió la mano y se me acercó.

Enseguida nos adaptamos al compás y fuimos bailando despacio por la pista de baile. Su mano encajaba perfectamente con la mía, y la calidez de su piel me caló bien hondo.

—Acabo de caer en que es la primera vez que bailamos juntos —comentó.

—No es verdad.

Maya arrugó la frente.

—En el internado, último curso —le recordé—. Fuimos a una conferencia en España con la asociación de Modelos de Naciones Unidas. Al terminar, hicimos una hoguera en la playa y...

—Nos emborrachamos tanto que robamos los altavoces de un camión que había en el aparcamiento y nos pasamos la noche poniendo música de los noventa a todo volumen —acabó Maya. Al acordarse de eso, esbozó una sonrisa—. Casi lo había olvidado. Andy

Kim casi se ahogó después de que Neville Grafton le vomitara encima en plena canción de los Backstreet Boys y fue corriendo al mar para limpiarse.

—Estaba muerto de la vergüenza. Creo que eras su amor platónico.

—¿De quién? ¿De Andy o de Neville?

—De los dos.

No los culpaba. Maya era magnífica.

Arrugó la nariz y respondió:

—Esa noche desafinamos tantísimo... Menos tú. Se te habría dado bien cantar en una banda juvenil.

—Eso quiero pensar. Aunque no me decoloraría las puntas. No es mi estilo. —Se me encorvaron los labios—. Pero, vaya, que me acuerdo de que lo petamos con la coreografía de una canción de NSYNC.

Maya soltó una carcajada.

—Si con petarlo te refieres a dejarnos en ridículo, entonces sí. Pero no bailamos juntos. Bailamos cerca del otro.

—Bastante cerca.

Seguimos danzando en silencio durante un rato, dejando que la música nos guiara. La melodía sensual de la cantante se mezclaban con los delicados rasgos del sitar en un claro reflejo del suave vaivén de nuestros cuerpos.

Quería perderme en ese momento y fingir que todo iba bien, pero solo serviría para mentirme a mí mismo. Hasta que no aclaráramos las cosas, siempre habría una barrera entre nosotros y yo no podía dejar que la cosa siguiera así.

—En cuanto a las últimas semanas... —Exhalé despacio—. Siento mucho haberme comportado de esa manera. Estuvo mal. Y fue injusto.

Maya levantó la cabeza y me miró a los ojos. La estupefacción le inundó el rostro.

—¿Acabas de disculparte conmigo?

—Sí, pero que conste que tú te disculpaste primero conmigo en La Bóveda el verano pasado. Yo solo estoy equilibrando la balanza.

—Claro, cómo no. —Sacudió la cabeza, pero sus palabras no iban cargadas de ese tono mordaz habitual. Cuando volvió a hablar, lo hizo con cierta delicadeza—. No te lo dije, pero gracias por el medallón. Es uno de los regalos más considerados que me han hecho nunca.

—De nada.

Esa foto de Maya después del debate era una de mis favoritas. En ese momento, me molestó perder; sin embargo, cuando vi lo ilusionada que estaba ella, no pude resistirme y saqué aquella instantánea. Maya siempre era plenamente consciente de cómo comportarse cuando estaba de cara al público, pero, cuando creía que nadie la estaba mirando, sacaba sus mejores cualidades a la luz, con todo su esplendor.

Podría haberle dado esa foto hacía años, pero nunca me pareció que fuera el momento correcto.

Y esa vez... sí me lo pareció.

—Solo por curiosidad: ¿por qué no has venido acompañado? —se interesó.

La gente iba pasando a nuestro alrededor y entonces me di cuenta, tarde, de que la canción había terminado. El DJ se estaba tomando un breve descanso, pero nosotros seguíamos en la pista de baile, cogidos de la mano.

A pesar de que lo preguntó con un tono despreocupado, casi percibí cómo le latía el corazón cuando me miró. O a lo mejor era el mío, que se había acelerado debido a ese repentino cambio en el ambiente.

Podía mentirle. Se me daba bien y estaba más acostumbrado a las falsedades que a la verdad.

Pero ya estaba harto de mentiras. Y estaba harto de fingir.

Le aguanté la mirada y, en voz baja, por fin confesé:

—No era la chica con la que quería estar aquí.

23

Maya



Las palabras de Sebastian quedaron suspendidas en el aire.

El silencio que le siguió fue tan puro, tan absoluto, que me pitaron los oídos.

«No era la chica con la que quería estar aquí».

—Entonces, ¿con quién querías estar aquí?

La pregunta se me escapó y la voz me sonó un poco más cargada de aire de lo que me habría gustado.

A lo largo de la semana pasada, me habían pasado decenas de imágenes por la cabeza de cómo sería la acompañante de Sebastian. Rubias imponentes, morenas seductoras, pelirrojas sensuales... No había habido forma de pararlo y, después de semejante desgaste mental, resultaba que no había acompañante alguna.

Detestaba sentirme tan aliviada.

—La cosa no funciona así, Segu —musitó Sebastian. Me estaba agarrando la mano con fuerza, con firmeza, y yo era incapaz de separarme de él a pesar de que sabía que debería—. Una pregunta por persona. Me toca. —Me miró fijamente a los ojos—. ¿Por qué no has venido acompañada?

Se me secó la boca. Tenía la verdad en la punta de la lengua.

Mi idea era venir con Zack, de verdad. Después de pelearme con Sebastian, me fui a casa, actualicé mi confirmación y le envié el itinerario al chico.

Sin embargo, al final, me acobardé y le dije que ya era demasiado tarde y que no podía añadir a un invitado más. Lo habría traído, sobre todo, para tocarle las narices a Sebastian, y no era justo.

En el fondo sabía que solo habría venido a acompañarme y basta porque, si me imaginaba bailando con alguien, ese alguien no eran ni Zack ni Nikhil ni ninguno de los muchos chicos con los que había tenido alguna cita.

Sino alguien de pelo oscuro, ojos color ámbar, la piel morena y una sonrisa socarrona enfurecedora. Alguien con un sutil acento francés y aquella cadencia familiar de cuando hablaba arrastrando las palabras. Cualquier cosa que no fuera eso se me antojaba errónea; era como si estuviese intentando calzarme unos zapatos que me quedaban pequeños.

Y eso me acojonaba porque yo no debería sentir todo esto por Sebastian Laurent. No podía. Iba en contra del orden natural de las cosas.

—Zack no ha podido venir. —Me obligué a callarme la verdad—. Trabajo.

A Sebastian le centelleó la mirada.

—Ya estás mintiendo otra vez.

Me lo recriminó con delicadeza, pero bastó con una sola mirada para que a mí me diera la impresión de que podía colárseme bajo la piel y descubrir todos mis secretos.

El DJ regresó tras la pausa. La música volvió a sonar por todo lo alto, acallando el pánico creciente que se había adueñado de mis pensamientos; sin embargo, la presión que notaba tras la caja torácica era como una burbuja a punto de estallar. Parecía que se me estuviera echando todo encima; empecé a respirar de forma andrajosa y entrecortada.

—Necesito... Necesito que me dé el aire.

Le solté la mano a Sebastian del tirón y me abrí paso a codazos entre la multitud, que ya se había vuelto a reunir. Me pitaban los

oídos. Los demás invitados se convirtieron en un montón borroso de colores chillones y risas distorsionadas.

Seguí avanzando (demasiado asustada como para parar) hasta que salí de la carpa y me recibió la oscura noche.

Tomé una profunda bocanada de aire y luego otra y otra hasta que se me calmó el corazón y el mundo dejó de girar.

Al final, se me aclaró la visión, revelando los jardines que separaban la carpa de la boda del hotel en sí. Unos arbustos de tres metros de altura envolvían el camino que daba a un pequeño lago con nenúfares. En lo alto brillaban unas guirnaldas de luces y el aroma a jazmín y a caléndulas permeaba el aire. Un delicado brillo plateado y pálido le daba un toque etéreo al paisaje, pero yo era incapaz de disfrutar de las vistas. Habían insonorizado la carpa, de modo que el ruido de la fiesta no llegaba al exterior y aquel repentino silencio me desorientó.

—Maya.

Me giré de golpe y me quedé sin aliento al ver a Sebastian. La oscuridad me impidió verle la expresión hasta que salió de entre las sombras y la luz de la luna lo iluminó. Por una vez en su vida, no iba con esa sonrisa socarrona en los labios.

—No deberías haberme seguido. —Detesté lo mucho que me temblaba la voz—. Quiero estar sola.

—Ya van dos mentiras en una sola noche. —Se me acercó más y vi que el desafío le centelleaba en la mirada—. ¿Quieres decirme otra y así llegamos a las tres?

—Para. —Noté una pizca de enfado en el pecho—. Estoy harta de que vayas por ahí como si lo supieras siempre todo. Yo seré una mentirosa, pero al menos tengo el valor de darte una respuesta. —Le aguanté la mirada—. No has llegado a responderme, Sebastian. ¿Con quién querías estar aquí?

Le latió un músculo en la mandíbula.

—No puedes decírmelo porque o tienes miedo o no lo sabes. —A la que empecé, ya no pude parar—. No trajiste a esa pobre chica, ¿por qué? ¿Te da miedo la intimidad? ¿La chica era demasiado fácil y te has aburrido? O a lo mejor es porque eres Sebastian Laurent y no hay nadie que cumpla con tus estándares imposiblemente altos.

¿Cuánto tiempo estuviste haciéndole ilusiones antes de decidir que no era lo bastante buena?

Sebastian permaneció en silencio, pero se le fue oscureciendo la mirada con cada segundo que pasaba. Estaba tan quieto que cualquiera podría haberlo confundido por una de las estatuas de mármol que había esparcidas por el jardín.

El enfado que cargaba el aire me llevó a insistir.

—Dímelo —le exigí. No entendía de dónde salía aquello que notaba en el pecho. ¿Qué más me daba la misteriosa relación que tuviese Sebastian con una chica a quien yo nunca había conocido? Ni idea, pero me importaba y eso me cabreaba más aún—. ¿Sabe lo que pasó en el bar el Día de San Valentín? ¿Te...?

—¡No! —Esa palabra le salió con tanta ferocidad que me dejó atónita y me quedé en silencio. Una ira contenida empezó a hacerle perder la compostura—. No lo sabe ni le hice ilusiones porque esa chica nunca existió, joder. Nuca le pedí a nadie que me acompañara. Aquí tienes tu respuesta. ¿Contenta?

Y así, sin más, mi enfado se disipó y yo me quedé vacía y confundida.

—Entonces, ¿por qué me dijiste que vendrías acompañado?

La frívola risa de Sebastian inundó el aire.

—Para ser tan lista, a veces no te enteras de la misa la media.

Dio otro paso hacia mí. Tenía los nervios a flor de piel y tragué saliva. Sebastian estaba tan cerca que incluso noté el calor que le emanaba del cuerpo.

—Te dije que vendría acompañado porque tú ibas a venir con ese chico del bar y no soportaba imaginarme viéndoos juntos. Así que mentí.

A pesar del calor que hacía, se me puso la piel de gallina.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza. Si me odias...

Soltó otra carcajada; una fría y cargada de frustración.

—No te he odiado nunca, Segu —dijo Sebastian—. En ningún momento. Jamás.

Me volvieron a pitar los oídos.

Se me daba bien relacionar ideas. Me pasaba el tiempo libre resolviendo rompecabezas y jugaba a juegos de lógica por pura

diversión. Sin embargo, Sebastian siempre había sido un enigma y, con la idea preconcebida que tenía yo de nuestra relación y que se había ido prolongando en el tiempo, a mi cerebro le estaba costando asimilar sus palabras.

«No querrá decir que...».

—Si te odiara, ahora mismo no estaría aquí. No estaría... —Dejó la frase a medias y tragó saliva con fuerza—. No te he odiado nunca —repitió—. Ni siquiera después de lo que pasó.

No era la primera vez que soltaba un guiño a algo que había hecho yo en el pasado. Y podía estar refiriéndose a cualquiera de las miles de veces en las que lo insulté o le gané en algo, pero me daba la impresión de que no se refería a nada de eso. Era algo más trascendente.

Intenté pedirle que me lo aclarara, pero la pregunta se me quedó dolorosamente atascada en la garganta.

Así que, en lugar de eso, lo miré con el corazón acelerado. Lo conocía de toda la vida, pero era la primera vez que lo veía de verdad. La honestidad. El anhelo. La angustia que se me coló en el pecho y tocó algo muy en el fondo de mi corazón.

Lo vi. Y nunca había visto nada ni a nadie más hermoso.

—Has dicho que querías estar sola, así que te daré una elección. Puedo regresar a la carpa y fingiremos que esto nunca ha pasado. O puedo quedarme. —Me miró fijamente a los ojos—. ¿Qué quieres, Segu?

De nuevo, las palabras se negaron a salir de mi boca.

Me sentía como si estuviera viendo mi vida desde fuera. El cerebro me gritaba que hablara, que me moviera, que hiciera algo, lo que fuera, pero estaba absolutamente petrificada.

—Dime la verdad. Ya basta de mentiras. —El aliento de Sebastian me rozó la piel—. ¿Quieres que me vaya?

Le atisbé una pizca de vulnerabilidad en la voz y eso fue lo que me pudo.

Le aguanté la mirada y, despacio pero de forma deliberada, negué con la cabeza.

El tiempo se detuvo un largo y agonizante segundo.

Y, entonces, exhaló temblorosamente y yo casi no tuve ni tiempo de inhalar antes de que Sebastian empotrara su boca en la mía.

El mundo estaba del revés. No había otra explicación.

Todo lo que yo pensaba que sabía (todas mis certezas, todas mis nociones preconcebidas) salieron volando mientras Sebastian Laurent me besaba como un hombre hambriento... Y yo le devolvía el beso.

Le hundí la mano en el pelo, disfrutando de esa suavidad, y él me agarró por detrás de la cabeza para profundizar el beso. Sebastian sabía a fresas y a *whisky*, a hambruna y a desesperación, y yo no tenía suficiente. Era como si acabase de ingerir azúcar por primera vez después de haberme pasado la vida sin probarlo, y lo saboreé descaradamente a lengüetazos.

Le estaba agarrando la camisa por delante con la otra mano. Sebastian era lo único sólido que quedaba en ese mar de sensaciones y, como no me aferrara a él, me derretiría y me convertiría en un charco aquí, a sus pies.

Cuando se separó para darme un beso sensual con la boca abierta en la pendiente del cuello, gemí. Me pregunté si él debía de notar el latido salvaje de mi corazón, que iba acompañado del más puro y necesitado deseo. Me ardían los pulmones.

Lo agarré con más fuerza por el pelo y él fue besándome el cuello en dirección ascendente.

—¿Todavía crees que te odio? —me preguntó.

—No —dije con la voz cargada de aire.

Cuando me mordisqueó un punto particularmente sensible justo detrás de la oreja, eché la cabeza hacia atrás. Se me puso la piel de gallina.

A Sebastian se le escapó un grave rugido. Me paseó la boca por la mandíbula y noté varias descargas eléctricas por todo el cuerpo.

—No tienes ni idea de cuánto tiempo llevaba esperando esto —susurró—. *T'as encore un meilleur goût que je ne l'imaginais pas, mon ange.*

Volvió a reclamarme los labios y cualquier pregunta que yo hubiese podido tener sobre la duración exacta de ese tiempo se volatilizó en el aire.

Daba igual la de años que nos hubiésemos pasado rivalizando o lo mucho que hubiese llegado a odiarlo en algún momento de mi vida. Nada de eso parecía real. Ahora solo quedaba la forma en la que me estaba agarrando el pelo con una mano mientras me acariciaba la lengua con la suya. Todo lo demás, se lo tragó una ola de deseo.

Suspiré, embriagada por la luz de la luna y la intensidad de nuestro beso. La forma en la que Sebastian se cargaba todas mis inhibiciones con un solo tacto era diabólica.

Me agarró la cintura con la mano que le quedaba libre. Me arqueé contra él, rogando tenerlo más cerca, desesperada por...

—¡Maya!

El viento me trajo el sonido de mi nombre.

Lo ignoré y seguí besando a Sebastian. Necesitaba...

—Maya, ¿estás aquí? ¡Hooolaaa!

Ahora lo oí lo bastante cerca como para reconocer la cantarina cadencia de la voz de Priya. Abrí los ojos de golpe, como si la realidad hubiese arrojado ese instante con un cubo de agua fría.

Sebastian y yo nos separamos justo a tiempo. Mi hermana pegó esquinazo y, al verme, se le iluminó la expresión.

—¡Aquí estás! —Tenía los ojos sospechosamente centelleantes—. Te he estado buscando por todas partes. Radhika quiere que nos hagamos una foto todos los primos juntos. Es decir..., ya.

—Vale —respondí con la voz aguda. Carraspeé—. O sea... Ahora vengo.

—¡Genial! —Mi hermana saludó a Sebastian con la mano—: Hola, Seb.

Él le dedicó una prieta sonrisa, sonrojado.

Gracias a Dios que Priya iba borracha. De haber estado sobria, tal vez nos habría interrogado para saber qué hacíamos aquí solos, en el jardín, con la ropa arrugada y respirando con pesadez, faltos de aliento.

Pero, como no era el caso, mi hermana no preguntó nada de eso. Me cogió la mano y me arrastró hacia la fiesta mientras hablaba sin cesar de los famosos a los que había conocido esa noche.

Giré la cara hacia Sebastian. Seguía al lado de los arbustos; no se había movido ni un ápice.

Nos miramos a los ojos y noté otro escalofrío que me dejó sin aliento. Estaba tan distraída que no me di cuenta de que me resbalaba la *dupatta* por el hombro y caía al suelo.

Antes de que me diera tiempo a decir nada («adiós», quizá, o tal vez un «luego hablamos»), Priya me metió dentro de la carpa y el caos nos envolvió una vez más.

24

Maya

Nos pasamos la hora siguiente sacándonos fotos grupales. Primero, los primos. Luego, se sumaron las tías y tíos. Al final, había tanta gente apretujada que el fotógrafo tuvo que recurrir al objetivo gran angular.

Me di cuenta de que no llevaba la *dupatta* demasiado tarde, pero no tuve tiempo de ponerme a buscarla hasta que hubimos terminado de sacarnos las fotos y la gente se dedicó a seguir bebiendo y bailando. Ya habíamos dejado atrás las formalidades, como cortar el pastel y pronunciar los discursos, así que volví a felicitar a Radhika y a su marido, me excusé y di la noche por terminada.

Era tarde. La gente ya se había ido marchando, pero todavía quedaba una cantidad de invitados considerable por aquí. Estudié el lugar en busca de Sebastian, pero no lo vi por ninguna parte.

Sentí una punzada de decepción.

Había dejado el móvil en la *suite* y no tenía ni idea de en qué habitación estaba él. Además, aunque lo hubiera sabido, no era lo bastante atrevida como para ir a buscarlo así, sin más; todavía no.

A la incerteza se le sumó una pizca de frustración.

Cada vez que Sebastian y yo avanzábamos, alguien o algo nos interrumpía. Era como si al universo le encantara juntarnos solo para volver a separarnos del tirón. Pero lo de esta noche era distinto. Habíamos llegado a un punto de no retorno y, ahora, yo no sabía cómo proceder.

Salí de la carpa con la cabeza hecha un lío. Para regresar al hotel, tuve que volver a atravesar los jardines y mis ojos se fijaron en el

punto exacto donde nos habíamos besado.

En parte, esperaba verlo ahí de pie, con una perezosa sonrisa socarrona en los labios mientras me soltaba algún comentario sabiondo para decirme que había tardado demasiado. Pero, evidentemente, no estaba. Ahí no había nada excepto sombras y follaje.

Volví a sentirme decepcionada, pero me deshice de aquella sensación. «¿En serio pensabas que te esperaría?», me pregunté. ¿Por qué iba a quedarse cuando él no tenía ni idea de si yo iba a volver o no?

Aun así, su ausencia desenterró varios recuerdos.

De sus manos. Sus labios. Su voz.

T'as encore un meilleur goût que je ne l'imaginais pas, mon ange.

«Sabes aún mejor de lo que me había imaginado, mi ángel».

Si Priya no nos hubiese interrumpido...

Volví a acalorarme de golpe mientras otra imagen me inundaba la mente. De lo que habríamos hecho (lo que le habría dejado hacer) aquí mismo, en el jardín, sin que me importara que pudiera vernos alguien.

Las ganas se me acumularon en el estómago y aceleré el ritmo hasta que, básicamente, eché a correr. Aun así, por más rápido que fuera, no lograba olvidarme de lo ocurrido.

Un beso y Sebastian ya se había hecho un hueco en mi mente para siempre.

Entré a toda prisa en la recepción del hotel y fui directa hacia los ascensores, con la cabeza gacha por si alguno de los invitados intentaba pararme para hablar. Estaba a punto de darle al botón cuando vi a algunas de mis tías doblando la esquina.

«Mierda». Como me vieran, me secuestrarían para cotillear durante una hora entera y hablar de quién había hecho qué en la boda o peor aún: me atormentarían preguntándome por qué me había presentado sin acompañante.

Miré a mi alrededor, frenética. Vi la puerta que daba a las escaleras y la atravesé a toda prisa antes de que repararan en mí.

—¿Esa era Maya? —oí que decía una justo cuando la puerta se cerraba tras de mí—. Me ha parecido que era su *lehenga*.

—¿Por qué iba a subir por las escaleras? —dijo otra, riendo por lo bajo—. Has bebido demasiado.

Cuando el ascensor emitió el pitido habitual y sus voces desaparecieron, exhalé aliviada. Qué cerca había estado...

Sin embargo, solo pasaba por el primer tramo de la escalera cuando oí unos pasos tras de mí.

Entré en tensión de nuevo. Pegué media vuelta y me preparé para enfrentarme a mis tías o a un asesino en serie. No sabía qué era peor.

Al final, resultó que no se trataba de nada de eso.

Se me aceleró el corazón en cuanto vi a Sebastian a los pies de la escalera, con mi *dupatta* en la mano. Debió de haberla recogido cuando se me cayó.

—No dispares —dijo con una expresión sutilmente divertida—. Solo soy yo.

—Dios, Seb... —Se me hundieron los hombros, aliviada. Esta noche no paraba de tener reacciones extremas—. ¿Me has seguido todo este tiempo?

—Sí. He intentado llamarte la atención cuando te has ido de la fiesta. —Sebastian subió las escaleras hasta donde estaba yo, más divertido todavía—. Se te ha caído esto en el jardín.

Me pasó la *dupatta*. La cogí y, cuando nuestros dedos se rozaron, noté un cosquilleo en la piel. Él dejó la mano ahí un segundo antes de bajar el brazo.

—Caminas rapidísimo —señaló—. De hecho, debería decir que corres rapidísimo —se corrigió marcando bien el verbo *correr*.

Me sonrojé como la que más.

—Es que tenía muchas cosas en la cabeza —respondí.

—¿Ah, sí? —Arrastró las palabras con un tono aterciopelado—. ¿Cómo cuáles?

Ahora que ya no temía por mi vida, fui extremadamente consciente de que volvíamos a estar a solas. Sebastian tenía una discreta aunque sabionda sonrisa dibujada en el rostro y yo empecé a notar que el calor me subía por el cuello, el pecho y la cara.

No pensaba decirle que había estado fantaseando con nuestro beso, ni tampoco en lo que podría haber pasado si Priya no nos

hubiera interrumpido.

—Como que debería encontrar tu habitación para que pudiésemos... Para que pudiésemos hablar.

Seguía siendo la verdad, si bien un poco camuflada. Más segura.

Aunque, cuando Sebastian agachó la cabeza y me estudió el rostro con la mirada, no me sentí más segura. Olía un poco a mi perfume y no me gustó nada que me pusiera tan cachonda saber que olía a mí. Que nuestro beso había dejado una marca igual de firme en él como la que había dejado en mí.

—Ya veo... ¿Y qué has decidido?

Me hizo esa pregunta cargada de significado con la voz aterciopelada.

Y así, sin más, regresé a ese beso al jardín, donde las únicas personas en el mundo éramos nosotros dos y lo único que quería era hundirme en sus brazos y no separarme de él jamás.

—He decidido esperar a mañana. —Tenía la garganta tan seca que pude hablar de milagro—. No sabía si el beso había sido un error o...

—¿O...?

Le vi un peligroso brillo en la mirada.

—O algo más —terminé de decir con un hilo de voz prácticamente inaudible.

Sebastian me colocó un par de dedos debajo de la barbilla y me levantó la cara. En lugar de responder, me rozó los labios con los suyos; primero con delicadeza y luego con más ganas hasta que, al final, se me encogieron los dedos de los pies.

Todas mis dudas volvieron a disiparse bajo esa nueva ola de deseo en cuanto él me acarició los labios con la punta de la lengua. Los separé ansiosa y Sebastian soltó un grave sonido atormentado antes de agarrarme las caderas y empotrarme contra la pared. La *dupatta* me resbaló de los dedos y volvió a caer al suelo.

Este beso fue más intenso, más demandante. Me olvidé por completo de dónde estábamos, pero no me importó. Lo único que me importaba era él y esto y nosotros.

Me froté contra él porque las ganas se me iban acumulando en el estómago. Noté unas pequeñas descargas de placer recorriéndome la columna vertebral, pero, cuando Sebastian se separó, solté un

gemido a modo de protesta. Volvió a agarrarme la barbilla con tanta fuerza que casi me dolió y, con la voz áspera, me preguntó:

—¿A ti esto te sabe a error?

La intensidad que escondía su mirada me dejó sin aliento.

Negué con la cabeza, incapaz de formar palabras. Me notaba la boca hinchada y sensible, y cuando me coló el pulgar entre los labios, jadeé.

—Bien —respondió en voz baja—. Porque de lo contrario habría tenido que follarte para quitarte las dudas.

Mi jadeo se convirtió en un bochornoso gemido cuando él me hundió aún más el dedo en la boca. Su sabor me inundó la boca y yo succioné instintivamente en busca de más. Cualquier inhibición que hubiese podido tener antes desapareció con la extraña aunque íntima presión que suponía tener su dedo en la boca.

No era suficiente. Necesitaba algo más. Necesitaba mucho más.

Cuando volví a gemir, a Sebastian se le ensombreció la mirada. Me apartó la mano de repente y me tumbó en el suelo. La fuerza de sus movimientos me puso aún más cachonda.

—Aunque a lo mejor es lo que quieres... —Me subió la falda. Aquellas pesadas capas de seda no fueron rival para sus manos. Sebastian enseguida encontró la pegajosa excitación que se escondía en mi entrepierna—. ¿Quieres que te folle, Maya?

Jadeé. Estaba demasiado distraída con los perezosos círculos que me estaba dibujando en el clítoris como para responder. Era como si tuviera la piel recubierta de cables de alta tensión; los pezones me rozaban el top y tenía las bragas empapadas.

No debería tener ganas de hacerlo así, brusco y sucio en unas escaleras, donde cualquiera podría vernos. Pero, a decir verdad, seguiría a Sebastian dondequiera que me llevara. Nunca nadie me había hecho sentir así. Todavía no nos habíamos acostado y yo ya me estaba volviendo una adicta a ese subidón.

Me apartó las bragas a un lado y me coló dos dedos. Se me escapó un grito ahogado y él soltó una risa discreta.

—Creo que esto es un «sí», pero quiero oírtelo decir. —Era implacable, con esa despiadada voz y sacándome los dedos antes de volver a metérmelos—. Habla, Maya. ¿Quieres que te folle?

—Sí —solté medio cabreada por que me hiciera rogar y medio cachonda como la que más—. Sí, ¿vale? ¡Quiero que me folles!

Sebastian volvió a sacar los dedos. Esperaba que fuera a desabrocharse los pantalones; sin embargo, cuando me agarró por los tobillos y tiró de mí para que quedase despatarrada sobre las escaleras, sin elegancia alguna, solté un grito. Seguía con la falda subida por la cintura. Noté el suelo de mármol frío y duro bajo mi piel desnuda, pero cualquier incomodidad que pudiera sentir desapareció en cuanto vi a Sebastian arrodillándose ante mí, con una hambruna feroz en la mirada. Lejos había quedado la diversión y, ahora, en sus ojos, solo había el más absoluto y puro deseo.

El corazón me latió desbocado cuando me bajó las bragas y colocó la boca donde antes había estado su mano. Una mezcla de lujuria y anhelo se abrió paso en mi interior. Nunca nadie me había mirado así, como si yo fuera lo más valioso del mundo y como si él fuera a dejar de respirar si no pudiera tenerme.

Estaba tumbada y medio desnuda frente a él, pero lo que hacía que me sintiera más expuesta que nada era ese tipo de conexión.

Y, entonces, Sebastian me paseó la lengua por el clítoris, despacio, y todos mis pensamientos se volatilizaron. Me agarró por los muslos con las manos para mantenerme las piernas separadas mientras me lo comía. Besaba de maravilla, pero se merecía una medalla de oro por...

—¡Joder! —volví a gemir cuando introdujo su lengua dentro de mí. Alcanzó un punto sensible y mi cuerpo se arqueó.

Me apoyé en los codos para levantarme un poco con la intención de mirarlo, pero no duré ni cinco segundos. Las sensaciones eran demasiado intensas; el placer, demasiado abrumador. Un violento escalofrío me recorrió entera y eché la cabeza hacia atrás, dejando que las puntas del pelo me rozaran el suelo mientras Sebastian me follaba con la lengua hasta casi hacerme perder el conocimiento.

El sudor me perlaba la piel. Empecé a temblar. Tenía los pezones tan sensibles que, al rozarse con la seda del vestido, fui prácticamente incapaz de soportarlo. La respiración se me volvió cada vez más y más andrajosa hasta que solté un fuerte grito.

Sebastian me tapó la boca con la mano.

—Shhh. Nos van a oír —me advirtió.

No me soltó hasta que mis gritos se convirtieron en unos discretos gemidos ininteligibles.

Seguía con la visión estática a causa del subidón poscoital, pero oí el sonido de una cremallera. A pesar de mi reciente orgasmo, volvió a tensárseme el cuerpo a causa de los nervios.

Esto. Esto era lo que yo quería. Tener a Sebastian dentro, metiéndomela y llenándome del todo para que no volviera a sentirme vacía nunca más.

Le noté la punta de la polla en la entrada. Me besó en los labios antes de hundirse en mí, despacio y hasta el fondo; la tenía tan grande que me dilató una barbaridad. Se me llenaron los ojos de lágrimas; no es que me hiciera daño de por sí, pero aquella presión era tan intensa que casi no podía ni respirar.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja y con una ternura insoportable comparada con la aspereza de antes.

Asentí. No confiaba en mi capacidad de habla ahora mismo.

Se detuvo, como si estuviese esperando por si cambiaba de opinión. Al ver que no lo hacía, volvió a menearse, acelerando el ritmo y aumentando la fuerza de sus embestidas hasta que acabó follándome con tanta dureza que estaba convencida de que tardaría días en poder volver a andar como si nada.

Me agarré a sus hombros y, con cada despiadada embestida, se me escaparon unos gritos ahogados y entrecortados. Fue reclamándome centímetro a centímetro y yo lo acepté ansiosa mientras se me contraía el sexo a medida que él iba metiéndomela y sacándomela con unos firmes y deliberados empellones.

Sebastian se tragó mis gritos, alternando entre unos besos tiernos y otros punitivos mientras follábamos y nos deshacíamos de la tensión que llevábamos acumulando hacia el otro desde hacía años. Noté el sabor de mis jugos en su lengua y eso me volvió más loca aún que haber olido antes mi perfume en él.

Sentí que llegaba a otro orgasmo. Empotré las caderas contra las suyas, desesperada por aferrarme a ese subidón; sin embargo, mis esfuerzos se vieron frustrados cuando Sebastian se detuvo.

Abrí los ojos de repente, pero mis protestas sufrieron una muerte súbita en cuanto me levantó y volvió a empotrarme contra la pared. Esta posición le permitía metérmela más hondo y con más brusquedad, y enseguida renunciamos al pretexto de intentar guardar silencio.

Sus gruñidos y mis gemidos retumbaban por la escalera como una obscena sinfonía. Me agarré a él con fuerza, temblando con cada empellón y con cada sonido que emitían nuestros cuerpos al chocar, piel contra piel.

—No pares. Por favor. —El deseo me podía, la sangre me ardía en las venas y el cuerpo me pedía que estallase ya. Las súplicas fueron saliéndome de la boca con un creciente desespero—. Sebastian... Por favor, necesito... Necesito... Ah, Dios... ¡Joder!

Le mordí el hombro para acallar otro grito y él me clavó los dedos en la piel.

—Repítelo —me ordenó—. Vuelve a decir mi nombre.

—Sebastian —sollocé—. Por favor, tengo que correrme.

Sebastian siseó.

—Joder. —Otra embestida. Me raspó aquel punto sensible en el cuello con los dientes y dijo—: Córrete para mí.

No me hizo falta más.

El segundo orgasmo de la noche me azotó como un relámpago. No fue formándose poco a poco ni tampoco hubo ningún dulce subidón de placer. Solo una repentina y apabullante explosión de emociones. Me convulsionó el cuerpo. Se me tensaron todos los músculos mientras yo me arqueaba con un grito insonoro a causa del éxtasis y el sexo se me contraía a su alrededor, como si estuviese intentando meterse a Sebastian más hondo para no soltarlo jamás.

A él se le escapó un sonido ahogado. Empezó a respirar de forma entrecortada y sus embestidas se volvieron más erráticas hasta que se tensó. Le latió la polla y me hundió la cara en el cuello; el gruñido que soltó reverberó por todo mi cuerpo mientras Sebastian se corría meros minutos después que yo.

Nos sujetamos al otro mientras nos recuperábamos; él abrazándome por la cadera y yo envolviéndolo con las piernas por la cintura. Fui recobrando la razón, despacio, y empecé a ver partes de

lo que nos rodeaba como si de un puzle que iba tomando forma se tratara.

Las paredes de arenisca. Las escaleras de mármol. El olor a sexo y ese aroma floral característico del hotel. Las luces del techo parpadearon una única vez y, cuando oí el sonido de una puerta al cerrarse de golpe en algún piso superior, me sobresalté.

Ese sonido hizo que aquella neblina de lujuria se disipara y trajo consigo una dolorosa ola de claridad.

¡Ay, Dios!

Acababa de tener sexo con Sebastian Laurent. En una escalera. En la recepción de la boda de mi prima, donde estaba absolutamente toda nuestra familia. Podría haber entrado cualquier persona en cualquier momento y habernos pillado.

Pero ¿en qué narices estaba pensando?

Me solté de Sebastian y lo aparté de mí con las manos temblorosas. Algo húmedo me resbaló por los muslos y ahí me di cuenta, aterrada, de que no habíamos usado preservativo.

La bilis me subió por la garganta.

Sebastian debió de darse cuenta de lo mismo, porque abrió los ojos como platos.

—Mierda. —El pánico le inundó el rostro—. Lo siento muchísimo. No he...

—Me tomo las anticonceptivas —lo corté—. No ha... Se nos ha olvidado a los dos. No ha sido solo cosa tuya.

La voz me sonaba lejana. Y yo estaba paralizada.

Lo que más me agobiaba no era que no hubiésemos usado protección. Lo que más me agobiaba era que yo nunca, pero nunca jamás, me había olvidado de eso; hoy, en cambio, ni se me había pasado por la cabeza. Había sido algo del todo imprudente, y yo no era imprudente. Mi vida giraba en torno a planes, normas y rutinas, pero había bastado con un beso suyo para que me olvidase de una de mis normas principales. Si Sebastian conseguía esto en tan solo unas horas, ¿qué podría hacer si me abría más con él?

Él tenía una expresión precavida. Se alisó la ropa, pero yo no había parado de pasarle las manos por el pelo en todo el rato y ahora lo tenía desastrosamente enmarañado. Al ver que se le

empezaba a marcar un chupetón en el cuello, me morí de vergüenza.

—Maya...

—Deberíamos irnos antes de que nos encuentre alguien. —Noté que el pulso me latía con fuerza en la garganta mientras cogía la *dupatta* con la mano temblorosa—. Te-tengo que irme.

No sabía qué más decir, así que hice lo único que puede hacer una después de haberse acostado con su rival de toda la vida.

Hui.

25

Sebastian



El último día de celebración de la boda de Radhika amaneció con un cielo claro y soleado. Una delicada brisa me alborotó el pelo mientras caminaba hacia el lago donde ya se encontraban los demás invitados. Era una multitud visiblemente más reducida que la de los días anteriores.

La recepción de anoche fue el acontecimiento principal. La mayoría de la gente ya se había ido o se marchaba hoy. Sin embargo, habían invitado a la familia y a amigos cercanos a quedarse para disfrutar de un día más informal e íntimo, repleto de juegos y actividades.

El primer punto del itinerario era una salida en barca por el lago más grande del hotel. Aquel mastodonte artificial tenía las dimensiones suficientes como para albergar decenas de barcas a la vez, y habían asignado un número a cada invitado que correspondía con el número del grupo al que pertenecían.

Paseé la mirada por el borde del lago hasta que di con Maya. Estaba con sus hermanas y sus respectivas parejas. Hoy iba mucho más informal, como todo el mundo; llevaba unos pantalones de lino

y un top de algodón. Estaba riendo por algo que había dicho el marido de Neha y se me encogió el corazón.

Quería que volviese a sonreírme así a mí. Quería... Joder, lo quería absolutamente todo de ella otra vez.

—Señor, usted va en la barca número seis.

El hombre que organizaba las actividades me pasó una tarjeta.

La cogí distraídamente.

Maya aún no había reparado en mí. La forma en que yo percibía siempre su presencia cuando ni siquiera éramos nada era casi exasperante. Estaba resplandeciente y fresca como una rosa; yo, en cambio, estaba agotado porque no había pegado ojo en toda la noche. Me había pasado las horas dando vueltas en la cama hasta bien entrada la madrugada porque no podía dejar de pensar en cuando estuvimos juntos.

Sus gritos de placer, su sabor... Y esa mirada aterrada cuando se dio cuenta de que no habíamos usado protección. Seguía atormentándome por un despiste tan colosal, pero estaba casi seguro de que si Maya huyó justo después no fue por eso; sobre todo, porque se tomaba las anticonceptivas.

No. La conocía lo bastante bien como para intuir qué había sentido en ese preciso instante. Conmoción porque nos habíamos acostado, terror porque habíamos sido unos imprudentes, y miedo por lo que pudiese significar esto para nuestra relación de ahora en adelante.

Se había asustado y por eso había huido.

En su día, se lo habría permitido. Pero ya estaba harto de fingir.

Había quienes se pasaban la vida entera esperando para luego experimentar algo que, inevitablemente, acababa decepcionándolos. Yo me había pasado la vida entera esperando besar a Maya y, cuando lo hice, todas las expectativas que tenía se quebraron en mil pedazos. Besarla me había robado la razón, el control, la puñetera cordura. Y no pensaba dejarla escapar sin ir a por todas.

—De hecho... —Volví a mirar al hombre y le dediqué una amable sonrisa—. ¿Le importaría decirme en qué barca está Maya Singh? Me gustaría estar en esa.

—Lo siento, señor. La barca número dos está reservada exclusivamente para familia extensa.

—Yo soy familia extensa.

Me miró dubitativo.

—Si no me cree, algunos de mis amigos pueden atestiguárselo.

Me saqué la cartera, cogí un grueso fajo de rupias y se lo dejé en la mano.

Al cabo de cinco minutos, me uní al grupo de Maya con una tarjeta con el número dos. Neha y su marido se habían separado para ir con su propio grupo, dejando a Priya, su prometido Ben y un tipo al que no conocía atrás.

—Buenos días —saludé al grupo como si nada—. Espero que hayáis descansado.

Maya no se giró, pero vi cómo se le tensaban los hombros.

—¿Este es el grupo dos? —pregunté alzando la tarjeta. En cuanto Priya asintió, sonreí—. Entonces tiene pinta de que vamos a pasar la mañana juntos. Qué ganas.

—No, qué va —dijo Maya, que seguía sin mirarme—. Esta barca está reservada exclusivamente para familia extensa.

—Pues no es lo que me ha dicho ese hombre...

—No, a mí tampoco —terció el chaval al que no conocía—. Yo también estoy en el grupo dos. Dev —se presentó alargando la mano—. Mi padre trabaja con el padre de Radhika.

Le dio un apretón de manos a todo el mundo, pero a Maya se la aguantó un pelín demasiado.

Arrugué la frente. Ya lo odiaba.

Entre ese apoyo inintencionado por parte de Dev y que el coordinador nos metió prisa para que no nos retrasáramos, a Maya no le quedó más remedio que dejar que me uniera a ella.

Cada barca tenía un remero. Cuando el grupo se hubo acomodado, el hombre arrancó.

El lago era casi tan grande como el de Central Park. Contaba con unos pintorescos puentes en arco y pequeñas cascadas, y la luz del sol ondulaba por aquella apacible superficie con cada remada.

Había intentado sentarme al lado de Maya, pero ella se colocó entre Dev y Priya. Sin embargo, al cambiarse de sitio, ahora

quedaba justo enfrente de mí, lo cual significaba que nos pasaríamos la hora siguiente disfrutando de las perfectas vistas del rostro del otro.

Por desgracia, también significaba que yo tendría que aguantar la también perfecta vista de Dev intentando tontear con ella.

—Vives en Nueva York, ¿verdad? —le preguntó—. Me encanta la ciudad. Ahora estoy en Berlín, pero estaba pensando en mudarme allí el año que viene.

Contuve las ganas de reír por la nariz.

Era patético que le entrase con una excusa así. Debería empujarlo por el borde de la barca y ahorrarnos tanta penuria a todos.

Mantuve la vista puesta en el perfil de Maya mientras ella contestaba con educación. Le dio una respuesta exquisitamente delicada para ser alguien con tanta bravura, pero me gustaba que Maya fuera así. La gente siempre la infravaloraba hasta que iba ella y les pasaba la mano por la cara, metafóricamente hablando. Yo cometí ese error una vez y ya nunca volví a repetirlo.

Priya y Ben estaban demasiado ocupados arrullándose mutuamente para entablar conversación alguna, así que me vi obligado a escuchar el parloteo de Dev. Se suponía que esta actividad tenía que ser apacible, pero el tío se la estaba cargando.

—Lo de anoche fue divertido. —Interrumpí sus dolorosos intentos por tratar de descubrir si Maya estaba soltera con preguntas sobre su «novio»—. ¿Qué fue lo que más te gustó?

El chico pestañeó. Estaba claro que lo había pillado desprevenido.

—Eh... La tarta estaba rica.

—Ya, genial. —No podía darme más igual—. ¿Y a ti, Segu? —pregunté con un tono falsamente despreocupado—. ¿Qué fue lo que más te gustó?

Maya se sonrojó y yo me pregunté si sería porque estaba reviviendo lo ocurrido en las escaleras tan vívidamente como yo.

Todavía notaba su dulce sabor en la lengua y la forma en la que su cuerpo encajaba con el mío a la perfección. En el caso de que dudase de lo que sentía por ella, las dudas se disiparon en cuanto me tocó.

Nuestro primer beso había sido una revelación, pero ¿el segundo? Ese lo confirmó todo.

Maya era mi perdición. Ella y nadie más.

—Me gustó pasar tiempo con mis primos —respondió—. Fue bonito ver a toda la familia reunida otra vez.

—Qué tierno —contesté arrastrando las palabras—. Os vi a Priya y a ti en los jardines. Son preciosos, ¿no crees?

Se sonrojó aún más, pero le centellearon los ojos en señal de advertencia.

—No están mal, pero los he visto de mejores.

—¿No me digas?

—Sí.

—Dame un ejemplo.

Maya levantó la cabeza, desafiante.

—Versalles.

—Típico.

—Villa de Este.

—Sobrevalorados.

—El Jardín botánico de Brooklyn.

—Por favor...

Todos esos sitios me gustaban, pero no estábamos hablando de jardines y me gustaba ver a Maya así de agitada. Cualquier emoción era mejor que ninguna.

Dev fue alternando la vista entre nosotros dos y frunció el ceño, confundido.

—Eh... ¿Por qué te llama Segu? —se interesó—. Pensaba que te llamabas Maya.

—Me llamo Maya —respondió ella entre dientes—. Solo me llama así para tocarme las narices.

Dev arrugó aún más la frente.

—Fuimos juntos al internado —aclaró Maya—. Los dos éramos los primeros de la clase hasta que me dio una intoxicación alimentaria y la pifié en un examen importante. Acabé siendo la segunda de la clase; de ahí que él cogiera la abreviación de «segundona» y me apodara así. Segu.

El examen en cuestión tuvo lugar a la mañana siguiente de que ella vomitara después del debate, pero todavía se encontraba mal.

—Ah... —Dev dejó de arrugar la frente. Me miró y me dijo—: Qué cabrón, tío.

—Nadie te ha preguntado —contesté con frialdad—. Es una broma interna entre nosotros. No la pillarías.

—Pues no tiene nada de gracioso. Lo odio —señaló Maya.

—¿En serio? —Me incliné hacia delante—. Entonces, ¿por qué no me has dicho que pare?

«No pares. Por favor».

Me vino otro recuerdo de anoche y se me tensó el cuerpo entero a modo de respuesta.

Maya separó los labios. O estábamos pensando lo mismo o se había percatado del sutil cambio en el ambiente. Fuera lo que fuese, el efecto que surgió en ella fue evidente. Con las manos en el regazo, cerró los puños con fuerza y le fue subiendo y bajando el pecho con la respiración errática.

La diversión que había notado antes al provocarla se desvaneció.

No quería estar en esta barca, manteniendo una conversación frívola, mientras nos miraban personas que no me importaban lo más mínimo. Quería cogerla y llevármela a otra parte; a algún lugar donde pudiera volver a besarla. Anhelaba tan desesperadamente tocarla que hasta me dolía; sin embargo, a pesar de que la tenía a menos de treinta centímetros, parecía que fuese imposible llegar a ella.

—Sí que te lo dije —respondió con la voz entrecortada.

—No me acuerdo. —La miré fijamente a los ojos—. Vuelve a decírmelo ahora mismo y pararé.

No lo hizo.

Aparte del sonido del agua al chocar con la barca y el piar de un pájaro que volaba por encima de nuestras cabezas, se hizo un silencio sepulcral.

Que Maya permaneciera callada no significaba que fuera a ceder. Estaba totalmente seria y yo no sabía si echarme a reír o ponerme a gritar.

Era tozuda como una mula, pero eso era una de las cosas que tanto me llamaban la atención de ella. No es que quisiera estar con ella a pesar de su fuerte personalidad; quería estar con ella precisamente por eso. Maya era los relámpagos en mi tormenta, el fuego en mi oscuridad.

Daba igual dónde estuviéramos o con quién: Maya siempre sería la persona más atractiva e interesante del lugar. Podía conocer a un millón de personas distintas en mil vidas diferentes, que eso, para mí, no cambiaría nunca.

—Ay, la hostia. —La molesta voz de Dev se cargó el momento—. ¿Hay algo entre vosotros? Porque no pretendía...

—No. —Maya respondió enseguida, aunque de forma poco convincente—. No tenemos nada. Nunca ha habido... No.

Enarqué una ceja.

—Conque nunca, ¿eh?

Ella volvió a sonrojarse.

Dev alternó la vista entre nosotros dos.

—Vaaaleee... —dijo despacio—. Entonces, eh... Puedo pedirle una cita, ¿no?

—Claro. —Sonreí—. Pero, como lo hagas, te mato.

Maya desvió la vista hacia mí de golpe.

—Tú no tienes ningún derecho a decidir con quién salgo o con quién dejo de salir —espetó.

—Pues sal con él. —Me incliné hacia delante y añadí—: A ver si te atreves.

—Vale. —Maya también se inclinó hacia delante, imitando mi postura. Le ardía tanto la mirada que podría haber derretido el acero, pero yo estaba lo suficientemente cerca de ella para detectar que, bajo ese enfado, también se escondía otro tipo de ardor—. Quizá lo hago.

—Da igual. No importa —terció Dev. Parecía bastante arrepentido de haber decidido subirse a esta barca—. Estáis los dos un poco pirados...

Pasamos de él.

—Y yo que pensaba que, a estas alturas, ya habías tenido suficientes citas inútiles...

—Y yo que pensaba que, a estas alturas, ya habrías aprendido a meterte en tus asuntos...

—Tus asuntos son mis asuntos.

—¿En qué mundo?

—En todos los putos mundos —argumenté marcando bien ese *todos*.

Estábamos tan enfrascados discutiendo que no nos dimos cuenta de que nos habíamos medio levantado de los asientos. Tampoco oímos al remero advertirnos apresuradamente.

—¡Señor! ¡Señorita! Por favor, siéntense bien o vamos a...

Ya era demasiado tarde.

Vi que a Maya le cambiaba un segundo la expresión, alarmada, justo antes de que la barca se volcara y cayéramos los seis al lago.

26

Maya



—Es culpa tuya. —Entré de mala uva en el hotel. Tenía los zapatos empapados y chirriaban a cada paso que daba—. Me parece increíble que hayas conseguido que me echen de la boda de mi prima.

—La boda ya se ha terminado y no nos han echado. —Sebastian me siguió el ritmo. Cómo no, sus zapatos no chirriaban, aunque él estuviese igual de empapado que yo—. Solo nos han pedido que nos distanciáramos un rato del grupo.

Como si fuéramos un par de críos. Maravilloso.

Después de que nuestro grupo cayera bruscamente al agua, se interrumpió la salida en barca de todos los demás. Radhika se mostró comprensiva, pero mi tía echaba humo por las orejas y nos envió de vuelta al hotel para que Sebastian y yo pudiéramos cambiarnos y «arreglar nuestros problemas sin interrumpir demasiado las celebraciones».

Nunca me habían escarmentado tanto ni me había sentido tan humillada. Ni mis padres tampoco. Cuando nos quedáramos a solas, me pegarían la bronca del siglo, pero ya me ocuparía de eso luego.

Por ahora, tenía que ducharme, cambiarme de ropa y... Ah, matar a Sebastian Laurent.

Lo fulminé con la mirada de soslayo. Tenía la camisa tan empapada que incluso se le transparentaba. Las gotas de agua le bañaban la piel y caían de su melena despeinada y oscura; sin embargo, a diferencia de mí (que parecía una rata empapada), Sebastian parecía que acabase de salir de una sesión de fotos para *GQ* con temática playera.

La injusticia continuaba.

Aparté la vista antes de que me pillara mirándolo, pero mis ojos se clavaron en la puerta de las escaleras que había cerca. Las mismas donde nos besamos anoche.

«Y no solo eso», susurró una voz en mi cabeza.

La sangre me subió al cuello y al pecho. Le di al botón del ascensor con fuerza mientras hacía todo lo posible por deshacerme del recuerdo de los labios de Sebastian en mi piel.

Las puertas se abrieron y entramos en el ascensor. A pesar del frescor que me aportaba la ropa mojada, el calor corporal de Sebastian inundó aquel pequeño espacio.

Casi deseé que volvieran a aparecer mis tías para que pudieran mitigar la situación, pero no tuve tanta suerte. Las puertas se cerraron, el ascensor empezó a moverse emitiendo el zumbido pertinente y la intensidad de aquel calor alcanzó niveles inconmensurables.

Permanecí con la vista puesta al frente. Aquellas puertas de acero inoxidable deformaban nuestros reflejos, pero vi que Sebastian me estaba mirando.

—Te has olvidado de darle al botón —dije, al ver que no pulsaba el número de su planta.

—No. Tenemos que hablar.

Una ola de terror se me arremolinó en el pecho. Sabía que acabaría pasando, pero esperaba poder encontrar la forma de evitarlo. Las «conversaciones del día después» siempre resultaban incómodas, pero, con Sebastian, esta estaba condenada a doler.

Lo de ayer no fue un lío de una noche con un tío cualquiera que hubiese conocido en un bar. Fue... transformador. Y aterrador. Removió sentimientos que desearía no sentir y yo no quería hablar de dichos sentimientos porque, entonces, se volverían reales. Y lo

real podía romperse; lo hipotético, en cambio, no. Si pudiera, regresaría a nuestro *statu quo* y fingiría que lo ocurrido no tenía importancia.

—Primero deberías cambiarte —dije en un intento por postergar lo inevitable.

Necesitaba tiempo para ordenar mis pensamientos o, en un mundo ideal, esconderme en mi habitación hasta que Sebastian se cansara de esperarme.

—Y una mierda —respondió él—. No voy a dejar que te encierres en tu cuarto para ver si me canso y me largo.

—No iba a hacerlo —mentí.

Aun así, cuando llegamos a mi planta, salimos del ascensor y entramos en mi *suite* sin que yo volviera a protestar.

El espacio era veinte veces más grande que el ascensor, pero la presencia de Sebastian se expandió y lo llenó por completo. Una presencia que me siguió al baño, donde me cambié en un santiamén para ponerme ropa seca, y se volvió aún más intensa cuando regresé a la habitación principal, con su sudadera en la mano. Sebastian seguía al lado de la puerta, pero la fogosidad de su mirada provocó que el aire se volviera más denso y pesado.

Le tiré la prenda, asegurándome de dejar, al menos, un metro de distancia entre los dos.

Sebastian pilló la sudadera con una mano, como si nada. La miró y luego volvió a mirarme a mí con expresión inescrutable.

—Se me olvidó devolvértela al regresar de Vermont. Solo la traje porque sabía que te vería —le conté.

Lo que no mencioné fue que, a veces, me la ponía para estar por casa porque era muy cómoda y porque, cuando hundía la nariz en esa gruesa tela, todavía olía a él. Se había convertido en una especie de objeto de apoyo emocional para mí, pero no podía quedármela. No después de lo de anoche.

—Vivimos en la misma ciudad —señaló Sebastian.

No supe qué responder.

Echó a andar hacia mí con calma pero decidido. Una corriente eléctrica se fue avivando a cada paso que daba y, cuando estuvo tan cerca que podría haberlo tocado, tuve que echar mano de todas mis

fuerzas por no hundirle la cara en el pecho igual que hacía con su camiseta.

—¿Te arrepientes de lo que pasó ayer?

Me lo preguntó con tono tranquilo, sereno, pero le detecté una pizca de incerteza en la voz y se me encogió el corazón.

Ojalá la respuesta fuera tan simple como «sí» o «no».

Nuestro beso desbancó por completo cualquier otro beso que hubiese compartido jamás; eso era innegable. El tacto de Sebastian me ponía a mil de una forma que nunca nadie había conseguido, y yo nunca me había sentido tan viva ni tan deseada como cuando estuvimos juntos. Consiguió acallar las persistentes dudas que habitaban en mi cabeza y descubrí lo que era estar con alguien que me deseaba tanto como yo a él. En un mundo ideal, me permitiría abrirme por completo y ver dónde nos llevaba todo esto.

Pero eso era lo que me decía el corazón. La cabeza, en cambio, insistía en darle vueltas a las mil y una cosas que pasarían si cedía ante mis emociones, y muy pocas eran positivas. Si seguía adelante con Sebastian, nuestra relación cambiaría para siempre. Tal vez ya hubiese cambiado, pero seguramente continuaría siendo salvable. Para bien o para mal, Sebastian siempre había sido la única constante en mi vida. No quería arriesgar algo seguro por algo que no sabía si iba a funcionar.

¿Y si lo de anoche no había sido más que la culminación de años de tensión enmascarada como otra cosa? ¿Seguiría Sebastian interesado más adelante, cuando la lujuria hubiese desaparecido y ya no me deseara igual?

Ahora que tenía ese ultimátum para comprometerme y que los días iban pasando, tenía que evaluar hasta la última de mis decisiones. Incluso en el caso de que sí le diéramos una oportunidad a esto, ¿estaba dispuesta a tomar una decisión tan firme y decir que él era la persona con quien quería acabar casándome algún día?

Una tormenta de emociones contradictorias estalló en mi interior.

A medida que se prolongó mi silencio, a Sebastian le flaqueó la expresión.

—Ya contesto yo primero —dijo sin dejar de mirarme fijamente a los ojos—. Yo no. Si pudiera volver atrás en el tiempo y pasar la

noche con cualquier persona del mundo, seguiría escogiéndote a ti. Siempre.

Sus palabras me traquetearon en las venas.

—¿Por qué? —le pregunté en un susurro.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué quieres estar conmigo? —aclaré, señalándonos a ambos—. Siempre nos peleamos. Siempre estamos compitiendo. Ni siquiera podemos disfrutar de un paseo en barca sin que la cosa acabe siendo un desastre.

—No me importa que haya un poco de desastre. Le da vidilla al asunto —respondió él con una discreta sonrisa. De todos modos, cuando volvió a hablar, lo hizo con expresión seria—. Sé que tienes miedo, pero tenemos que ser sinceros; nos lo debemos. Pero sinceros de verdad. Así que voy a poner mis cartas sobre la mesa. Quiero estar contigo. En cada época, en cada versión de nuestra relación... Siempre has sido tú. Estoy cansado de fingir lo contrario. Y tienes razón, siempre nos peleamos y siempre estamos compitiendo, pero si me gustas es precisamente por eso. Me desafías como nadie y también me entiendes como nadie. A veces me sacas de quicio, pero contigo no me aburro nunca. Eres... Eres igual que yo en todos los sentidos. Haces que me sienta vivo; y, lo de anoche, aún más. Para mí significó algo, y creo que puede que también significara algo para ti. Así que ahora solo queda saber una única cosa... —Tragó saliva con fuerza y se le movió la nuez—. Si tú sientes lo mismo.

Me noté los latidos del corazón en los oídos. A mi cerebro le estaba costando procesar sus palabras. Era como si la habitación diese vueltas.

Nunca había visto a Sebastian siendo tan vulnerable. El misterio que lo había envuelto hasta entonces se disipó y dejó a la vista esa versión sincera, desarmada y a la espera... de lo que dijera yo.

Se me fueron amontonando varias respuestas en la garganta, pero el miedo las tomó como rehén.

Si decía que no, lo perdía ahora.

Si decía que sí, a lo mejor acababa perdiéndolo a la larga, y eso sería infinitamente más doloroso.

—Yo... —El miedo se apoderó de mí. Se me encapotó un poco la vista y sentí que me faltaba el aire—. Yo no... no puedo...

Lo noté antes de llegar a verlo. El momento en el que Sebastian levantó su coraza.

Aquel atisbo de esperanza que le había visto en los ojos desapareció. Adoptó una expresión seria y fue como si algo hubiese eclipsado el sol. Estaba tan acostumbrada a disfrutar de su calidez que aquel repentino cambio de temperatura me dejó estupefacta.

—Ya —contestó—. Supongo que ahí tengo mi respuesta. —Soltó una risa amarga—. Debería haberlo sabido. Pensaba que después de estos meses... Ha pasado tantísimo tiempo desde la carta esa... Pensé que tal vez la cosa habría cambiado. Pero no ha sido el caso, evidentemente. La culpa es mía, por pensar lo contrario.

Me dio un vuelco el estómago.

—¿Qué carta? —pregunté.

Sebastian se me quedó mirando con la mandíbula apretada.

—Seb. —Noté cómo me rugía el pulso en los oídos; era como si fuese a caer en picado—. ¿Qué carta?

Se le enfrió todavía más la expresión.

—Mira, Maya, puedes sentir lo que quieras —respondió en voz baja—, pero yo he sido sincero contigo. Y pensaba que, al menos, tendrías la decencia de no fingir y hacer como que no sabes de lo que te estoy hablando. —Tiró la sudadera al suelo—. Quédatela. No la quiero.

Se marchó.

Las lágrimas me nublaron la vista y me quedé ahí, de pie y temblando, anonadada ante la rapidez con la que se había desmoronado todo.

En su ausencia, quise aferrarme a la sudadera de Sebastian. Pero ese confort no me habría servido de nada.

Hiciera lo que hiciese, lo había perdido igualmente.

Cuando me atreví a volver a salir de mi habitación, ya había anochecido. Me había saltado las demás actividades programadas

para después del paseo en barca, pero, como no fuera a la última cena, mis padres me matarían de verdad.

Entré en el restaurante con el corazón entumecido. Con el paso de las horas después de que Sebastian se marchara, había conseguido recuperar la compostura; sin embargo, él seguía plagándome los pensamientos. La franqueza de su confesión, el dolor que le había inundado la mirada al ver que yo no le correspondía, la apática firmeza en su voz antes de irse...

A pesar de lo que había dicho él, yo no tenía ni idea de a qué se refería con «la carta», en serio. Nunca había recibido una carta suya. De lo contrario, me acordaría, ¿verdad?

—¿Qué te pasa? —me preguntó Neha cuando llegué a la mesa. Mis padres estaban sentados con mis tías y mis tíos, pero mis hermanas y yo estábamos aisladas en un lateral con algunos de nuestros primos—. Tienes unas pintas terribles.

—Muchas gracias.

Me acomodé a su lado y estudié el salón. Habían invitado a menos de doscientas personas (de las dos mil iniciales) para que se quedaran a disfrutar de las actividades del último día. Por lo general, eran familiares míos, pero también vi a los padres de Sebastian en una mesa con amigos cercanos a la familia. Aunque a él no lo veía por ninguna parte.

Me dio un vuelco el corazón. Mantuve la vista fija en la puerta, pero siguió sin aparecer incluso después de que nos trajeran los entremeses.

—¿Sabes dónde está Sebastian? —me interesé.

No es que Neha se llevase demasiado con él, pero mi hermana siempre se enteraba de todo.

Arqueó las cejas y respondió:

—¿No te lo ha dicho? Se ha ido a primera hora de la tarde. Ha tenido una emergencia y ha vuelto a Nueva York.

Noté una dolorosa punzada en los pulmones.

—Ah... —dije con un hilo de voz.

Se había ido. Se había marchado sin despedirse de mí.

«¿Y qué esperabas?». Después de cómo había ido todo, no vendría a colmarme de abrazos antes de irse. Pero es que, en el

pasado, nunca se habría ido sin decírmelo primero, ni siquiera en los peores momentos de nuestra rivalidad.

Tragué saliva para deshacerme del nudo que notaba en la garganta y me obligué a darle otro mordisco a la comida. Sabía a cartón.

Tampoco estábamos hablando de que Sebastian se hubiese ido a pasar un año en plena naturaleza. Había vuelto a Nueva York, donde vivíamos los dos. Yo volaba mañana y seguiríamos viéndonos en el trabajo.

Sin embargo, su abrupta marcha era una clara declaración: se había hartado de mí.

No lo culpaba. Él se había sincerado del todo y yo ni siquiera le había dado una respuesta concisa.

Antes decía que lo odiaba a él, pero ahora me odiaba todavía más a mí misma.

Pestañeé para deshacerme de otra marabunta de lágrimas mientras continuaba metiéndome comida en la boca. Me bajó por el lado equivocado y empecé a toser descontroladamente.

Neha frunció el ceño.

—¿Estás bien? —La habitual agudeza de su voz se suavizó un poco—. ¿Os habéis vuelto a pelear?

Negué con la cabeza. No me veía capaz de hablar.

—Porque, si es el caso, lo arreglaréis —prosiguió—. Os pasáis la vida peleándoos.

«Así no». Habría sido más fácil que nos peleáramos. En estos casos, discutíamos y seguíamos con lo nuestro.

Esto... Esto había sido distinto. Y no sabía si podríamos arreglarlo.

Pero tenía que intentarlo.

Mi abatimiento se convirtió en determinación.

La que no paraba de huir era yo y, sinceramente, seguía sin saber qué hacer con su confesión. Todavía no había acabado de asimilarlo. Pero me negaba a creer que este era el fin. Sebastian y yo habíamos atravesado demasiadas cosas juntos y nos conocíamos desde hacía demasiado tiempo como para que todo terminase aquí.

Encontraría la forma de arreglarlo. Como siempre.

Pero, primero, tenía que descubrir de qué carta estaba hablando.

27

Maya



Lo primero que hice al llegar a casa fue buscar entre mis pertenencias.

No tenía ni idea de qué pinta tenía esa carta, de cuándo me la dio o de si llegué a recibirla siquiera. A estas alturas, seguro que ya se había desintegrado hacía muchísimo tiempo y lo que hubiese escrito en ella no sería más que algún recuerdo perdido.

Sin embargo, algo me decía que aún estaba en alguna parte. Lo notaba; era como si la carta me estuviese llamando. Solo tenía que descubrir dónde estaba.

Tal y como me imaginaba, Sebastian no respondió ni a mis mensajes ni a mis llamadas, así que me pasé toda una semana vaciando armarios y cajones. Revisé todos los bolsillos y debajo de todas las camas. Incluso fui a la oficina de correos e importuné al encargado para que revisara si había alguna carta perdida.

Nada.

Me hundí en un breve pozo de desesperación hasta que me acordé de que había dejado un verdadero tesoro oculto en casa de mis padres. Tras acabar el internado y graduarme de la universidad, guardé todas mis cosas y las dejé en su ático. Si Sebastian me había

dado una carta, tenía que estar ahí sí o sí. De lo contrario, seguro que nunca la encontraría.

De modo que el fin de semana después del fiasco en la oficina de correos, subí al coche y conduje hasta Westchester, donde le pedí a Diya que me ayudase a rebuscar entre mis cajas. No me preguntó absolutamente nada, pero el bol gigante de bombones que me preparó me indicó que estaba preocupada.

Había acumulado un montón de recuerdos de mis años de estudiante y tardé el fin de semana entero en revisarlo todo.

Cuando ya solo faltaban las dos últimas cajas, prácticamente había perdido toda esperanza. Abrí la que me quedaba más cerca. El polvo me dio en toda la cara y estornudé.

Después de haber controlado la alergia, rebusqué entre ese fajo de libretas. Estaban llenas de apuntes de clase escritos a mano, pero no vi nada fuera de lo normal.

Justo cuando estaba a punto de rendirme y empezar a buscar en la última caja, atisbé una esquina rígida escondida entre las páginas de mi libreta de Sociología.

Me dio un vuelco el corazón y saqué ese papel gastado de entre las páginas sin respirar siquiera.

Y allí, metida dentro de un amarillento sobre y con mi nombre garabateado en el anverso con una distintiva caligrafía negra, la encontré.

28

Sebastian



Mediados de marzo en Nueva York era brutal. Unas gélidas ráfagas de viento azotaban las calles, levantando suciedad y otras cosas que preferiría no nombrar a su paso. El cielo se teñía de un gris perpetuo y apagado, y todo el mundo parecía estar de peor humor que de costumbre mientras iba perezosamente de casa al trabajo y de vuelta.

Encajaba a la perfección con mi humor.

Bajé por las escaleras que daban al bar al que había decidido ir esta noche. Me sacudí para deshacerme de una sutil capa de nieve antes de pasarle el abrigo a la recepcionista, que me saludó con una sonrisa seductora. No le devolví el gesto.

Vi, claramente, cómo flaqueaba un segundo su autoestima. Parecía ser la típica persona que no estaba para nada acostumbrada al rechazo, pero se recompuso enseguida y me guio hacia el fondo, donde vi a Xavier y Killian sentados en un reservado de cuero de color granate.

—Me he tomado la libertad de pedirte un tanto —anunció Xavier a la vez que me pasaba un vaso de *whisky* escocés—. Tienes pinta de necesitarlo.

Lo acepté sin terciar palabra y me lo bebí de un trago. Cuando hube terminado, le hice una señal al camarero para que me trajera otro.

Mi abstinencia tenía excepciones y las dos últimas semanas habían sido una enorme y flagrante.

Killian silbó por lo bajo.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han meado en la comida o algo?

—Qué asco. Y no.

Aunque lo habría preferido. No porque me gustara tener fluidos corporales en la comida, sino porque era más fácil solucionar ese problema que lidiar con el inmenso vacío que notaba en el pecho.

Me había marchado de la India hacía dos semanas. Y, desde entonces, el tiempo había avanzado a un ritmo agonizantemente lento. Había ignorado los mensajes y las llamadas de Maya, pero no los había borrado. Todavía los tenía en el móvil, esperando, provocándome, instándome a devolverle la llamada.

Conocía a Maya y sabía que estaba intentando arreglar las cosas, pero yo ya no tenía nada más que darle. Me había desnudado emocionalmente con ella por segunda vez y Maya me había pisoteado las emociones, también por segunda vez. Puede que yo fuera persistente, pero no era masoquista.

Ya estaba harto.

El camarero nos trajo otro vaso de *whisky* escocés y una selección de puros cubanos que yo mismo había pedido con antelación porque estábamos en un salón para fumadores. Tanto Killian como yo cogimos uno de la caja, pero Xavier pasó.

—Como llegue a casa sabiendo a puro, Sloane me mata. —Me miró curioso—. Hacía siglos que no te veía fumar.

—Hoy me apetecía —respondí seco.

Le di una calada, pero esa bocanada de humo no consiguió sacarme el espectro de Maya de la mente. Y el alcohol tampoco.

Maya estaba siempre ahí, atormentándome. Era un fantasma persistente al que no conseguía exorcizar.

Me tragué el segundo vaso de Macallan y apreté la mandíbula con fuerza.

Xavier y Killian me miraron preocupados.

—Vale, a ver, la mierda esta ya empieza a apestar —terció Xavier —. ¿Piensas decirnos qué te pasa o prefieres pasarte la noche como un emo gilipollas?

—La segunda.

No estaba de humor para charlas de mierda sobre psicología barata. Quería comer, beber y, tal vez, follar. El bar estaba lleno de mujeres guapísimas. Podía llevarme a alguna a casa esta noche.

Sin embargo, cuando las miraba, no sentía nada. Ni lujuria, ni atracción ni el más mínimo interés.

Si no eran Maya, no me interesaba nada.

He aquí otra cosa que se había cargado ella.

—Por mí no hay problema —dijo Killian, metiéndose una mano en el bolsillo y plantando una baraja de cartas encima de la mesa—. Prefiero apostar pasta con un Laurent rayado que tener que escucharlo mientras se regodea en la autocompasión.

Le hice la peineta, pero acepté echar una partida al póquer a pesar de que llevara años sin jugar.

Es lo que pasaba con los malos hábitos: costaba deshacerse de ellos, pero volvías a caer como si nada.

Durante las próximas horas, volví a caer en todos los vicios en los que en su día juré que no volvería a caer. Bebí. Fumé. Me zampé una cantidad ingente de comida malísima para las arterias. Y me aposté miles de dólares y perdí miles de dólares. Claro que perdí. Si es que al universo le encantaba patearme cuando ya estaba en la mierda.

Aunque no por eso dejé de seguir apostándome más pasta o seguir pidiendo más alcohol. En cierto modo, aquellos vicios tóxicos resultaban catárticos; era como si me estuviese purgando mientras me preparaba para empezar de cero. Una última aventura antes de que comenzara el trabajo de verdad.

O eso o es que estaba jodido como el que más.

Era evidente que Xavier se decantaba más por esa última alternativa, pero esperó a que Killian se fuera al baño para intervenir.

—Hasta aquí. —Me apartó la bebida con tono firme—. Ahora ya te paro los pies.

—Vete a la mierda —farfullé.

Me pesaba la lengua, pero me notaba la mente ligera, con cierta placentera indiferencia.

Era agradable.

—Sebastian. —Xavier me miró a los ojos con severidad—. ¿Qué coño pasa?

—Nada. —Hice ademán de coger el último puro, pero el muy cabrón también me lo arrebató—. ¿En qué momento te convertiste tú en un aguafiestas?

—No estoy intentando ser un aguafiestas. Estoy intentando evitar que te mueras.

—Es un poco de alcohol y tabaco, Castillo. No me voy a morir.

—Te has bebido casi una botella entera de *whisky* escocés tú solo en lo que va de noche.

—Pues menos mal que no lo hago a menudo.

Intenté coger el vaso, desganado. Las articulaciones me pesaban y me movía con torpeza, de modo que no lo pillé por un pelo.

—Basta. —A Xavier se le incendió la mirada—. Bastante has bebido ya. He venido a echar el rato, no a ver cómo te autodestruyes.

—¿«Basta», o qué? —Se me coló un tono un tanto desagradable en la voz—. Solo porque tu parienta te tenga atado no significa que los demás no podamos divertirnos.

Se quedó helado.

—En primer lugar, no vuelvas a llamar a Sloane así en la vida —dijo con un tono peligrosamente bajo—. Y en segundo lugar, si no estoy dejando que sigas bebiendo y fumando es porque soy tu amigo. He visto a otras personas entrar en un bucle como este y la cosa nunca acaba bien. Ya te has divertido. Ahora te toca enfrentarte a lo que sea que te moleste de una manera más saludable.

Apreté los dientes. Sentí una pizca de arrepentimiento por haber estallado así con él cuando Xavier solo intentaba ayudar, pero su siguiente pregunta enseguida se la llevó por delante.

—¿Este humor de mierda tiene algo que ver con el motivo por el cual te fueras antes de la boda de Radhika a principios de mes? —se interesó.

¿Cómo cojones se había enterado él de eso?

Entré en tensión de nuevo. Si pudiese borrar todo lo ocurrido en esa boda de mi mente, lo haría.

—Tú te marchaste antes que yo.

—A mí no me invitaron a pasar el último día con la familia y los amigos cercanos. A ti sí. —Xavier me miró con segundas—. ¿Problemas con Maya?

—No digas su nombre.

La ferocidad de mi respuesta me sorprendió incluso a mí.

Noté cierta amargura en la garganta y un dolor sordo me fue subiendo por el brazo. Y entonces me di cuenta de que estaba apretando tantísimo las manos que me latían los nudillos.

Me obligué a relajarlas, pero el dolor permaneció.

A Xavier se le serenó la expresión a medida que fue atando cabos.

—O sea que tiene que ver con ella...

—No quiero hablar del tema.

Me moría por otra copa u otra calada. Mi querido subidón estaba desvaneciéndose porque cada mención a ella iba ablandándome la coraza hasta que temí volver a quedar expuesto.

La bilis se me arremolinó en el estómago.

—¿Qué pasó? —insistió Xavier. Era como un puto perro sabueso. Ojalá solo hubiese invitado a Killian esta noche. Al Xavier de antes de meterse en una relación le habría dado igual lo que hubiese pasado siempre y cuando nos divirtiéramos; sin embargo, ahora que estaba felizmente enamorado, era como si pensara que se había convertido en una especie de experto en relaciones—. ¿Os...?

—Xavier. —Solté su nombre con una fría precisión de acero—. O lo dejas o ya puedes despedirte de nuestra amistad.

Pasó un largo y cargado segundo antes de que Xavier me apartara la mirada. Musitó algo que sonaba sospechosamente a un «seréis idiotas...», pero dejó de insistir.

Killian regresó al cabo de un minuto con la mejilla manchada de pintalabios, marca que antes no tenía.

Volvió a sentarse y, como si no se hubiese percatado de la tensión, preguntó:

—¿Qué me he perdido?

No me quedé mucho más rato con los chicos. La noche se había ido al traste después de mi conversación con Xavier, aunque tampoco es que aquella salida me hubiera ayudado como esperaba.

Pensé que si quedaba con mis amigos y pasaba la noche bebiendo me sentiría mejor, pero ocurrió más bien lo contrario. Cuando el efecto del alcohol se hubo disipado, lo único que quedaron fueron náuseas y una sensación de vacío.

Le había puesto una tirita temporal a una herida que era demasiado profunda como para cicatrizar. Y ahora no me quedaba más que una inminente resaca del copón.

Salí del Uber y subí las escaleras de mi casa a trompicones. Tras varios intentos, metí la llave en el cerrojo de la puerta de entrada con fuerza. Todo me daba vueltas y tenía clarísimo que, visto lo visto, no conseguiría subir al piso de arriba.

No sé cómo, pero logré llegar a la cocina y me tomé un vaso de agua. Cuando hube terminado, me incliné hacia delante y apoyé los antebrazos en la isla de mármol. Agaché la cabeza e intenté respirar a pesar de tener los pulmones cerrados.

El silencio que se respiraba en este edificio de piedra rojiza le permitió a Maya volver a inundar mis pensamientos.

Estaba en la misma ciudad. Si pedía un taxi, podía llegar a su casa en media hora. Podía llamarla y oír su voz. Podía...

«Basta».

Cerré los ojos con fuerza e inhalé despacio y controladamente por la nariz. Me dije que ya estaba y lo dije de verdad.

Maya me había dejado clarísimo lo que sentía hacía años. Había sido un idiota al seguir albergando esperanzas, pero ya se había acabado. Había llegado el momento de soltarla.

La neblina que me nublaba la mente se fue disipando poco a poco. La sala dejó de dar vueltas cada vez que me movía y pude erguirme sin notar aquel tormentoso martilleo en la cabeza.

Ahora bien, ¿el vacío que notaba en el pecho? Eso aún seguía ahí, y yo tenía el presentimiento de que, mientras Maya continuara clavada en mi corazón, ese vacío persistiría.

Llamaron a la puerta. Me estremecí al oír aquel ruido repentino, pero no me moví. Seguramente sería algún vecino que necesitaba algo o algún niño que estuviese gastando bromas por ahí. No estaba de humor ni en condiciones de lidiar con eso ahora.

Sin embargo, quienquiera que estuviese en la puerta se negaba a marcharse. No paraba de llamar, ya fuera con las manos o dándole al timbre. Al final, me irrité muchísimo.

Solté una retahíla de tacos en francés mientras atravesaba el salón iracundo. Abrí la puerta de entrada del tirón, dispuesto a pegarle una buena bronca al cabrón que estuviese llamando, pero mis palabras sufrieron una muerte súbita cuando vi quién estaba en el umbral.

Maya tenía la mano alzada, como si fuera a volver a llamar. Cuando abrí la puerta, la bajó y nos quedamos mirándonos mutuamente, dejando que nuestros alientos formaran pequeñas nubes blancas en el aire gélido. Le centellearon los ojos, acuosos, bajo la luz de la luna; casi parecía que hubiese estado llorando.

Una pizca de conciencia atravesó mi entumecido estupor.

Maya estaba aquí. En mi casa. Un viernes por la noche.

¿Por qué?

No pude contenerme y la estudié ávidamente. Hacía semanas que no la veía y contemplarla ahora me azotó como un relámpago.

Llevaba el pelo suelto y no iba maquillada. Se había puesto unos vaqueros y la sudadera que le di en Vermont. El collar de oro que le regalé por su cumpleaños le brillaba alrededor del cuello, pero lo que me llamó la atención fue el sobre que tenía en la mano.

Me dio un vuelco descomunal el estómago. «No puede ser...».

El paso del tiempo había desgastado el papel, pero reconocería esa caligrafía en cualquier parte.

Porque era la mía.

Y dentro de ese sobre estaba mi mayor arrepentimiento, lo único de lo que desearía poder retractarme en esta vida. La carta que le escribí cuando íbamos al internado.

29

Maya



—Hola —dije con un hilo de voz—. ¿Puedo pasar?

Sebastian levantó la vista de mis manos y me miró a la cara. Le latió un músculo en la mandíbula; he aquí el único indicio de que me había oído. Seguía agarrando el pomo de la puerta con tanta fuerza que incluso se le habían quedado los nudillos blancos.

Estaba pálido y tenía los ojos enrojecidos, y el olor a *whisky* que emanaba de su cuerpo se olía a más de un kilómetro de distancia. Llevaba unas pintas terribles y, aun así, se me encogió el corazón al verlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con la voz desprovista de calidez alguna.

—Solo quiero hablar. —Se me instaló un grueso nudo en la garganta—. Por favor.

Eso último pareció hacerlo reaccionar.

Un visible escalofrío lo recorrió entero. Volvió a apretar el pomo con fuerza antes de soltarlo y echarse a un lado en silencio.

Entré y mi cuerpo se empapó de una relativa calidez en cuanto Sebastian cerró la puerta a nuestras espaldas. La sudadera que me había puesto (que, en realidad, era la suya) no era la prenda más adecuada para una noche tan fría, pero necesitaba que Sebastian lo

viera. Que entendiera que, a pesar de que no fuese capaz de verbalizarlo, una parte de mí siempre sería suya.

La casa olía a él. Tenía las luces apagadas, pero los rayos de la luna se colaban a través de las cortinas e iluminaban el salón. No había estado en casa de Sebastian desde que se mudó al centro hacía ya unos años; sin embargo, las obras de arte, la chimenea y aquellos muebles de cuero perfectamente desgastado... Todo era intrínsecamente él.

Sebastian pasó por mi lado para volver a colocarse frente a mí.

—Querías hablar. Habla.

Lo dijo midiendo bien su tono y con expresión inescrutable.

Fue como si estuviese delante de un desconocido. Y, a pesar de que lo tenía justo enfrente, la sensación de haberlo perdido regresó a mí de nuevo.

—He... —Había estado practicando lo que le diría en el coche, de camino aquí, pero me quedé completamente en blanco. Practicar todo eso para mis adentros era una cosa, pero decírselo en voz alta mientras me miraba como si no me conociera era otra. Aun así, tenía que hacer algo, lo que fuera, así que le pasé el sobre del tirón, con los nervios a flor de piel—. Léela.

Se le enfrió aún más la mirada.

—Ya sé lo que dice esa carta, Maya. La escribí yo.

«Cierto».

Se me cerraron los pulmones, frustrada. Esto no tenía que ir así. Se suponía que yo tenía que entrar, soltarle un elocuente discurso sobre lo que sentía y ver cómo las cosas volvían a su lugar. Pero, por lo visto, últimamente me salía todo mal.

Para estar acostumbrada a petarlo siempre con lo que fuera en el primer intento, esto estaba siendo una tortura. Aunque me lo merecía. No le había contado la verdad cuando tuve la oportunidad y ahora me tocaba empezar de cero.

Apreté un poco la mano sin soltar el sobre e intenté empezar de nuevo.

—¿Cuándo la escribiste?

—Ya lo sabes.

—No. —El dique se abrió y las palabras me salieron tan aturulladamente que se amontonaron las unas a las otras—. Por eso he venido aquí. Quería decirte que no tenía ni idea de que me habías escrito esta carta. No la recibí...

—¿Estás de broma? —Sebastian me miró incrédulo y sus palabras me azotaron como un látigo—. ¿A esto has venido un viernes por la noche a mi casa sin previo aviso? ¿A seguir torturándome? ¿Te parece divertido? —preguntó en voz baja, furioso—. Ya me ha quedado claro, joder. Tú ganas, ¿vale? Felicidades. Tú ganas y yo pierdo. Venga, vete.

—¡No!

El pánico fue extendiéndoseme por el pecho. Se me cerró la garganta y noté que me asfixiaba porque la frustración no paraba de ir a más.

Fui presidenta del cuerpo estudiantil. Gané concursos de debates. Estaba al mando del departamento de comunicaciones de una empresa de Fortune 500, por el amor de Dios. ¿Por qué narices era incapaz de expresarme de forma elocuente cuando más importaba?

Cogí una temblorosa bocanada de aire y conté mentalmente hasta tres antes de volver a hablar. Esa pausa me sirvió para ordenar un poco mis ideas.

—No he venido a restregarte la carta por la cara. Nunca haría algo así; jamás. No sé qué pasó para que pensaras que la había recibido, pero te prometo que no era para nada consciente de su existencia hasta hace unos días.

—Y una mierda.

—Te lo juro —insistí marcando bien esa última palabra—. ¿Por qué iba a mentirte con algo así?

—No lo sé —respondió Sebastian con tono monocorde—. Pero mientes con muchas cosas, Maya.

Su respuesta se me clavó directa en el estómago. Con fuerza. Y ni siquiera pude defenderme porque Sebastian tenía razón. Desde mentiras hasta omisiones, pasando por la negación más absoluta. Le había escondido un montón de verdades a Sebastian y lo que era más aún: me las había escondido a mí misma.

Noté cierta presión detrás de los ojos. «No llores. Ni se te ocurra llorar».

—Tienes razón, pero esto no es ninguna mentira —proseguí—. Puedes preguntárselo a Diya. El finde pasado me ayudó a sacar las cosas de cuando estudiaba y encontré la carta en la libreta de Sociología. No sé cómo llegó allí ni cómo es que no la vi antes, pero esa es la verdad. Te lo prometo.

No tenía el mejor historial del mundo, pero estaba desesperada por demostrar que no era la persona terrible que él creía que era. Que no había venido para tocarle los cojones cuando él se había abierto y sincerado conmigo al cien por cien.

Podía despreciarme como rival y dudar de mí como compañera, pero no soportaba imaginarlo odiándome como persona.

Vi que se le rompía un poco la máscara antes de que volviese a ponerse serio.

—No necesito preguntarle nada a Diya. Tengo clarísimo que recibiste la carta en su día. ¿Y sabes por qué? —Dio un paso hacia mí con los ojos llenos de ira—. Porque me respondiste.

El mundo se abrió a mis pies. Me tambaleé, aturdida ante su confesión.

—Es imposible.

—¿En serio? Te puedo recitar lo que me escribiste palabra por palabra. —Y eso hizo con la voz entrecortada pero con un tono frío y deliberado—: «Sebastian, gracias por tu carta, pero me temo que has confundido las cosas. Nuestra relación no es y nunca ha sido nada más que una rivalidad semiamistosa. Aprecio que hayas desarrollado estos sentimientos románticos hacia mí, pero, para serte totalmente sincera, te diré que yo no siento lo mismo. Es que no te veo así y ya. Lo siento. Sin embargo, como nuestras familias son amigas e iremos a la misma universidad, no quiero que ahora haya incomodidad alguna entre nosotros. Así pues, con tal de preservar la paz, achaquemos tu carta a un flechazo de juventud y hagamos como que no ha pasado nada. Por favor, no vuelvas a mencionar nada de esto. Un abrazo, Maya».

Las náuseas se me arremolinaron en el estómago. Me entraron ganas de vomitar. No sabía qué era peor, si la fría crueldad de

aquella respuesta o el hecho de que Sebastian se la supiera de memoria.

Se había pasado catorce años pensando, erróneamente, que yo sabía cómo se sentía y que me daba igual. Todas las conversaciones que habíamos mantenido, todos los instantes que habíamos compartido... Todo manchado por una versión alternativa de mí que había menospreciado sus sentimientos y lo había tratado como el culo.

¿Cómo podía seguir mirándome después de eso?

—Eso no lo escribí yo. —La voz me sonaba demasiado cargada y acuosa como para ser la mía. No paraba de temblar y estaba helada, a pesar de que Sebastian tenía la calefacción puesta—. No...

—Todavía la tengo —me cortó él con tono severo—. Tu respuesta. Con fecha y con *tu* firma.

No. No podía ser. Alguien debió de haberme falsificado la firma o..., o...

Me inundaron las dudas. ¿Y si había perdido el conocimiento y sí que había escrito eso? Aunque, incluso suponiendo que fuera el caso, las probabilidades de que me hubiera olvidado por completo de su carta y también de la mía eran prácticamente nulas.

Tenía que haber otra explicación, pero ya me ocuparía de eso luego. Ahora tenía un problema más apremiante que solucionar.

—Seb. —Lo agarré por los brazos. Él entró en tensión bajo mi tacto y yo noté una punzada en el pecho—. Te juro por toda mi familia que yo nunca jamás escribí esa carta. No sé quién lo hizo. Pero me conoces. Aunque no me... Aunque me sintiera así, nunca te habría contestado de forma tan despiadada.

Sebastian se quedó mirándome. Por un segundo, pensé que igual lo había convencido, pero entonces sacudió la cabeza y se zafó de mis manos.

—Vale. —El enfado se desvaneció de su rostro y, de repente, lo vi agotado—. Ni recibiste la carta ni escribiste esa respuesta. Da igual. El mes pasado te dije cómo me sentía. En persona. No hace falta que saquemos a colación lo que pasó hace una década cuando ya tengo mi respuesta.

—Pero es que no la tienes. No era... —Volví a inhalar temblorosamente y hablé con cuidado. Tenía que hacerlo bien. Era mi última oportunidad—. No te di una respuesta en la boda porque estaba asustada, ¿vale? Me asustaba que las cosas fueran a cambiar demasiado rápido sin que pudiera saber cómo nos iría. No me gustan los cambios y odio la incerteza. Y son cosas inevitables, pero tú..., nosotros... Siempre he podido contar con que eso permanecería igual. Así que cuando empecé a sentir algo... distinto hacia ti, no supe qué hacer. Me aterraba cargarme esta estabilidad. Y, sobre todo, me aterraba lo real que fue todo contigo. Hiciste que me sintiera tan vista y deseada que me encantó y lo odié a la vez porque, para tener una relación así, yo también tendría que abrirme. Y cuando te abres te arriesgas. Te arriesgas a la posibilidad de pasarlo mal. Y creo... —Se me entrecortó la voz—. Creo que cualquier dolor que pueda derivar de perderte me destrozaría más que el hecho de no haberte tenido nunca.

Sebastian seguía con una expresión inescrutable. Parecía que tuviese un rostro de mármol. De no ser por los erráticos movimientos de su pecho, pensaría que no me había oído siquiera.

—Cuando me preguntaste si sentía lo mismo, empecé a dudar —proseguí—. Quise decirte que sí, pero como estábamos en otro país y nos habíamos acostado la noche anterior... No tuve claro si era porque nos habíamos dejado llevar por el momento. ¿Y si el sexo nos estaba nublando el juicio? ¿Y si tenías que quitarte la espinita conmigo y te cansabas de mí al cabo de unos meses? Allí todavía no había encontrado tu carta y no pude dejar de cuestionármelo todo una y otra vez. Entré en pánico y por eso no pude darte una respuesta real. Pero he tenido dos semanas para asimilarlo todo y la verdad es que... —Me tembló la barbilla—. Te he echado de menos. Muchísimo. Descubrí lo que podría ser la vida contigo y el vacío que sentí después eclipsó todas las dudas que hubiese podido tener antes.

Sebastian no se movió ni un ápice. Se quedó con los ojos clavados en mí, con una mirada indescifrable y con el cuello muy tenso.

—Lo que intento decir es que... —Me dio un vuelco el corazón y se me instaló un nudo en la garganta. Ahora me tocaba sincerarme a

mí; por aterrador que resultara, tenía que hacerlo. De lo contrario, nunca me lo perdonaría—. Ya sé cuál es mi respuesta. Me preguntaste si yo sentía lo mismo por ti. Y la respuesta es que sí.

Al final, perdió la compostura y exhaló andrajosamente, de golpe.

—Para —dijo con la voz tensa y cargada de una emoción que a duras penas podía contener.

Di otro paso hacia él. El dolor que sentía en el pecho era tal que quemaba.

—Querías que te dijera la verdad. Ahí la tienes.

La angustia le atravesó un segundo los ojos antes de que Sebastian me apartara la mirada y tragara saliva con fuerza.

—No puedo volver a pasar por esto —dijo en voz tan baja que a duras penas lo oí—. Me he pasado años esperándote, rezando por que... —Dejó la frase a medias y apretó la mandíbula—. Estaba harto. No puedes plantarte aquí después de todo y ponerme el mundo patas arriba.

«Estaba harto». No «estoy».

En pasado.

Una brizna de esperanza se abrió paso en mi interior.

—Ya lo sé —susurré. Acabé de acortar la distancia que nos separaba y le di un beso delicado y tentativo en la mandíbula. A Sebastian le entró otro escalofrío, pero no me apartó—. Sé que no tienes ni una sola buena razón para creerme. Pero tengo que intentarlo.

Dejé los labios en su piel. Era cálida y áspera, y la tenía cubierta por una finísima capa de barba.

Sebastian cerró los ojos y se le tensaron absolutamente todos los músculos, como si le doliese tenerme así de cerca. Le fui besando la mandíbula despacio, dejándole una mano sutilmente apoyada en el pecho. Notaba lo rápido que le latía el corazón bajo la palma.

Le había dicho lo que quería decirle. Pero no lo culparía si Sebastian pensaba que no era suficiente. Si esta confesión a altas horas de la noche no servía para compensar todos los años que había pasado sufriendo por mi culpa, aunque yo no hubiese sido consciente de ello.

Aunque esperaba, con toda mi alma, que hubiese visto lo muy sincera que estaba siendo. Y que nos diera una oportunidad a pesar de todas las mentiras y los malentendidos.

Cuando le llegué a la comisura de los labios, me detuve y nuestros alientos se mezclaron.

—¿Quieres que me vaya? —le pregunté con un hilo de voz cargado de vulnerabilidad.

Era un guiño al beso que compartimos tiempo atrás en esos jardines.

«Dime la verdad. Ya basta de mentiras. ¿Quieres que me vaya?».

Deseaba, con todas mis fuerzas, poder volver atrás en el tiempo y revivir esas cuarenta y ocho horas de forma distinta. Pero, como eso era imposible, lo único que podía hacer era aguardar mientras seguía hecha una manojo de nervios.

Sebastian permaneció quieto durante un largo y agonizante segundo. Cuando volvió a girar la cara hacia mí, tenía una expresión atormentada en el rostro. Vi la batalla que se estaba librando en su interior y, por un breve instante, se me detuvo el corazón y pensé que igual me diría que sí.

Sin embargo, respondió con honestidad y aspereza, como si se odiase a sí mismo por mostrarse tan vulnerable.

—No.

No me dio tiempo a reaccionar antes de que él me cogiera la cara con ambas manos y empotrara su boca a la mía. La carta cayó al suelo mientras yo le envolvía el cuello con los brazos y le devolvía el beso con el mismo fervor.

El sabor a tabaco y *whisky* me inundó los pulmones. Fue un beso pasional y desesperado, como si estuviésemos intentando compensar todas esas semanas, meses y años de distancia y anhelo. Fue la culminación de todo lo que habíamos deseado, pero de lo que nos habíamos privado, y las últimas barreras que quedaban entre nosotros se desmoronaron en cuanto yo me entregué por completo.

Quería quedarme así con él para siempre, pero en algún momento tendríamos que separarnos para coger aire. Cuando lo hicimos, apoyamos la frente en la del otro mientras recobrábamos el aliento.

Sebastian me recorrió el borde del medallón con el pulgar y se le relajó la expresión.

—Bonito atuendo —me dijo con una pizca de diversión ya familiar en la voz.

El alivio se adueñó de mí, liberado y desprovisto de la incerteza de antes. Este era mi Sebastian, no el frío e insensible desconocido que me había abierto la puerta.

—He pensado que la sutileza ya había quedado muy en el pasado. Además... —Cuando me acarició la piel desnuda del cuello, se me entrecortó la respiración—. La sudadera esta es muy cómoda.

La calidez de su risa me envolvió por completo.

No quería volver a sacar el pasado a colación y cargarme el momento, pero tenía que saberlo. Teníamos que descubrir qué había pasado, aunque fuera solo para poder dejar todo eso atrás.

—Llevas todos estos años pensando que yo escribí esa respuesta tan horrenda —señalé—. ¿Por qué no me dijiste nada? Si yo le hubiese confesado lo que siento a alguien y esa persona hubiese reaccionado así, me habría vuelto loca.

Rechazar a alguien era una cosa, pero hacerlo de forma tan despiadada era otra.

Aun así, Sebastian nunca dejó entrever que estuviese enfadado conmigo. Continuamos con nuestras bromas y nuestra rivalidad, ininterrumpidamente, durante los años de carrera y durante toda nuestra veintena. No me percaté de que algo no encajaba hasta la boda de Radhika.

—Porque... —respondió con un hilo de voz y levantando la vista para volver a mirarme a los ojos—. No quería perderte.

Su voz iba cargada de emoción. Pensé en todos los años que habíamos perdido y el dolor me azotó de nuevo.

Sin embargo, por extraño que pareciera, una parte de mí se alegró de que nuestra relación hubiese seguido este camino. No sabía si nuestros yos más jóvenes habrían sido lo bastante maduros como para conseguir que esto durara. En esa época éramos distintos, todavía estábamos aprendiendo, todavía éramos demasiado tozudos y orgullosos como para ceder incluso cuando hacía falta.

—No vas a perderme —le dije—. Siempre estaré aquí.

Sebastian sonrió, pero el gesto no le llegó a los ojos.

—No me rompas el corazón, Segu.

A mí se me quebró el mío. ¿Cómo podía romperle el corazón cuando era él quien me lo estaba rompiendo ya a mí?

Me puse de puntillas y volví a besarlo, dejando que ese roce le trasladara todas las emociones que no sabía expresarle con palabras.

Ahora, el sabor a *whisky* no fue tan fuerte, pero seguía siendo suficiente como para aturdirme un poco.

—¿Cuánto has bebido esta noche? —le pregunté entre divertida y preocupada.

—Suficiente como para pensar que tal vez así olvidaría a cierta persona en la que no paro de pensar a cada segundo del día —dijo con tono socarrón.

Su respuesta no debería haberme puesto tan contenta. Al menos, no era la única a quien le había afectado tanto esa separación durante las últimas semanas.

—¿Y lo has conseguido?

—En absoluto.

Sebastian volvió a acercarme a él y cualquier pensamiento que hubiese podido pasarme por la mente se desvaneció al volver a perderme en su abrazo. Cuando estábamos juntos, Sebastian conseguía que me sintiera como si el resto del mundo no existiese, y me parecía increíble que en su día hubiese pensado que podría sobrevivir sin él. Sin esto.

Le pasé las manos por los hombros y se las bajé por los brazos. El beso fue volviéndose más y más acalorado, más pasional. Sin embargo, cuando intenté subirle la camisa para quitársela, negó con la cabeza y me detuvo.

—Esta noche no —me dijo.

Pestañeé.

—¿Estás rechazando un polvo?

—Por ahora.

Balbuceé algo incrédula y él dibujó una sonrisa socarrona.

—Quiero hacerlo bien —me contó—. Primero vayamos un poco más despacio; el sexo ya vendrá luego.

—Pero... —Estaba atónita—. Si ya nos hemos acostado...

—Eso fue antes de que estuviéramos saliendo.

Noté un aleteo en mi interior que se llevó por delante la indignación. «Saliendo». Por una vez en mi vida, esa palabra no me aterró.

—Conque saliendo, ¿eh? —lo provoqué, incapaz de seguir molesta cuando estaba a nada de echar a volar en una nube—. No recuerdo que me hayas pedido que sea tu novia...

—Porque tú me has pedido que sea tu novio primero.

—Qué va.

—¿Ah, no? —preguntó Sebastian arrastrando las palabras—. Porque la que se ha presentado en mi casa con mi sudadera puesta y...

—Vale, vale —reí—. Lo dejaremos en un empate. Nos hemos pedido salir oficialmente el uno al otro.

—Debería haberme imaginado que me llevarías la contraria hasta en cuestiones técnicas, pero es lo que me toca. —Me apartó el pelo de los ojos con delicadeza—. Me alegro de que hayas venido —dijo con ternura.

Sonreí y sentí que algo se derretía en mi interior.

—Yo también.

Yo era la típica persona que vivía en el futuro. Siempre iba tres pasos por delante y el cerebro me iba a mil por hora pensando en futuras contingencias.

Pero, por una vez en mi vida, les di un descanso a esos instintos y me limité a... disfrutar del momento.

Era uno de los mejores que había vivido en años.

Querida Maya:

Se me hace extraño escribirte esto cuando la última vez que nos escribimos fue en quinto de primaria. Gané el concurso de deletrear de la escuela después de que te atascaras con «claroscurista» y me dejaste una nota con todas las palabras la mar de coloridas. Debo decir que nunca había visto a nadie usando las palabras «porra» o «recto» en una frase tan creativa. No fui el ganador más amable del mundo, así que supongo que me lo merecía. La nota que te escribí yo a modo de respuesta tampoco es que fuera muy agradable.

Pero ya hace mucho de quinto de primaria y hay cosas que solo se pueden expresar al ponerlas en papel. Estoy solo en la biblioteca, donde hemos pasado infinitas noches discutiendo sobre los temas más mundanos habidos y por haber y esta ilusión de anonimidad es la que me da el valor para escribirte esta carta. Esto... y el recuerdo de tenerte sentada justo enfrente. Si vieras lo nervioso que estoy ahora mismo, creo que te reirías.

Llevo meses pensando si debería decirte esto o no. Me aterra imaginarme cuál puede ser tu reacción, pero estamos a punto de graduarnos y, a pesar de que iremos a la misma universidad, me da la impresión de que, si no te digo esto ahora, no lo haré nunca.

Así que aquí va la verdad: te quiero. Muchísimo, inexplicable y dolorosamente. Te he querido en silencio a lo largo de estos turbulentos años y en paralelo a nuestra rivalidad. Eres lo único en lo que pienso de día y lo único en lo que sueño de noche. Es... agonizante.

He intentado negármelo porque se supone que debería odiarte. Eras una piedra en el zapato, el palo en mi rueda camino al éxito. Eres la única persona que me ha desafiado jamás y no sabía cómo gestionarlo. No estaba acostumbrado a que alguien me superara,

y menos alguien que fuera a restregármelo tan felizmente por la cara. Sinceramente, me cabreaba.

Pero, en algún momento, mis sentimientos cambiaron. No sé cuándo ni cómo ni por qué. Estoy seguro de que eso da igual. Lo que importa es que lo que tanto odiaba de ti al principio es lo mismo que tanto adoro ahora... Tu ímpetu, tu inteligencia, tu agudeza (esa que tantas veces has usado en mi contra), tu sentido del humor y la osadía de mostrarte abiertamente orgullosa de tus logros. No te achicas para encajar en los espacios que han construido los demás para ti y, a veces, la molestia de notarte como una piedra en el zapato es lo único que me recuerda que sigo vivo.

Sin ti, mi vida sería un lienzo en blanco, perfectamente prístino, pero desprovisto del color que tanto le gustaría tener.

Tú me ves como a un rival y una parte de mí siempre lo será. Creo que los dos somos demasiado orgullosos como para dejar de competir jamás, ya sea de una forma u otra. Es una parte fundamental de nuestra relación y no querría cambiarlo por nada.

Pero espero que, cuando leas esta carta, también me veas como algo más. Es probable que me haya imaginado lo importantes que han sido los momentos que hemos compartido o que haya malinterpretado las miradas que hemos intercambiado. Nunca había experimentado un amor así, o sea que, como te he dicho ya, me aterra pensar en cuál puede ser tu reacción.

Sin embargo, una vez leí una cita que se me quedó grabada de por vida: «Hay que arriesgarse porque el mayor riesgo en esta vida es no arriesgar nada. Quien no arriesga nada, no hace nada, no tiene nada, no es nada».[1] *Leo Buscaglia.*

Así que aquí estoy, arriesgándome cono nunca para decirte que te quiero, que una parte de mí siempre te ha querido y una parte de mí siempre te querrá, sea cual sea tu respuesta. Si es que existe la más mínima posibilidad de que sientas lo mismo, entonces, todos los riesgos que haya tomado habrán merecido la pena.

Con amor,

Sebastian

30

Sebastian



Hay quienes me tacharían de loco por volverme a liar con Maya. Y tal vez tendrían razón. Si alguien podía destrozarme en este mundo, era ella.

Sin embargo, cuando la miraba, cuando la tocaba, me importaba un bledo lo que pudiera pasar.

Llevaba tanto tiempo queriéndola que no me acordaba de cómo era la vida antes de conocer a Maya. Y ahora que sabía que ella sentía lo mismo, no pensaba soltarla jamás.

Le di un delicado beso en el pelo y, cuando suspiró y se acurrucó contra mí, se me encogió el corazón.

Habíamos subido al piso de arriba, a mi cuarto, y ella se había quedado dormida enseguida. Me costaba creer que hubiera empezado la noche entrando en bucle en un bar, pero la hubiese acabado aquí, con ella entre mis brazos.

El universo me había dado una tregua y yo no pensaba subestimarlo. Así que sí, me importaba un bledo lo que hubiese sucedido en el pasado o los obstáculos que nos deparara el futuro. Ni siquiera me importaba demasiado quién nos hubiese saboteado

en el internado porque, ahora, Maya estaba aquí y estábamos juntos, y por primera vez en catorce años...

Por fin pude respirar.

31

Maya



El sábado siguiente, toda una semana después de que nos reconciliáramos, Sebastian y yo quedamos a primera hora de la mañana en la primera parada de su «*Tour* vip oficial para la novia»: un día entero de experiencias culinarias por sus restaurantes favoritos de los cinco barrios y, cómo no, con Sebastian como mi guía personal.

El día empezó con un desayuno en una antigua y pintoresca cafetería en Queens. Tenía unos reservados de cuero rojos, una gramola y un reducido aunque amable personal que nos recibió con trato preferente nada más entrar.

—Ahora en serio, ¿te conoce todo el mundo en todos los restaurantes? —pregunté cuando ya hubimos pedido.

Había seguido las recomendaciones de Sebastian y había pedido los *pancakes* de la casa con extra de nada montada y fresas de acompañamiento.

Sonrió.

—Solo quienes importan.

Puse los ojos en blanco.

—Me parece alucinante que esté saliendo con alguien tan arrogante.

—Arrogante no, Segu. Seguro de sí mismo. —Su sonrisa adoptó un tono socarrón—. Por eso estás conmigo. Detestarías estar con alguien inseguro.

—Mucho hablas, para haber tardado una semana entera en organizar una cita —respondí, a pesar de que Sebastian llevaba razón.

Me encantaba que fuese tan seguro de sí mismo y que tuviera las habilidades pertinentes para respaldar dicha seguridad. Me encantaba el corazón que ocultaba bajo su presuntuosa personalidad y la consideración que se escondía detrás de cada uno de sus gestos. Una vez me dijo que yo necesitaba a alguien que pudiese seguirme el ritmo y él lo hacía con creces. Sebastian me instaba a ser una mejor versión de mí misma y le daba sentido a mis victorias. Sin él, sería como un general sin campo de batalla. Un vencedor sin rival.

Y había sido así toda la vida. Debería haber sabido, desde el momento en el que nombré a Sebastian Laurent como mi mayor enemigo, que acabaría enamorándome de él. Era inevitable.

—¿Qué quieres que te diga? Quería que nuestra primera cita fuera perfecta. —El rostro le centelleó con cierta ternura y aquella sonrisa socarrona se le relajó—. Espero que te guste.

Se me aceleró el corazón.

—Me encanta.

Sebastian respondió con una sonrisa que me envolvió como un cálido rayo de sol.

Pensaba que pasar de ser amienemigos a ser pareja nos costaría más, pero aquella última semana había sido perfecta. Me agobiaba sobremanera que alguien hubiese interceptado su carta y hubiese falsificado mi respuesta, pero todo eso había pasado hacía una década. No corría ningún peligro inminente por si aparecía un bandido que se dedicaba a falsificar cartas. Aun así, en silencio, añadí el descubrir su identidad a mi lista de misterios por resolver, justo debajo del dilema de Pittsburgh.

Sebastian y yo teníamos otros temas que gestionar, como cuándo íbamos a contarles a nuestras familias y amigos que estábamos juntos y qué iba a hacer yo con el ultimátum de mi compromiso.

Como Sebastian y yo estábamos saliendo oficialmente, ya no había lugar para más pretendientes.

Ahora bien, ¿estábamos listos para decir a ciencia cierta que queríamos comprometernos cuando llegase noviembre? Si mis padres supieran que estaba manteniendo una relación seria con Sebastian, ¿me obligarían a ceñirme a ese ultimátum?

Por aquel entonces, no tenía respuesta a dichas preguntas, pero es que solo llevábamos una semana saliendo. Ya nos preocuparíamos por el futuro cuando llegase. De momento, yo solo quería disfrutar de la fase de luna de miel. De eso y de los orgásmicos *pancakes* que nos trajo la camarera.

—Madre mía. —Al dar el primer bocado, abrí los ojos como platos. Yo siempre había pensado que, cuando las *influencers* ponían los ojos en blanco o gemían al probar algo, estaban exagerando (en serio, ¿cuántos tomates había que pudieran saber taaan bien?). Pero si un plato era digno de gemidos eran estos *pancakes*—. ¡Están buenísimos!

Eran ligeros y esponjosos, pero con los bordes crujientes, y tenían una rica textura mantecosa y el equilibrio perfecto entre un sabor dulce y uno fuerte. No es que fuera la mayor fan de los *pancakes*, pero me perdería felizmente en su etérea exquisitez.

—Son los mejores del área de los tres estados —confirmó Sebastian sonriendo y mirándome mientras los devoraba—. Nunca te recomendaría algo que no esté bueno.

—¿Cómo das con estos lugares? —quise saber—. Dudo que pruebes personalmente todos los restaurantes.

Teniendo en cuenta la rapidez con la que abrían y cerraban los negocios en Nueva York, sería una hazaña imposible.

—Boca oreja y muchas probaturas. Aunque salgo a investigar más a menudo de lo que crees. Lo que más me gusta del trabajo es encontrar joyas escondidas. —Sebastian me tendió un bocado de lo que había pedido él—. Pruébalos. Los huevos que hacen están casi igual de ricos que los *pancakes*.

Me incliné y envolví el tenedor con la boca. Esos huevos eran superblandos y sabrosos; sin embargo, Sebastian bajó la vista hacia mi boca y yo casi no interioricé el sabor.

Algo cambió en el ambiente. Se me tensó la piel y se me pusieron los pelos de punta.

—¿Qué te parecen? —preguntó con delicadeza.

Mastiqué despacio y de forma deliberada sin romper el contacto visual con él en ningún momento.

—Tienes razón —dije después de tragar—. Casi igual de ricos.

El aire que nos separaba se volvió denso y electrizante. El ardor le inundó la mirada a Sebastian antes de que apartara el tenedor y volviera a dejarlo en su plato con unos movimientos tremendamente controlados.

Este momento no tenía nada de sexual en sí, pero el deseo se me arremolinó en la parte baja del vientre. Me crucé de piernas y el aire se volvió un tanto más cálido que antes.

Sebastian y yo habíamos acordado que no volveríamos a acostarnos hasta pasada nuestra primera cita, o sea que el celibato acabaría hoy, ¿verdad?

De todos modos, en caso de pensar que Sebastian notaría cómo me sentía y se saltaría el resto de las paradas que nos faltaban para que disfrutáramos de una tarde de pasión en su cuarto, no podría estar más equivocada. Se ciñó a nuestro itinerario inicial y, cuando acabamos de desayunar, paseamos tranquilamente por Corona Park.

Después, me llevó a Brooklyn, donde nos detuvimos en varios comercios especializados a saludar a los proveedores: un carnicero que servía los mejores cortes de la ciudad, una quesera que poseía un conocimiento enciclopédico acerca de todos sus productos, y el dueño de una vinoteca monísima que me descubrió un tinto increíble con mucho cuerpo que era ideal para el invierno.

Compré vino y queso a montones. Los propietarios me prometieron que me lo enviarían todo para que no tuviera que ir arrastrando las compras todo el día. Yo no comía carne, pero no por eso dejé de maravillarme con los cortes marmoleados de la carnicería.

La comida fue algo más casual en un restaurante que parecía sacado directamente de Bangkok. Solo se podía pagar en efectivo y tenía espacio para unos diez comensales por turno; sin embargo, aquel curri verde me cambió la vida.

Como me encantan los dulces, Sebastian añadió tres paradas a nuestra ruta para postres: una heladería *gourmet* donde compartimos un helado en espiral de fresa y crema dulce con crujiente de trigo integral casero, una pastelería asiática familiar donde comimos una deliciosa ración de tarta de chiffon de pandano y, para terminar, una chocolatería francesa donde degustamos un surtido de trufas. Cuando hubimos terminado, prácticamente iba tambaleándome por la calle.

—Basta. Creo que no puedo ni caminar. —Me dejé caer en un banco con un gruñido—. Estoy que reviento.

Sebastian rio. Se sentó a mi lado con la rodilla pegada a la mía.

—Esperaba más de ti, Segu. Todavía no hemos cenado.

Lo fulminé con la mirada de broma y pregunté:

—¿No se supone que deberías ser más majo conmigo, ahora que estamos saliendo?

Decirlo en voz alta me resultaba extraño, pero era la descripción correcta. Estaba saliendo con Sebastian Laurent. Y me lo estaba pasando de maravilla.

Había planeado la primera cita perfecta. Me encantaba la comida, pero había ido a un montón de cenas aburridas y sofocantes como para tener suficiente para toda la vida. El *tour* de hoy había combinado mis antojos culinarios con la cantidad justa de actividad. Era mucho más fácil relajarte cuando ibas de un sitio a otro en lugar de estar quieta en una mesa formal, con unos ansiosos camareros acechando constantemente.

—¿Quieres que sea más majo contigo? —preguntó con tono divertido.

—No, por Dios. Ten más temple —respondí y él volvió a reír—. Menos en las ocasiones en las que tengas que ser majo conmigo. Espero que sepas leerme la mente y saber cuándo actuar de una forma u otra.

Lo decía en broma, pero, cuando Sebastian me cogió la barbilla con los dedos, se me detuvo un segundo el corazón.

—Hmmm. —Un brillo travieso le atravesó la mirada—. ¿Y ahora cuenta como una de esas ocasiones?

—Puede —exhalé.

Se inclinó hacia mí. Cerré los ojos y...

—Maya, ¿eres tú?

Me sobresalté tan deprisa que casi me caigo del banco. Sebastian se apartó de mí con más elegancia, pero se le tensaron los hombros al ver que se nos acercaba mi tía, bolsas de la compra en mano.

—Hola, tita Meera —la saludé mientras intentaba domar mi pánico creciente—. Esto... ¿Qué haces aquí?

Arqueó las cejas y respondió:

—Vivo por la zona.

Mierda. Se me había olvidado que mi tía vivía en Brooklyn. Además, el hecho de que fuese una cincuentona soltera la convertía en la marginada de la familia. Una vez le pedí a mi madre que me acompañara a Greenpoint y reaccionó como si le hubiese pedido que abandonara la civilización y se fuera a vivir a una caverna.

—¿Qué haces *tú* aquí? —Miró a Sebastian y se le iluminaron los ojos con un resplandor especulativo—. Y con Sebastian Laurent, nada menos.

«Mierda, hostia». Se me aceleró el corazón. No es que Sebastian y yo estuviésemos intentando esconder nuestra relación *per se*, pero como mi tía le soltara el bombazo a mi madre antes de que yo pudiese darle las noticias, sería una debacle.

—Investigación laboral. —Sebastian me salvó de tener que responder—. Por aquí hay unos comercios maravillosos y estamos planteándonos comprar sus productos para el evento de presentación de junio.

—Nuestras empresas están colaborando en una línea de platos preparados congelados —añadí por si la tita Meera no sabía de lo que estaba hablando Sebastian. No es que la mujer participara o se interesara mucho en el negocio.

—Sí, ya lo sé —respondió—. Lo leí en las noticias y en el chat familiar. —Chasqueó la lengua—. Me he enterado de lo del compromiso de Priya. Me parece increíble. Siempre pensé que se fugaría y se casaría a escondidas o se uniría a una secta, lo que se diera primero.

Me obligué a reír.

—No, nada de sectas. A no ser que consideres que el pilates ya es una. Creo que hay quien diría que sí...

Mi tía me miró. La mujer no llegaba al metro cincuenta, pero me observó de tal forma que me sentí como si yo no levantara dos palmos del suelo.

—¿Y tú? ¿Alguna previsión de casarte? No te darás ni cuenta y ya se te habrá acabado el ultimátum.

¿Acaso todo el mundo se había enterado de mis asuntos? Había silenciado el chat que teníamos con toda la familia a lo grande, uno que se llamaba «Clan Singh», pero a lo mejor debería revisarlo más a menudo. A saber qué se decía allí de mí...

—Uy, bueno... —musité intentando, con todas mis fuerzas, no mirar a Sebastian. De lo contrario, mi tía enseguida se daría cuenta de que estábamos liados. Era una especie de superpoder que tenían las tías. Eso suponiendo que no nos hubiese pillado a punto de besarnos hacía nada; aunque, de haber sido el caso, ya habría dicho algo—. Ya veremos.

—Los días pasan... —me advirtió.

Para estar la mujer notoriamente soltera, parecía contentísima de importunarme con el tema del matrimonio, igual que el resto de los miembros de mi familia que sí estaban casados.

Por suerte, tardó poco en marcharse. Tras unas cuantas preguntas incisivas más a las que yo respondí más bien por encima, se fue.

—Por los pelos... —dije cuando mi tía hubo desaparecido calle abajo.

Me dejé caer de nuevo en el banco con la adrenalina a mil.

—¿Crees que le dirá a tu madre que nos ha visto? —se interesó Sebastian.

Parecía preocupado.

—Puede. No lo sé. No hablan demasiado, pero...

Hice una mueca. No me apetecía en absoluto que mi familia se enterase ya de que estábamos saliendo. No me avergonzaba de Sebastian (nada más lejos de la realidad), pero lo último que necesitaba era tener a mi madre atosigándolo con opciones de anillos de compromiso y planes de bodas cuando no llevábamos

saliendo ni un mes. Casi todas las relaciones incipientes se iban al traste por culpa de la presión.

Todo esto se lo había dicho a Sebastian, por eso me dio un apretón para reconfortarme.

—No pasará nada —me tranquilizó—. Si tus padres se enteran antes, no se acabará el mundo. Ya lo gestionaremos, si es que llega el momento.

—Tienes razón. —Intenté verlo por el lado positivo—. Pero, por favor, dime que vamos a cenar a un sitio donde haya menos gente. Con la suerte que tenemos, nos encontraremos a Neha y ella sí que se irá de la lengua.

—No te preocupes. —Volvieron a centellearle los ojos con picardía —. La cena es en un sitio muchíííísimo más privado.

32

Maya



—Bienvenida a *chez* Laurent. —Sebastian señaló su cocina con el brazo. Era el sueño de cualquier chef: electrodomésticos de gama alta, una reluciente batería de cocina y una isla de mármol gigantesca en medio—. Te cocinaré la cena personalmente. He pensado que sería una bonita forma de acabar el *tour*. Siempre y cuando no te importe esperar un poco hasta que lo tenga todo preparado.

Al ver lo mucho que se había currado la cita, me derretí discretamente. Esperaba que nuestra última comida del día fuese en otro increíble restaurante oculto, pero esto era aún mejor.

—Me parece perfecto —respondí.

—Genial. —Sebastian sonrió y una pizca de alivio le atravesó el rostro—. Paséate por la casa si quieres, o siéntate y relájate. La cena estará lista en una hora, más o menos.

—¿Puedo ayudar? Prefiero hacer algo útil que holgazanear por ahí.

—Mientras te ciñas a preparar los ingredientes... —contestó—. Todavía me acuerdo de la debacle de la venta de galletas.

Me quedé literalmente boquiabierta.

—Oye, esto es injusto. Tenía diez años. Tuvimos que cambiar el horno, pero no quemé la casa, ¿a que no?

—No, solo quemaste una decena de galletas riquísimas.

Respondí a su vacile bonachón con unos cuantos gruñidos, pero se me encorvaron los labios en una involuntaria sonrisa mientras procedíamos a preparar juntos la cena. Yo me limité a cortar las verduras y mezclar las salsas mientras Sebastian se ocupaba del resto. Nos perdimos en un agradable ritmo.

A algunas personas les molestaría tener que prepararse la cena en la primera cita, pero esta se estaba convirtiendo en mi parte favorita del día. Resultaba todo muy familiar y ver a Sebastian cocinando era alucinantemente sexi.

Volví a mirarlo un segundo mientras él cortaba el filete con unos movimientos rápidos y precisos. Se le tensaban los brazos con cada gesto y, al sazonar la carne, lo hizo con una elegancia natural. No consultó ni una receta ni miró qué cogía; sabía exactamente dónde estaba todo y cuánta cantidad necesitaba de cada ingrediente.

Dios, me encantaban los hombres competentes. Sobre todo, si les quedaba tan bien el delantal.

Olvidaos de los hombres trajeados. Yo me quedaba con el que estaba en la cocina todo el día, cada día.

Estaba tan ensimismada mirándolo que no me di cuenta de que el bol de la salsa se estaba desbordando hasta que ese pegajoso líquido me resbaló por la mano.

Sebastian estaba demasiado ocupado en su lado de la cocina como para percatarse de mi error, pero a mí me sirvió de recordatorio para centrarme en mi tarea y dejar de comerme con los ojos a mi novio (objetivamente superatractivo y a quien cualquiera se comería con los ojos). Como la pifiara con algo tan simple como preparar los ingredientes, Sebastian me lo repetiría hasta la saciedad.

Por suerte, acabamos de preparar la cena sin contratiempos. Cuando estuvo todo listo, llevamos la comida al salón. Lo había decorado con velas y rosas, y sonaba un delicado repertorio de *jazz* francés de fondo.

Me acomodé en mi silla. Me sentía sospechosamente empalagosa por dentro.

—Sebastian Laurent, un romántico de manual —bromeé—. No lo habría dicho nunca.

—No sé yo si puedes tacharme de romántico de manual cuando te he pedido que me ayudes a preparar la cena. —Nos sirvió una copa de vino a cada uno y se sentó—. Lo has hecho genial, por cierto. Mi pinche favorita hasta la fecha.

—¿Has tenido muchas?

Sebastian enarcó una ceja.

—¿Esta es tu forma de preguntarme si he cocinado para otras citas en el pasado?

A pesar de que me encogí de hombros, me subieron los colores. Tenía que trabajar más en eso de ser sutil.

—No —respondió Sebastian mirándome a los ojos—. Nunca he cocinado para otra cita. Nunca había querido.

Ahora no me molesté en esconder la sonrisa.

Sebastian había preparado dos platos principales distintos: pasta para mí y filete con patatas para él. La comida estaba riquísima, tal y como había imaginado. Sin embargo, fue aún más especial porque sabía que yo también había participado un poco en el proceso.

Hablamos tranquilamente sobre una nueva exposición que había en el Met; luego nos pasamos quince minutos comentando, con todo lujo de detalles, la última serie de televisión que lo estaba petando, y finalmente nos enfrascamos en una discusión sobre quién ganaría la siguiente Copa Mundial. Lo mejor de salir con alguien a quien conoces de toda la vida es que podéis saltaros las charlas triviales e ir directos a aquello que os interesa.

Sin embargo, como estamos hablando de nosotros y éramos como éramos, la conversación derivó, inevitablemente, en cuestiones de trabajo.

—Estoy ilusionadísima con el lanzamiento —dije—. Me muero de ganas de que prueben tus platos. Los vas a dejar alucinados.

Faltaban tres meses para el evento en cuestión. Nos habíamos quedado un poco atrasados por cuestiones personales, pero estábamos compensando el tiempo perdido bastante deprisa. Cuando Sebastian y yo dejábamos de pelearnos y nos poníamos manos a la obra, éramos imparables.

Esperaba que fuese a soltarme algún comentario insolente al respecto, como que por supuesto que iba a dejarlos alucinados porque era un genio. No obstante, respondió de forma extrañamente moderada.

—Eso espero.

Arrugué la frente.

—¿Qué pasa? ¿Estás nervioso?

Cocinar era lo suyo y siempre se había sentido muy seguro de sí mismo en una cocina. Lo de hoy no hacía sino evidenciarlo.

—No. Sí. A ver... —Sebastian exhaló—. Esto no te lo conté, pero cuando acepté sustituir a Derek en la colaboración, hice un trato con mi padre. Si consigo... Si conseguimos que el evento de presentación sea el acontecimiento de la temporada, me permitirá que deje mi puesto como director de *marketing* y me convierta en chef a tiempo completo.

Hostia puta. ¡Menudo notición! Ya sospechaba que a Sebastian le apasionaba más la cocina que el *marketing*, pero su padre no era de los que dejan que su único heredero abandone el prestigio corporativo en pos de la vida de restaurante.

—Pero esto es bueno..., ¿no? —me atreví a preguntar.

Era muchísima presión, pero Sebastian trabajaba de maravilla bajo presión. Estaba segura de que conseguiríamos que el evento fuera un éxito; además, sus habilidades culinarias eran espléndidas. Lo tenía todo a su favor.

—Supongo —respondió él—. A ver qué dicen los críticos...

—Les encantarás. —Señalé los platos que teníamos delante—. Tienes muchísimo talento. Y no lo digo porque sea tu novia y sienta que es mi obligación decírtelo. Esta comida es una de las mejores que he probado en mucho tiempo, en serio. Tu pasión por lo que haces queda reflejada en todo lo que preparas. Estoy segura de que los críticos también se darán cuenta.

—Puede... —dijo en voz baja—. Pero tener talento es solo una parte de la ecuación. La última vez que estuve al frente de una cocina, la cosa no fue demasiado bien.

Arrugué la frente.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo hablaremos en otro rato. Es un tema demasiado intenso para nuestra primera cita. —Le dio un sorbo al vino y dibujó una sonrisa desganada—. ¿Qué tal eso de hacer de dama de honor? ¿Priya ya se ha convertido en una especie de novia-monstruo?

—Sebastian. —Lo miré fijamente, seria—. Tanto tú como yo sabemos que esta no es una primera cita convencional. No quiero hablar de la boda de mi hermana. Quiero hablar de ti, si es lo que tú quieres.

Titubeó un segundo. Era como si estuviese meditando si cambiar de tema o contarme la verdad. Al final, se decantó por la segunda opción.

—¿Te acuerdas de cuando inauguramos Le Boudoir hace unos años? Aparecimos durante meses en las noticias...

Asentí despacio y rebusqué entre mis recuerdos hasta que, al final, caí en por qué dicha inauguración había dado tanto de qué hablar.

—Ahí fue donde Martin Wellgrew...

—Murió —Sebastian terminó la frase por mí—. Puedes decirlo.

Me estremecí. La destacada muerte del banquero en un acontecimiento igual de destacado fue la comidilla de la ciudad. Apareció en los titulares de los medios del país y todo el mundo creyó que sería el fin del Grupo de Restaurantes Laurent. La familia de Sebastian capeó el temporal, pero no salieron ilesos de esa.

Recuerdo lo cruel que fue la prensa y lo mucho que ciertas personas se alegraron de lo que parecía que sería la ruina de los Laurent. Aunque yo no formaba parte de esa lista. Éramos rivales, pero quería ganarle, no ver cómo lo denigraban.

En esa época, hablé en varias ocasiones con Sebastian. Me pareció verlo bien, pero se le daba de maravilla camuflar sus emociones y estaba clarísimo que lo ocurrido aquella noche le había afectado muchísimo más de lo que yo pensaba.

Como no quise insistirle, aguardé en silencio para que siguiera a su propio ritmo.

—Esa noche, el jefe de cocina fui yo. —Sebastian tragó saliva—. Era la primera vez que estaba al cargo de una cocina y murió una persona. Es la pesadilla de cualquier chef y me dejó jodido durante

un tiempo. Fui a terapia, pero también entré en bucle. En uno descomunal. Estuve muchísimo tiempo sin poder cocinar. Ni siquiera podía pasar por delante de una cocina sin que me diera un ataque de pánico. —Se frotó la cara con una mano—. Me visité con un psicólogo buenísimo y, al final, empecé a mejorar. Fui redescubriendo mi amor por la cocina poco a poco. Pero parte de mí teme que, como me dedique a cocinar para alguien más que no sean mis amigos o familiares, vuelva a ocurrir algo parecido. Por eso dudé tanto cuando me insististe para que sustituyera a Derek en la colaboración. Estaba acojonado por si la liaba a mayor escala todavía. Mi familia superó esa crisis por los pelos; dudo que podamos superar una segunda.

—No pasará —dije con una férrea convicción—. Tenemos las recetas más que revisadas y he visto los informes de los grupos de ensayo. A la gente les encanta. Lo que sucedió en Le Boudoir fue terrible, pero no puedes culparte por ello. Estas cosas pasan a diario en los restaurantes. Ni te define a ti ni es un reflejo de tus habilidades.

—En ese caso, sí lo fue. —Sebastian apretó los labios—. Murió porque era alérgico a los cacahuetes, Maya. No fue un infarto o un accidente. Fue por la comida, de modo que lo que ocurrió sí fue culpa mía. —Se le rompió la voz—. He pensado en esa noche miles de veces. Ninguno de los platos que preparamos llevaba cacahuetes y yo estaba convencidísimo de que los ingredientes que habíamos usado tampoco tenían trazas. Pero debió de pasárseme algo y me mata no saber el qué. Si no sé cuál es el problema, no puedo arreglarlo y podría volver a suceder.

Noté una fuerte punzada en el pecho. No podía ni imaginarme con cuánta culpa había estado viviendo. ¿Cuánto tiempo llevaba cargando con ese peso, pensando que él era el responsable de esa muerte?

—No sabes si hubo algún problema, siquiera —respondí—. Entiendo que te sientas responsable. Si yo estuviera en tu lugar, me sentiría igual. Pero tú mismo lo has dicho: hiciste todo lo que estuvo en tus manos para asegurarte de que en esa cocina no hubiese cacahuetes. Es un alérgeno común. Puede que la persona que

tuviera al lado llevase una barrita de cacahuetes en el bolsillo o, yo qué sé, tal vez besó a alguien que había comido crema de cacahuete antes. La cuestión es que no hay forma de saberlo. Lo que le pasó a Martin fue algo insólito y no es ningún presagio de cara al futuro. No tienes ninguna maldición, Sebastian. Simplemente tuviste mala suerte.

No parecía del todo convencido, pero esbozó una sonrisa discreta. Acepté la victoria igualmente.

—Anda que no se pueden hacer cosas con la crema de cacahuete... —Se le desdibujó la sonrisa de nuevo—. Debes de pensar que soy un hipócrita por insistirle a mi padre para que me deje dedicarme a cocinar a tiempo completo cuando llevo toda esta... mochila encima.

—No pienso que seas un hipócrita —respondí—. Pienso que eres valiente. No todo el mundo tiene el valor de perseguir sus sueños después de que su peor pesadilla se haya hecho realidad. Y tú lo estás haciendo.

La fuerza de mi convicción pareció calarle hondo. Se le destensaron sutilmente los hombros y, cuando sonrió de forma genuina, se le arrugaron los ojos.

—¿Maya Singh haciéndome un cumplido? Debe de estar llegando el fin del mundo.

—Es una de las ventajas de tenerme como novia.

—Hmmm. Me gusta, pero tardaré un poco en acostumbrarme.

—Uy, yo que tú no me acostumbraría. Los cumplidos están reservados para ocasiones especiales. —Cogí la copa de vino—. Como esta es nuestra primera cita y me has alimentado bien, considéralo una ocasión especial.

Sebastian rio. El ambiente se volvió más liviano y fuimos hablando gradualmente de temas menos intensos; sin embargo, la extrovertida confianza de la conversación de antes no desapareció.

Puede que Sebastian y yo creciéramos juntos, pero había muchísimas cosas que seguía sin saber de él. Muchísimas más de las que esperaba. Y, de todo lo de ese día (la comida, cocinar, reír...), haber visto un poco de su yo real fue lo mejor con diferencia.

33

Sebastian/Maya



Sebastian

La segunda mitad de marzo pasó volando. En un abrir y cerrar de ojos, nos plantamos en abril, con unas temperaturas algo más agradables. Tenía que seguir poniéndome el abrigo cada vez que salía de casa, pero el frío ya no me helaba la cara mientras caminaba por la calle.

Maya y yo seguíamos saliendo en secreto. Teníamos previsto contárselo pronto a nuestros amigos, pero queríamos esperar a después del lanzamiento de la campaña para contárselo a nuestras familias. Sus padres eran muy insistentes con su vida amorosa y Maya no quería sumarle esta presión al caos que ya era el trabajo.

Faltaban solo dos meses para la presentación de los productos. De momento, todo iba viento en popa, pero yo estaba nerviosísimo y me pasaba los días esperando a que saliera algo mal. De no ser por Maya, ya habría estallado.

—¿Has visto el último correo que nos han enviado de la cabaña? —le pregunté.

Maya asintió.

—¿El de la organización de las mesas? Luego les respondo.

Estábamos a miércoles, trabajando desde su salón en lugar del despacho que compartíamos en la sede de Comestibles Singh. A lo largo de las últimas semanas, habíamos ido alternando entre su ático y mi casa adosada. Era nuestra astuta forma de combinar trabajo y placer: seguíamos avanzando muchísimo, pero podíamos darnos algún que otro breve parón sin tener que preocuparnos por si entraba alguien y nos pillaba.

Sin embargo, hoy no habíamos parado de recibir correos electrónicos y tardamos una hora entera en revisarlos todos antes de ir a la cocina a pillar algo para picar y estirar un poco las piernas.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Maya.

Se apoyó en la encimera, bol de fresas en mano. Como estábamos trabajando desde casa, llevaba ropa más informal que de costumbre: unos *shorts* y la camiseta *vintage* de un concierto. Iba descalza y su pelo ondulado le caía suelto por los hombros.

Al verla así, me envolvió cierta calidez. Esto era lo que más me gustaba de nuestra nueva relación: verla cómoda, natural y siendo ella misma, en todo su esplendor.

—Bien —respondí. Maya enarcó una ceja y, con cierto pesar, me corregí—: A días, bien; a días, como puedo.

Estaba intentando que la presión no se adueñara de mí.

Mi padre no había vuelto a mencionar nada del acuerdo desde que firmamos el contrato y su silencio no hacía sino alimentar mis rayadas. Seguro que estaba esperando a que la pifiara yo solito, pero no pensaba darle la satisfacción de verme fallar. Me negaba.

—Yo diría que es normal —caviló Maya—. Todo el mundo tiene altibajos antes de un gran acontecimiento.

—Igual sí... —Me froté las manos con una servilleta y la tiré a la basura—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Yo cargaba con presión ajena, pero Maya era su peor crítica.

—A días, bien; a días, como puedo —contestó y sonreí—. Por ejemplo, me alegro de que todas las personas a quienes hemos invitado hayan confirmado asistencia, pero como los de la cabaña la caguen con la distribución de los asientos a pesar de mis detalladas

y repetidas instrucciones, me va a dar un parraque. Que seguro que me dará como no ganemos el premio al Evento Gastronómico del Año. Porque sé que el director de *marketing* de Haciendas Whitaker está esperando a verme...

—Respira. —Reí y le apoyé una mano en el hombro con firmeza. Cuando Maya empezaba, no había quien la parara—. Solo podemos entrar en bucle uno a la vez.

—Perdona. —Se sonrojó y dejó el bol—. No quería irme por la tangente, pero ¿ves? No eres el único que se siente presionado, así que no creas que tienes que callártelo siempre todo. Podemos desmoronarnos juntos. Será más divertido.

Se me encogió el pecho, pero volví a reír. Compartía más acerca de mí con ella que con cualquier otra persona; sin embargo, como le soltara todos mis traumas cada vez que me agobiaba, no avanzaríamos nunca. Bastantes cosas tenía ya Maya como para que le tocara hacerme de psicóloga.

Le contaba lo justo para soltar un poco de tensión y gestionaba el resto solo.

—¿Qué tal va la investigación? —cambié de tema—. ¿Has encontrado algo?

Maya seguía con la teoría de Pittsburgh. Era el proyecto personal al que dedicaba sus horas cuando no estábamos trabajando en la presentación de la nueva línea, pero había llegado a un callejón sin salida.

—No. —Suspiró—. Me siento estúpida por dedicarle tanto tiempo a una corazonada, pero seguirá molestándome hasta que consiga sacarlo todo en claro. Así que... supongo que seguiré siendo estúpida y continuaré.

—Hagamos un trato —dije—. Cuando ya haya pasado el lanzamiento y tú hayas descubierto qué pasó en Pittsburgh, haremos el viaje más extravagante que se nos ocurra y no nos privaremos de nada. Como un mes entero de comer, beber y desenfreno absoluto. Nada de trabajo, nada de correos... Solo... diversión. Y relax.

Ya ni me acordaba de cuándo fue la última vez que me relajé de verdad, sin obligaciones que me agobiaran. Y seguro que a Maya le ocurría lo mismo.

Sonrió.

—Trato hecho. —Desvió la vista hacia el reloj y luego volvió a mirarme—. Oye, ya casi ha acabado la jornada laboral y todavía no nos hemos tomado ni una pausa como es debido...

Al notar la sutil sugerencia que escondían sus palabras, se me tensó el cuerpo entero, pero no dije nada. Maya se separó de la encimera con un impulso y se colocó frente a mí. Me pasó los dedos por la trabilla del pantalón y pegó el pecho al mío.

—Yo diría que nos la merecemos, ¿no crees?

—¿Ah, sí? —pregunté arrastrando las palabras. Me hervía la sangre. La atmósfera cambió visiblemente y, de pronto, cualquier pensamiento sobre trabajo, mi padre y Pittsburgh parecieron estar a años luz—. No te veía como una holgazana, Maya.

—Uy, es que no lo soy. —Volvió a sonreír y, esta vez, le centelleó algo diabólico en los ojos—. Siempre lo doy todo de mí.

Cuando me desabrochó el cinturón y los pantalones con agilidad, se me aceleró la respiración. Y luego me quedé completamente sin aliento en cuanto ella se arrodilló frente a mí y se metió el pene en la boca.

Me envolvió una húmeda calidez. Solté un taco con la voz áspera antes de agarrarme a la encimera con tanta fuerza que se me quedaron los nudillos blancos.

Maya tenía razón, daba lo mejor de sí y me chupó la polla con la misma dedicación y entusiasmo con la que lo hacía siempre todo. La lujuria me inundó las venas y tuve que recitar la plantilla actual del Blackcastle para no correrme en cuestión de segundos como un puto crío.

—Joder, cielo —volví a exhalar cuando ella me recorrió toda la erección con la lengua y me envolvió la punta. Se le hundieron las mejillas al succionar. Ver sus labios carnosos alrededor de mi polla resultó tan erótico que noté un escalofrío—. Eres jodidamente preciosa.

Maya me miraba con ternura y los ojos llenos de placer y adoración mientras me la chupaba y volvía a lamérmela entera.

Su ternura era mi perdición.

A veces, la miraba y me parecía increíble que fuese mía. Había esperado toda la vida para esto y estaba convencido de que no la merecía. Pero ahora que la tenía, ni el mismísimo diablo podría apartarme de ella.

Era mía, para siempre.

Y yo era suyo, para siempre.

Me latió la polla, que se me empalmó y se me ensanchó todavía más. Maya gimió y le centellearon los labios con una mezcla de saliva y líquido preseminal mientras se la metía hasta la campanilla.

Me recorrió otra descarga de placer. Solté un áspero gruñido, eché la cabeza hacia atrás y le hundí la mano en el pelo mientras ella me la chupaba con fervor. Continué agarrándome en la encimera con la otra mano en un intento por mantenerme de pie a pesar de que me iban cediendo las rodillas.

Los sonidos húmedos y chapuceros de su mamada llenaron la cocina. Maya tenía tantas ganas de complacerme y estaba tan por la labor que su entusiasmo era más sexi que cualquier cosa que hiciera físicamente. Aunque eso no quería decir que no fuera hábil.

Le toqué la campanilla con la punta de la polla. Maya tosió y se le contrajo la garganta a mi alrededor mientras intentaba mantener las náuseas a raya. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se le tensó el cuerpo, pero no paró. Me agarró por los muslos para sujetarse. Me la chupó literalmente hasta el fondo. Era demasiado.

Me estaba costando un mundo controlarme, pero al final estallé.

—Me voy a correr —jadeé. Maya redobló esfuerzos y sus codiciosos gemidos me retumbaron por todo el cuerpo—. Joder. Maya, me... ¡Joder!

Se la saqué en el último momento. Unos chorros gruesos y cálidos de semen le salpicaron la cara y la boca. Fueron resbalándole por la mejilla y le mancharon la camiseta, pero fue como si Maya no se hubiese ni percatado, porque se arrodilló a mis pies con la boca abierta y la lengua fuera. Esperó a que hubiese acabado y se tragó todo mi semen con un gemido.

La puta madre que me parió. Casi vuelvo a correrme con solo ese sonido.

Qué preciosidad, joder. Maya era perfecta. Estaba hecha para mí en todos los aspectos más importantes de esta vida.

A pesar de mi reciente orgasmo, me siguió palpitando la polla y continuaba con los músculos tensos a causa de tanta lujuria acumulada. Podía pasarme horas saciando nuestros deseos y nunca sería suficiente. Cuando algo tenía que ver con Maya, era insaciable.

Alargué la mano y le bajé el labio inferior con el pulgar.

—Mírate —le dije en voz baja—. ¿Te ha gustado? ¿Te ha gustado tragarte mi semen como si fueras una buena putilla?

Asintió y, al oír mis palabras, se le volvieron a llenar los ojos de deseo. Se le habían puesto los pezones tan duros que se le marcaban por debajo de la camiseta.

—Bien. —Le paseé la polla por la mejilla y por la barbilla, pringándole la piel con los restos de semen. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se sonrojó todavía más; sin embargo, en cuanto le ejercí presión en la boca con la punta de la polla cubierta de semen, no rechistó. Separó los labios y me la envolvió enseguida —. Límpiame. Es de mala educación no limpiarlo todo cuando has acabado de comer.

A Maya le entró un escalofrío. Obedeció, soltando unos deseosos sonidos mientras me lamía la polla como si fuese el polo más obsceno del mundo. Cuando hubo terminado, ya no había ni pizca de semen a la vista y yo volvía a tenerla más dura que una piedra.

Maya se sentó sobre los talones. Parecía tan orgullosa que reí. Aun así, cuando la levanté y la llevé a la mesa del desayuno, chilló. La mesa en cuestión se encontraba en una esquina de la cocina y era más pequeña que la del salón, pero serviría.

—¿Qué haces? —me preguntó agitada, con aprensión en la voz y mirándome mientras la dejaba en la mesa y cogía lo que necesitaba de la cocina.

Regresé al cabo de un segundo. Maya estudió los objetos que llevaba en brazos nerviosa, pero la forma en la que apretó los muslos cuando lo dejé todo en la silla más cercana no me pasó desapercibida. Estaba empapada y su excitación se olía desde la otra punta de la sala.

—Sin comida, no hay pausa que valga —respondí.

Desenrosqué el tapón de aquella botella de *whisky* medio vacía.

—Hemos comido hace tres horas.

—Tres horas es mucho tiempo. —Le acerqué la botella a la boca—. Abre.

—No deberíamos beber mientras trabajamos —dijo con dificultad.

—Abre la boca, Maya —insistí con un tono más severo.

No me volvió a llevar la contraria. Cuando incliné la botella sobre sus labios, se le escapó un delicado suspiro encantador por la nariz. El alcohol le bajó por la boca y Maya fue tragando saliva mientras yo le vertía el líquido.

Me palpitaba la polla. Cuando estuve satisfecho con la cantidad que le hube dado, aparté la botella y me incliné para besarla con brusquedad, con pasión. La boca le sabía dulce y ahumada; era tan jodidamente intoxicante que podría haberme pasado el resto de mis días alimentándome única y exclusivamente de sus besos.

Le pasé la mano que me quedaba libre por el hombro y se la fui bajando por la curva de la cintura. Le subí la camiseta y nos separamos para que pudiera quitársela por la cabeza. La estudié con la mirada, disfrutando de verla medio desnuda y despatarrada en la mesa. Era un festín esperando a que lo devorase y yo estaba famélico, hostia.

—Tienes los pechos más perfectos del mundo, ¿lo sabías? —Volví a inclinar la botella y le vertí un chorro de líquido en el cuerpo. Maya ahogó un grito y arqueó la espalda mientras yo volvía a subir la botella y le echaba algo de líquido en el pecho—. Suaves... —Dejé la botella y me incliné encima de ella—. Firmes... —Le rocé la delicada curva de un pecho con los labios—. Perfectos —repetí con la voz rasposa.

Envolví uno de sus pezones endurecidos con la boca y succioné. Maya gimió de nuevo cuando le raspé ese sensible punto con los dientes. Me lo tomé con calma, chupándole y enroscándole el pezón con los dedos hasta que dejó de saber a alcohol y Maya se meció desesperada bajo mi cuerpo.

—Seb. Por favor.

Estiró los brazos para cogerme, pero la detuve con firmeza con una mano.

—No te muevas o te dejo así —la avisé—. No me gusta que me interrumpan mientras como.

De todos modos, me apiadé de ella y me centré en el otro pecho, dedicándole el mismo cuidado que al primero. Cuando me hube quedado satisfecho, le presté atención a todo su cuerpo. Fui deleitándome con cada gota de *whisky* que había derramado y a Maya le temblaron los músculos. El licor sabía dulce contra su piel, pero el sonido de sus jadeantes gemidos era aún mejor.

Fui bajándole por el estómago hasta llegar a la cintura de los *shorts*. Maya levantó las caderas de golpe, buscando una fricción que yo me negaba a darle todavía.

—Seb...

Estaba sollozando y con las piernas abiertas mientras yo la desnudaba por completo.

Siseé con fuerza. Estaba empapadísima, joder. Los jugos le centelleaban por los muslos y el aroma almizcleño de su excitación permeó el aire. Un aroma que se me coló en las venas y se mezcló con el alcohol que me corría por la sangre, aportándome el mayor subidón que hubiese experimentado jamás.

La miré. El pulso me latía desbocado. A Maya le centelleaba la piel bajo la luz de última hora de la tarde. Estaba jadeando, sonrojada, con la boca hinchada y los ojos medio cerrados, cortesía del deseo. Ojalá pudiese sacarle una foto así, completamente desatada y arrasada por el placer.

Yo casi no había ni empezado y Maya ya me estaba matando.

—¿Sí? —le pregunté.

Le recorrí el muslo con el pulgar, humedeciéndomelo con sus jugos. Me lo acerqué a la boca y lo lamí. «Delicioso».

—Por favor —me suplicó de nuevo—. Deja de provocarme. Quiero... Necesito... Diosss.

Cuando le hundí dos dedos, echó la cabeza hacia atrás. Le resbalaron casi sin fricción alguna de lo empapada que estaba.

—¿«Por favor» qué? —Encorvé los dedos y, al tocarle un punto en concreto, le temblaron las piernas—. ¿Que por favor te folle? ¿O que por favor te lo coma aquí, en la cocina, mientras la boca te sigue sabiendo a mi semen?

No habíamos vuelto a tener sexo con penetración desde lo de la escalera. Habíamos hecho todo lo demás, pero yo había esperado al momento adecuado para volver a consumar del todo nuestra relación.

—Las dos cosas —jadeó Maya—. Las dos, por favor.

—Mira que llegas a ser avariciosa, ¿eh? —Le saqué los dedos y volví a metérselos con fuerza. Maya soltó un grito ahogado—. Haremos un trato: si consigues no correrte mientras te como el coño, te follaré todas las veces que quieras.

Maya tuvo el garbo suficiente como para levantar la cabeza, fulminarme con la mirada y decir:

—Serás cabrón.

—¿Eso es un sí? —le pregunté sin sacarle los dedos y arrastrándole la base de la palma de la mano por el clítoris.

Maya se sacudió y se le contrajeron las paredes vaginales a mi alrededor. Dejó de resistirse y respondió:

—Sí.

—Buena chica.

Me moría de ganas de hundirle la lengua, pero Maya estaba tan al límite que, si lo hacía, igual se corría de inmediato.

Así que me lo tomé con calma... Y me basté de todo lo que había cogido antes. Sirope de chocolate. Miel. Nata. Fui probándolos individualmente, rociándole el cuerpo con los ingredientes y limpiándoselo con meticulosidad. Le mordisqueé la parte interior de los muslos y le succioné el clítoris, deleitándome hasta que su sabor eclipsó todos los demás.

De todos los postres del mundo, Maya era el más dulce.

Afuera, el cielo se oscureció. Las súplicas de Maya se convirtieron en unos incoherentes sollozos, pero contuvo las ganas de correrse con una fuerza de voluntad impresionante. Cerró los ojos con fuerza y se agarró a los laterales para reprimir el orgasmo. Estaba temblando de los pies a la cabeza y yo la ayudé un poco, ralentizando y separándome cuando notaba que estaba a punto de estallar.

Tenía la polla tan dura que ya hacía rato que me dolía una barbaridad; al final, yo tampoco pude aguantar más. Le agarré las

caderas con ambas manos y le penetré el coño con la lengua, con fuerza. Maya estalló.

Se corrió con un chillido fuerte y agudo. Sus jugos me empaparon la cara y Maya se meció tan bruscamente que, de no ser porque la estaba sujetando, se habría caído de la mesa. El sexo se le contrajo con fuerza alrededor de mi lengua mientras yo seguía embistiéndola y, cuando el orgasmo empezó a ceder, otro la azotó de nuevo. Se frotó con mi cara, dejándose llevar por una ola de placer tras otra, hasta que al final se relajó.

Se me contrajeron los huevos. Me dio un espasmo en la polla y algo cálido y húmedo me manchó el estómago.

Solté un sonido que quedaba a medio camino entre una risa y un gruñido. Hay que joderse... Me había corrido sin tocarme siquiera.

Ya ni me acordaba de cuándo fue última vez que me ocurrió algo así, si es que me había ocurrido alguna vez. Pero Maya era tan jodidamente adictiva que había conseguido que perdiera tanto la noción del tiempo como el control.

Podría pasarme la vida entera con la cara hundida en su precioso coño y moriría felizmente, pero tenía que adecentarnos. A juzgar por lo entumecida que estaba ella, Maya no podría levantarse y caminar por sí sola.

Me enderecé a regañadientes y me froté la boca. A Maya se le seguían escapando unos discretos gemidos y se le mecieron distraídamente las caderas cuando me incliné por encima de su cuerpo.

La besé con delicadeza y le rocé los labios con cada palabra que pronuncié:

—Lo mejor que he probado en la vida.

Maya

Tardamos una hora en ducharnos. El chocolate y la nata se fueron sin problema, pero la miel ya era más pegajosa. Literalmente. Además, íbamos los dos lentísimos.

Después de lo de la cocina, casi no podía ni andar. Sebastian tuvo que llevarme en brazos al baño y allí me lavó con tanta delicadeza que se me encogió el corazón.

Me notaba las extremidades pesadas y lánguidas, cortesía de los orgasmos de antes, y el vaho empañaba los espejos. Sebastian me había regalado los orgasmos (en plural) más impresionantes de mi vida, pero...

—¿Por qué estás triste? —preguntó con cierta diversión y preocupación en la voz.

Seguíamos en la ducha y el agua le caía por la espalda, empapándole el pelo y resbalándole por su torso desnudo. Parecía una especie de Dios que se había dignado a honrar a los mortales con su presencia.

—No estoy triste. —El sonido de la ducha me acalló la voz—. Estoy... Bueno... —Me daba demasiada vergüenza acabar esa frase.

—¿«Bueno» qué? —Me apartó un mechón de pelo de la cara con dulzura—. Puedes decírmelo.

Suspiré y me sonrojé.

—Estoy disgustada porque he perdido la apuesta.

Estaba convencidísima de que Sebastian estallaría antes que yo, pero entonces hizo eso con la lengua y no pude aguantar más.

Sebastian pestañeó. Tras un breve segundo, se le escapó la risa. Empezó riendo con discreción, pero, poco a poco, fue a más. Al final, le temblaron los hombros, no pudo contenerse y se echó a reír a carcajada limpia.

—¡No hace gracia! —me quejé.

A Sebastian le centelleaban los ojos, divertido, pero recuperó el control suficiente como para preguntar:

—¿Quieres que te folle, *mon ange*?

—Ahora ya no —refunfuñé—. Después de que te hayas reído en mi cara, ya no.

—Lo siento. —Seguía riendo, pero el sonido fue disipándose gradualmente mientras Sebastian me colocaba las manos en las caderas y me acercaba a él. Me besó el hombro—. Dime, ¿eso quieres? —Fue besándome el cuello en dirección ascendente y me

provocó con los labios en el lóbulo de la oreja—. ¿Que te folle en la ducha?

Ahora, el suspiro que se me escapó fue más delicado, más dócil.

—Puede.

—«Puede» no me sirve. Dime si sí o si no.

Cuando me mordisqueó el lóbulo de la oreja, cerré los ojos. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Sebastian siempre sabía cuáles eran el punto y el momento justos para tocarme y hacerme perder el control.

—Sí —contesté.

—¿Ves? —dijo con la voz rasposa y sin pizca de diversión en ella —. Solo tienes que pedírmelo. —Cambió de posición para dejarme con la espalda pegada a la pared—. Ya hemos esperado suficiente y te has corrido que da gusto en mi cara. —Me sonrojé y a él se le escapó otra risa discreta—. Creo que te mereces una recompensa, ¿tú no?

Cuando se hundió en mi interior, inhalé con fuerza. A pesar de que no nos hubiésemos acostado propiamente dicho desde hacía más de un mes, mi cuerpo se adaptó al suyo como si hubiese nacido para él. O como si él hubiese nacido para mí.

Sebastian empezó a moverse y se me cerraron los ojos de nuevo. Seguía extremadamente sensible debido a los orgasmos de antes y no tardé demasiado en sentir que flotaba de nuevo en una nube de dicha.

A diferencia de la primera vez, ahora me lo hizo despacio y sensual, dejando que nuestros cuerpos se mecieran en una sincronía perfecta mientras Sebastian me besaba con un parsimonioso rigor. Esto no iba tanto de llegar al orgasmo, sino de estar juntos y, cuando me corrí, lo hice con una delicada y tierna ola en lugar de con una intensidad apabullante. No fue menos placentero que los subidones que había experimentado hasta ahora, pero sí fue más íntimo. Más profundo.

—*Je t'aime* —susurró Sebastian, apoyando la frente en la mía—. Te quiero.

Una ola de calor me inundó el pecho. Me derretí contra él y respondí en un suspiro:

—Yo también te quiero.

«Te quiero». Era la primera vez que nos lo decíamos como adultos. Sebastian me lo había dicho en esa carta, pero de eso hacía más de diez años; esa época quedaba a años luz.

Esto era distinto. Ahora estábamos en el aquí y el ahora, y esto era real. Tan real que noté cómo me calaba hasta los huesos y me anclaba en este instante.

Muchísimas parejas se agobiaban pensando en cuándo decirse esas dos palabras porque querían que fuese el momento perfecto o porque no estaban convencidos de si la otra persona sentiría lo mismo. Para nosotros (para mí), en cambio, pronunciarlas fue tan fácil como respirar.

Supongo que una parte de mí siempre supo, desde el momento en que Sebastian y yo nos conocimos, que nuestras vidas estarían entrelazadas para siempre. Nuestra relación podía haber tomado un camino u otro, y pasamos gran parte de nuestras vidas caminando por uno de esos dos caminos. Pero me alegraba que hubiésemos cambiado de rumbo.

Ahora que nos habíamos encontrado, ya no volveríamos a perdernos.

Estaba convencida de ello.

34

Maya/Sebastian



Maya

Al final, tras un mes de relación, le conté a mis amigas que Sebastian y yo estábamos saliendo.

Entre el trabajo, los viajes y las obligaciones familiares, no habíamos tenido demasiado tiempo de vernos desde Año Nuevo y esta era la primera noche de chicas de verdad que organizábamos desde hacía meses. Me pareció que era el momento perfecto para soltarles el bombazo.

Las chicas reaccionaron con varios niveles de estupefacción y euforia, aunque no se mostraron tan sorprendidas como esperaba ni de broma.

—He visto demasiadas comedias románticas como para no verlo venir —comentó Sloane—. ¿Pasar del odio al amor? ¿Llevar obsesionados con el otro desde la infancia? Estaba cantado.

—No estábamos obsesionados —protesté—. A mí ni siquiera me gustaba hasta hace poco.

—Ya, claro... ¿Y por eso no parabais de buscaros mutuamente? —preguntó Ayana con segundas—. Si de verdad no te hubiese

gustado, habrías hecho lo imposible por evitarlo.

—Lo hacía. Pero nuestras familias son amigas y...

—Os obligaron a trabajar juntos. Bla, bla, bla... —terció Isabella—. Nadie os obligó a quedar en persona una vez por semana. Ni que fuerais juntos en coche a Vermont.

Mierda. Tenían razón. Me hundí en la silla mientras mis amigas se echaban a reír al verme así de aturdida.

Visto en perspectiva, sí que era evidente. Nunca fui consciente de que me atraía Sebastian, pero siempre giraba todo entorno a él. Era la primera persona en quien pensaba cuando ganaba algo y la última cuando me iba a dormir. Que sí, que esto era porque 1) quería restregarle todas mis victorias por la cara y 2) me ponía a pensar en nuevas formas de ganarle, pero... Seguía pensando en él. Una barbaridad.

—Vale —coincidí alzando la voz por encima de las risas de mis amigas—. No era consciente de la situación, ¡pero no era mi culpa! Cuando te has pasado la vida odiando a alguien, cuesta admitir que ya no sientes lo mismo.

—Ay, reina... —Isabella me dio una palmadita en el hombro—. Eso nunca fue odio, pero no pasa nada. Me alegro de que por fin os hayáis dado cuenta.

Hice una mueca, pero no pude evitar que se me dibujara una sonrisa. ¿Para qué negar lo innegable?

Sloane, Ayana, Vivian, Isabella, Alessandra y yo estábamos poniéndonos al día en una bolera de moda que había en el centro de la ciudad. Nos habíamos dado una pausa para comer entre partidas; sin embargo, nos habíamos pasado la última media hora hablando más que comiendo. Que no me quejaba, eh. Esto de sentarnos un rato y cotillear después de unas semanas de trabajo tan intenso estaba bien.

—Bueno, ¿y cómo pinta la cosa? —se interesó Ayana—. ¿Se lo has contado ya a tus padres?

Todas mis amigas sabían lo del ultimátum de mi compromiso, así que era normal que preguntara.

—Aún no —reconocí—. Vamos a esperar hasta después del lanzamiento. Si pudierais guardarme el secreto hasta entonces, os lo

agradecería.

—Por supuesto —dijo Vivian.

Se le llenó el rostro de compasión. Vivian era la única que tal vez entendiera cómo era estar bajo tanta presión familiar, porque ella había crecido en una familia con expectativas similares. Por eso acabó en un matrimonio concertado con Dante.

Pasamos a hablar del último cliente de Sloane, pero yo seguía con la mente en la inminente presentación de la nueva línea. Quedaban dos meses para la fecha, lo cual parecía muy poco tiempo y mucho a la vez.

Noté una pizca de ansiedad. ¿Dos meses era tiempo suficiente para descubrir que sería de Sebastian y yo? ¿Qué diría cuando mi madre diese por sentado que anunciar nuestra relación era sinónimo de anunciar que nos comprometíamos? Porque lo haría. ¿Dejaría que nos lo tomáramos con calma o insistiría en que nos casáramos lo antes posible?

Si el lanzamiento era un fiasco y nosotros hacíamos pública la relación, ¿achacaría la gente mi fracaso a mi vida amorosa? Seguramente, dirían que me había distraído con mi novio y que no había estado lo bastante centrada como para aplicarme igual que siempre. A los chicos nunca los juzgaban de esta manera. Ellos podían trabajar y tener pareja a la vez sin problema alguno, pero, cuando lo hacía una mujer, enseguida nos tocaba escoger.

Y lo que era aún peor: ¿y si tenían razón? No sobre mis capacidades ni sobre si tenía que elegir, sino sobre si tener pareja era sinónimo de distracción. Mi yo del pasado nunca jamás se habría tomado una tarde libre para echar un polvo como hicimos la semana pasada.

No me arrepentía, pero mentiría si dijera que, después, no me preocupé un poco. Había decenas de personas haciendo cola para ocupar mi puesto en la cima del mundo del *marketing* corporativo. Y había aún más que esperaban, ansiosas, verme fracasar. Como levantara el pie del acelerador ni que fuera por un segundo...

«Basta». Me deshice de esas dudas ya familiares que intentaban adueñarse de mí. Estábamos en plena noche de chicas; ahora no era el momento de preocuparme por otra crisis existencial.

Cuando volví a centrarme en la conversación, mis amigas estaban hablando del Baile de Dotes del próximo año. Era un evento extremadamente exclusivo que se celebraba siempre en una ciudad distinta. Hacía mucho de la última vez que tuvo lugar en Nueva York y, por aquel entonces, quien se encargó de organizarlo fue Vivian.

—Ni de coña —dijo esta cuando Alessandra le preguntó si volvía a estar al mando de dicho acontecimiento—. Creo que todavía tengo canas de la primera vez que lo organicé. Le deseo lo mejor a quien se ocupe el año que viene, pero, en esta ocasión, yo asistiré única y exclusivamente como invitada.

—Qué ganas —dijo Ayana con los ojos centelleantes—. Será la primera vez que vaya. Y la primera de Vuk, también. Nunca había querido ir, pero este año lo he convencido. Ah, os manda recuerdos, por cierto.

Nos la quedamos todas mirando.

—Vale, no, no os manda recuerdos —reconoció cohibida—. Lo he dicho yo por él. Pero le caéis bien, eh. Es solo que... no lo expresa.

—Olvídate de si le caemos bien. ¿En serio te estás mandando mensajes con tu novio en plena noche de chicas? —Isabella chasqueó la lengua—. Serás descara..., ¡oye! —gritó cuando Vivian le cogió el móvil de la mesa.

—«Yo también te echo de menos, cariño» —leyó en voz alta—. «Jugar a póquer con los chicos está guay, pero yo preferiría...», vale, no pienso leer lo que viene a continuación. —Volvió a dejar el móvil, sonrojada, pero le arqueó una ceja a Isabella—. ¿Qué decías de escribir a los novios y maridos en plena noche de chicas?

—Tenía que preguntarle algo sobre bolos y una cosa ha llevado a la otra y... —se defendió Isabella mientras nosotras nos echábamos a reír. Estaba como un tomate—. Además, que no soy la única. ¿Quién no ha estado escribiéndose con su pareja esta noche? Levantad la mano. Y no mintáis porque lo comprobaré.

Las demás nos miramos avergonzadas. En mi defensa diré que yo solo había escrito a Sebastian entre turnos. Desde que nos habíamos tomado esta pausa para comer, no le había enviado ni un mensaje.

—Esto es ridículo —soltó Sloane, que fue la primera en hablar—. No pienso dejar que nos convirtamos en esa clase de chicas

incapaces de disfrutar cuando quedan sin sus respectivas parejas. —Dejó el bolso en la mesa—. Teléfonos dentro. Venga.

Se oyeron varios gruñidos, pero obedecimos y nos levantamos para echar otra partida.

—Espero que Dante no se presente con guardias de seguridad —terció Vivian—. Cuando no respondo enseguida, se altera.

Su marido era particularmente sobreprotector. Sin embargo, aquel despiadado director ejecutivo había ido acumulando tantos enemigos a lo largo de su carrera que eso justificaba su paranoia.

—No pasará nada —respondió Isabella—. Cuando los chicos se ponen a jugar al póquer, no hay quien los despiste. Seguro que, si no les escribimos, ni se acuerdan de nosotras.

Sebastian

—Paso —dijo Killian sin apostar. Esperó un segundo antes de añadir impaciente—: Young, te toca.

—¿Hmmm? —musitó Kai, levantando la vista del móvil—. ¿Qué?

—Que te toca.

—Ah. Lo siento. —Aquel director ejecutivo británico no parecía sentirlo en absoluto—. Tenía que responderle una cosa a Isabella.

—¿Y era más urgente que apostar cuando hay tanto dinero en juego? —preguntó Killian con segundas y señalando con la cabeza el creciente montón de fichas que había en la mesa.

—Sí —contestó Kai.

Killian resopló asqueado y el otro sonrió socarrón, aunque, finalmente, apostó. Después me tocó a mí y aposté lo mismo que él antes de responderle un mensaje a Maya con el móvil escondido bajo la mesa.

Maya
Adivina quién va ganando a los bolos.

¿Sloane?

Maya
...
No vuelvas a insultarme así en tu vida.
Les gano por veinte puntos, rey.
P. D: no le digas a Sloane que he dicho eso.
Cuando se pone competitiva, da miedo.

Mira quién fue a hablar.

Maya
¿Yo? ¿Competitiva? Nunca.

No sufras.
Es una de las cosas que más me gustan de ti.

—Laurent, te toca —señaló Killian.

—Ya he tirado.

—Te vuelve a tocar.

A juzgar por su voz, parecía que Killian estuviese hablando con los dientes apretados. Hoy tocaba noche de póquer en su casa, pero estaba clarísimo que se arrepentía de habernos invitado.

Aposté en un santiamén y volví a mirar el móvil. Maya todavía no me había respondido.

—¡Markovic! —alzó la voz Killian, prácticamente gritando y frustrado como el que más.

Levanté la vista y vi que Vuk también estaba con el teléfono. Tenía una sonrisa muy discreta en los labios, señal de que estaba escribiéndose con Ayana. La modelo era la única persona capaz de modificar su estoica expresión de aburrimiento o su fruncidísimo ceño habitual.

Vuk pasó de Killian y continuó escribiendo.

—Hasta aquí. —El anfitrión plantó ambas manos en la mesa con fuerza, y nos sobresaltamos todos menos El Serbio—. Se suponía que habíamos quedado para echar el rato juntos, pero estáis todos demasiado ocupados escribiéndoos con vuestras respectivas novias y mujeres como para jugar una partida decente de póquer. Es patético.

Tras su declaración, lo miramos como si nada.

—Define «decente» —le pidió Xavier arrastrando las palabras. Estaba sentado entre Dominic y Dante, que miró el recargado plato de patatas fritas, alitas y puré de patatas del colombiano con una mueca en el rostro. Era bien sabido que el italiano detestaba que alimentos distintos se tocaran entre sí—. Estamos jugando, ¿o no?

—He tenido que llamaros la atención a todos y cada uno de vosotros cada vez que os ha tocado. Me siento como un puto profe de parvulario —refunfuñó Killian—. ¿Cómo podéis estar así de pegados a vuestras parejas cuando lleváis tanto tiempo juntos, hostia?

—No tienes pareja. No lo entenderías —respondió Dominic.

—A mí no me metas en el mismo saco —tercié—. Maya y yo solo llevamos un mes. Todavía estamos en la fase de luna de miel.

Les había contado lo de nuestra relación al principio de la noche. Dejando de lado el triunfante «¡lo sabía!» de Xavier, los demás me habían dado varias palmaditas en la espalda y habían respondido con las bromitas que ya había anticipado. Dante me advirtió que ni se me ocurriera pedirles una cita doble con Vivian a no ser que quisiera morir; punto.

—Ya, bueno... Visto lo visto, yo diría que nadie ha pasado de la fase de luna de miel —señaló Killian con amargura—. Teniendo en cuenta lo distraídos que estáis todos, casi que podríamos dejar el póquer e irnos a jugar a los bolos con las chicas.

Guardamos silencio y nos miramos los unos a los otros.

Killian se quedó atónito.

—Era broma —aclaró con especial énfasis.

—Pero... ¿y si vamos? —sugirió Xavier—. ¿Os acordáis de la vez que jugamos todos con pistolas láser? Estuvo guay. Podríamos hacer algo parecido juntos esta noche.

—No —contestó Killian—. Ni de puta coña.

—Yo hace rato que no sé nada de Viv —caviló Dante con la frente arrugada—. Es muy poco típico en ella... ¿Y si le ha pasado algo?

—Yo también hace rato que no sé nada de Maya. —Seguramente estaría demasiado ensimismada en la partida como para leer mis últimos mensajes, pero me flipaba tocarle las narices a Killian. Al tío

solía darle todo igual, pero últimamente estaba a la que saltaba—. Igual podríamos ir a ver cómo están, por si acaso.

—A lo mejor están en peligro —señaló Dominic—. Como les pase algo, ¿queréis cargar con sus muertes en vuestra conciencia?

—Están jugando a bolos —nos recordó Killian—. No pueden estar en peligro a no ser que alguien les tire una puta bola en la cabeza.

Volvimos a guardar todos silencio.

Vuk no contribuyó a la conversación, pero echó la silla hacia atrás y se fue sin mediar palabra.

Dante fue el siguiente en marcharse, aunque se aseguró de tirar el ofensivo plato de Xavier a la basura antes de seguir a Vuk por la puerta.

—Ya jugaremos una partida decente otra noche —dijo Kai mientras se iba.

—Lo siento —añadió Xavier con tono alegre de camino hacia la puerta—. Míralo por el lado positivo: lo ganas todo tú.

Dominic le dio unas palmaditas en el hombro a Killian y luego... Quedamos solo nosotros dos.

Me levanté y sonreí a nuestro aturdido anfitrión.

—¿Vienes?

Killian suspiró resignado. Se levantó y sacudió la cabeza.

—Tengo que encontrar más amigos solteros pero ya —razonó.

35

Maya



Dejar los móviles fue lo mejor que me podría haber pasado. Sin la distracción de Sebastian, conseguí la puntuación máxima; algo tan poco habitual que el encargado de la bolera nos sirvió una ronda de bebidas gratis para celebrarlo.

Esa ronda derivó en una segunda, y la segunda, en una tercera. Cuando los chicos se personaron aquí, mis amigas y yo íbamos tan borrachas que los saludamos como si fuesen soldados que acaban de regresar de la guerra.

—¡Seb! —Le envolví el cuello con los brazos y lo besé. Estaba sonriendo tantísimo que me dolían las mejillas—. ¡Me alegro muchíííísimo de verte! ¿Has ganado? Dime que has ganado.

Sebastian se rio.

—No ha ganado nadie. Nos hemos ido antes de acabar la partida, pero veo que vosotras lo estáis pasando bien. —Arqueó una ceja con la vista puesta en el montón de copas vacías que teníamos en la mesa.

—De maravilla. He conseguido la puntuación máxima. —Levanté los diez dedos y recalqué—: Trescientos puntos. Doce *strikes*. He sido la primera persona que lo ha conseguido desde hace... —

titubeé mientras intentaba recordar lo que me había dicho el encargado.

—Tres años —me hizo memoria Sloane.

Estaba sentada en la barandilla que separaba la zona para comer de la pista de bolos. Xavier estaba acomodado entre las piernas de su novia y estaba sujetándola por las caderas con ambas manos para que Sloane no cayera.

Asentí.

—Eso mismo.

—Esa es mi chica —me alabó Sebastian dándome un beso en la frente—. No esperaba menos de ti.

Una ola de calor me recorrió entera. Era guapo. Tenía una voz bonita. Y olía bien. Podría acurrucarme en su pecho y quedarme así la noche entera, pero, primero, debía preguntarle algo muy importante:

—¿Alguna vez has hecho doce *strikes* seguidos?

Le vibró al pecho al reír y contestó:

—No, todavía no.

—¿Quieres intentarlo? ¡Podemos hacer dos equipos! Tú y yo seremos los capitanes, obviamente, y... —Se me fue apagando la voz mientras intentaba ordenar mis caóticos pensamientos. Me costaba enlazar las ideas.

Dios, estaba borrachísima pero de verdad.

—Primero vayamos a pedirte un agua. —Me apoyó una de sus manos firmes en la lumbar y me guio hacia la mesa que nos quedaba más cerca—. Y luego ya jugaremos.

Al cabo de veinte minutos y tras beberme dos botellas de agua enteras, tenía la cabeza lo bastante despejada como para volver a pensar con claridad. Pestañeé con la vista puesta en Sebastian, que me miraba divertido desde el otro lado de la mesa.

—Hola —lo saludé.

—Hola, mi ángel. ¿Te sientes mejor?

Noté un aleteo en el pecho.

«Mi ángel». *Mon ange*. No solía llamarme así muy a menudo, pero, cuando lo hacía, yo siempre me derretía.

—Mucho mejor.

Escondí una mano bajo el muslo; de pronto, me sentía cohibida. Era una tontería, pero esta era la primera vez que salíamos como pareja con nuestros amigos y yo me había dejado en ridículo porque me había emborrachado tanto que habían tenido que obligarme a tomarme un descanso.

Noté el peso de diez pares de ojos. Levanté la vista y vi que nuestros amigos nos estaban mirando, ya fuera sonriendo pletóricamente (las chicas) o con curiosidad o cierto entretenimiento (los chicos). El único que no nos estaba prestando atención era Killian, que tenía la frente arrugada y la vista puesta en el móvil.

—Chicos, sois monísimos. —Ayana le dio un codazo a su novio—. ¿A que son monos?

Vuk frunció el ceño. Me lo tomé como un «sí».

Cuando ya estuvimos todas lo bastante serenas para volver a coger una bola sin que se nos cayera, hicimos dos equipos, tal y como había sugerido yo antes. A mí me tocó ir con Dominic, Vivian, Sloane, Xavier y Kai; Sebastian iba con Vuk, Alessandra, Ayana, Isabella y Dante.

Killian pasaba de jugar. Se sentó en la barra y siguió fulminando el teléfono con la mirada como si el aparato lo hubiese ofendido personalmente. Aquella antipatía no era para nada propia en él, pero, cuando empezamos a jugar, me olvidé del tema.

Ambos equipos estaban bien equilibrados y tenía el mismo número de jugadores buenos y no tan buenos. Cuando llegamos al décimo cuadro, íbamos empatados. La victoria final dependía de los últimos jugadores de cada equipo; Vivian en el nuestro y Dante en el de Sebastian.

—¡Venga, Viv! —la animé—. ¡Tú puedes!

No era nuestra mejor jugadora, pero tampoco era la peor. Además, se enfrentaba a Dante; sospechaba que fallaría a propósito para dejar ganar a su mujer. Tenía pinta de ser de los que hacían esas cosas.

Sebastian se me acercó mientras, nerviosa, yo miraba cómo se preparaba Vivian para tirar.

—Hagamos otro trato. Quien pierda tendrá que hacer lo que el otro quiera toda una semana —me dijo rozándome la oreja con los

labios.

A pesar de que se me erizó la piel, respondí con tono indiferente:

—No hagas tratos cuando no vas a ganar.

Esbozó una sonrisa que parecía la del mismísimo diablo.

—¿Quién ha dicho que no voy a ganar?

Al cabo de un segundo, oí que alguien gruñía a mi lado. La bola de Vivian había caído por el canal lateral.

«Mierda».

—Lo siento, Maya... —se disculpó sonrojada—. Lo he intentado.

—No pasa nada. —Ignoré la sonrisa de Sebastian y abracé a mi amiga para consolarla—. Lo has hecho lo mejor que has podido. Si Dante falla, quedaremos empatados.

Pensaba que Dante fallaría a propósito, de verdad, pero hizo un *strike* impecable.

«Mierda, joder».

A Sebastian se le ensanchó la sonrisa.

—Ni una palabra —lo advertí mientras su equipo lo celebraba y el mío se venía abajo.

—No he dicho nada. —Alzó las manos, pero le centelleaban los ojos como si quisiera reírse—. Como Dante hubiese fallado a propósito, Vivian lo habría matado, así que espero que no lo dieras por sentado.

—No lo daba por sentado —refunfuñé—. Pero habría sido un detalle.

—Lo habrías odiado.

—Eh... No, me da a mí que no.

—No habría sido una victoria justa. Y a ti no te gusta ganar haciendo trampas.

Suspiré. Maldito Sebastian... Ya volvía a tener razón.

—Supongo... —coincidí.

—Si te sirve de algo... —Sebastian agachó la cabeza y su aliento me acarició la piel—. A los segundos ganadores les toca un beso de consolación.

Hice una mueca y pregunté:

—¿«Segundos ganadores»?

—Suena mejor que «perdedores». —Se encogió de hombros—. He pensado que si usaba esa palabra ahora mismo, no te pondrías precisamente maja conmigo.

—Has pensado bien. —La frustración de haber perdido se disipó un poquito. Me costaba tantísimo seguir molesta cuando Sebastian estaba siendo tan... él—. El beso de consolación ese puedes dármelo cuando quieras, eh.

Su risa me reverberó por el cuerpo. Enseguida me rozó los labios con ternura, pero ese beso solo duró un segundo.

—¡¿Maya?! —nos interrumpió una voz cargada de estupefacción. Una voz que yo conocía bien.

Me separé de Sebastian sobresaltada y giré la cara de golpe hacia la persona en cuestión. Y me quedé literalmente boquiabierta.

—¡¿Neha?!

—Me parece increíble que lleves con este secreto ¡un mes! —Neha se cruzó de brazos y se puso en modo «hermana juzgona»—. Mamá y papá se van a volver locos. ¿Lo sabe alguien más de la familia? ¿Priya lo sabe? ¿Lo sabe nani?

—¡No! Y ni se te ocurra decírselo a nadie.

Miré a nuestro alrededor, frenética, como si mi hermana hubiese podido invocar a las tres generaciones y ahora se encontrasen en aquel rincón de la pista de bolos.

Estaba en la mierda. No debería haber besado a Sebastian en público cuando íbamos por el centro de la ciudad, pero este sitio era demasiado popular como para que viniera mi familia. No pensé que fuera a encontrarme a alguien que fuese a chivarse a mis padres aquí.

Pensé mal, claramente.

Ahora mismo, Neha y yo estábamos al lado de los baños, enfrascadas en un tira y afloja más bien poco discreto.

Tal y como estábamos colocadas, podía atisbar a mis amigos y a Sebastian, que no paraba de mirar hacia nosotras con la frente arrugada en señal de preocupación. Quería estar aquí conmigo, pero

yo necesitaba hablar a solas con mi hermana. Tenerlo aquí solo habría empeorado las cosas.

—No puedo escondérselo —dijo ella—. Como mamá y papá se enteren de que lo sabía y no se lo dije, también me matarán a mí.

—No van a matar a nadie. Les hará tanta ilusión que tenga novio que seguramente montarán una fiesta y todo.

—¿Ah, sí? —Neha enarcó una ceja—. Entonces, ¿por qué no se lo has dicho?

—Pooorque... —respondí en voz baja— estoy esperando a después del lanzamiento. Ya conoces a mamá. Como se lo cuente ahora, la semana que viene estará atosigándome con preparativos para la boda. Y, ahora mismo, no tengo tiempo para esto.

Neha entrecerró los ojos. Había venido con algunas amigas de la carrera y yo me reprendí a mí misma en silencio por haberme olvidado de que mi hermana fue la capitana del equipo de bolos de su universidad. Debería haber sabido que vendría aquí, fuese el local popular o no.

Si tenía que encontrarme con alguna de mis hermanas, habría preferido que fuese Priya. Ella seguramente me guardaría el secreto; Neha, en cambio, era una mojigata con todas las de la ley. Era la misma chica que fumó marihuana una única vez en la universidad y se lo confesó al día siguiente a mis padres; le confiscaron la tarjeta de crédito durante un mes y, encima, mi hermana dijo que el castigo merecía la pena porque así tenía la conciencia tranquila.

He aquí el tipo de santurrona con la que estaba lidiando ahora mismo. Y estaba intentando, con todas mis fuerzas, no subirme por las paredes.

Que mis padres se enteraran temprano de nuestra relación no sería el fin del mundo, pero sí se cargaría mis planes, esos que tan meticulosamente había trazado. Si nos ceñíamos a mi calendario, sabía a qué atenerme. Si no, podía pasar cualquier cosa, y esa incerteza me carcomía por dentro.

—Yo diría que no es por eso —contestó Neha—. Yo diría que lo que pasa es que te preocupa que no vayan a aprobar tu relación, asusten a Sebastian y él te deje.

Guardé silencio.

—O... —Entrecerró aún más los ojos—. A lo mejor es que no estás preparada para decírselo porque todavía no sabes qué sientes.

Seguí sin responder.

—No, eso tampoco. —Se repiqueteó en el brazo con los dedos. Pam, pam, pam... Entonces, reparó en algo y detuvo el movimiento —. Tienes miedo. Es tu primera relación de verdad desde hace...

—Para —la corté—. No te pongas en plan psicóloga conmigo, ¿vale? Te estoy pidiendo, de hermana a hermana, que *por favor* me guardes el secreto hasta junio. Solo faltan dos meses.

Neha frunció el ceño. Por un breve y maravilloso instante pensé que tal vez aceptaría. Pero entonces negó con la cabeza e hizo añicos todas mis esperanzas.

—Lo siento, pero alargarlo no le hará bien a nadie —argumentó—. Cuanto más esperes, peor será. Conozco a mamá, pero también conozco a papá. Y odia que la gente le esconda las cosas.

Pánico y frustración se me arremolinaron en el estómago.

Quería a mi hermana, pero, a veces, me entraban ganas de estrangularla.

—Neha, por favor —insistí a pesar de que sabía que era una causa perdida.

Ya conocía ese gesto, la barbilla levantada y los labios bien apretados. Mi hermana no pensaba ceder.

—La semana que viene cenamos con los Laurent —señaló—. Papá estará de buen humor. Tienes que decírselo entonces. Si no lo haces tú, lo haré yo. Es por tu propio bien, créeme.

36

Sebastian



Maldita Neha.

De todas las personas que nos podríamos haber encontrado en la bolera, teníamos que encontrarnos con la hermana estricta y mojigata de Maya.

Maya se había pasado toda la semana aterrada por la cena de esta noche en casa de mis padres. Sin embargo, al entrar en ese edificio de piedra rojiza sentí una extraña calma.

Viéndolo con perspectiva, esconderle nuestra relación a su familia seguramente había causado más problemas de los que había resuelto. Neal era el primero que odiaba las mentiras, y esconderles esto era como mentir por omisión. Confesar que llevaba un mes y medio saliendo con su hija a sus espaldas no me sumaría puntos, pero, a lo hecho, pecho.

Incluso en el caso de que pudiese cambiar el pasado (a sabiendas de que, si no lo hacía, acabaríamos así), no habría cambiado la felicidad que había sentido ese último mes por nada del mundo. Los padres de Maya podían recriminarme todo lo que quisieran, pero haberla tenido a ella solo para mí durante todas esas semanas había merecido la pena.

Lo único que me preocupaba era cómo lo llevaría Maya, pero ya lo gestionaríamos juntos. Además, yo tenía la esperanza de que la alegría de su madre fuese a apaciguar un poco el inevitable cabreo de su padre.

No obstante, al llegar al salón, donde mis padres ya estaban sentados, esa calma se esfumó. Los Singh no habían llegado aún, pero algo iba mal. Aunque era incapaz de adivinar el qué. Era como si esa rareza permeara el aire, una especie de cambio sutil en el ambiente que provocó que se me pusieran los pelos de punta en la nuca y los brazos.

Opté por camuflar la incomodidad y saludé a mis padres.

—¡Sebastian! —dijo mi madre, dándome un par de besos sin llegar a rozarme las mejillas—. Cuánto me alegro de verte. Estás fantástico.

—Gracias, *maman*. —Cuando saludé a mi padre, se me desdibujó la sonrisa—. *Papa*.

Él inclinó la cabeza y respondió:

—Sebastian.

Mi madre se puso a hablar de las vacaciones que iba a hacer en un *spa* dentro de poco con Shilpa, la madre de Maya. Iban a ir a un sitio elegante que habían abierto nuevo en Suiza.

La escuché y le hice las preguntas pertinentes, pero la incomodidad que sentía yo fue a más. No por nada relacionado con la conversación que estábamos manteniendo ni por mi padre, que estaba ocupado con el teléfono. Era más una especie de cosquilleo que me advertía de algo, como cuando olía que estaba a punto de desatarse una tormenta o cuando intuía en qué momento llegaría el susto en una película de terror.

Los Singh no tardaron en aparecer. Maya entró después que sus padres y, cuando me dedicó una breve sonrisa conspiratoria, el nudo que notaba en el estómago se soltó un poco.

Aparte de Neha, todo el mundo pensaba que nos tolerábamos lo justo y necesario, así que nos limitamos a intercambiar un simple «buenas» antes de acomodarnos todos en nuestros asientos habituales: mi padre y Neal en puntas opuestas de la mesa y los demás en los asientos que quedaban en medio. La de hoy no era

una gran cena; solo estábamos Maya y sus hermanas, nuestros padres y yo. Su abuela y las parejas de sus hermanas estaban manifiestamente ausentes.

Maya y yo habíamos quedado que les contaríamos lo de nuestra relación a nuestras familias juntos. Eso significaba que todavía faltaban unas dos horas antes de que soltáramos el bombazo. Hasta entonces...

Maya me rozó el pie por debajo de la mesa. Me tensé y una descarga eléctrica se me coló en las venas. Me vino una imagen a la mente, una de Maya desnuda y despatarrada en la mesa del desayuno, y me apresuré a darle un sorbo al agua para disimular el color que empezaba a teñirme las mejillas.

Ella siguió comiendo sin mirarme siquiera, pero atisbé la sonrisa que quería dibujársele en los labios.

Hay que ver lo que le gustaba provocar... Luego la haría pagar por eso.

Hoy parecía más tranquila. Juguetona, casi. Debió de haber llegado a la misma conclusión que yo: que pasaría lo que tuviera que pasar, por más que nos agobiáramos con el tema. Ya puestos, más valía que nos divirtiésemos mientras pudiéramos.

La verdad es que podíamos ahorrarnos la cena directamente. Podía coger y besarla aquí mismo, mientras los demás disfrutaban del plato principal. Eso sí que sería anunciarlo a bombo y platillo. Y luego podía llevármela a mi casa y...

—Sebastian, cariño, ¿puede pasarme las patatas? —me preguntó mi madre, sacándome de lo que habría sido una fantasía extremadamente inapropiada en plena cena con familia y amigos. Me miró con la frente arrugada—. ¿Estás bien? Pareces un poco acalorado.

—Todo en orden. —Le pasé el bol de patatas gratinadas—. Estaba pensando en el postre. Me encantaría comerme unas cuantas fresas luego. Con algo de sirope de chocolate y miel, quizá.

Maya se atragantó con la bebida. Contuve las ganas de reír a la vez que ella dejaba de toser y me fulminaba con la mirada.

Si íbamos a jugar, jugábamos los dos.

Mi madre frunció el ceño, confundida.

—Se lo diré a Evita —comentó, refiriéndose a su chef residente—. A ver si puede prepararlo.

—¿Cómo estás tú, por cierto? —me interesé—. ¿Qué tal va con el fisio?

Me preocupaba que mi madre fuese a saltarse las sesiones que le había prescrito el doctor tras el accidente, pero había asistido a la cita cada semana. Tras meses de rehabilitación, la cojera sutil que tenía ya había desaparecido, aunque ella seguía quejándose de algunas molestias de vez en cuando.

—Bien. Aburrido... —Hizo una mueca—. La semana que viene ya es la última sesión. Tengo que encontrar una recompensa divertida. A lo mejor me voy a Mónaco con tu tía... —Dejó la frase a medias.

No iba a irse a ningún sitio con mi tía porque mi tía estaba muerta.

Al notar un sabor amargo en la garganta, tragué saliva.

—Puedo acompañarte yo. Nos vamos de escapada de fin de semana, como en los viejos tiempos.

—No, *t'inquiète*. —Mi madre esbozó una sonrisa para disimular el error—. Ya falta poco para el viaje a Suiza con Shilpa. No necesito ir a Mónaco.

En cuanto la madre de Maya oyó su nombre, desviaron la conversación hacia los planes que tenían para dicho viaje.

Yo seguí comiendo, pero, aquello que tan rico estaba hacía un segundo, ahora sabía a papel mojado. Hacía meses que mi madre no la pifiaba de esa manera. Tampoco había para tanto, pero a mí me preocupaba que pudiera ser indicio de que iba a desmoronarse otra vez. Aunque..., ¿y si era yo, que me estaba volviendo paranoico y estaba proyectando mis propias neuras en ella? No había forma de saberlo.

—Seb.

Maya me llamó en voz tan baja que casi ni la oí. Cuando levanté la vista, la encontré mirándome con cierta preocupación en el rostro.

«¿Estás bien?», preguntó moviendo la boca sin llegar a pronunciar esas palabras en alto.

Asentí. Le había contado que a mi madre le costaba digerir la muerte de mi tía, pero Maya no sabía toda la historia. No era yo

quien tenía que contarla y, en parte, me avergonzaba verbalizar mis preocupaciones en voz alta por si resultaba que estaba dándole más vueltas de las necesarias a algo que seguramente fuese un proceso de duelo habitual.

La cena avanzó sin más imprevistos. Dejando aparte las miradas con segundas de Neha, se respiraba un ambiente ligero, a pesar de que yo seguía sintiéndome igual de incómodo que cuando había llegado.

En cuanto nos trajeron los postres, descubrí que mi intuición había sido profética.

—¿Qué tal el torneo de tenis de la semana pasada en el Valhalla? —se interesó Neal—. Lamento no haber podido ir. Las reuniones en Chicago duraron más de lo previsto.

—Bien. Ganó Verver. Deberías haber visto a los demás; se quedaron todos atónitos —respondió mi padre, riendo.

Neal permaneció serio.

—Está bien saberlo. ¿Y luego, qué? —insistió—. ¿Cómo fueron las reuniones?

El torneo de tenis anual del Club Valhalla no era más que una excusa para que los miembros socializaran y se sonsacaran información los unos a los otros. Solía tener más éxito entre los mayores; además, lo que más atraía eran las copas y comidas informales que organizaba la gente para después.

Mi padre se encogió de hombros.

—También bien. Nada trascendental.

—¿En serio? —Neal se recostó en su silla—. Entonces, ¿no quieres contarme nada?

Una fría corriente atravesó el aire y se me volvieron a poner los pelos de punta en la nuca. Maya dejó el tenedor y alternó la vista entre su padre y el mío, desconcertada.

Mi padre arrugó la frente e inquirió:

—¿Cómo qué?

—Como que cenaste con Charles Whitaker. —A Neal se le incendió la mirada. Charles Whitaker era el director ejecutivo de Haciendas Whitaker, la principal competencia de Comestibles Singh—. Y encima tuve que enterarme por Greenley. Deberías haber visto lo contento

que se puso al ver que no lo sabía. ¿Por qué coño aceptaste la invitación de Whitaker y por qué me escondiste que te habías reunido con él?

Las demás conversaciones paralelas se detuvieron. Maya inhaló con fuerza mientras que su hermana abrió los ojos como platos, tanto que parecía hasta caricaturesco.

Neal casi nunca soltaba tacos. El hombre consideraba que el lenguaje soez denotaba falta de disciplina, de modo que ese exabrupto tan marcado por su parte dejaba entrever lo mucho que le habían molestado las acciones de mi padre.

Este último se enfureció. Era obstinado; no era de esas personas que mostraban arrepentimiento. Así que su respuesta fue más bien concisa:

—Fue una cena. Hablamos de modo informal. No te escondí nada porque simplemente no valía la pena ni mencionarlo.

—Venga ya, Michel. Llevas los años suficientes en el negocio como para saber clarísimamente cómo iba a acabar esa reunión. —Neal bufó—. No era por la conversación en sí. Era por un tema de apariencias. ¿Acaso crees que es una coincidencia que Whitaker te pidiera que os reunierais justo el día en que yo estaba fuera de la ciudad? Estamos a dos meses de un lanzamiento descomunal, uno que eclipsará los suyos, y lo que quiere es sembrar dudas. La gente ya está especulando sobre por qué te reuniste con mi competencia principal cuando falta tan poco para que saquemos la nueva línea al mercado. Hay quienes rumorean que no te satisface nuestra colaboración y que puede que abandones el barco para irte con Haciendas Whitaker. Es justo lo que él quería y tú caíste en su trampa. ¿Cómo no lo ves?

—Menuda tontería —soltó mi padre—. Puede que Whitaker fuera con segundas, pero si yo le hubiera dicho que no, el tío habría encontrado otra forma de llegar a mí. Y la gente se pasa la vida especulando. Si basara mis decisiones empresariales en posibles rumores, no habría llegado donde estoy ahora. Ya te lo he dicho, fue una puta cena. Y no necesito tu permiso para aceptar la invitación de nadie. No todo gira a tu alrededor o al de tu empresa.

—Entonces, ¿por qué no me lo contaste? —Neal señaló la mesa—. No he dicho nada mientras comíamos porque estaba esperando a que sacaras tú el tema. Y no lo has hecho. La gente esconde aquello de lo que se siente culpable.

Me removí en el asiento con un nudo en el estómago.

—Ya basta —espetó mi padre—. Te he dicho —insistió— que no fue importante y que no valía la pena ni mencionarlo. Venga, ¿podemos disfrutar del postre en paz o tenemos que seguir con tu paranoia?

—No es ninguna paranoia —respondió Neal—. ¡Te está utilizando y tú ni siquiera te das cuenta!

—¿Me estás llamando ingenuo? —preguntó mi padre, incrédulo.

—No, te estoy llamando traidor. Los amigos no hacen estas cosas, Michel. ¿Te acuerdas de cuando cancelé el contrato de mi empresa con los Belmont? Habríamos ganado millones de dólares, pero me retracté porque te jodieron. ¡Eso! es lo que hacen los amigos. Yo me puse de tu parte. Pero está claro que tú no estás de la mía.

—¡Venga ya, no me jodas! —Mi padre estalló—. Llevas una década echándome eso en cara y ya estoy harto. Si de verdad crees que caería tan bajo y que puedes llamarme traidor por una cena de pacotilla, igual deberías largarte. No pienso permitir que nadie me insulte en mi propia casa y mucho menos alguien que dice ser mi amigo.

El silencio que siguió a su declaración fue tan denso y estuvo tan cargado de enfado que me resultó imposible respirar sin que me dolieran los pulmones.

Maya y yo intercambiamos una mirada afligida. Su madre se quedó ahí sentada, tiesa y pálida, mientras que la mía se terminó la copa de vino de un trago, como si le fuera la vida en ello. A mi madre no se le daba bien lidiar con conflictos y ninguno de nosotros había visto a mi padre y a Neal pelearse nunca. Jamás.

Eran mejores amigos desde hacía décadas. Habían sido padrinos en la boda del otro respectivamente y nuestras familias se iban de vacaciones juntas cada año. Verlos enfrentarse de esta forma parecía casi un sacrilegio.

Puede que pareciera una estupidez que se pelearan por una cena, pero Neal se mostraba extremadamente receloso con la creciente cuota de mercado de Haciendas Whitaker. Hacía años que Comestibles Singh había empezado a dominar el sector de los ultracongelados y Neal no llevaba nada bien que alguien pudiese destronarlo.

—No te preocupes, que ya no voy a considerarte mi amigo —escupió con frialdad. Tiró la servilleta con fuerza y echó la silla hacia atrás—. Shilpa, niñas, venga. Nos vamos.

—Neal...

—Papá...

Maya y su madre hablaron a la vez, pero el hombre las fulminó con la mirada, serio, y ambas guardaron silencio.

Las mujeres Singh se levantaron sin decir ni mu y siguieron a Neal hacia la puerta. Shilpa le musitó un discreto «gracias por la cena» a mi madre, que parecía aturdida ante ese giro abrupto de los acontecimientos.

—Por si no ha quedado claro, no habrá comunicación alguna entre nuestras familias más allá del trabajo —sentenció Neal, que a duras penas podía contener la ira y se le erizó el bigote—. Cualquier relación personal que hayamos tenido hasta ahora acaba aquí.

—Bien —respondió mi padre con un tono igual de frío. De no ser porque tenía las mejillas tremendamente rojas, habría pensado que esa discusión no le había afectado lo más mínimo—. Como tú quieras.

A Neal se le ensancharon las fosas nasales. Los Singh se marcharon, pero no sin que Maya me mirara aterrada primero. Intenté que me viera relajado, pero seguro que fracasé.

Menos mal que íbamos a contarles a nuestras familias que estábamos saliendo... Tendríamos suerte si nuestros padres volvían a dirigirse la palabra alguna vez.

Cuando Maya se hubo ido, el silencio reinó de nuevo en la sala.

Mi padre tiró la servilleta sobre la mesa y se marchó iracundo sin terciar palabra. Mi madre se sirvió otra copa de vino y yo me quedé mirando el asiento de Maya, ahora vacío, con las tripas revueltas.

¿Qué cojones acababa de pasar?

37

Maya



Pensé que mi padre y Michel se darían cuenta de que aquella pelea había sido absurda y se reconciliarían en menos de un día. Una semana, como máximo.

Nada más lejos de la realidad.

Ya hacía dos semanas de aquella desastrosa cena en casa de los Laurent y nuestras familias seguían enzarzadas en una guerra fría. En lugar de ir a menos, la ira de mi padre alcanzó dimensiones descomunales durante ese periodo.

A sus ojos, que Michel se negara a disculparse o a reconocer cualquiera de sus errores era peor que el hecho de que hubiese cenado con Charles Whitaker. Lo veía como una traición imperdonable y nos había prohibido a toda la familia que interactuáramos con ninguno de los Laurent.

Yo disponía de un poco más de banda ancha porque me tocaba trabajar en la presentación con Laurent, pero mi padre era tan inclemente que nos agobiaba demasiado quedar fuera del trabajo. Mi padre tenía ojos y oídos en todas partes, y más ahora que tenía razones para sospechar que igual nos revelaríamos, puesto que él era el único que estaba enfadado con los Laurent. De modo que nos comunicábamos estrictamente por mensajes de texto o llamadas.

Y, aun así, debía andar con cuidado. Para curarme en salud, incluso cambié el nombre de Sebastian en los contactos del móvil por si me llegaba una notificación en el momento más inoportuno.

Tanto mi madre como yo habíamos intentado hacer entrar a mi padre en razón, pero nuestros esfuerzos habían sido en vano.

«Yvonne y yo tenemos un viaje a Suiza programado para dentro de poco. No esperarás que lo cancele cuando llevamos meses organizándolo», le recordó ella.

Sin embargo, mi padre no cedió y mi madre acabó anulando el viaje.

Después de eso, mi madre se pasó días sin dirigirle la palabra a mi padre, pero dio igual. Cuando a este hombre se le metía algo entre ceja y ceja, no había quién le hiciera cambiar de opinión. Y con Michel ocurría más de lo mismo.

Era como ver a dos hombres adultos comportándose como adolescentes en pleno berrinche. Yo habría seguido insistiendo de no ser porque no había visto a mi padre así de enfurecido desde que mi tío Raj le estafó veinte millones de dólares en una partida de *blackjack* que salió mal. En esa época, no era más que una niña, pero recuerdo vívidamente que se armó una buena.

A mi padre el dinero le dio igual; para él, fue una cuestión de principios. Y, desde entonces, nunca más volvió a dirigirle la palabra a mi tío, su propio hermano. De eso hacía casi treinta años. Como ahora se enterase de que estaba saltándome su norma de contacto cero, sería capaz de desheredarme.

Por suerte, el enfado de mi padre no fue suficiente para eclipsar su ética empresarial. Conseguimos esconder su bronca con Michel ante los medios y, aunque de mala gana, ambos asistieron a la rueda de prensa que les habíamos organizado con Sebastian un mes antes de la presentación.

Tuvo lugar en el salón de baile de un hotel en el barrio de Midtown. Nuestros padres estaban sentados en el medio mientras que Sebastian y yo nos colocamos en lados opuestos de la mesa. Nos pasamos cuarenta y cinco minutos sonriendo para las cámaras y respondiendo a preguntas acerca de la colaboración. Mi padre y

Michel incluso soltaron alguna que otra broma que hizo reír a los asistentes.

De no ser porque yo estaba al tanto de lo ocurrido, habría pensado que seguían siendo los mejores amigos del mundo. Sin embargo, estaba sentada lo bastante cerca de mi padre como para notar la tensión que le emanaba del cuerpo.

También era extremadamente consciente de la presencia de Sebastian, que se encontraba a tres sillas de distancia. Evité mirarlo porque temía que mi anhelo fuera a delatarnos y que nuestras miradas furtivas quedasen grabadas en vídeo y fuera a verlas todo el mundo.

Aun así, ahí estaba él, clavándoseme bien hondo e inundándome los pulmones. No me hacía falta mirarlo para oír el suave timbre de su voz ni para ver su sonrisa burlona aunque agradable mientras respondía a una pregunta evidente.

Tenerlo tan cerca pero no poder estar con él era una especie de tortura distinta. Aunque al menos podíamos seguir interactuando con la excusa del trabajo.

¡Gracias a Dios que teníamos alguna que otra ventaja!

La rueda de prensa terminó y yo me aseguré de despedirme de todos y cada uno de los periodistas antes de que se fueran. Ezra también había venido, pero a mí me gustaba hablar personalmente con la prensa. Nos hacía ganar buena reputación comercial.

Al cabo de poco, la sala quedó prácticamente vacía. Me puse a hablar con Ezra, pero noté un cosquilleo en mitad de la conversación. Desvié la vista y me quedé sin aliento al ver que Sebastian me estaba mirando mientras hablaba con alguien de *Food & Wine*.

El cosquilleo en cuestión se esparció y se intensificó. El aire que nos separaba fue cargándose cada vez más; era como si entre nosotros hubiese un cable de alta tensión que zumbara con el peso de todo aquello que no podíamos decir.

Acabé de hablar con Ezra e hice ademán de acercarme a Sebastian (podía ampararme en el trabajo), pero mi padre me miró serio para detenerme.

—La rueda de prensa ya se ha terminado. Nos vamos —sentenció.

No les prestó atención alguna a los Laurent. Michel ya estaba dirigiéndose a la puerta de forma deliberada, como si mi padre ni existiera.

—Papá, por favor... —A duras penas quedaban periodistas por aquí, pero mantuve un tono bajo por si acaso—. Ya sé que estás enfadado con Michel, pero esto no puede durar toda la vida. Habéis sido amigos durante décadas. No dejes que sea Charles Whitaker precisamente quien os separe.

Mi padre apretó los labios.

—Ya te lo he dicho, he tomado una decisión. Y no vamos a volver a hablar del tema.

—Pero...

—Basta. —Levantó la mano y añadió—: Está decidido. Michel ha tenido muchísimas oportunidades para reconocer que la pifió y ha decidido no hacerlo. Si él está dispuesto a tirar nuestra amistad por la borda por una cuestión de orgullo y por una cena, señal de que, para empezar, nuestra amistad le importaba más bien poco. Da igual cuántos años haga que nos conocemos. Cuando la confianza se rompe, ya no hay forma de recuperarla.

Michel no era el único que estaba siendo un orgulloso, pero eso me lo callé.

—Y, de paso, que te sirva de lección —me advirtió mi padre—. Tú y Sebastian habéis estado trabajando codo con codo en la presentación, pero ya sabes lo que dicen: de tal palo, tal astilla. No puedes confiar en él.

Me quedé petrificada.

—Sebastian no es como su padre —dije—. No le hagas pagar los platos rotos a él. Sin Sebastian, ni siquiera tendríamos línea de productos. Se ha esmerado como el que más para sacar el proyecto adelante y no ha hecho nada mal.

Una pizca de sospecha le atravesó la mirada a mi padre.

—¿Desde cuándo defiendes tú a Sebastian Laurent? Tuve que obligarte a trabajar con él.

«Mierda». No debería haberle dejado ver mis cartas, pero había dejado que mis impulsos se adueñaran de mí.

Tenía el corazón aceleradísimo, pero me inventé una excusa.

—No lo estoy defendiendo. Estoy llamando a las cosas por su nombre. Es un pesado arrogante, pero no es Michel. No me gusta acusar a los demás de algo que no han hecho; eso es todo.

Tenía demasiado miedo de volver a mirar a Sebastian, pero el ardor de sus ojos me abrasaba la piel. Estaba a menos de tres metros y medio y, aun así, parecía lejísimos.

—Puede, pero más vale prevenir que curar —concluyó mi padre—. Pasado el lanzamiento, delegarás las demás tareas de la colaboración a Ezra. No volverás a hablar con nadie de la familia Laurent, incluido Sebastian. Es una orden. ¿Te ha quedado claro?

Tragué saliva y me mordí la lengua para no seguir discutiendo con él. Intentar hacerle ver las cosas a mi padre cuando se ponía así resultaría aún más complicado que intentar echar una pared de ladrillos abajo con un palillo. Sería mejor que ahorrara la energía para más adelante.

—Más claro que el agua —contesté.

Sebastian me empotró contra el lateral del archivador y estampó la boca contra la mía, desesperado, a la vez que yo le envolvía la cintura con las piernas. Aquel artilugio viejo de metal traqueteó en señal de protesta, pero yo a duras penas me di cuenta.

—Ahí. Justo... ¡Diosss! —gemí cuando me penetró y me dilató de golpe.

Me agarró el pelo con una mano y fue besándome el cuello y recorriéndome mi piel sensible con los dientes.

Solíamos tomárnoslo con más calma, pero nos habíamos saltado los preliminares y habíamos ido directos al grano porque nos podían las ansias. No importó. Yo estaba empapada igualmente y era incapaz de pensar con claridad mientras Sebastian me follaba con tanta rudeza que el archivador se agitaba sin cesar con cada embestida brutal.

Era la primera vez que nos enrollábamos desde hacía dos semanas y lo evidenciaba la urgencia de nuestros movimientos. Ni siquiera esperamos a quitarnos la ropa. Yo le desabotoné la camisa, él me subió la falda hasta la cintura, me echó las bragas a un lado y...

Cuando me dio en ese punto tan sensible, solté un grito. Unas fuertes olas de placer me recorrieron entera y me contraje instintivamente a su alrededor. Sebastian gruñó.

—Estar dentro de ti es una puta pasada —dijo y me agarró el pelo con más fuerza, si es que se podía. Se me anegaron los ojos de lágrimas al notar esa mezcla electrizante de dolor y placer—. Tu coño está hecho para mí, ¿a que sí? ¿Te tocas por la noche pensando en lo que te haré la próxima vez que te vea?

—Sí. —Le clavé las uñas en los hombros. Estaba temblando y el orgasmo empezaba a apoderarse cada vez más de mí—. Sísísí. Pi... Pien...

Volvió a embestirme con fuerza y yo perdí la capacidad de habla por completo.

—¿Qué? —Me soltó el pelo para agarrarme la barbilla y obligarme a mirarlo. Tenía una mirada oscura y feroz; parecía insaciable—. ¿Qué haces, Maya?

—Pienso en ti —jadeé—. Solo en ti.

El deseo que le había atisbado en la mirada se convirtió en pura necesidad primaria. Me soltó la barbilla y me agarró las caderas con ambas manos para mantenerme firme mientras me penetraba con tanta fuerza que me quedé sin aliento.

Y así, sin más, estallé. El orgasmo se adueñó de mí y grité tan fuerte que Sebastian tuvo que taparme la boca con una mano para acallar el ruido. Eso me recordó a la primera vez que nos enrollamos en la escalera y acabé corriéndome con más ímpetu todavía.

Sebastian soltó un taco mientras él también se corría. Se le tensaron los músculos y sus empellones se volvieron erráticos a la vez que la polla le palpitaba en mi interior. Me apartó la mano de la boca y tomé una profunda bocanada de aire mientras, despacio, nos recuperábamos de aquel vertiginoso subidón.

—Joder —jadeó—. Ha sido...

—Increíble —acabé la frase por él y apoyé la cabeza en el archivador mientras intentaba recobrar la respiración—. Y arriesgado.

Estábamos en el pequeño *back office* que había en el ala administrativa del hotel. Le había dicho a mi padre que tenía que

acabar de gestionar algo de papeleo con los gerentes y había esperado a que tanto él como Michel se marcharan antes de preguntarle al organizador de la rueda de prensa si tenía algún sitio donde pudiese hacer una «breve llamada altamente confidencial». Sebastian vino justo después de que le dijera dónde encontrarme.

No disponíamos de demasiado tiempo porque enseguida vendría alguien a buscarnos, pero no estaba lista para irme. Aún no.

—Habrá sido arriesgado, pero ha valido la pena —dijo con una voz terriblemente tierna en comparación con la rudeza del sexo. Volvió a besarme—. Te echo muchísimo de menos, joder.

Se me encogió el corazón.

—Y yo a ti.

Encontrarnos a escondidas no era lo mismo que estar juntos, y el anhelo que le atisbé en la mirada me dijo que el sentimiento era mutuo.

Sebastian me la sacó y se bajó mis piernas de la cintura con cuidado. Nos limpió a ambos con el pañuelo que tenía en el bolsillo, despacio y con delicadeza, como si estuviese intentando alargar este momento tanto como pudiera. Cuando hubo terminado, envolvió el pañuelo con otro de papel y se lo metió en el bolsillo. No podíamos arriesgarnos a que el dueño del despacho lo encontrase luego en la basura.

—Me mata no verte cada día —confesó en voz baja.

Se me atascaron un sinfín de respuestas en la garganta, pero me las tragué todas porque, si las pronunciaba, se me llenarían los ojos de lágrimas. Como no quería que Sebastian se sintiera aún peor, me limité a responder con un áspero:

—A mí también.

No le dije que antes me habían entrado ganas de echar a correr hacia él y hundirme en su pecho. Podríamos subirnos al próximo avión con destino a París, a Londres o a cualquier lugar lejos de aquí, donde todos estudiaban nuestros movimientos bajo lupa. Donde pudiéramos fingir que éramos una pareja normal, una que no tenía que cumplir con las expectativas de sus familias y que no tenía que lidiar con las mezquinas riñas de estas.

Solo que no podíamos.

Esta era la primera vez que disfrutábamos de cierta privacidad real desde la discusión de nuestros padres. El espacio que compartíamos en la sede de Comestibles Singh estaba justo al lado del despacho de mi padre (así que, cuando estábamos ahí, los nervios nos podían) y las videollamadas no eran un sustituto válido que compensara el no verlo en persona.

Sebastian apoyó la frente en la mía. Se le fue ralentizando la respiración hasta que adoptó un ritmo firme y constante y, mientras tanto, yo fui pasándole los dedos distraídamente por el pelo y dibujándole unos perezosos círculos en la espalda. Solo quería notarlo, inhalar su aroma y asegurarme de que era real.

—¿Crees que nuestros padres dejarán de mirarse el ombligo algún día? —preguntó en francés.

Hablaba inglés con desenvoltura. Sin embargo, cuando estaba particularmente frustrado, cambiaba a su lengua materna.

Reí, aunque el sonido fue acompañado de una pizca de melancolía.

—Quizá. O quizá no —respondí también en francés.

—El universo no para de tocarnos los cojones cada vez que nos va bien. Estoy empezando a tomármelo como algo personal.

No me reí porque Sebastian tenía razón. Desde el misterioso cabrón que había saboteado lo de su carta en el internado hasta la discusión sin precedentes de nuestras familias, nuestra relación no paraba de toparse con un obstáculo tras otro. Habíamos perdido el tiempo durante años y, ahora que por fin estábamos juntos, teníamos que vernos a escondidas como si fuésemos un par de adolescentes.

Unos meses atrás, me habría tomado todos esos palos en las ruedas como señales de que no debíamos estar juntos. Pero ¿sinceramente? A la mierda con las señales.

Sebastian y yo habíamos superado una vida de animadversión y malentendidos. También superaríamos esto.

Sin embargo, al imaginarme teniendo que escoger entre él y mi familia, me estremecí. No quería tener que esperar otros quince años para que pudiéramos estar juntos públicamente. Puede que

parezca exagerado, pero es que todo el mundo sabía que mi padre era de los que guardaban rencor durante mucho, muchísimo tiempo.

—No podemos esperar a que se reconcilien por sí solos —señalé —. Necesitan un empujón.

—A ver si lo adivino —dijo Sebastian—. Ese empujón se lo vamos a dar nosotros.

—Mira que llegas a ser listo... —lo provoqué para relajar un poco el ambiente.

Cuando me echó al suelo, se colocó encima de mí y procedió a hacerme cosquillas con la frente arrugada haciendo coña, chillé y reí de verdad.

Alguien llamó a la puerta. Nos quedamos petrificados y dejamos de reír, presos del terror.

—¿Señorita Singh? ¿Puedo entrar?

Mierda. Era el organizador del evento.

—Eh... Un momento, por favor —respondí con un tono de voz más agudo de lo que me habría gustado.

Me levanté de golpe, me peiné un poco y me alisé la ropa mientras Sebastian se escondía entre la pared y el archivador que más lejos quedaba. Este despacho era un espacio abierto y solo podía ocultarse allí.

Cuando él estuvo bien escondido, le abrí la puerta al organizador, que me recibió con una sonrisa firme. Le devolví el gesto con el corazón a mil por hora.

—Disculpe. La llamada ha durado más de lo previsto. —Salí al pasillo y cerré la puerta con firmeza tras de mí—. Muchísimas gracias por dejarme usar el despacho. Me ha, eh..., ofrecido mucha privacidad. Justo lo que necesitaba.

—No hay de qué. —El hombre desvió la vista hacia la puerta, ahora cerrada—. ¿La acompaño a la entrada? La distribución de esta planta puede ser un poco confusa.

Seguí con la misma expresión en el rostro, como si me hubiesen cosido la sonrisa.

—Por supuesto —contesté.

Lo seguí por aquel laberinto de pasillos hasta el ascensor. Esperaba que Sebastian lograse salir sin que nadie lo pillara. Dudaba

que ocurriese porque no había demasiado movimiento por el ala administrativa, pero ojalá hubiésemos podido despedirnos mejor. A saber cuándo volveríamos a estar a solas, trabajo aparte.

Se me encogió el pecho.

No podíamos seguir así. Teníamos que encontrar la forma de que nuestros padres hicieran las paces y, a poder ser, antes de que muriésemos todos de viejos.

Añadí ese punto a mi lista mental de cosas por hacer, junto con otras cuestiones relevantes como las tareas de dama de honor para la boda de Priya, contarles a nuestros padres que Sebastian y yo estábamos saliendo después de que estos volviesen a hablarse (con algo de suerte) y... Ah, sí, conseguir que el lanzamiento del mes que viene fuese el evento más importante y el que más diese de qué hablar en el sector gastronómico.

«Cero presión, eh».

La cabeza me iba a mil por hora. No obstante, en cuanto entré en el ascensor, ese pánico se convirtió en resolución.

Lo haría todo. No había alternativa.

38

Maya/Sebastian



Maya

Como siempre, empecé por lo más urgente en mi lista de quehaceres: elaboré un plan exhaustivo y lo completé con un plan B y un C, por si el B salía mal. Lo que fuera con tal de contribuir a que mi padre y Michel recuperaran la amistad y sacarnos a todos de la miseria.

Por desgracia, todos y cada uno de esos planes fracasaron estrepitosamente.

Cuando Sebastian y yo sobornamos a sus asistentas para que les programaran una cena vip, se largaron nada más ver al otro en el restaurante.

Cuando les enviamos unas notas de disculpa firmadas con el nombre del otro, enseguida se percataron de que no eran reales (buen ojo tenían; eso sí) y las tiraron a la basura.

Cuando orquestamos un encuentro «fortuito» en el Club Valhalla, se... Bueno, ya os hacéis a la idea.

Tratar con ellos era como tratar con unos niños pequeños. Unos niños pequeños influyentes y tozudos que estaban acostumbrados a

salirse con la suya y que preferirían morir antes que tragarse el orgullo.

La cosa duró dos semanas y, al final, pasó un mes entero desde que mi padre y Michel dejaron de hablar. Por primera vez en mi vida, se me agotaron las ideas. Y me entraron ganas de arrancarme el pelo.

Por si no había suficiente con eso, Priya estaba empezando a petar bajo la presión de las tendencias de novia-monstruo indirecta de mi madre. Había tenido que convencerla en dos ocasiones para que no se fugara y se casara a escondidas, pero me preocupaba que no fuera a llegar a su propia boda sin cometer un macabro asesinato.

Ahora ya medíamos la cuenta atrás para el lanzamiento de la colaboración en semanas en lugar de meses, de modo que nos pasábamos todos los minutos del día ultimando detalles y resolviendo problemas de última hora. No habíamos vuelto a tener ni un segundo a solas con Sebastian desde aquel polvo rapidillo en el hotel, y yo me había convertido en una bola gigantesca de frustración sexual.

Básicamente, estaba teniendo una primavera de mierda, con énfasis en el «de mierda». Si seguía en pie era gracias a la cafeína, la adrenalina y mis llamadas nocturnas con Sebastian.

Y luego estaba Neha. Teniendo en cuenta los acontecimientos recientes, había revocado la amenaza de contarles a nuestros padres que Sebastian y yo estábamos saliendo si no lo hacía yo personalmente. Por desgracia, había sustituido dicha amenaza con algo peor.

—Tienes que romper con él —me dijo mientras estábamos probándole el *lehenga* de boda a Priya.

Mi madre quería que llevase un sari nupcial más tradicional, pero Priya se había negado rotundamente. Mi hermana quería un *lehenga* y, en concreto, uno diseñado por Vian (a secas); un renombrado diseñador indio de ropa nupcial.

Mi madre cedió, aunque hoy no había venido a la prueba de vestuario porque Priya la había reservado, «por pura coincidencia», a la misma hora que la cita médica inamovible que tenía nuestra madre.

Neha y yo estábamos sentadas en la parte trasera del *atelier* de Vian mientras él volvía a tomarle medidas a Priya y estudiaba minuciosamente el drapeado. Estaban los dos demasiado distraídos y demasiado lejos como para oír nada de lo que dijéramos nosotras, pero yo no dejé de mirarlos mientras respondía:

—Neha —dije casi en un susurro—, no voy a romper con él.

—Maya, estamos hablando de papá. Todavía no ha perdonado al tío Raj por el incidente de la partida de *blackjack* esa y de eso hace...

—Más de veinte años. Sí, ya lo sé. —Me dolía la cabeza—. Pero Seb no ha hecho nada mal y yo no voy a...

—¿Qué os parece? —nos preguntó Priya, dándose la vuelta para que pudiéramos ver la parte delantera del *lehenga*—. ¿Creéis que deberíamos probar otro drapeado?

—Es ideal —respondimos Neha y yo al unísono.

Esperé a que Priya volviese a estar ocupada con Vian antes de continuar donde lo había dejado:

—No voy a romper con él solo porque papá y Michel sean demasiado tozudos para disculparse.

—No entiendo cómo puedes ser tan cabezota. —Sonaba frustrada —. Si hace unos meses el chico ni siquiera te caía bien. Te has pasado casi toda la vida odiándolo con todo tu ser.

—Eso de «odiar» igual es pasarse —la corregí—. Éramos... amienemigos.

—Le hiciste un muñeco vudú y fuiste clavándole alfileres cada noche hasta que Diya lo encontró y lo tiró a la basura. Nos obligó a quemar salvia por toda la casa para deshacernos de «la energía de magia negra». La casa olió a humo durante días.

—Ya, bueno, tenía quince años y estaba superenfadada porque lo habían votado delegado de la clase a él y no a mí, ¿vale? Y todo porque robó el voto de las chicas a base de tontear con ellas. Pero, bueno, esa no es la cuestión. La cuestión es que ahora nos gustamos.

«Más que eso», pensé, aunque no se lo dije. Como se lo contara a Neha, se agobiaría aún más.

—¿Tanto como para que estés dispuesta a enfrentarte a la ira de papá por él? —Me estudió seria con sus ojos oscuros—. Quiero que seas consciente de lo que implicaría desafiar sus órdenes de mantenerte alejada de los Laurent. No estamos hablando de una norma que te hayan impuesto papá y mamá para que saques buenas notas o llegues a casa a cierta hora. Papá piensa que Michel lo ha traicionado y no hay nada que aprecie más que la lealtad, tanto por parte de sus amigos como de su familia. Si no perdona a Michel, y tiene números de no hacerlo, las consecuencias cuando se entere de que estás saliendo con Sebastian serán descomunales. Podría relegarte o echarte del trabajo. Te hará elegir entre tu familia y tu novio y, como elijas al último, nunca te dará el visto bueno para que te cases con Sebastian. Para él, será una traición más, y esta será aún peor porque eres su hija. Tu relación con papá ya nunca será la misma.

Se me formó un nudo de cemento en la garganta. Mi hermana no me estaba diciendo nada que no supiera ya, pero oírselo decir a ella en voz alta provocó que la realidad me azotara con una claridad brutal.

Hasta ahora, me había convencido de que encontraría la forma de no perder ni a mi familia ni a Sebastian. Pero, de repente... Ya no estaba tan segura.

A Neha se le relajó la expresión, compasiva.

—No quiero asustarte —me dijo con más delicadeza en la voz—. Pero te has desvivido por llegar donde estás ahora y la familia es la familia. Los novios vienen y van, pero la familia es para siempre. Así que, antes de apresurarte a tomar una decisión, quiero que pienses bien en todo lo que puedes perder como sigas saliendo con Sebastian. ¿Estás dispuesta a tirarlo todo por la borda por una relación que ni siquiera sabes si durará?

El dolor de cabeza me fue bajando cada vez más hasta amontonárseme detrás de los ojos. Me sentí tentada a decirle que se equivocaba y que nuestra relación *sí* que iba a durar, pero, de pronto, el agotamiento se adueñó de mí.

Estaba cansada de discutir. Cansada de pelear. Cansada de intentar explicarle algo a quienes no lo entendían o no querían

entenderlo.

Estaba cansada de ser yo.

Priya nos pidió que nos acercáramos y miráramos los detalles del bordado y me salvó de tener que responder.

Acatamos, pero la pregunta de Neha siguió retumbándome por la cabeza sin cesar.

«¿Estás dispuesta a tirarlo todo por la borda por una relación que ni siquiera sabes si durará?».

Con el corazón en un puño, me toqué el medallón que llevaba en el cuello.

Muy en el fondo, sabía cuál era mi respuesta.

Y me acojonaba.

Sebastian

Entré en el estudio de mi padre sin llamar.

Tenía la puerta del despacho de casa abierta de par en par (poco habitual en él, aunque tampoco era la primera vez) y, cuando pasé, vi que tenía las cortinas medio corridas. La estancia olía a humo y a cuero.

Mi padre estaba sentado detrás del escritorio con un puro entre los dedos. Le dio una calada al cubano con el rostro bien arrugado. Parecía que hubiese envejecido diez años en las últimas semanas, pero seguía con la misma mirada férrea de siempre.

—Esto sí que es una sorpresa —comentó—. ¿Tú no deberías estar trabajando? Faltan dos semanas para el lanzamiento de los productos y todavía tienes mucho por hacer si quieres cumplir con lo estipulado en el contrato. —Dio otra calada—. A no ser que te hayas desdicho ya de esos absurdos sueños que tenías de convertirte en chef profesional y vayas a ceñirte a lo que mejor se te da.

—No te preocupes por el lanzamiento. Vas a tener el evento de la temporada que querías —dije con una confianza que no sentía mientras me dejaba caer en el asiento que le quedaba enfrente. El estrés que me generaba el lanzamiento y el tener que esconderle mi

relación con Maya me había pasado factura; no pegaba ojo por las noches y, de vez en cuando, me entraban ataques de ansiedad. Aun así, moriría antes que reconocerle nada de eso a mi padre—. Podría preguntarte lo mismo. ¿Tú no deberías estar trabajando?

Sonrió de forma más bien lúgubre.

—Es increíble de la de cosas que puedes escaquearte cuando eres tu propio jefe. —Dejó el puro en un cenicero de cristal—. ¿A qué se debe este honor? Casi nunca vienes sin avisar.

—He venido a ver cómo estaba *maman*, pero tenemos que hablar igualmente. —Guardé silencio un segundo—. Tenía muchísimas ganas de irse de viaje a Suiza. Está bastante apenada.

Mi madre no se estaba tomando nada bien ese distanciamiento con los Singh. La criada me dijo que se había pasado todo el mes llorando, bebiendo o comprando artículos exorbitantemente caros en las subastas en línea de Sotheby's mientras engullía chocolate. Antes, cuando había ido a verla, la había pillado comprando un collar de esmeraldas de trescientos mil dólares.

Mi madre insistía en que estaba bien, pero yo sospechaba que si este distanciamiento le estaba sentando tan mal era porque, para ella, era otra gran pérdida más. Después de mi tía, su amiga más cercana era la madre de Maya.

Odiaba a Neal por habernos arrastrado hasta aquí. Y odiaba a mi padre por haberlo puesto en esta situación; una que le hizo pensar que teníamos que llegar a esto.

Mi padre arrugó la frente, pero enseguida serenó la expresión.

—Ya se le pasará. Tiene otras amigas.

—Esa no es la cuestión —solté en francés y con los dientes apretados—. Sabes lo mucho que le afectó la muerte de la tía Brigitte. Y ahora ni siquiera puede hablar con su mejor amiga porque tú eres demasiado tozudo como para disculparte. —Intenté mantener mi creciente cabreo a raya—. ¿Por qué? ¿Por qué te reuniste con Charles Whitaker?

Si mi padre no hubiese asistido a esa maldita cena, ahora no estaríamos en este fregado. Él seguía diciendo que no fue «nada importante», pero seguro que sabía que Neal se enteraría. Lo que yo no entendía era por qué. ¿Cuál era su intención?

Mi padre se puso serio.

—Fue una puta cena —escupió también en francés—. Superadlo ya todos.

—Cuando se trata de negocios, eso de «una puta cena» no existe. Es, precisamente, lo primero que me enseñaste.

—Yo a ti no tengo que darte ninguna explicación. No tienes ni idea de todo lo que he sacrificado para... —Dejó la frase a medias y apretó los labios. Cambió al inglés y me preguntó—: ¿Has venido a hostigarme otra vez con el soporífero tema este o querías algo más?

Me lo quedé mirando; le estudié las arrugas que le envolvían la boca a causa del estrés y vi que el agotamiento le inundaba la mirada. Era la primera vez que miraba a mi padre en un mes y lo veía de verdad. No sabía si, durante este tiempo, había cambiado él o lo había hecho yo, pero mi padre parecía más pequeño. Más cansado.

Se había convertido en una especie de monstruo en mi cabeza, pero no lo era. Solo era un hombre más.

Al darme cuenta de eso, noté una tranquilidad fría y espeluznante.

Me pregunté qué diría si le contara lo de Maya. O le daría igual o, en el caso de que el lanzamiento fuera mal, le echaría la culpa a ella y diría que me había distraído. Fuera como fuese, mi padre no tendría el privilegio de enterarse de esa parte de mi vida.

Él tenía sus secretos. Yo también tendría los míos.

—No. —Me levanté con expresión neutral—. Eso es todo.

39

Maya



El evento de la presentación se celebró una preciosa tarde de viernes en Vermont. Todavía no era verano, pero el clima de principios de junio ofrecía un cielo claro y soleado, y el evidente entusiasmo que mostraban los invitados al salir de los coches y acercarse a la terraza, donde los recibíamos, permeaba el aire.

Yo me ocupaba de atender a los invitados mientras que Sebastian estaba al cargo de la cocina. Habíamos invitado a unos veinte de los mejores críticos gastronómicos, periodistas y creadores de tendencias del país, y yo los iba saludando personalmente a todos, uno por uno. Tenía los nervios a flor de piel, pero no dejé que se me notara mientras les agradecía que hubieran venido y les preguntaba por sus familias o sus últimas vacaciones.

El ámbito gastronómico era pequeño y todo el mundo se conocía, quisiera o no.

—Hollis, me alegro de verle —dije con una educada sonrisa en el rostro—. Gracias por venir. —No le hice ninguna pregunta acerca de su vida personal porque no sabía nada al respecto ni tampoco me importaba.

Nos habíamos pasado días peleándonos con Sebastian para ver si invitábamos a Hollis Miller o no. Era un polémico *influencer* a quien

yo odiaba con todo mi ser. Había accedido porque Sebastian llevaba razón; Hollis tenía demasiada presencia como para ignorarlo; además, que asistiera al evento generaría muchísima atención. En internet, la gente no paraba de especular sobre si nos pegaríamos un tortazo o si le demostraríamos a Hollis que se había equivocado cuando, al principio, se había mostrado tan escéptico con la colaboración.

El chico me sonrió en lo que resultó ser un gesto incómodamente carismático en comparación con la agresividad que presentaba en redes.

—Encantado de estar aquí. Aunque ya veremos si sigues dándome las gracias cuando acabe el evento. Mis reseñas son brutalmente honestas.

Pfff. Si es que no me equivocaba. Era un cabrón.

Se lo encasqueté discretamente a Ezra y me centré en los demás invitados. Una vez que todos estuvieron registrados, entré para asegurarme de que todo funcionara sin problemas durante la hora del cóctel.

Tanto mi padre como Michel estaban aquí con varios representantes más de las empresas, pero se evitaban mutuamente. Un fotógrafo y videógrafo profesional se iba paseando por la sala, fotografiando y grabando contenido para más tarde. La gente parecía disfrutar de los canapés, que eran todos de nuestra nueva línea de platos congelados.

De momento, la cosa iba bien.

—Relájate —me dijo Ezra cuando me vio reorganizando las copas para que quedasen perfectamente alineadas—. Saldrá todo bien.

—No basta con que salga bien —respondí—. Tiene que ser todo extraordinario —recalqué enfatizando esa última palabra.

Había destinado todos mis esfuerzos y hasta la última gota de mi creatividad en este evento. Teníamos un amplio presupuesto y los mejores recursos a nuestra disposición. Como la presentación fuese un fracaso, no podría ampararme en ninguna excusa; como la presentación resultara mediocre, no podría ampararme en ninguna excusa. Tenía que ser un evento deslumbrante porque, de lo

contrario, sería una decepción, y yo no decepcionaba. No podía permitirme ese lujo.

No era solo por mi padre, los medios o la competencia de quienes tan desesperadamente querían ocupar mi lugar en la cima del mundo del *marketing*.

Era por mí. Si lo conseguía, si me demostraba a mí misma que podía hacerlo, tal vez por fin podría descansar. A lo mejor este era el logro con el que diría: «Lo he conseguido, merezco este puesto». Vería que había llegado a lo más alto y que ya no había más peldaños que subir.

Quizá.

Pero, primero, tenía que asegurarme de que fuera una noche impecable. No me había olvidado de la otra cosa que, en un principio, también debíamos hacer esta noche. Teóricamente, pasada la presentación, Sebastian y yo les contaríamos a nuestras familias que estábamos saliendo. Esto ya no iba a ocurrir, evidentemente, y yo no sabía si sentirme aliviada o frustrada.

Le pedí a Ezra que socializara con los invitados y me fui a la cocina. Ya casi había llegado la hora del acontecimiento principal y quería ver cómo estaba Sebastian.

A pesar de tener un nudo en el pecho por culpa de la ansiedad, no pude evitar sonreír cuando oí que la gente susurraba sorprendida al ver el salón principal.

Éramos un grupo relativamente pequeño, de modo que habíamos preparado tres grandes mesas agrestes, priorizando así la sensación de formar parte de un colectivo en lugar de optar por la distribución tradicional con mesas redondas. La luz del atardecer teñía los árboles del exterior de unos tonos naranjas y dorados, y las lámparas rústicas de araña aportaban una brillante y agradable calidez.

Sebastian y yo habíamos trabajado con la administradora de la cabaña para asegurarnos de que todos los detalles fueran perfectos, desde la altura de los centros de mesa hasta la marca exacta de alcohol que usaríamos para los cócteles. Tras una cantidad ingente de correos electrónicos, un ataque de nervios (por mi parte) y

muchísimos discursos motivacionales (por parte de Sebastian), por fin estaba satisfecha con el resultado.

¿La vajilla y los cubiertos? Exquisitos.

¿La iluminación? Elegante.

¿La cocina? Eh... Un caos.

Empujé las puertas batientes y enseguida me recibió una avalancha de ruido y movimiento. Tapas que repiqueteaban, temporizadores que se disparaban y gritos que se mezclaban con el chisporroteo de las ollas calientes. La gente iba de un lado para el otro a toda prisa, trajinando bandejas y demás parafernalia culinaria.

Encontré a Sebastian en medio del meollo. Estaba hablando con Margaux, su mentora, que había accedido a ayudar con el servicio esta noche. En cuanto llegué a ellos, la mujer me saludó y, acto seguido, se disculpó para ir a ver cómo iban los entrantes.

—¿Cómo estás? —le pregunté a Sebastian.

Iba vestido con una chaquetilla y se había arremangado. Un delicada pátina de sudor le permeaba la frente y estaba rígido. Lo vi tan tenso que me dio la sensación de que no había tomado una sola bocanada de aire en toda la tarde.

—Bien. *Comme une merde* —contestó, contradiciéndose a sí mismo.

—Me comentan por el pinganillo que esto es señal de que vas por el buen camino.

A Sebastian se le dibujó una breve sonrisa en los labios que desapareció en cuanto desvió la vista hacia la partida de la lasaña.

—¡Gus, todavía no está! ¡Le faltan treinta segundos más!

El chef júnior se sobresaltó. No debía de tener más de veinte años.

—¡Perdón, chef!

El chico se sonrojó, se le tensaron los hombros y se apartó de la encimera como si se hubiese quemado.

Hice una mueca. Aparte de Margaux y de unos cuantos miembros más de personal experimentado que Sebastian había seleccionado personalmente, el resto del equipo nos lo habían proporcionado al alquilar la cabaña. No era ideal, pero ninguno de los restaurantes de los Laurent podía permitirse quedarse sin un par de manos o más un

viernes por la noche. Con suerte, los veteranos lograrían compensar la falta de experiencia del resto del personal.

—¿Cómo vais allí fuera? —se interesó Sebastian.

—Bien. —Le hice cuatro pinceladas de cómo había ido todo hasta ahora—. Lo tenemos controlado; no te preocupes.

He aquí unas palabras que yo también necesitaba oír.

Se le relajaron sutilmente los hombros. Asintió con suma discreción, pero volvió a distraerse con algo en la partida de los postres.

Me marché para no distraerlo más. Pese a que nuestro plan de mezclar platos congelados con otros recién hechos fuese altamente arriesgado, confiaba en las habilidades de Sebastian.

Para el menú degustación de doce platos de hoy, él mismo había escogido seis recetas de platos congelados. Eso era lo fácil. Solo teníamos que precalentarnos y asegurarnos de que se sirvieran en el momento justo y a la temperatura adecuada para su máximo disfrute.

Lo que más trabajo llevaba eran los otros seis. Lo difícil no era que estuvieran ricos; ya sabíamos que lo estarían. Lo difícil era conseguir encontrar el equilibrio adecuado. Los platos tenían que impresionar a los invitados, pero no podían eclipsar los congelados, de modo que no podían ser extremadamente exquisitos. Creíamos en nuestra nueva línea de productos, pero teníamos que ser realistas: un plato congelado jamás le pasaría la mano por la cara a uno recién hecho. El truco estaba en preparar unos platos cuya calidad fuera suficientemente parecida (sin llegar a sacrificarla) para que a los comensales les costara saber cuál era el congelado y cuál no.

Yo los había probado el día anterior. No era ninguna crítica gastronómica profesional, pero, de no haberlo sabido de antemano, habría sido incapaz de diferenciarlos.

Regresé al salón. Ezra ya había acomodado a todo el mundo en sus respectivos asientos y, al cabo de poco, nos sirvieron el primer plato. Unas miniquiche de la línea de congelados.

Fui estudiando a la gente que había a mi mesa entre bocados y con ojo avizor en un intento por ver cómo reaccionaban.

—Deliciosa —dijo el editor de la sección gastronómica de *Mode de Vie*.

El crítico de *TheNew York Times* asintió y casi todos los demás comensales musitaron algo en señal de aprobación. Hollis Miller masticó en silencio con expresión ininteligible.

Estaba tan nerviosa que a duras penas notaba el sabor de la comida; sin embargo, a medida que avanzaba la noche, fui relajándome. Por lo general, el recibimiento de los platos fue positivo. Cuando llegamos al sexto, me había tranquilizado lo suficiente como para apreciar los ricos y suculentos sabores del plato estrella de la noche: una lasaña (de carne o vegetariana) que le hacía la boca agua a cualquiera. Estaba tan rica que incluso Hollis enarcó las cejas en señal de aprobación.

Íbamos por la mitad del evento y lo estábamos petando. A lo mejor lo conseguiríamos y todo.

Me terminé la pasta en un tiempo récord y me disculpé para ir a ver cómo seguía Sebastian. No había salido de la cocina desde que habían empezado los preparativos y debía de estar muriéndose por saber algo.

—¿Y bien? —me preguntó nada más verme.

Sonreí de oreja a oreja.

—Les encanta la comida —dije enfatizando en el verbo—. Creo que no tienen ni idea de qué es congelado y qué no. Eso de hacer que lo adivinen fue una genialidad.

A Sebastian se le destensaron los músculos y un alivio palpable le inundó el rostro.

—¿Qué quieres que te diga? A los genios se nos ocurren genialidades.

—Por una vez, una sola, voy a dejar que te flipes un poco.

Sebastian sonrió.

—Ya veremos si es una sola. Te aseguro que tengo un montón de genialidades más.

Le devolví la sonrisa, feliz de ver que había recuperado algo de ese brillo habitual en su mirada. Tanto él como yo necesitábamos que el evento saliera bien, y la victoria estaba tan cerca que, si alargaba un poco el brazo, casi podía tocarla.

—Aún faltan seis platos más, pero, a no ser que pase algo drástico, estoy bastante segura de que...

Se oyó un fuerte sonido en el salón, seguido de un grito y algo de revuelo.

En la cocina, todo el mundo se quedó petrificado y con los ojos abiertos como platos. La primera en reaccionar fue Margaux, que bramó:

—Pero ¿qué hacéis? ¡Concentraos! El servicio todavía no ha terminado.

El personal reanudó el trabajo de inmediato mientras ella nos guiaba a Sebastian y a mí hacia la puerta.

—Id. Yo me ocupo de esto.

No perdimos tiempo debatiéndole nada. Salimos escopeteados de la cocina y nos detuvimos en seco justo al borde del salón.

Sebastian tenía la cara del mismo color que el uniforme.

—¿Qué cojones...? —soltó él.

Intenté hablar, pero no me salió nada. Aterrada y en silencio, me quedé mirando el terrible alboroto que se había armado en el breve lapso de tiempo que me había ausentado.

El comensal que nos quedaba más cerca había vomitado sobre el plato. Había trozos de lasaña regurgitada por toda la mesa y el hombre estaba doblándose sobre sí mismo, jadeando. Una mujer echó la silla atrás y fue corriendo al baño con la cara de un tono verdoso. Los demás comensales empezaron a entrar en pánico y a levantarse de los asientos hasta que también empezaron a vomitar.

«No. No, no, no».

Me quedé sin aliento. Empecé a verlo todo borroso; era como si estuviese atrapada en una pesadilla de la que no podía despertar. ¿Qué diablos estaba pasando?

Hacía unos minutos, todo iba viento en popa. ¿Cómo podía haberse ido todo al traste tan deprisa y de forma tan colosal?

A lo mejor estaba teniendo alucinaciones. A lo mejor...

—¡Maya! —Ezra vino pitando hacia mí. Estaba estresado y la voz le sonaba tensa.

Al verlo, salí de aquel trance. No era ninguna pesadilla. Era la realidad y teníamos que controlar la situación de inmediato.

—¿Qué ha pasado? —quise saber.

—¡No lo sé! —Señaló impotente a los comensales que no paraban de vomitar. Los camareros intentaban ayudarlos, pero de poco servía. Tampoco teníamos tanto personal—. Todo iba bien hasta que el editor de *Mode de Vie* ha dicho que tenía náuseas. Luego ha vomitado y... Bueno, ya has visto el resto. Ha pasado todo en menos de dos minutos.

Joder. Vale.

Me obligué a tomar una profunda bocanada de aire por la nariz, eché aquel creciente pánico a un rincón de mi mente y lo encerré allí.

Ahora mismo, no podía dejarme llevar por el terror. Nuestra prioridad principal era llamar a un médico. Cuando nos hubiésemos asegurado de que los síntomas de los comensales no eran más que una posible intoxicación alimentaria (que bastante malo sería ya), entonces sí me dejaría llevar por el terror.

Ordené a Ezra que llamara a las autoridades competentes y coordinara la situación con la conmocionada administradora del local. Cuando Ezra se hubo ido, me giré hacia Sebastian para que pudiésemos pensar en una estrategia de emergencia.

—Seb, tenemos que... —Dejé la frase a medias.

Mientras yo había estado hablando con Ezra, Sebastian no se había movido ni un ápice. Tenía la vista clavada en los invitados y estaba pálido como el papel. La sangre le cubría el labio superior y respiraba con dificultad.

Sentí una ola de pánico.

—¿Estás bien? ¿Quieres sentarte?

—No —respondió en un susurro casi inaudible.

La voz le sonaba lejana y vacía, como si Sebastian no fuera más que una sombra de lo que había sido. Un discreto escalofrío lo recorrió entero y entonces lo entendí.

A los comensales les había sentado mal la comida. La peor pesadilla de Sebastian se había hecho realidad por segunda vez. Primero, con la muerte de Martin Wellgrew en la inauguración de Le Boudoir. Y, ahora, el lanzamiento se había convertido en una emergencia médica. Sebastian había estado al frente de la cocina en

ambas ocasiones y, también en ambas ocasiones, la noche había acabado siendo una catástrofe.

Un dolor colosal me inundó el pecho.

Le apoyé una mano en el brazo y noté que tenía la piel pegajosa.

—Todavía no sabemos qué ha pasado —le dije—. No te culpes.

La explicación más fácil era que se tratase de una intoxicación alimentaria, pero algo me decía que no había sido el caso. Sebastian era muy meticuloso con las cuestiones de seguridad alimentaria; me negaba a pensar que se le había pasado algo por alto, por más que no todo el personal tuviese tanta experiencia como nos hubiera gustado. Era todo muy sospechoso, pero ya lo investigaría más adelante. Ahora tenía cosas más apremiantes de las que ocuparme.

—Voy a contárselo al resto —anunció Sebastian sin responder a mi previo comentario, aunque al menos reaccionó. Se giró evitándome la mirada y dijo—: Tú ocúpate de los invitados, yo me encargo de la cocina. Ya hablaremos luego cuando... —Tragó saliva con fuerza—. Cuando todo se haya calmado un poco.

—Vale —respondí en voz baja.

En cuanto desapareció por la cocina, noté que se me encogía el corazón. No podía ni imaginarme cómo debía de sentirse ahora mismo; sin embargo, no nos haría ningún bien que me dejara llevar por mis preocupaciones. Ya lo comentaríamos después, cuando hubiésemos gestionado todo esto.

Aparté el desasosiego en el mismo rincón de mi mente donde había encerrado el pánico y entré en acción.

Me pasé las dos horas siguientes cooperando con Ezra y con la administradora del local para limpiar ese desastre, tanto literal como metafóricamente hablando. Los médicos llegaron en un santiamén. El diagnóstico preliminar fue que se trataba de una intoxicación alimentaria y enviaron a los más afectados al hospital para que les inyectaran fluidos por vía intravenosa. El resto de los comensales se fue al hotel a descansar y a recuperarse, que falta les hacía. Michel también se encontraba mal, pero, por misterioso que resultara, mi padre, Hollis y yo nos salvamos.

—Esto es lo que pasa cuando te fías de un Laurent —se quejó mi padre furioso y con los labios apretadísimos—. Que, como no vigiles,

se lo cargan todo.

Los Laurent también tenían mucho que perder con todo esto, pero fui incapaz de aunar la energía suficiente como para llevarle la contraria. Lo único que pude hacer fue cumplir con mi deber con una calma mecánica y mirar, impotente, cómo nuestro precioso lanzamiento, ese que tan meticulosamente habíamos planeado y que habíamos perfeccionado con sudor e incontables lágrimas a lo largo de más de nueve meses, se iba a pique.

40

Sebastian



Me serví un quinto vaso de *whisky* y lo dejé en la encimera. El líquido ámbar centelleaba bajo la luz tenue.

Se me hizo la boca agua, pero no lo toqué, igual que había ocurrido con los otros cuatro vasos. Estaban alineados los unos detrás de los otros como un ejército de soldados enemigos esperando a que cediera.

Sería tan fácil... Un sorbo y me sentiría mejor. Un vaso y las incesantes náuseas que notaba en las tripas tal vez desaparecerían. ¿Cinco vasos? Perdería el conocimiento y mis preocupaciones no serían más que un lejano recuerdo.

«Qué fácil sería...», dijo una peligrosa voz en mi cabeza.

Vi mi reflejo fracturado en el cristal del vaso. Un vaso que me devolvía la mirada y me retaba a que lo cogiera.

Esas bebidas eran una prueba que me había puesto a mí mismo para torturarme y casi fracaso. Estuve a nada de rozar el vaso con la punta de los dedos, pero me contuve a milímetros del cristal.

Aparté la mano de golpe y cerré los ojos con la mandíbula apretada.

«No». Toda mi vida se estaba viniendo abajo, punto por punto y miserablemente, y el único control que me quedaba era el de mis impulsos. Como cayera en esta trampa, no me quedaría nada. No sería nadie. Aunque, tal vez, ahora mismo, no ser nadie sería mejor que ser yo.

Habían pasado cinco días desde aquella catastrófica presentación. El motivo oficial del malestar de los comensales: intoxicación alimentaria por culpa de la carne de la lasaña. Maya, Neal y Hollis Miller habían optado por la opción vegetariana, lo cual explicaba por qué a ellos no les había pasado nada.

Por suerte, todos los invitados se recuperaron y no tuvieron efectos a largo plazo, pero las reseñas que hicieron *a posteriori* fueron comprensiblemente lacerantes. Me habían eviscerado a mí, el lanzamiento..., todo. La cobertura que se hizo del evento y la reacción pública fueron tan malas que estuvimos a punto de deshacernos de la línea entera. Meses de esmero y millones de dólares que se habían ido al traste... por mi culpa.

Me hundí en el sofá mientras la vergüenza me invadía el pecho.

El desastre de la presentación provocó que la relación entre mi padre y Neal, que bastante fría era ya, acabase de congelarse. Las dos empresas estaban en modo «crisis total» y, cuando hablé con mi madre el domingo, la noté perturbada. Ella intentó disimularlo, pero mi familia estaba sufriendo un segundo golpe atroz y eso llevó a que sus susodichas «mejores amigas» la dejaran de lado. He aquí otra gran pérdida en su vida, y eso también era mi culpa.

«Mi culpa».

«Mi culpa».

«Mi culpa».

No paraba de oír el eco de aquel mantra ya familiar en la cabeza. La bilis me inundaba la boca. Podía lidiar con que la gente me hubiese saltado a la yugular; lo que no soportaba era que también afectase a otras personas.

Mi familia. Los Singh. Maya. Habían creído (o, por lo menos, confiado) en mí y yo los había decepcionado porque me había venido arriba al pensar que podía ser un puto chef.

¿Y qué, que me gustase cocinar? ¿Y qué, que hubiese quien me dijera que se me daba bien? El universo había sido tajante y yo sabía pillar las indirectas. Entre el incidente de Le Boudoir y esta reciente catástrofe, me había quedado clarísimo. Cada vez que me ponía al frente de una cocina, ocurría una tragedia.

Obviamente, el acuerdo con mi padre quedó anulado y sin efecto. Estaría de suerte si la junta no me echaba directamente de la empresa. Aunque, a este paso, sería mejor para la sociedad que yo no volviese a salir de casa.

Eché la cabeza hacia atrás y clavé la vista en el techo. Como había corrido las cortinas, lo único que iluminaba el estudio era un solitario rayo de sol. El espacio apestaba a *whisky* y la sala estaba a oscuras; era deprimente, justo como me sentía yo.

Una parte de mí era consciente de que me estaba regodeando en la autocompasión, pero me importaba una mierda. Después de la debacle descomunal de la semana pasada, tenía derecho a regodearme.

Me llegó otro mensaje y me vibró el móvil. Lo ignoré igual que había ignorado las decenas más que había recibido desde el viernes.

Margaux me había dejado cinco mensajes de voz y todos mis amigos se habían puesto en contacto conmigo, pero no me apetecía hablar con ninguno de ellos. Me podía la humillación.

Ni siquiera era capaz de aunar la valentía para ver a Maya. Tal vez fuera la única capaz de conseguir que me sintiera mejor, pero ella también tenía que capear su propio temporal. Yo la había cagado y había arrastrado su reputación conmigo.

Maya no se merecía eso. Y yo no la merecía a ella.

No tenía ni idea de cuánto rato llevaba aquí, prácticamente a oscuras y mirando a la nada. ¿Minutos? ¿Horas? Daba igual. Mi padre me había suspendido de mis funciones por una cuestión de imagen, de modo que mi suplente se estaba encargando de los temas de comunicación con toda esta crisis. Como yo no tenía nada que hacer, podía quedarme aquí sentado tanto rato como quisie...

Llamaron al timbre.

No me moví de donde estaba sentado.

Volvieron a llamar y, como yo no hice nada, aporrearon la puerta.

Hostia ya. ¿Por qué no me dejaban solo? Si quisiera compañía, la pediría.

—Sebastian, soy yo. —Era la voz de Maya; sonaba amortiguada, pero yo la oí alto y claro—. Abre la puerta. —Volvió a dar unos golpes—. Sé que estás aquí, o sea que, como no respondas, pienso echar la puerta abajo.

Al imaginarme a Maya echándome la puerta abajo al más puro estilo cinematográfico, se me dibujó una delicada sonrisa en los labios. Aunque desapareció de inmediato.

De todas las personas que formaban parte de mi vida, a quien más temía enfrentarme era a ella. No quería mirarla a los ojos y ver en quién me había convertido: en alguien vacío y roto que había perdido su reluciente fachada y ahora, en su lugar, quedaba el terrible caos que habitaba en mi interior.

No era Sebastian Laurent, el chico al que tanto adoraban. Era Sebastian Laurent, el fracasado. No. Peor aún. Era un impostor.

Maya se había pasado casi toda la vida viéndome como un rival, alguien contra quien merecía la pena enfrentarse. ¿Qué pensaría ahora de mí?

Una vergüenza abrasadora me inundó los pulmones y fue subiéndome por la garganta.

—¡Sebastian! —gritó suplicante—. Abre la puerta, por favor.

Joder. No podía decirle que no a ella. Y menos cuando me lo pedía por favor.

Me levanté del sofá y fui hacia la puerta a regañadientes. La abrí y, cuando me golpeó aquel resplandor antinatural, hice una mueca. Acababa de exponerme a la luz del sol por primera vez en días porque me había pasado los anteriores metido en mi casa, a oscuras.

Maya estaba en el umbral. Llevaba una blusa de seda azul y unos pantalones entallados, lo cual evidenciaba que había venido directa desde el trabajo. El medallón de oro que le regalé por el cumpleaños centelleaba bajo el sol.

Al verlo, sentí una inesperada ola de emociones en el pecho. Tal vez no fuera mucho, pero aquella señal me daba a entender que no había renunciado a mí. Todavía.

—Hola —me saludó con ternura y una expresión más tierna aún.

—Hola.

Tragué saliva para deshacerme del nudo que notaba en la garganta y me eché a un lado para dejarla entrar.

Maya me siguió en silencio hacia el estudio, donde enseguida reparó en los vasos que tenía en la barra. Cogió uno y me ofreció otro antes de decir:

—Beberé contigo.

Entré en tensión.

—No puedo —respondí.

En lugar de insistir, dejó el segundo vaso en la barra y arqueó una ceja, como si me estuviera pidiendo permiso. Cuando asentí, ella se tragó el *whisky* de un trago.

—¿Nivel de gravedad? —le pregunté cuando se lo hubo bebido—. Sé sincera. No lo suavices.

Había visto los titulares, pero había logrado contenerme y no leer la sección de comentarios ni ponerme a buscar en bucle por internet. Ya me sentía bastante como el culo; no necesitaba ver cuantísimos desconocidos me consideraban un pedazo de mierda.

Aunque aquella parte mórbida que habitaba en mí necesitaba saberlo. ¿Cuán profundo era el pozo en el que había caído? ¿Conseguiría salir algún día de allí?

—Descomunal —reconoció Maya—. Se ha filtrado un vídeo de algunos comensales vomitando. Hemos intentado borrarlo de todas partes, pero no para de reaparecer en internet. Es la comidilla de la gente. Hollis Miller también ha subido un vídeo de cincuenta y cinco minutos rajando sobre seguridad alimentaria y dando motivos para que la gente les haga el salto a ambas empresas. —Le tembló un ojo —. Al muy cabrón no le pasó nada. Ojalá también se hubiese puesto enfermo. Se lo habría merecido. Pero, bueno, las acciones van... no muy bien. La junta está que echa humo. Estas son las malas noticias.

Resoplé y, con un tono seco, pregunté:

—¿Las hay de buenas?

—Era un decir —respondió Maya—. Pero las buenas son que todo pasa. Y esto también pasará.

Ojalá tuviera la misma seguridad que ella.

—Puede. Pero a veces la destrucción es tal que no queda nada por salvar. A ti te irá bien. —«Tiene que irle bien», pensé—. Pero este es el segundo escándalo para mi familia. ¿Recuerdas que te dije que sobrevivimos esa primera crisis por los pelos y que tal vez no sobreviviríamos a una segunda? —Hice una mueca—. Bueno, pues aquí estamos, hundiéndonos. ¿Quién confiará ahora en nosotros? Dios, si es que ni siquiera yo confiaría en nosotros.

—Sebastian...

—No. —Maya alargó el brazo hacia mí, pero me aparté antes de que pudiese tocarme. No me merecía su consuelo—. El problema soy yo, Maya. Siempre he sido yo.

—No es verdad.

—Claro que lo es —respondí y solté una risa amarga—. ¿Sabes por qué no me los bebo? —Señalé los vasos de *whisky* que quedaban en la encimera.

Negó con la cabeza, despacio y con expresión afligida.

—Después de que Wellgrew muriera, se me fue de las manos —dije—. El equipo de mi padre consiguió que la prensa no se enterase. Dijeron que estaba «viajando para investigar un poco», para aprender técnicas de cocina nuevas, cuando, en realidad, estaba emborrachándome por Europa, intentando olvidar lo ocurrido. Acabé en un bar de mala muerte en Praga y pillé una taja descomunal. Hasta el punto de que no era ni consciente de lo que hacía, joder. Me peleé con alguien y no recuerdo qué pasó a continuación. Lo que sí recuerdo es que me desperté entre rejas. Tenía los nudillos amoratados de cojones y... —Solté el aire temblorosamente—. No había matado al otro de milagro. Se pasó días en el hospital. Y yo ni siquiera te sabría decir por qué nos peleamos. Dudo que fuera importante. Tenía muchísima rabia y frustración acumuladas; sobre todo, hacia mí mismo. Pero peté con él.

Maya no se alejó ni me cortó. No le vi juicio alguno en la mirada. Simplemente, permaneció con la vista puesta en mí y los ojos llenos de lágrimas.

Yo no me ponía violento al beber y, por lo general, toleraba bien el alcohol, pero...

—Había tenido que pasarme tanto tiempo fingiendo que estaba bien que fue como si acabase de detonar algo dentro de mí. El otro tío sobrevivió, gracias a Dios, pero vivo aterrado por si vuelvo a perder el control de esa forma. Dejé de beber durante un tiempo, pero el psicólogo me dijo que el problema no era el alcohol. He bebido durante toda mi vida adulta, he perdido el conocimiento en alguna que otra ocasión, pero nunca había hecho algo remotamente parecido. Fue... interno. Estaba guardando demasiadas cosas dentro. Si no hubiese petado en Praga, lo habría hecho en algún otro momento, con o sin alcohol de por medio. Pero sigo vigilando. Ya no confío en mí mismo.

Fui hacia allí y cogí uno de los vasos. El olor a *whisky* era tan fuerte que incluso noté el sabor del líquido en la garganta.

—Esto lo necesito como muestra —señalé—. Me dije a mí mismo que, cuando todo se fuera a la mierda, tendría que demostrarme que puedo controlarme para no volver a estallar —le expliqué con tono desolado—. Es lo único que me queda.

—No es verdad. —Maya me apartó la bebida de la mano con cuidado y la dejó en la barra. Se me acercó más y me acarició la mandíbula con los dedos; aquel roce, delicado como una pluma, me ancló en el presente—. También me tienes a mí.

«¿Hasta cuándo?», pregunté para mis adentros.

—No deberías haber venido —le dije con el corazón en un puño. Imaginarme perdiéndola a ella me dolía más que cualquier otra cosa a la que hubiese tenido que hacerle frente esta semana—. Te podría haber visto alguien.

Era probable que le hubiese arruinado la carrera a Maya. No quería ser la razón por la cual también perdiera a su familia.

—Me da igual —respondió con voz firme y la mirada inquebrantable—. Todos cometemos errores, Sebastian. Los tuyos no son peores que los del resto.

—¿Cómo puedes decir eso cuando te lo jodí todo?

—No jodiste nada. —Al ver que no respondía, me agarró la mano y me dio un apretón—. Seb, lo que pasó no fue culpa tuya.

—Les dio una intoxicación alimentaria, Segu —le recordé en tono monocorde—. Quien estaba al mando de la comida era yo. Es la definición de «mi culpa».

Maya se mordió el labio. Arrugó la frente, como si estuviese debatiendo si responder o no.

Tuve un presentimiento y se me pusieron los pelos de la nuca de punta.

—¿Qué?

—No quería decírtelo hasta que estuviese segura, pero...

Sonaba cautelosa, como si se arrepintiera de haber abordado el tema siquiera.

—¿Segura de qué? —pregunté con más aspereza de la que pretendía.

—No creo que la intoxicación alimentaria fuera por nada que hicieras tú. Creo que nos sabotearon.

41

Maya



Se hizo un silencio absoluto.

Fue como si Sebastian se quedase absolutamente petrificado. Le pasaron un sinfín de emociones por el rostro antes de que adoptara una frialdad neutral.

—Explícate.

Lo dijo con un tono calmado, sutil. Letal.

No tenía previsto contárselo así. Primero quería recopilar pruebas concretas por si me equivocaba; sin embargo, cuando me contó lo de Praga y vi lo devastado que estaba, no pude contenerme. No podía dejar que Sebastian pensara que tenía la culpa de aquella intoxicación alimentaria cuando había muchas probabilidades de que no fuera el caso. De hecho, tal vez ni siquiera se tratase de una intoxicación alimentaria.

—Después del evento, contraté a alguien para que barriera meticulosamente el lugar —le conté. Con lo de Pittsburgh no tenía excusas más allá de mi sexto sentido, pero aquí podía ampararme en algo plausible para contratar a un profesional en lugar de intentar hacer yo misma de detective—. El personal se encargó de limpiarlo casi todo, pero se les pasaron algunas cosas, incluido esto. —Le

enseñé una especie de pedazo de papel de aluminio minúsculo—. Mi equipo lo encontró debajo de la nevera. ¿Ubicas este tono azul?

Sebastian frunció el ceño. Estudió el trozo de papel y negó con la cabeza.

—¿Qué es?

Busqué algo en el móvil y se lo enseñé.

El pedazo de papel de aluminio en sí no era nada. Era como el envoltorio de cientos de productos más. Sin embargo, ese trozo en concreto tenía una diminuta tira azul en el borde por donde lo habían arrancado. Era un azul increíblemente distintivo y fácil de reconocer que causó gran alboroto en el mundo del *marketing* cuando una empresa lo patentó años atrás. En su día, lo vi en decenas de artículos sobre la batalla legal que había generado dicha patente, y luego volví a verlo no hacía tanto en el armario para medicamentos de mis padres.

Encajaba perfectamente con el envoltorio de Laxantes Aldolasa.

Sebastian ató cabos enseguida.

—¿Crees que alguien metió laxantes en la comida?

—Explicaría los síntomas de los comensales —señalé—. Vómitos, diarrea, fiebre alta y fuerte dolor abdominal. Si se ingiere una dosis elevada, puede pasar fácilmente por una intoxicación alimentaria y que no se den cuenta ni los profesionales. Pero nosotros hemos tenido la suerte de que quienquiera que lo hiciera fuera lo bastante chapucero como para no vigilar con esto.

—En el caso de que alguien lo hiciera.

—En el caso de que alguien lo hiciera —repetí.

El equipo al que había contratado seguía estudiando si, efectivamente, este pedazo de papel de aluminio podía ser de los laxantes. E incluso suponiendo que fuera el caso, eso seguiría sin responder a por qué lo habíamos encontrado en la cocina. Podía ser que alguien lo tuviese ahí para uso personal o que se hubiese quedado ahí de algún evento anterior. Sin embargo, el momento y las circunstancias resultaban sospechosos.

Sebastian apretó la mandíbula mientras asimilaba lo que implicaba todo eso. No dijo nada, pero se lo vi en los ojos: una minúscula brizna de esperanza por si tal vez era cierto y él no tenía la culpa.

—Pongamos por caso que alguien nos saboteó. Tuvo que ser alguien de la cocina —dedujo—. Esto reduce bastante el número de sospechosos.

—Sí, pero cabe la pequeña posibilidad de que fuese alguien más —argumenté—. Hubo gente entrando y saliendo todo el día; sobre todo, durante los preparativos.

—Cierto. —Tragó saliva con fuerza—. ¿Cuándo lo sabrás seguro?

—Espero que a lo largo del día. En cuanto me digan algo, te aviso.

Asintió tercamente con la cabeza una única vez, aunque enseguida se le suavizó la voz al hablar.

—¿Cómo estás? Estos últimos días tampoco deben de haber sido fáciles para ti.

—He estado mejor, pero voy tirando. —Le dediqué una sonrisa firme—. Aunque daría lo que fuera por un bocado de lo que sea. No he comido nada en todo el día.

—Nada de lasaña —advirtió.

Reí por lo bajo. Por lo menos, era capaz de hacer bromas al respecto. Era un paso minúsculo en la dirección correcta; algo es algo.

—Nada de lasaña —coincidí.

Acabamos pidiendo *pizza* a domicilio.

Nos sentamos en el suelo del salón, con las piernas cruzadas y rodeados por dos *pizzas* gigantes, una ración de nudos de ajo, un *coulant* de chocolate y una botella de dos litros de Coca-Cola que servimos en vasos de plástico de los grandes.

—Eso que dicen es cierto —dije arrancando un pedazo de pan—. La vida es mejor con grasa y carbohidratos.

—No te olvides el azúcar.

—Imposible. Es lo que más me ayuda a lidiar con el estrés.

Sebastian encorvó los labios. Parecía un poco mejor, a pesar de que seguía viéndolo un poco melancólico.

Había intentado darle espacio durante la semana. Hablamos el viernes por la noche, cuando ya se hubo ido todo el mundo, pero él se negó a comentar nada más allá de las cuestiones puramente logísticas. Sabía que debía estar conmocionado por lo ocurrido

durante la presentación y no quise presionarlo para hablar del tema si todavía no estaba preparado; no quería que se sintiera peor.

Pero ya habían pasado cinco días y no había respondido a ninguna de mis llamadas ni a la mayoría de mis mensajes. Había oído que Michel lo había suspendido de sus funciones y me había preocupado tanto que me había arriesgado a enfrentarme a la ira de mi padre por venir a verlo.

Tenía que asegurarme de que estaba bien. Como no lo estuviera, yo no sabría qué hacer.

Me estudió el rostro con la mirada.

—Ahora que ya hemos comido, dime la verdad. ¿Cómo estás?

Me terminé ese trozo de nudo de ajo y mastiqué despacio para ganar más tiempo y formular la respuesta.

Esa última semana había sido tan caótica que no había tenido tiempo de sentarme y procesarlo todo. Me había aferrado a mi plan de gestión de crisis con uñas y dientes y me había colmado los días de tareas para no tener que hundirme en la tortura que me suponía sobrepensar. Sin embargo, bien entrada la noche, las emociones reprimidas regresaban a mí, despacio. Pánico por si el fracaso del lanzamiento suponía el fin de mi carrera. Terror por cuál sería el siguiente horrendo titular con el que decidieran atacarnos. Ansiedad por si la gente estaría burlándose de mí a mis espaldas...

Detestaba lo mucho que me importaba la opinión ajena, pero me había pasado la vida buscando validación externa.

Si que los comensales sufrieran una intoxicación alimentaria era la peor pesadilla de Sebastian, un desastre en el ámbito de relaciones públicas era la mía. Y, como no le parara los pies, mi mente se pondría a pensar en miles de casos hipotéticos de gente riéndose de mí.

«Claro que ha fracasado, si es un cero a la izquierda en el trabajo. Si ha llegado donde está es solo porque es rica».

«Ya sabía yo que no lo conseguiría».

«Lo habría hecho mejor cualquier otra persona, literalmente».

«Menuda pringada».

Cuando entraba en bucle, no había quién me parase, así que dejaba que transcurriera su curso. No obstante, entre tanto caos,

también encontré algo que nunca me habría imaginado: libertad. Cuando tocas fondo, la cosa solo puede ir a mejor.

Lo peor que podíamos habernos imaginado había acabado pasando y yo seguía en pie. La crisis aún no había terminado, pero ya habíamos superado lo peor (o eso esperaba). La gente empezaba a hablar menos y a centrarse en otras cosas, atraída por la aparición de nuevos escándalos.

Ni yo ni mi familia saldríamos de esta ilesos. Las cicatrices de esta experiencia me acompañarían toda la vida, pero no eran fatales. Pensé que colapsaría bajo el peso de mi fracaso (en el caso de que sucediera), pero aquí seguía.

Le dije todo eso a Sebastian con la esperanza de que él fuera a entenderme.

—No me malinterpretes. Ojalá la cosa no hubiese ido así —añadí —, pero es como si... ¿una parte de mí se alegrara de que fuera el caso? No hablo de que la comida les sentara mal a los comensales, pero sí darme cuenta de que los monstruos de mi imaginación son peores que la realidad. —Jugueteé con el borde de la *pizza* que tenía en el plato—. Me ponía muchísima presión a mí misma para ser la mejor porque me aterraba lo que pudiera pasar si no lo hacía. Primero, fue por una cuestión de orgullo. Quería demostrarme, tanto a mí como a todo aquel que me rodeaba, que era capaz de dejar mi propia huella en el mundo. Y, evidentemente, también quería pasarte la mano por la cara. —A Sebastian se le volvieron a encorvar los labios y yo me permití devolverle la sonrisa antes de continuar—. Al final, llegó un momento en el que empecé a definirme por mis logros. ¿Quién sería sin todas esas medallas y trofeos? ¿Qué haría si no tenía una nueva meta que alcanzar? Pensaba que, después de lograr algo importante, la cosa mejoraría, pero fue a peor. Ahora, en lugar de demostrar lo que valgo como principiante, tengo que demostrar que sigo siendo igual de buena. Así que no paro de ponerme objetivos cada vez mayores y de decirme a mí misma que el siguiente será el definitivo, ¿me entiendes? Lo que por fin consiga que me sienta realizada. Que ya no tengo que seguir demostrando lo que valgo.

Las llamas chisporroteaban en aquella chimenea eléctrica. No eran reales (estábamos a junio; hacía demasiado calor como para encender el fuego de verdad), pero aquella calidez imaginaria me animó a seguir.

—Pensaba que la presentación ya sería lo definitivo, pero... Después de lo ocurrido, me he dado cuenta de que «lo definitivo» no existirá jamás. Si sigo permitiéndolo, las metas seguirán cambiando siempre. —Reí con ironía—. Tiene gracia, he tenido que fracasar estrepitosamente para darme cuenta de esto. Ni siquiera sé cómo llegué a esta conclusión. Fue un momento de lucidez. Y ahora que ya ha pasado lo peor, es como si me hubiese quitado un peso enorme de encima. —Teniendo en cuenta la agitación que sentía Sebastian, a lo mejor esto estaba siendo insensible por mi parte, pero me había pedido que le contase la verdad. Sebastian no quería que le endulzara las cosas para hacerlo sentir mejor—. Ahora ya no tengo que esperar a ver si algo sale mal. Me toca sobrevivir y punto. Y supongo que, en cierto modo, esto en sí ya vendría a ser una especie de logro. —Exhalé un poco avergonzada por haberle soltado semejante verborrea—. No sé si nada de esto tiene mucho sentido...

—Lo tiene. Todo lo que has dicho. —A Sebastian se le serenó la expresión—. Siento no haber estado ahí para ti. Me hundí en el autodesprecio y debería... No debería haber ignorado tus llamadas.

—Los dos necesitábamos tiempo para procesarlo todo. Sabía que podría contar contigo si te necesitaba de verdad.

—Confías mucho en mí, Segu —dijo en voz baja—. Puede que más de lo que me merezco.

—Lo dudo. Ya me conoces. —Me encogí de hombros—. Nunca le doy nada a nadie que no se lo haya ganado. Aquí no hay premios de consolación.

Él rio y yo volví a sonreír.

—Aunque una cosa sí tengo para ti —dije.

Saqué un dulce envuelto en papel de aluminio del bolso y se lo pasé.

Sebastian lo cogió y enarcó las cejas.

—¿Un bombón de chocolate? —preguntó.

—Es el que me diste tú cuando hubo el brote de listeria —confesé—. No caduca hasta dentro de mucho, así que puedes comértelo. He pensado que... quizá te animaría.

Se quedó mirando el bombón que tenía en la palma de la mano con una expresión inescrutable.

—¿Lo tienes desde entonces?

Me sonrojé, cohibida.

—No quería comérmelo, pero tirarlo habría sido una pérdi...

Me cortó a media palabra con un beso apasionado.

La vergüenza me abandonó tan deprisa como se había adueñado de mí y yo me derretí en él.

Temía que la debacle de la presentación fuera a separarnos. Ninguno de los dos llevaba bien el fracaso y tanto Sebastian como yo habíamos invertido muchísimo tiempo en el lanzamiento. Podríamos habernos dejado arrastrar fácilmente por nuestros fantasmas en lugar de gestionar todo esto juntos.

Me fui preocupando más y más a medida que avanzaron los días y yo seguía sin saber nada de él. Pero ahora estaba aquí y esos miedos se evaporaron como el rocío bajo el sol de la mañana.

Nos iría bien.

Ese momento que compartimos se vio interrumpido por una llamada entrante. Me separé de Sebastian a regañadientes y, cuando vi quién me llamaba, me dio un vuelco el estómago.

—¿Dónde estás? —preguntó mi madre sin preámbulo alguno—. Cenamos en diez minutos.

Mierda. Se me había olvidado que hoy cenaba con mi familia.

—Sigo en el despacho —mentí—. Siento no haber llamado. Estaba metidísima en el trabajo y todavía me falta muchísimo por hacer. Dudo que vaya a llegar.

Esperaba que mi madre fuese a dejarlo allí. Últimamente, detestaba hablar de trabajo; sin embargo, respondió con un tono más bien sospechoso.

—Neha estaba en el despacho hasta hace nada y no te ha visto.

Contuve las ganas de gruñir. ¿Cómo no? Neha se había presentado en el despacho el único día en que yo me iba antes. Mi

hermana ocupaba un puesto en el departamento de finanzas y solía trabajar desde casa.

—No nos debemos de haber cruzado. El edificio es muy grande.

—Pfff —soltó mi madre—. Si tu padre puede llegar a cenar a pesar del trabajo, tú también puedes.

—Lo siento muchísimo —repetí con total sinceridad—. Cuando llegue ya habréis acabado de cenar. —Miré a Sebastian, que estaba arrugando mucho la frente—. Os lo compensaré, te lo prometo, pero ahora tengo que colgar.

Mi madre refunfuñó y musitó algo sobre «la falta de respeto de esta generación». Aun así, tras prometerle que la ayudaría a organizar la próxima cena, me dejó marchar.

—¿Era tu madre? —adivinó Sebastian—. No quiero que tengas problemas por mi culpa.

—No me pasará nada. Quien ha elegido venir aquí soy yo. Si me meto en algún lío, podré gestionarlo.

Prefería mil veces más comer *pizza* en el suelo con Sebastian que tener que soportar otra tensa cena familiar. Neha estaba enfadada conmigo porque no había roto con Sebastian, mi madre estaba enfadada con mi padre por lo de los Laurent, y mi padre estaba enfadado por..., bueno, todo. No es que fuese precisamente divertido.

—Maya...

—Para. Ahora mismo, quiero estar contigo y con nadie más. Este es el único sitio donde... —se me entrecortó la voz y tragué saliva—, donde puedo respirar.

A Sebastian se le relajó la expresión. Dejó el bombón y dijo:

—Ven aquí.

Obedecí y me senté en su regazo. Me besó de nuevo, con parsimonia y con tanta dulzura que la tensión que sentía se disipó.

Me sonó el móvil y nos interrumpió otra vez.

Volví a separarme de Sebastian de mala gana y miré quién me había escrito. Esperaba que se tratase de algún problema en el trabajo o que fuese un mensaje mordaz por parte de Neha por no haber ido a cenar. Sin embargo, cuando vi quién se había puesto en contacto conmigo, me dio un vuelco el estómago.

—¿Qué pasa? —quiso saber Sebastian.

—Es el investigador al que contraté. —El corazón me latía desbocado—. Acaba de confirmarme que el trozo de aluminio es del envoltorio de Laxantes Aldolasa.

Noté que a Sebastian se le tensaban los brazos a mi alrededor.

—Vale. —Ya volvía a hablar con un tono calmado y monocorde, pero la pizca de rabia que se le coló en la voz no me pasó desapercibida—. Y ahora, ¿qué?

—Ahora tenemos que relacionar esto —di unos golpecitos en el móvil— con pruebas que demuestren que alguien saboteó la comida.

—¿Tu contacto puede hacerlo?

Negué con la cabeza. El cerebro me iba a mil por hora. Haber descubierto eso planteaba más preguntas que respuestas ofrecía, pero confirmaba lo más importante de todo: teníamos un enemigo concreto. Y si teníamos un enemigo concreto, podíamos derrotarlo.

—Vamos a necesitar a alguien más especializado y que pueda hacerlo rápido —señalé—. No nos interesa alargarlo más.

Cualquier investigador que se preciara podría dar con el saboteador si le dábamos un margen de tiempo suficiente, pero ahora no podíamos permitirnos ese lujo. Necesitábamos dar con la respuesta urgentemente; disponíamos de horas o días, no de meses. Si esperábamos demasiado tiempo a limpiar nuestros nombres, nuestra reputación y nuestras finanzas, tal vez ya nos habríamos arruinado y no habría arreglo, fuera cual fuese el desenlace por parte del investigador.

—Ya tienes a alguien en mente —dedujo Sebastian.

—Sí... —Arrastré la palabra porque ya sabía cómo reaccionaría ante mi sugerencia. Ya había pensado en varias opciones por si acabábamos justamente aquí, pero siempre daba con un mismo nombre—. Lo conoces. Lo conocemos los dos. Es nuestra mejor opción, pero no te va a gustar...

Sebastian frunció el ceño. Cuando volví a tocar el móvil, él ató cabos y apretó los labios con fuerza.

—No.

—Podrá hacerlo. Sabes que es la única persona capaz de hacerlo con tan poco tiempo.

—Y también sé que no podemos confiar en él bajo ningún concepto. —Sebastian apretó la mandíbula—. Tiene que haber otra alternativa.

—Si se te ocurre algo más, soy toda oídos.

Permaneció en silencio y arrugó aún más la frente.

Entendía a qué venía su reticencia. La persona que tenía yo en mente no siempre seguía las normas, para decirlo de forma sutil. Era de éticas sospechosas y sus móviles lo eran todavía más, pero era el mejor en esto. Varios amigos nuestros habían contratado sus servicios en el pasado y todos coincidían en que era un profesional de pe a pa. Si es que aceptaba hacer el trabajo...

Tras una larga pausa, Sebastian suspiró y asintió con la cabeza.

Con su reacia aprobación, dejé mis propias reticencias a un lado y llamé a Christian Harper.

42

Sebastian



Hice la reserva para el viernes a las siete de la tarde. Una mesa céntrica en el asador más exclusivo que había en el barrio de Gramercy.

Ya habían pasado dos semanas enteras desde que el lanzamiento de la nueva línea de productos nos explotó en la cara. Desde entonces, el circo mediático había amainado; sin embargo, la gente siguió susurrando en cuanto entramos con mi padre en el restaurante.

Tal y como esperaba, fuimos los primeros en llegar. Nos sentamos el uno delante del otro, con los trajes impecables y una expresión meticulosamente neutral.

Ninguno de los dos dijo nada, pero el aire chisporroteaba con palpable expectación.

Notamos el peso del escrutinio de los demás comensales mientras esperábamos a que llegase nuestro invitado. Los susurros de la gente que había en el local permeaban el aire y formaban un firme murmuro de fondo que provocó que el corazón me latiera un poco más deprisa bajo mi camisa impecable.

Aun así, tomé un relajado sorbo de agua y mantuve una postura calmada. Como mostráramos debilidad alguna, los depredadores se nos echarían encima.

Estaba noche habíamos venido a retomar el poder. Por eso había escogido este restaurante en concreto, esta noche en concreto y a esta hora en concreto. Los demás comensales todavía no lo sabían, pero tenían unos papeles importantísimos en todo esto.

Nuestro invitado llegó a las siete y ocho. No se disculpó por la tardanza.

Nos había hecho esperar en una evidente demostración de poder, pero ni mi padre ni yo dijimos nada al saludarlo.

—Debo reconocer que me sorprendió bastante que me invitarais a cenar. —Charles Whitaker se alisó la corbata mientras se sentaba frente a mí—. Pensaba que no querrías que te vieran en público ahora que hace tan poco de tus recientes... aprietos. Y aquí, nada menos.

No parecía preocupado por que lo vieran con nosotros; seguramente, porque ahora mismo era bastante bueno ser el director ejecutivo de Haciendas Whitaker. Gracias a nuestro reciente escándalo, las acciones de Comestibles Singh se habían desplomado mientras que las de Haciendas Whitaker estaban por las nubes; tanto que Charles era socialmente invencible.

Qué pena que esa racha de suerte no fuera a durarle.

—Han sido un par de semanas complicadas —reconoció mi padre con expresión afable. Había muy pocas personas en el mundo que lo conocieran lo bastante bien como para detectar la expresión de acero que se escondía bajo su sonrisa—. Es una de las razones por las que te hemos invitado hoy aquí. Tenemos una oferta.

—Anda... —Charles parecía intrigado—. ¿Y de qué se trata?

—Dejemos los negocios para luego —tercié yo, tal y como habíamos acordado. Teníamos que alargar la intriga de la propuesta para que Charles no se marchara antes, pero no podíamos dejar entrever nuestras intenciones todavía—. Primero, pidamos. Aquí tienen un vino exquisito y, no sé vosotros, pero a mí no me vendría mal una copa.

Por suerte, Charles era demasiado arrogante para cuestionar mi endeble excusa. Aceptó mi sugerencia y pidió lo más caro de la carta.

Lo más caro no era siempre lo mejor, pero a la gente como Charles Whitaker le importaba más las apariencias que la calidad. Me apostaba lo que fuera a que pagaría una fortuna por una hamburguesa progre y extremadamente cara que supiera igual que una de cinco dólares de un carrito de comida.

Conversamos un poco durante los entrantes. El hombre intentó sonsacarnos información sobre los Singh, sobre cómo llevaban eso de haber perdido tantas acciones (como si nosotros fuéramos a saberlo), pero nos fuimos educadamente por las ramas y esquivamos sus sondeos mal disimulados.

Me moría de ganas de borrarle esa sonrisa socarrona de la cara, pero tenía que esperar a que nos dieran luz verde.

Los nervios me carcomían por dentro. Iba mirando discretamente el móvil cada cinco segundos y, al final, mientras estábamos ya con el plato principal, recibí el mensaje que tanto había estado esperando.

«Por fin».

Miré a mi padre, que pilló la indirecta y asintió.

—Ahora que ya hemos comido un poco, creo que ha llegado el momento de hablar de negocios —dije.

Cogí la carpeta de cuero que había dejado en el asiento que tenía a mi lado y se la pasé por encima de la mesa.

Charles la cogió. La abrió perezosamente, emanando una curiosidad altanera por todos los poros de la piel, pero su sonrisa socarrona desapareció enseguida. Se enderezó y fue pasando las páginas cada vez más deprisa hasta llegar a la última. Cuando volvió a levantar la vista, el cabreo le inundaba el rostro.

—¿Qué significa todo esto?

Al oír cómo le temblaba la voz, la satisfacción se adueñó de mí. «Ahora ya no vas tan de arrogante, ¿eh?».

—Buena pregunta. —Señalé la entrada con la cabeza—. Voy a dejar que se lo expliquen nuestros socios.

Maya y su padre entraron y todos los presentes los miraron ojipláticos y boquiabiertos. Las conversaciones de las demás mesas se detuvieron mientras el restaurante entero los miraba, petrificado, a la vez que ellos se sentaban en nuestra mesa. Cuando se hubieron acomodado, se desató una nueva tanda de murmullos en el local.

Maya tomó asiento a mi lado mientras que Neal lo hizo al otro lado de Charles. Le dio una palmada en la espalda a su rival como si fueran viejos amigos.

—Cierra la boca —le dijo—. Quedarse mirando al resto así es de mala educación.

El cabreo le inundó la mirada a Charles. Tiró la carpeta en la mesa de malas maneras e hizo ademán de levantarse y marcharse, aunque luego pareció acordarse de que los demás comensales lo estaban mirando. Se sentó de nuevo con la boca bien cerrada.

—Llegáis justo a tiempo —les dije a los Singh—. Charles me preguntaba qué significa esto. —Le di unos golpecitos a la carpeta con un dedo.

—Esperaba que hicieras preguntas más inteligentes, Charles —contestó Neal—. Sabes perfectamente lo que es. —Chasqueó la lengua—. Es tu merecido.

Esa carpeta era nuestra prueba irrefutable, por decirlo de alguna manera. Nos la había entregado el mismísimo Christian Harper en persona, lo cual significaba que la información que contenía era totalmente fehaciente.

Tal y como nos había prometido, el director ejecutivo multimillonario de Seguridad Harper e infame *hacker* había resuelto nuestro enigma en un tiempo récord. Había rastreado a literalmente todas las personas que hubieran puesto un pie en la cocina durante el evento o antes de este y enseguida encontró al culpable: Gus, el cocinero júnior que nos habían ofrecido al alquilar el local y a quien grité por casi cargarse la lasaña. Resultó que, al final, sí que se la había cargado, y firmó una confesión donde reconocía que Haciendas Whitaker le había pagado todas las deudas de apuestas a cambio de que metiera laxantes en la comida. En la cocina hubo tanto caos ese día que nadie se dio cuenta del sabotaje. Por suerte para nosotros, el joven cocinero estaba tan nervioso y tenía tan poca

experiencia que no encubrió bien sus huellas y por eso el primer investigador de Maya encontró ese trozo de envoltorio bajo la nevera.

Christian fue un paso más allá y se hizo con páginas de pruebas en las que se relacionaba a Haciendas Whitaker con una retahíla de casos de sabotaje empresarial a lo largo de los años, incluido, entre otros, el escándalo de contaminación por listeria en productos de Comestibles Singh del verano pasado. Maya tuvo razón con lo de la fábrica de Pittsburgh, aunque se equivocaba con el responsable. No resultó ser el empleado al que habían echado, sino que fue un guardia de seguridad al que Whitaker saboteó para colarse y alterar los productos. Lo habían hecho en Pittsburgh porque era donde se fabricaban los productos más lucrativos de Comestibles Singh.

Seguía sin confiar en Christian (su predisposición a emplear métodos cuestionables era una catástrofe en potencia y yo no tenía interés alguno en saber cómo había conseguido que Gus confesara tan deprisa), pero debía reconocer que tenía mérito. De no ser por él, no tendríamos nada y Charles se habría salido con la suya sin pagar por sus delitos.

—En realidad, te compadezco —le dijo Neal a Charles—. En lugar de jugar limpio o simplemente crear un producto mejor que el nuestro, recurriste al sabotaje para obtener cierta ventaja competitiva. Es patético.

—No tengo ni idea de qué estás hablando. —El otro hizo un valeroso intento por marcarse un farol, pero el sudor que le cubría el labio superior lo delataba—. En esta carpeta no hay más que mentiras y patrañas. Últimamente, la tecnología...

—Permite a la gente llevar a cabo verdaderas hazañas —comentó Maya con una tierna sonrisa cínica—. Tiene gracia que lo diga usted. He oído que mientras disfrutaba del filete, técnicamente, alguien le ha *hackeado* el ordenador de casa. Me pregunto qué deben de haber encontrado.

Charles se quedó más blanco que la cera.

—Eso es entrar a la fuerza —se quejó—. Ningún juez...

—De «entrar a la fuerza» nada porque tenía la puerta de casa abierta. Técnicamente —dijo ella—. Es la pega de tener cerrojos

electrónicos. Que, cuando la tecnología falla, pueden pasar un montón de cosas malas.

Contuve las ganas de sonreír. A la mierda. Después de esto, pensaba enviarle una cesta de regalo inmensa a Harper.

—La oferta es la siguiente. —Neal se recostó en el asiento y juntó las puntas de los dedos de las manos, en forma piramidal—. Haces una rueda de prensa y reconoces, personalmente, que nos saboteaste tanto el lanzamiento de la nueva línea de productos como la lasaña el verano pasado. Les dirás a los medios que lo hiciste por voluntad propia y solo porque querías fortalecer tu empresa. También dimitirás como director ejecutivo de Haciendas Whitaker de inmediato y declararás que no volverás a aceptar ningún puesto en la industria alimentaria y de restauración nunca más. Si no, lo filtraremos todo en internet y dejaremos que sean las autoridades y el público general quienes te arruinen la vida.

Charles soltó una carcajada. Una aguda y frágil, como si le faltase oxígeno.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Lo reconozca yo o lo filtréis vosotros, el resultado será el mismo.

—No, qué va —terció Maya—. Fíjese bien, mi padre ha dicho que lo filtraríamos todo. —Enfatizó bien en esa última palabra—. Los documentos que hay en esa carpeta solo son la punta del iceberg.

—Esto es un disparate. —Charles estaba tan indignado que hasta temblaba—. La gente miente. Los documentos se falsifican. Os...

—¿Pueden ser una falsificación si los han encontrado en su ordenador personal? —pregunté yo con frialdad—. Evasión fiscal. Blanqueo de capitales. Fraude al consumidor... Como se filtre esta información, las consecuencias por los casos de sabotaje parecerán nimiedades al lado de las de todo esto. Le estamos ofreciendo una salida fácil con nuestra oferta. Rechácela y verá cómo acaba en prisión. O peor.

Vi cómo Charles iba dándose cuenta, poco a poco, de que habíamos ganado. Se le hundieron los hombros y el desafío que le inundaba antes la mirada desapareció.

—Supongo que tengo un ultimátum para hacer esta rueda de prensa —dijo.

—Lo mejor sería cuanto antes, pero tampoco somos monstruos —respondió mi padre—. Tienes hasta el lunes a última hora. Así todavía puedes disfrutar del fin de semana. Dicen que hará un tiempo espléndido.

—Bien —soltó Charles. Echó la silla hacia atrás y se levantó. Por lo visto, ya no le importaba montar un numerito, aunque se detuvo y se giró hacia Neal—. No tienes ni idea de lo que es… —le dijo con amargura en la voz—. No tienes ni idea de lo que es ser siempre el segundo. Esmerarte una y otra vez y seguir quedándote atrás. Nos convertimos en directores ejecutivos más o menos en la misma época y yo he tenido que ver cómo ibas subiendo peldaños como si nada mientras yo tenía que esforzarme constantemente. Era humillante.

A Neal se le ensombreció la expresión.

—Ni me conoces ni sabes por lo que he tenido que pasar para llegar hasta aquí —contestó sin alterarse—. Todo el mundo encuentra obstáculos por el camino. Todo el mundo fracasa en algún momento. Pero tener tanto ego como para no saber perder de forma justa no es excusa para hacer trampas.

—Ahórrame tanta hipocresía. Al menos yo supe cuándo actuar. Los métodos tradicionales no me servían, así que tuve que bastarme de tácticas más... creativas. Y funcionaban. En un año o dos os habríamos pasado la mano por la cara como líderes en el mercado.

—Lo habríais conseguido a base de fraude y sabotaje. —A Neal se le incendió la mirada, pero siguió hablando en tono bajo y controlado—. No habría sido una victoria real.

—La cuestión es ganar. El fin sí justifica los medios —sentenció Charles con frialdad—. Eso es lo que tú no entiendes.

—Y, sin embargo, usted sigue sin haber ganado, ¿verdad? —intervine yo arrastrando las palabras. Ya estaba harto de los intentos de Whitaker por justificarse. Podía intentar excusarse tanto como quisiera, pero no le serviría de nada porque, a fin de cuentas, no era más que un tramposo y un mal perdedor. Las personas como él no merecían ni nuestro respeto ni nuestra energía—. Por cierto, se nos ha olvidado mencionar que los costes y gastos del segundo evento que vamos a hacer para presentar los productos corren a su cargo;

como nos saboteó el primero... Gracias de antemano por su aportación. Por lo visto, es considerable.

Charles me fulminó con ardor y odio en la mirada. Parecía que lo hubiese frustrado realmente con mi soporífero comentario.

—Bien —volvió a escupir.

Se marchó hecho una fiera y dejándonos con un subidón de alegre especulación a su paso.

—Ha sido... —comentó Neal—. Increíblemente placentero.

Mi padre soltó un ruidito para darle la razón.

—¿Tenemos que preocuparnos por si intenta hacer algo estúpido a lo largo del fin de semana? —cuestionó Maya.

—No. Tengo a Harper vigilándolo de cerca hasta que pase la rueda de prensa —respondí—. Además, nos interesa ganar algo de tiempo para que la gente se vaya enterando del tema.

Este asador no era uno de los locales de mi familia, pero lo había escogido porque, los viernes por la noche, solían frecuentarlo periodistas y otros peces gordos en el sector de las comunicaciones. Nos habíamos sentado en la codiciada mesa que había justo en medio del salón; quedaba lo bastante aislada de los demás comensales como para poder disfrutar de una conversación privada; sin embargo, comer aquí también significaba que éramos el centro de atención.

Cosa que también formaba parte del plan. Quería que, cuando nos enfrentáramos a Charles, todo el mundo nos mirara. Los periodistas eran incapaces de resistirse a una buena historia. Y Charles Whitaker cenando con sus rivales (que habían caído en la desgracia hacía poco) solo para largarse iracundo antes de que terminara la cena tenía que ser una buena historia sí o sí.

No nos hacía falta filtrarle nada a nadie; ya descubrirían ellos solitos la verdad. Les habíamos ido dejando caer varias pistas, pero, mientras tanto, yo me moría de ganas de que llegase la rueda de prensa de Whitaker. Sería un espectáculo digno de ver.

No me consideraba una persona vengativa, pero el hombre ese se merecía hasta la última represalia que le llegase. Al pensar en el lanzamiento (y acordarme de lo mal que le había sentado la comida a la gente y del bucle en el que entré yo al pensar que era culpa

mía), la rabia que se adueñó de mí fue tan intensa que casi me ahogo en ella.

Tomé una profunda bocanada de aire para relajarme y me obligué a dejar de apretar los puños mientras Neal llamaba al camarero para que le trajera una carta. Hacía meses que no lo veía tan feliz.

—Ahora que ya nos hemos quitado esto de encima, no me vendría mal comer algo —dijo—. Me muero de hambre.

Mi padre puso los ojos en blanco.

—Estamos en un asador, Neal. ¿Qué puedes comer tú aquí, aparte de patatas?

—Macarrones con queso. Brócoli. Ver...

—Venga ya... ¿Los acompañamientos? ¿Vas a cenar un montón de acompañamientos?

Maya me dio una discreta patada por debajo de la mesa mientras nuestros padres seguían discutiendo. Asentí con la cabeza para indicarle que había entendido lo que me quería decir: «¡Vuelven a dirigirse la palabra!».

Teóricamente, nuestros padres seguían peleados. No obstante, cuando les contamos lo del sabotaje de Whitaker, no dudaron en aunar fuerzas para derribarlo.

Eso era una cuestión de trabajo. Pero ¿esto? Esto parecía la típica riña entre amigos.

Ellos debieron de llegar a la misma conclusión porque guardaron silencio abruptamente. Tras una tensa pausa, Neal volvió a hablar con la voz agarrotada.

—Gracias por tu ayuda esta noche, pero eso no cambia lo que hiciste. Lo de hoy no ha sido más que una tregua temporal en nuestro distanciamiento.

Dejó la carta sin pedir nada y se levantó para marcharse.

Para mi sorpresa, mi padre lo detuvo.

—Espera —le dijo—. Siéntate. Tengo que contaros algo. —Me miró —. A todos vosotros.

La curiosidad debió de ganarle el pulso al orgullo de Neal, porque volvió a tomar asiento sin rechistar.

Mi padre le dio un deliberado sorbo al vino antes de proseguir.

—Ha llegado el momento de que os confiese por qué fui a cenar ese día con Whitaker —anunció—. No fue porque quisiera trabajar con él ni porque quisiera jugar a dos bandas, por así decirlo. Fue porque prometió que me contaría lo que ocurrió realmente en Le Boudoir.

Me dio un vuelco el corazón. Era lo último que esperaba oírle decir.

Neal y Maya parecían igual de perplejos que yo.

La adrenalina empezó a correrme ávida por las venas, pero hice todo lo posible por mantener un tono calmado cuando pregunté:

—¿Qué quieres decir con eso de «lo que ocurrió realmente»?

Mi padre paseó los ojos por la sala. Los demás comensales volvían a estar centrados en su comida y, ahora que Charles se había ido y ya no les picaba la curiosidad, parecieron dejar de mostrar interés en nosotros.

—Whitaker dijo que había descubierto la verdadera causa tras la muerte de Martin Wellgrew —prosiguió—. Pensé que no eran más que patrañas, pero sabía que su muerte te había afectado muchísimo a lo largo de estos años, así que acepté cenar con él —me explicó mi padre—. Era una trampa. Cuando llegué, me dijo que solo compartiría eso conmigo si yo le daba información confidencial sobre Comestibles Singh. Todo el mundo sabe que Neal y yo somos buenos amigos, de modo que quería aprovecharse de nuestra relación y chantajearme con lo ocurrido en Le Boudoir. Le dije que no, por supuesto. —Miró a Neal y este se irguió—. Sin embargo, durante nuestra conversación, a Whitaker se le fueron escapando las pistas suficientes como para que yo viera por dónde tirar. Contraté a un investigador privado para que estudiara el caso. Tardó un poco. Wellgrew murió hace años y, quienquiera que lo matara, encubrió bien sus huellas. Pero, al final, consiguió dar con la verdad.

Unas garras se me clavaron en el estómago, que me dio un vuelco descomunal. Todas las certezas a las que me había aferrado se estaban desmoronando como castillos de arena cuando los azota la marea.

—Martin Wellgrew no murió por ningún caso de anafilaxia porque fuese alérgico a los cacahuetes —aclaró mi padre con la vista puesta en mí—. Alguien lo envenenó con algo que logró que los síntomas

fuesen exactamente los mismos que en un caso de anafilaxia. No he conseguido dar con el responsable, pero sé a ciencia cierta que no fuiste tú. Tú no tuviste *nada* que ver con su muerte. No fue culpa tuya.

Su sentencia me retumbó con fuerza por los oídos.

«No fue culpa tuya».

De no ser porque estaba sentado, me habrían cedido las rodillas. La ansiedad, las noches sin dormir, la culpa que llevaba carcomiéndome desde hacía años... Todo fruto de una mentira.

El nudo que sentía en el corazón se soltó y un alivio cegador se adueñó de mí.

Nunca me había alegrado tanto de equivocarme, joder.

—Ah.

Fui incapaz de dar con una respuesta mejor.

Maya hizo ademán de tocarme, con los ojos brillantes y llenos de preocupación. Negué discretamente con la cabeza para recordarle que nuestros padres todavía no sabían que estábamos juntos.

Se separó de nuevo, pero permaneció con la frente arrugada hasta que asentí con moderación para tranquilizarla.

Estaba bien. Solo necesitaba tiempo para asimilarlo.

La noche estaba resultando ser más desconcertante de lo que había previsto.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —quiso saber Neal, incrédulo—. Lo habría entendido. No me habría... Michel, leches, de haberlo sabido, no te habría acusado de traición.

—Primero tenía que asegurarme de que Whitaker no mentía. —Mi padre volvió a mirarme—. No quería darle falsas esperanzas a nadie. Además, me sentí insultado cuando pensaste que pondría a Whitaker por encima de nuestra amistad. —Hizo una mueca—. El hombre no sabe ni maridar el vino con la carne. Ha pedido un *chardonnay* con el filete.

Neal rio por la nariz.

—Hasta yo sé que esto es un disparate, y eso que no como carne.

—¡Precisamente!

Y así, sin más, aquella guerra fría entre ellos llegó a su fin.

Maya y yo casi no hablamos en toda la cena. Dejamos que nuestros padres se pusieran al día y su conversación fue pasando de cuestiones de negocio a mierdas varias sobre otros miembros del Club Valhalla. Sin embargo, de vez en cuando, la pillaba mirándome y Maya sonreía. Y me bastaba con eso. De momento.

Después de la cena, tomamos caminos separados: mi padre y yo nos fuimos por un lado y los Singh, por el otro. Le pedí que me acompañara andando hasta el Madison Square Park y caminamos en silencio por la energizante ciudad que nos rodeaba.

—¿Por qué? —le pregunté.

—¿«Por qué» qué?

Los faros de un taxi iluminaron nuestras figuras al pasar y vi que mi padre tenía la frente arrugada.

—¿Por qué estuviste a punto de cargarte tu amistad con Neal por mí?

Bufó y respondió:

—Menuda pregunta más estúpida. Eres mi hijo. Hice lo que tenía que hacer.

—Podrías haberlo enfocado de otra forma. Si le hubieses dicho la verdad, él te habría guardado el secreto. Yo no me habría enterado.

—No quería arriesgarme. —Se encogió de hombros—. Lo hecho, hecho está. No vale la pena que nos pongamos a pensar en «qué habría pasado si...».

—No lo entiendo. —Me detuve para mirarlo mientras la frustración se apoderaba de mí—. Primero vas de padre que se burla de mis sueños de ser chef y que intenta quitármelo de la cabeza a la mínima de cambio. Y, luego, sacrificas una amistad de toda la vida para... ¿qué? ¿Para que me sienta mejor por lo único que tal vez me habría disuadido de convertirme en chef?

Tratar con mi padre era como tratar con el Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Nunca sabía con qué versión iba a encontrarme.

—Los humanos somos seres complicados —señaló encogiéndose de hombros otra vez—. Podemos ser muchas cosas a la vez.

—No me vengas con estas gilipolleces crípticas. —Apreté los dientes. Quería gritar—. No entiendo por qué te opones tanto a que esté al frente de una cocina si sabías, si sospechabas, que yo no

tuve la culpa de que Wellgrew muriera. Soy consciente de que currar en un restaurante no es lo mismo que firmar documentos en un puto despacho de ejecutivos, pero tú has creado tu imperio a base de restaurantes. Tú, más que nadie, deberías respetar el trabajo que se lleva a cabo allí.

—¡Ya lo respeto! ¡Justamente por eso no quiero que te dediques a eso! —Al final, mi padre estalló. Me fulminó con la mirada y con las fosas nasales bien abiertas. Pasó a hablarme en francés—: El mundo de la cocina es despiadado. El mundo corporativo también, pero ya has demostrado que puedes gestionarlo. Lo que no has demostrado todavía es que puedes gestionar la presión que conlleva ser chef. Recuerdo que te quedaste devastado cuando Wellgrew falleció. Recuerdo enterarme de que mi único hijo estaba en una puta cárcel en Praga. Un incidente y entraste en tal bucle que yo me despertaba cada mañana preguntándome si ese sería el día en que me llamaran para decirme que habías muerto. —Apretó la mandíbula con fuerza —. No te estoy diciendo que no tuvieras una buena razón para sentirte así, pero forma parte del trabajo. ¿Qué pasará la próxima vez que alguien se encuentre mal en tu restaurante o tenga una reacción alérgica? No suele pasar a menudo, pero pasa. No podía ver cómo te desmoronabas otra vez. La cocina es algo impredecible, pero ¿un despacho? Es un lugar seguro. Intentaba protegerte — sentenció marcando bien esa última palabra.

De pronto, nos envolvió semejante silencio que oí incluso la fuerza de nuestra respiración. Un coche pitó a lo lejos y se oyó también el zumbido del metro que pasaba bajo la calle, en una estación cercana. Era de noche, pero las luces brillaban con todo su esplendor y casi me dolían los ojos al mirarlas.

La cabeza ya volvía a irme a mil mientras intentaba encajar su explicación en un rompecabezas completamente distinto al que me había pasado años construyendo.

Detestaba que lo que acababa de decir mi padre tuviera sentido. Detestaba que sus miedos fueran exactamente los mismos que los míos; ese pánico a hacerle daño a alguien por error y no ser lo bastante valiente como para hacerle frente a la situación. Pensaba

que era fuerte, pero... ¿y si no era el caso? ¿Y si me lanzaba a la piscina y la experiencia en cuestión me abrasaba vivo?

Aquella posibilidad me impedía dormir por las noches, pero no era nada comparado con el miedo que sentía al imaginarme pasándome la vida entera en un limbo perpetuo. No quería vivir en piloto automático, existiendo y ya. Quería sentir. A lo mejor sería el peor chef en pisar una cocina desde que se inventaron las cocinas, pero, si no lo intentaba, nunca lo sabría.

—Puede que tengas razón, pero nunca nadie ha dejado su huella en el mundo sin salir de su zona de confort —respondí—. Soy el primero en reconocer que no llevé bien la muerte de Wellgrew, pero tenía que aprender aquella lección. No puedo pasarme la vida entera escondido en un despacho por miedo a lo que vaya a encontrar allí fuera. Y, aunque fracase, tengo que intentarlo. Tienes que dejar que lo intente.

No le grité ni lo insulté. Simplemente dije la verdad. Con algo de suerte, tal vez con eso bastaría.

A mi padre se le volvieron a ensanchar las fosas nasales. Un tenso silencio se abrió paso entre nosotros, pero, cuando apretó la mandíbula, supe que había ganado.

Tal vez él también estuviese tan cansado de discutir como yo. O tal vez, solo tal vez, me había escuchado... y lo había entendido.

—Ya lo hablaremos después del segundo evento de presentación —contestó pasando de nuevo al inglés—. Intuyo que querrás que firmemos otro contrato con las cláusulas actualizadas.

—Nada de contratos. Te tomo la palabra.

He aquí mi ofrenda de paz. Me estaba arriesgando mucho, pero la confianza era cosa de dos.

Por un segundo, la sorpresa y una pizca de respeto le atravesaron el rostro a mi padre, aunque desaparecieron enseguida.

—De acuerdo —contestó con brusquedad—. Si consigues que este lanzamiento salga bien, mantendremos lo estipulado en el primer contrato.

—Hecho.

Cerramos el trato con un apretón de manos.

A diferencia de la primera vez que negociamos ese acuerdo, ahora no estaba centrado en organizar un acontecimiento impecable para incordiar a mi padre. Porque, en el fondo, esto nunca fue por él.

No tenía que demostrarle lo que valía a mi padre.

Tenía que demostrármelo a mí mismo.

43

Maya



Nuestra confrontación con Charles Whitaker tuvo un efecto dominó. Cuando lo hubimos acorralado para que confesara, todo lo demás empezó a caer por su propio peso.

Él cumplió con su palabra y reconoció sus fechorías en una rueda de prensa televisada y con mucha audiencia el lunes siguiente. También dimitió como director ejecutivo y se marchó de Nueva York, humillado. Tras su confesión, las acciones de Haciendas Whitaker cayeron tantísimo en picado que ahora ya deberían llegar al núcleo de la Tierra.

Por mala suerte para él, que se desplomaran las acciones de la empresa era el menor de sus problemas. Los periodistas que habían presenciado nuestro espectáculo en el asador se habían pasado el fin de semana husmeando para sacar sus trapos sucios. Uno dio con el gordo poco después de la rueda de prensa y publicó un artículo sobre las costumbres de fraude alimentario de Haciendas Whitaker: aditivos no autorizados, orígenes mal etiquetados y afirmaciones falsas sobre el carácter ecológico de sus productos, entre otras.

En cuanto esa historia vio la luz, más medios se fueron sumando al lío y los otros delitos que había cometido fueron apareciendo incluso debajo de las piedras.

La odisea Whitaker se convirtió en el mayor escándalo del mundo de las finanzas desde hacía años. Y eso también significó que tanto Comestibles Singh como el Grupo de Restaurantes Laurent se libraron de las sospechas sobre seguridad alimentaria de las que nos habían acusado anteriormente.

De esta forma, organizar el segundo lanzamiento resultó más fácil. El evento fue mucho más íntimo y sin pretensiones, y tuvo lugar en el espacio para acontecimientos privados de La Bóveda. Lo programamos para finales de julio, casi dos meses después del primero.

Todas las personas a quienes invitamos la primera vez volvieron a confirmar asistencia. Sebastian y yo también invitamos a nuestras familias, a quienes sentamos en una zona aparte cerca de la cocina.

En esta ocasión, no hubo vajillas lujosas ni vistas panorámicas de ensueño. La experiencia se centraba exclusivamente en la comida.

—Debo reconocer que no me había imaginado que tu historia fuera a acabar así —comentó Hollis Miller al llegar. No saludó ni le hizo caso alguno al recepcionista que intentaba ofrecerle una copa de bienvenida—. Buen trabajo. Supongo que, al final, sí que te mereces esta reputación de genio del *marketing*.

—Gracias. —Sonreí—. Pero, para ser brutalmente honesta, como bien dices tú siempre, me gustaría informarte de que no me importa lo que pienses. Eres un capullo, pero un capullo con muchas visualizaciones, que es por lo que estás aquí. —Cogí la copa que tenía el recepcionista y se la pasé a Hollis—. Disfruta de la cena.

Se quedó conmocionado y, acto seguido, se echó a reír.

—Me caes bien, Singh. Sigue así.

Cogió la bebida y se largó.

Menudo cabrón.

Al menos no se había ofendido con mi pullita. Lo había dicho de esa forma en concreto porque sabía que no se lo tomaría a mal, pero es que no podía callármelo.

Además, por mucho que me irritara Hollis, le agradecía que no se hubiese sumado al barullo mediático del mes pasado. El vídeo que hizo sobre nuestro primer lanzamiento fue sorprendentemente justo,

aunque supongo que era más fácil pasar por alto la vomitera cuando a ti no te había afectado.

Cuando todo el mundo se hubo sentado, Ezra, que estaba cerca de la cocina, levantó los pulgares.

Las puertas se abrieron y sirvieron la cena.

Me pasé la noche entera con los nervios a flor de piel; como ahora no saliera bien, no tendríamos una tercera oportunidad. Sin embargo, fue todo rodado, de principio a fin. Sebastian cambió la carta para no servir los mismos platos que la última vez y la velada fue fenomenal. Los invitados disfrutaron incluso más de la comida que en la primera presentación (antes del incidente con los laxantes).

Al cabo de tres horas, se marcharon todos satisfechos, y yo me sentí ligera y aliviada.

«Lo hemos conseguido».

No sabía qué dirían las reseñas finales de los críticos, pero me importaba una mierda. Habíamos organizado y celebrado este evento en menos de un mes. Teníamos que celebrarlo, pasara lo que pasase a continuación.

La puerta de la cocina volvió a abrirse y apareció Sebastian, con pintas cansadas pero optimista. Al verme sonreír, él también sonrió aliviado.

—¿Preparada? —me preguntó.

Asentí y la dicha que sentía se convirtió en nerviosismo.

La noche aún no había terminado. Todavía teníamos que hacer una cosa más. Aún nos quedaba una última montaña por escalar antes de que pudiéramos irnos a casa libres (con suerte).

Les habíamos pedido a nuestras familias que, cuando los demás invitados se marcharan, ellos se esperasen. Estaban todos aquí: nuestros padres, mi abuela, mis hermanas y mis cuñados (el actual y el que pronto lo sería oficialmente). También había invitado a Diya, que se había vestido toda de negro y había combinado el conjunto con unas joyas doradas; parecía una estrella de cine a la vieja usanza. Le pagábamos de maravilla, así que había ido acumulando una buena colección de joyas a lo largo de los años.

Sebastian y yo nos acercamos donde estaban sentados. Tras los saludos y las felicitaciones protocolarios, nuestras familias se quedaron en silencio y nos miraron expectantes mientras yo tomaba una profunda bocanada de aire.

—Gracias a todos por venir. Significa mucho para nosotros poder contar con vuestro apoyo. Sé que ha sido una noche larga, pero, antes de que os vayáis, Sebastian y yo queríamos deciros una cosa.

Neha enarcó una ceja; he aquí la única señal visible de emoción en una marabunta de curiosidad. Cuando mi padre y Michel hubieron hecho las paces, no me insistió más para que les contara que estábamos saliendo, pero su desaprobación era evidente.

Aunque esto no lo estaba haciendo por ella. Lo estaba haciendo por nosotros.

Carraspeé con los nervios a flor de piel. Como mi padre y Michel ya volvían a ser uña y carne, no me preocupaba su reacción, pero es que esta era la primera vez que le presentaba a un novio de forma oficial a mi familia. No era moco de pavo.

Cuando lo hablamos, Sebastian dejó que fuese yo quien tomara las riendas de la situación. Había preparado todo un discurso, pero al final opté por contar la verdad, simple y llanamente.

—Sebastian y yo estamos saliendo —anuncié—. Llevamos juntos desde marzo. Queríamos guardarlo en secreto hasta pasada la presentación para no distraernos del trabajo, pero entre que el evento fue un desastre y que papá y Michel seguían sin hablarse..., lo mantuvimos en secreto unos meses más. Sin embargo, ahora que ya se han calmado un poco las aguas y que estáis todos aquí, hemos pensado que sería buen momento para contároslo.

No fue el discurso más elocuente de mi vida, pero sirvió... Creo.

Mi padre arrugó la frente. Mi madre parecía confundida. Michel estaba recostado en su asiento, con los brazos cruzados, y mi abuela se puso a exprimir una rodaja de limón en el té. Permanecieron todos en silencio, como si esperaran que fuésemos a entrar más en detalle.

—Eh... —Sebastian y yo nos miramos confundidos. No nos los habíamos imaginado reaccionando de esta forma. ¿Y la

estupefacción? ¿Y las lágrimas? ¿Y la alegría o el enfado?—. Ya está —añadí—. Solo os queríamos decir esto.

Más silencio.

Yo ya estaba empezando a entrar en pánico por si les habían poseído el cuerpo unos conformistas cuando el marido de Neha, nada menos, fue el primero en hablar.

—Guay —soltó.

—Espera. —Priya levantó una mano—. ¿Estáis saliendo? Quiero decir... ¿saliendo saliendo? —Señaló a Sebastian con la otra mano—. ¿Tú y Sebastian, el chico al que una vez le hiciste un muñeco vudú?

Sebastian arqueó las cejas de golpe. Él no sabía nada del muñeco en cuestión.

—Os agradecería que dejarais ya el tema... —refunfuñé—. ¡Tenía quince años!

—Tsss —emitió Diya, que nunca había acabado de perdonarme por esa travesura.

—Es verdad que Sebastian y yo no siempre hemos... estado de acuerdo en todo —continué—. Pero ahora ya no somos adolescentes y empezamos a, eh..., tratarnos más mientras trabajábamos en el lanzamiento. Una cosa llevó a la otra y...

Me encogí de hombros. Estaba que ardía; tanto que incluso podríais haberme freído un huevo en la piel.

Le ahorré los detalles a mi familia. Estaba segura de que nadie querría entrar en especificidades (menos Priya, quizá, que era la más cotilla del grupo).

—Técnicamente, a mí Maya lleva gustándome desde que éramos adolescentes —añadió Sebastian arrastrando las palabras—. Siempre supe que estábamos destinados a estar juntos. Ella tardó un poquito en llegar a la misma conclusión, pero al final lo consiguió.

Al verme resoplar molesta, Sebastian me sonrió. Me pasó un brazo por la cintura, me dio un beso en el pelo y yo me derretí.

Y ese gesto fue el que sacó a mi madre del trance.

—¿O sea que va en serio? —Fue alternando la mirada entre Sebastian y yo—. ¿De verdad lleváis saliendo desde marzo?

—Sí. Siento no habéroslo contado antes, pero, como he dicho ya, las circunstancias eran extenuantes y... —Al ver que se le inundaban

los ojos de lágrimas, dejé la frase a medias—. Eh... ¿Mamá? ¿Estás bien?

—¡Ay, Maya! —Echó a correr hacia nosotros y me abrazó tan fuerte que casi me caigo—. ¡Qué ilusión! De verdad te lo digo. Estaba preocupadísima por si acababas como la tita Meera, pero, Dios, Sebastian Laurent... Siempre habéis sido adorables juntos, incluso cuando os peleabais. —Se separó y entrecerró los ojos—. Porque esta relación es de verdad y exclusiva, ¿no? No una de esas... ¿Cómo era...? Relaciones sin compromiso que tanto le gusta a la gente de vuestra generación.

¿De dónde narices había sacado mi madre esa información?

—Es de verdad —le aseguré.

—Y exclusiva —añadió Sebastian con una pizca de posesividad en la voz que me aportó cierta calidez.

Mi madre se echó a llorar de nuevo. No la había visto tan feliz desde que su rosal se llevó el primer premio en la Muestra de Jardinería Internacional y ganó a su amienemiga Aisha.

Su desinhibida reacción provocó que se disipara la tensión y todo el mundo se nos acercó para hablar con nosotros y darnos la enhorabuena. Los padres de Sebastian se mostraron más relajados con las noticias, aunque su madre amenazó con desterrarlo como me hiciera daño de alguna forma. Sebastian se rio y prometió que nunca lo haría.

Mi padre fue el único que permaneció sentado.

—Disculpad —dijo con el bigote erizado a causa de la irritación—. ¿Lleváis saliendo desde ¡marzo?! ¿O sea, que mientras Michel y yo no nos hablábamos, vosotros ibais quedando a escondidas? ¿Cómo...?

—Calla ya, Neal —espetó mi madre en hindi—. Ni se te ocurra arruinarme el momento. Venga, ven aquí y felicita a tu hija.

Mi padre calló y acató órdenes.

Sospeché que no quería que mi madre volviese a hacerle el vacío, tal y como sucedió tras la odisea con los Laurent. Había batallas que no merecía la pena luchar.

Cuando ya estuvo todo el mundo más calmado, saqué a colación lo último que me quedaba por decir.

—Una cosa más... Sé que te mueres de ganas de que me case, pero a Sebastian y a mí nos gustaría ir a nuestro ritmo. Solo llevamos unos meses saliendo. Queremos disfrutar sin, eh..., presión adicional.

Mi madre estaba tan ilusionada con las noticias que no me llevó la contraria.

—Por supuesto. Tomáoslo con calma... Siempre y cuando no os durmáis en los laureles. Que los años pasan, eh. —Se le dibujó una diabólica sonrisa en los labios—. Ay, ¡qué ganas de contárselo a las chicas del club de jardinería! Y Aisha que iba soltando todos esos comentarios mordaces diciendo que eras una solterona... Ni que el aburrido de su yerno fuese un partidazo... Verás tú. Ahora tendrá que tragarse sus propias palabras.

—¿Cuántas probabilidades hay de que empiece a organizarnos la boda mañana mismo? —me preguntó Sebastian mientras mi madre regresaba con Yvonne a la mesa. Seguro que estaban planeando cómo vengarse de Aisha.

—¿Mañana? Estamos hablando de mi madre. Seguro que empieza esta noche.

Sebastian se rio y se le arrugaron los ojos con el gesto mientras Priya se nos acercaba.

—Me alegro por vosotros, pero también estoy superpicada contigo, que lo sepas —confesó—. Tenía la esperanza de que mamá se distrajera tanto organizándote la boda a ti que fuera a olvidarse de la mía. Pero no; has tenido que pedirle que eche el freno con la tuya. —Suspiró con pesadez.

—Lo siento —respondí empática—. Si te sirve de algo, estoy convencida de que estará ocupadísima organizándola a nuestras espaldas.

—Puede —contestó Priya con aire taciturno. Al espíritu libre de mi hermana le estaba costando lidiar con que mi madre se involucrase tantísimo en su boda—. Ben y yo deberíamos habernos fugado y casarnos a escondidas. Yo quería, pero mamá... Bueno, ya basta de eso. —Volvió a animarse—. ¡Me parece increíble que estéis juntos! Qué fuerte. O sea... Es que no tenía ni idea.

—¿Qué quieres que te diga? Se nos da bien guardar secretos —comenté sin más.

Sebastian soltó algo a medio camino entre una risa y tos. Enseguida escondió la sonrisa con el puño.

Entre que mi hermana había interrumpido nuestro primer beso y que había estado presente en nuestra riña con segundas durante la salida en barca en la boda de Radhika, Priya había sido la persona de mi familia que más señales había presenciado. Pero así era mi hermana, señoras y señores. Vivía perdida en su propio mundo.

Aunque la quería por igual. El hecho de que no se enterase de la misa la media formaba parte de su encanto.

La siguiente en venir hacia nosotros fue Neha.

Sebastian entró en tensión; todavía no la había perdonado por haberme amenazado en la bolera. Aun así, yo sentía curiosidad por ver cómo reaccionaría ahora que habíamos hecho pública nuestra relación.

—Bueno... —Alternó la vista entre Sebastian y yo con expresión ininteligible—. Supongo que aquí tengo mi respuesta.

—No. Nunca te respondí porque era una falsa disyuntiva basada en una falsa premisa —señalé—. Diste por sentado que tendría que sacrificarlo todo por una incerteza. Menuda forma más rígida de ver algo que no es ni tan blanco ni tan negro.

«¿Estás dispuesta a tirarlo todo por la borda por una relación que ni siquiera sabes si durará?».

Me había pasado semanas agonizando en busca de una respuesta. Me daba demasiado miedo comprometerme con una cosa o la otra, pero la crisis del lanzamiento me trajo una claridad brutal.

Cuando pensaba en con quién quería celebrar algo, compadecerme y pasar la vida, solo había una respuesta.

Sebastian. Siempre había sido Sebastian.

Era mi ancla emocional, mi única constante en medio del caos. Hacía que fuese una persona más fuerte y lo que era más importante: me hacía feliz.

Quería a mi familia, pero la pregunta de Neha era una falsa disyuntiva porque yo no estaba «tirando por la borda» nada de

nada. Mis logros siempre serían míos y mi familia siempre sería mi familia, incluso en el caso de que se enfadaran conmigo.

Suponiendo que la pregunta de Neha no hubiese sido hipotética y mi padre hubiese dejado de hablarme porque seguía peleado con los Laurent, yo habría elegido a Sebastian. Había superado los obstáculos suficientes como para dejar de dudar de mí misma. Daba igual qué consecuencias acarreara esa elección, porque habría sabido capear el temporal y habría encontrado la forma de salir adelante.

Como siempre.

Neha bufó y soltó:

—Qué típico de ti. Analizas hasta la pregunta más simple.

—No era tan simple.

La pregunta en sí lo era, pero las emociones que se escondían debajo no.

Se le relajó un poco la expresión.

—Lo sé. —Apretó los labios y volvió a ponerse seria—. Pero sigo pensando que mantener la relación en secreto fue una estupidez. Tuvisteis muchos factores externos que jugaron a vuestro favor; de lo contrario, ahora estaríamos manteniendo una conversación muy distinta. Pero... lo entiendo. En parte. Es solo que a mí no me gusta hacer las cosas así.

—Porque somos diferentes —argumenté con delicadeza—. Eres mi hermana. Te quiero y sé que lo hiciste con buena intención. Pero, a veces, me gustaría que hicieras más de hermana y menos de policía parental. No te pido que cometas ilegalidades por mí; solo te pido que veas las cosas desde mi punto de vista y que confíes en que lo gestionaré a mi manera. Yo haría lo mismo por ti.

Se hizo un largo silencio.

—Me parece justo —reconoció Neha. Era la mejor respuesta que podía esperar viniendo de ella—. No puedo asegurarte nada. Yo soy como soy, pero... lo intentaré. Me alegro de que te haya salido bien, Maya, de verdad. Sobre todo, porque así ya no tengo que oír a mamá taladrándome con tu vida amorosa.

Reí y accedí:

—Ya somos dos.

—Os dejo que lo celebréis. Total, tengo que irme pronto a casa. Mañana tengo una reunión a primera hora. —Neha se despidió de Sebastian con un gesto con la cabeza y un—: Sebastian.

—Neha —dijo él con tono neutral. Cuando mi hermana se hubo marchado, me preguntó curioso—: ¿De qué respuesta estabais hablando?

—Luego te lo cuento —contesté—. Ahí viene alguien más.

Mi abuela vino directa hacia nosotros con expresión de júbilo absoluto en el rostro. Primero se dirigió a Sebastian.

—¡Por fin! —Suspiró con dramatismo—. Ya me estaba quedando sin joyas que perder.

¡Ja! ¡Lo sabía! Sabía que había estado mintiendo con todo eso de perder joyas.

Sebastian sonrió.

—Lo dudo mucho, señora Gupta —respondió como si nada—. Tiene usted la mejor colección de joyas de todo el país.

Mi abuela rio.

—En eso voy a darte la razón. —Se le suavizó la mirada y me dio unas palmaditas en la mejilla—. Te lo dije, *beti*. No siempre se trata de buscar a gente nueva en sitios nuevos. A veces, basta con cambiar la perspectiva.

Sonreí al acordarme de la conversación que mantuvimos después de mi cumpleaños.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—¿Que tú y Sebastian acabaríais juntos? —Rio por la nariz—. Desde que le hiciste ese espeluznante muñeco vudú. Nadie se pasa tanto tiempo pensando en alguien a no ser que esté obsesionada. Créeme. A mí me pasó igual con el tontaina de tu abuelo antes de que me casara con él.

Mis abuelos estuvieron felizmente casados durante décadas hasta que mi abuelo falleció de un infarto hace tres años. Mi abuela no lo decía, pero yo sabía que lo echaba muchísimo de menos.

Diya la llamó al cabo de poco. Cuando se hubo ido, Sebastian me miró y me preguntó:

—¿Qué es el muñeco vudú ese del que hablan todos?

Me subieron los colores por el cuello y las mejillas.

—Nada importante.

—¿Era anatómicamente correcto? Porque como me hicieras un muñeco vudú feo me ofenderé.

—Era anatómicamente correcto... y feo.

Sebastian me agarró y me empotró contra él y chillé.

—Luego pagarás por eso —dijo con la voz áspera.

—¿Eso es una promesa o una advertencia?

—No me busques, Maya, porque te meteré en la cocina, donde puedan oírte todos, y te follaré en la encimera mismo.

Una deliciosa calidez se me arremolinó en la entrepierna.

—O sea que es una promesa —razoné.

A Sebastian se le ensombreció la mirada. Vamos que si iba a pagar luego por haberlo provocado en público...

El broche de oro para una noche perfecta.

Me moría de ganas.

44

Sebastian



—Se me hará raro no venir aquí cada semana —dijo Maya con melancolía mientras lo sacábamos todo del despacho que compartíamos. Al principio, no había gran cosa, pero a lo largo de los últimos meses habíamos ido acumulando un montón de artículos de decoración—. Ha sido solo un año, pero me da la impresión de que nos hemos pasado toda una vida trabajando aquí.

Cerré la tapa de una caja de cartón y la dejé a un lado. Sonreí con picardía.

—¿Echarás de menos trabajar conmigo, Segu?

—No te vengas arriba. Es que no me gustan los cambios de rutina. Y...

Cuando la cogí con un brazo y la tiré en la mesa, Maya dejó la frase a medias y ahogó un grito. Un montón de lápices rodaron por la superficie y cayeron al suelo.

—¿Qué decías? —le pregunté cerniéndome encima suyo y lo bastante cerca como para ver cómo se le dilataban las pupilas.

Se humedeció los labios con la respiración acelerada.

—Que echaré un poquito de menos trabajar contigo —reconoció.

—Mejor, pero no me sirve. —Le hundí la mano bajo la falda y enseguida encontré su creciente excitación—. Vuelve a intentarlo.

Maya suspiró con los ojos cerrados.

—Echaré un montón de menos trabajar contigo.

—Ahora sí. —Le acaricié el clítoris con el pulgar. Tenía las bragas de seda tan empapadas que era casi como si no las llevara. Se movió, arqueó la espalda y empezó a jadear más que a respirar, pero yo me aparté justo cuando ella se tensó, expectante—. Venga, acabemos con las cajas. Tenemos reserva a las siete para cenar.

Maya abrió los ojos de golpe. Levantó la cabeza y me miró boquiabierta mientras yo recogía los bolis del suelo y los metía en una caja vacía con una perezosa indiferencia.

—¿En serio? ¿Piensas dejarme así? —farfulló.

—Estamos en el trabajo, Maya. Lo que quieres que haga es altamente inapropiado. Mujer, ¿qué nos dirían los de recursos humanos?

Me tiró un taco de pósits por abrir y yo solté una risotada.

—Eres un cabrón.

—No te preocupes, *mon ange*. Luego te lo compenso.

—Más te vale —respondió.

Aun así, cuando bajó de la mesa para ayudarme a recoger, lo hizo con los labios apretados. Estaba intentando no sonreír.

A Maya siempre le había gustado un buen reto. Lo fácil la aburría.

Nos sumimos en un agradable silencio durante un rato.

Era el último día de agosto. Hacía justo un año que nuestros padres nos soltaron lo de la colaboración. Con todo lo que había ocurrido desde entonces, parecía increíble que hubiesen pasado solo doce meses.

Las reseñas ya habían llegado y nuestro segundo evento de presentación resultó ser un éxito rotundo. Los críticos hablaban maravillas sobre la comida y, cuando sacamos los platos congelados al mercado (cosa que habíamos pospuesto hasta después del segundo lanzamiento), agotamos existencias en menos de una semana. Las acciones de ambas empresas estaban por las nubes y ya estábamos pensando en estrategias para poder aumentar la producción sin comprometer la calidad.

Después del segundo lanzamiento, a Maya y a mí ya no nos hizo falta compartir despacho, pero nos habíamos apegado tanto a este que lo habíamos seguido usando tanto como habíamos podido. No obstante, Comestibles Singh lo necesitaba para su nuevo director de alianzas empresariales, que empezaría a la semana siguiente. Aún teníamos hasta que acabase el día para sacarlo todo.

Lo cual era bueno. Pronto, a mí no me haría falta tener despacho alguno en oficinas corporativas porque iba a dejar de ser director de *marketing* para el Grupo de Restaurantes Laurent.

Mi padre cumplió con su palabra. Al ver el éxito que habían tenido tanto el lanzamiento como la nueva línea de productos, me dio el visto bueno para que me convirtiera en chef profesional.

Todavía estaba viendo por dónde tirar, pero aún tenía tiempo. Había aceptado seguir desempeñando el papel de director de *marketing* hasta finales de año para que quien fuera a reemplazarme pudiese ir adaptándose a todo. A partir de entonces, estaría solo.

Pensar en eso me resultaba aterrador y emocionante a partes iguales.

Cuando ya casi habíamos acabado de guardarlo todo, me llamaron de recepción.

—Ha llegado la comida —anuncié—. Enseguida vuelvo.

Me encontré con el repartidor en los ascensores y le di una buena propina. Regresé al despacho con las bolsas de comida para llevar y lo preparé todo en la mesa de conferencias.

Maya arrugó la nariz. Estaba monísima.

—¿Es el ramen del año pasado? Pensaba que había sido una única excepción.

—Tómatelo como dos únicas excepciones. —Empujé el bol vegetariano hacia ella—. Es nuestra última comida oficial de trabajo juntos. Quería que fuese especial.

Volvió a ponerse nostálgica.

—Es el fin de una era, ¿a que sí?

—Claro, pero ya hemos pasado por el fin de muchas eras juntos. Nunca es el final definitivo.

—Cierto. —Maya empezó a comerse los *noodles*—. ¿Has decidido ya qué harás con la oferta de Margaux?

Dudé un segundo.

—Aún no.

Margaux me había ofrecido ser su segundo de cocina en el Brasserie M. Trabajar con ella no sería fácil (era una jefa muy dura), pero sería familiar. Me sentiría cómodo.

Aunque..., ¿de veras iba a tirar la certeza de toda una vida por la borda para contentarme con sentirme cómodo?

Maya me estudió con la mirada.

—Olvídate de lo de ser chef por un segundo —dijo—. ¿Qué quieres? Pero qué quieres de verdad. Si pudieras chascar los dedos y conseguir cualquier cosa que desearas, sin letra pequeña ni nada, ¿qué pedirías?

No lo pensé. Simplemente dije lo primero que me vino a la mente, por cursi que fuera.

—Dos cosas: casarme contigo y hacerte feliz. —Guardé silencio un segundo, más lentamente, añadí—: Y abrir mi propio restaurante.

Maya y yo nos lo estábamos tomando con calma, pero ambos sabíamos que acabaríamos casándonos algún día. Siempre estuvimos destinados a acabar juntos en esta historia.

Ahora bien, ¿ser el dueño de un restaurante? Eso nunca se lo había reconocido a nadie; ni siquiera me lo había reconocido a mí mismo. Cuando decía que quería estar al frente de una cocina, casi todo el mundo pensaba que me metería en un negocio ya existente. Nunca había hecho nada como chef profesional, de modo que, intentar hacer una transición de ese tipo y abrir un restaurante a la vez, desde cero, sería como intentar escalar el Everest con chanclas.

Además, todavía tenía que asimilar algunas cosas más personales. Descubrir que yo no había tenido la culpa ni de la intoxicación alimentaria del lanzamiento ni de la muerte de Wellgrew fue como quitarme un peso enorme de los hombros, pero deshacerme de todos esos años de miedo y culpabilidad de la noche a la mañana no era tarea fácil. Al estar al frente de un restaurante, también sería responsable de los comensales y del personal. Como fracasara, ellos también sufrirían las consecuencias.

Pero tenía que apostar por mí y arriesgarme. No podía permitirme seguir siendo preso del pasado; no si quería construir algo que

valiera la pena.

A Maya se le iluminaron los ojos y me miró con dulzura.

—Casarte conmigo, hacerme feliz y abrir tu propio restaurante —repitió—. ¿Tres cosas, pues?

Sonreí.

—Tres cosas —confirmé.

—Espero que eso no haya sido tu forma de pedirme matrimonio, Sebastian Laurent.

Reí y el nudo que notaba en el pecho se me soltó un poco. Dios, cuánto la quería, hostia.

—¿Tú crees que te pediría matrimonio de una manera tan cutre? No. Cuando lo haga, lo sabrás.

Me moría de ganas de que llegase ese día.

—Bien. —Me devolvió la sonrisa y adoptó una expresión pensativa —. Tu propio restaurante. Lo veo. Chez Laurent.

—Segu. —Dejé los palillos y me incliné hacia delante—. Por favor, dime que no me ves siendo tan mediocre como para pensar que le pondría un nombre así de trivial. Chez Laurent es el apodo que uso para la cocina de mi casa; no es un nombre para ponerle a un restaurante de estrella Michelin.

—Disculpa. —Le centelleó la mirada, divertida—. Quieres abrir un restaurante y, además, conseguir una estrella Michelin.

—O tres. —Me encogí de hombros—. Hay que apuntar a lo más alto; así, si fallas, aún puedes lograr grandes cosas.

—Así piensa el resto de la población. Tú eres Sebastian Laurent. Mereces tres estrellas Michelin.

Lo dijo con total convicción.

Noté cierta calidez en el pecho y le pregunté:

—¿Y tú? ¿Qué quieres?

—¿Aparte de lo que ya tengo? Nada.

La miré escéptico y Maya rio.

—Va en serio —aseguró.

—¡¿Nada?! ¿Ni siquiera el premio al Evento Gastronómico del Año o un premio Nobel?

—A ver... No estarían mal —aceptó—. Ganar un premio Nobel igual es fliparse un poco, pero te juro que, como no estemos entre la lista

de finalistas del premio al Evento Gastronómico del Año, es porque está amañado. Otro premio a la Excelencia del *marketing* internacional no estaría nada mal. Aunque, si no me lo dieran, también me conformaría. En serio. Estoy orgullosa de que consiguiéramos que ese segundo lanzamiento nos saliera bien después de... todo. —Nos señaló a ambos—. Lo teníamos todo en contra, pero aguantamos. Y eso ya es mucho. Además, si te soy sincera, ya no siento aquella necesidad constante de demostrar lo que valgo. No se me ocurre nada y, si quisiera algo, sería por una pura cuestión de ego. —Esbozó otra sonrisa discreta—. Soy feliz.

No insistí en busca de otra respuesta porque lo que yo más quería era precisamente eso: que Maya fuera feliz.

Acabamos de comer y la conversación se desvió hacia temas más livianos. Cuando hubimos terminado, tiré los envases a la basura y cerré la puerta con pestillo.

—Hablando de felicidad... Todavía tenemos que hacer una cosa —comenté.

Maya arrugó la frente. Seguro que estaba pensando en la eterna lista de «Cosas por hacer el último día» que tenía ella en mente.

—¿El qué?

—Bautizar la sala de conferencias. —La levanté y volví a sentarla en el borde de la mesa—. No podemos marcharnos sin despedirnos como es debido.

—Has dicho que sería inapropiado —me recordó.

—Y es cierto. —Fui besándole el cuello en dirección descendiente —. Menos mal que me gusta lo inapropiado.

—Podría vernos alguien...

Sus desganadas protestas sufrieron una muerte súbita en cuanto le levanté la falda y le recorrí el borde de las bragas con el dedo.

Estábamos a viernes y era agosto, de modo que la oficina estaba básicamente vacía. Me sorprendería que hubiese quien no tuviera nada mejor que hacer como para venir a buscarnos.

—Es parte de la diversión, *mon ange*. —Me arrodillé—. Venga, sé buena y ábrete de piernas para que pueda acabar de comer.

Ya se me había hecho la boca agua y, cuando obedeció, fui a por todo y con una única cosa en mente. Sus gemidos cargados de aire

inundaron la sala mientras yo se lo comía en la mesa de conferencias. Me latía la polla. Me deleité tanto con los gemidos de Maya y con cómo me tiraba del pelo como con sus jugos inundándome la boca.

Llevaba toda la vida comiendo en los mejores restaurantes del mundo y disfrutando de platos preparados por los mejores chefs del planeta, pero Maya seguía siendo lo más exquisito que había probado en la vida.

Se corrió al cabo de poco con un grito gutural. Cuando me levanté, ella estaba temblando. Me coloqué sus piernas en los hombros y me hundí en ella.

—Ya te digo yo que... A los de recursos humanos... esto no les haría... ni pizca de gracia —comentó jadeando entre empellones.

Echó la cabeza hacia atrás y noté cómo se le contraía el sexo a mi alrededor.

Una ardiente ola de placer me recorrió entero. Me la estaba follando tan duro que la mesa crujió con cada embestida.

Se me escapó una risa.

—Pues menos mal que no trabajamos para la misma empresa. —Me subí aún más sus piernas, prácticamente doblándola en dos—. Como sigues formando frases enteras, supongo que no lo estoy haciendo lo bastante bien. —La embestí con rudeza—. Más vale que le pongamos remedio, ¿no crees?

Sus palabras enseguida se convirtieron en unos gemidos ininteligibles. Una hora y múltiples orgasmos más tarde, nos encontrábamos tumbados en la alfombra y respirando trabajosamente envueltos por el silencio.

A duras penas me acordaba de cuándo habíamos pasado a hacerlo en el suelo, pero estaba demasiado saciado como para moverme. La luz de última hora de la tarde que se colaba a través de las ventanas nos acariciaba la piel y me aportaba cierta calidez, aunque ya estuviera acalorado.

Cuando empezamos a respirar de nuevo con normalidad, Maya me miró.

—Esto va a sonar raro, pero he estado pensando en lo que pasó con tu carta y... tengo una teoría.

La sorpresa de adueñó de mí. Hacía meses que no pensaba en el misterio de la carta, pero, como me pudo la curiosidad, guardé silencio.

—Te acuerdas de Neville Grafton, ¿verdad? —me preguntó Maya.

Rebusqué entre los recuerdos del internado y evoqué la imagen de un crío alto y delgado, pecoso y de indomable pelo oscuro.

—Sí, participaba con nosotros en Modelos de Naciones Unidas. Le vomitó encima a Andy Kim cuando fuimos de viaje a España —dije al acordarme del espontáneo comentario que solté sobre él en la boda de la prima de Maya.

—El mismo. Justo antes de la graduación, tú ibas a decirme algo y él te apartó.

De pronto, me acordé. El recuerdo me quedaba un poco borroso porque había pasado hacía mucho tiempo, pero seguía viéndolo con la nitidez suficiente como para cristalizarlo todo en imágenes. Fue el día después de que le dejara la carta a Maya; se la metí a través de las rejillas de la taquilla. Quería asegurarme de que la había recibido, pero Neville nos interrumpió justo antes de que yo pudiera preguntárselo. No me acordaba de qué excusa me había dado, pero sí recordaba que él tenía la taquilla al lado de la suya. Y también recordaba que lo había pillado mirando a Maya en varias ocasiones, con puro anhelo en el rostro. Y recordaba cómo me miró el chaval durante la graduación, como si quisiera empujarme por las escaleras.

Pensé que se trataban de imaginaciones mías porque el tipo era más bien reservado; un poquito peculiar, pero inofensivo. Tal vez me había equivocado.

—En la boda de Radhika, me dijiste que creías que yo era su amor platónico. Tenías razón. Pero era un amor, eh..., importante —dijo Maya, sonrojándose—. Me pidió salir una decena de veces, pero yo siempre le dije que no. Llegó un punto en el que tuve que amenazarlo con pedir una orden de alejamiento porque no paraba de dejarme cosas en la taquilla. Poemas, regalos..., cosas de esas. Eso fue después del viaje a España. Los poemas eran una cosa, pero lo que no entendía era cómo conseguía meterme cosas más grandes en la taquilla incluso después de que cambiara la combinación del

cerrojo. Sigo sin saberlo. Pero creo que debió de ver que me dejabas una carta y la interceptó antes de que yo la viera.

—Pero, suponiendo que fuera el caso, ¿por qué te la habría metido en la libreta? —cuestioné—. La habría tirado para asegurarse de que no la leyeras nunca. Además, ¿cómo pudo falsificarte la firma para escribirme esa respuesta?

—Si te pones, falsificar una firma tampoco es tan complicado. Y en cuanto a lo de la libreta... —A Maya se le fue apagando la voz—. No lo sé. No he encontrado respuesta a eso, pero también tenía la libreta en la taquilla. A lo mejor leyó la carta allí mismo y quería tirarla, pero alguien lo interrumpió y la metió en el primer sitio que pudo.

Arrugué la frente.

—Tal vez...

Parecía poco probable, pero la situación en general ya era inverosímil de por sí.

—Podemos descubrirlo. —Se recostó, se apoyó en un codo y se le avivó la expresión—. Si le pedimos a Christian que...

—No —contesté con firmeza—. No te acostumbres a pedirle cosas a Harper. Todo tiene un precio. —Christian Harper tenía unos honorarios desorbitantes, pero, sobre todo, se cobraba los trabajos en secretos y chantajes. A no ser que estuvieras dispuesto a tener que pasarte el resto de la vida andándote con los ojos bien abiertos, no te interesaba hacer tratos con él. A Maya se le desdibujó la expresión y me sentí obligado a añadir—: Además, me he enterado de que acaba de ser padre. Debe de estar demasiado ocupado como para llegar al fondo de lo que pasó hace años con una carta.

Según se rumoreaba por ahí, su mujer había dado a luz a una niña. Dahlia Maura Harper. Un nombre bonito para una bebé que seguro que también era bonita.

Eso humanizaba un poco a Christian, pero yo seguía mostrándome reacio a recurrir a él a no ser que fuera por algo de extrema urgencia.

—Supongo que tienes razón... —coincidió Maya a regañadientes—. Pero ¿no quieres saber qué paso?

—Si puedo enterarme sin tener que recurrir a Harper, sí, claro. Pero ahora ya da bastante igual. Casi que me alegro de que la cosa saliera así. —Al ver cómo se sorprendía Maya, sonreí—. Si hubieses recibido mi carta en su día, ¿cómo habrías reaccionado?

Guardó silencio un segundo.

—No lo sé —reconoció—. Visto con perspectiva, me... me atraías, pero estaba tan obcecada con nuestra rivalidad que tal vez habría pensado que estabas intentando gastarme una broma de muy mal gusto.

—Nos habríamos peleado...

—Y nos habría explotado en la cara —acabó de decir Maya por mí. Suspiró—. Odio que el tío crea que se salió con la suya.

—Si es que fue él...

—Ya. Pero si lo veo en la reunión del decimoquinto aniversario, pienso pegarle una buena paliza. Era un acosador, con o sin carta.

Reí.

—Yo te ayudo —le dije.

—Trato hecho —sentenció ella con una sonrisa en la voz.

Nos quedamos tumbados lado a lado, con la vista puesta en el techo y dejando que nuestra conversación se diluyera hasta sumirnos de nuevo en otro agradable silencio. La sala olía a rotuladores para pizarra blanca, a limpiador de limón y al perfume de Maya. Notaba la aspereza de la alfombra contra la piel y me fijé en las delicadas siluetas de gatos que ella misma garabateó en la pizarra el año pasado y que todavía se apreciaban.

La noche de Halloween del año pasado nos habíamos quedado tumbados en esa misma posición, solo que ese día teníamos las esterillas de yoga. Acabábamos de dar con algo enorme para el lanzamiento, de modo que parecía apropiado despedirnos así del despacho.

Maya tenía razón. Era el fin de una era, pero, para nosotros, era solo el comienzo. Y me moría de ganas de ver cómo sería esta nueva etapa.

Epílogo

Sebastian / Maya



Sebastian
Catorce meses después

La preinauguración de mi restaurante tuvo lugar el noviembre siguiente. Los árboles ya empezaban a perder las hojas y una ráfaga de aire otoñal se coló por la puerta en cuanto mis cuidadosamente seleccionados invitados fueron llegando individualmente o en grupo.

—Cariño, este sitio es precioso —me dijo mi madre en francés. Me dio dos besos sin rozarme las mejillas y paseó la vista por el salón—. Estoy muy orgullosa de ti; has abierto el mejor restaurante de la ciudad.

—Técnicamente, el restaurante aún no está abierto de cara al público, *maman* —le recordé, ilusionado—. Y ni siquiera has probado la comida.

—Pooor favooor... Tsss. Soy tu madre. No necesito esperar para saber que lo que acabo de decir es cierto. ¿Verdad, Michel?

Mi padre refunfuñó. Estudió el local con un ojo más crítico que mi madre, pero relajó la frente al volver a centrar su atención en mí.

—*Papa*.

—Sebastian —me saludó.

Aceptó la bebida que le pasó la recepcionista y estudió un grupo de invitados que acababa de llegar. Entre ellos, el jefe de redacción de una revista especializada en gastronomía y Christian Harper con su esposa; era una diseñadora de moda de sumo renombre. Desde que nos ayudó con lo de Whitaker, no había vuelto a solicitar sus servicios, pero el hombre se merecía que lo invitara a cenar. De no ser por él, yo ahora no tendría este restaurante.

—Cuánta gente —señaló mi padre.

—Tengo una buena red de apoyo —respondí—. Soy afortunado.

Los últimos catorce meses habían sido de los más duros de mi vida. La carta era solo parte de todo lo que implicaba abrir un restaurante. Todo lo demás eran pesadillas sobre finanzas, permisos, cuestiones logísticas, y discusiones con proveedores y contratistas. Había días en los que quería darme contra la pared o dejarlo directamente, pero Maya y mis amigos me ayudaron a seguir adelante. Xavier, que ya había pasado por esto con La Bóveda, fue especialmente de gran ayuda.

Ahora, tras trece meses de sangre, sudor y lágrimas, el restaurante ya estaba terminado. Lo de esta noche era para amigos, familiares y colaboradores cercanos; mañana abriría de cara al público.

Tenía la piel empapada en sudor frío. Abrir un restaurante era como arrancarme una parte del alma y ofrecérsela a los desconocidos para que la consumieran y la juzgaran, A lo mejor les encantaba, a lo mejor lo odiaban o a lo mejor se mostraban indiferentes.

Pero aquí estaba. Lo había conseguido. Poco importaba cómo fuera la gran inauguración o las semanas o meses que vinieran a partir de ahora; estaba jodidamente orgulloso de mí por no haber tirado la toalla.

—Te ha quedado bien —dijo mi padre tras una pausa—. Sé que no ha sido fácil. Estoy... orgulloso de ti.

Ya no iba en busca de su aprobación, pero no por eso dejé de sentirme bien al oírselo decir.

—*Merci, papa*.

Mi madre esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Lo veis? Estabais los dos de un pésimo humor por nada. —Me dio unas palmaditas en la mejilla—. Te dejamos. Seguro que tienes muchísimas cosas que hacer. Aunque os veré a ti y a Maya la semana que viene para cenar, ¿verdad?

—Por supuesto.

Sonreí mientras mi madre arrastraba a mi padre hacia los padres de Maya para conversar con ellos.

El estado emocional de mi madre había mejorado sobremanera a lo largo del último año. Seguía dándole algún que otro bajón melancólico de vez en cuando, pero los duelos son así. Nunca acabas de superar que has perdido a una hermana. Y lo más importante era que iba a terapia y que, cuando bebía, nunca se le iba de las manos.

Efectivamente, había estado proyectando mis propios miedos e inseguridades en ella. La había infravalorado igual que mi padre había hecho conmigo. Mi madre era muchísimo más fuerte de lo que yo había pensado.

Me pasé la siguiente media hora hablando con los invitados. Habían venido todos mis amigos más cercanos y mi familia, junto con varios inversores importantes y creadores de tendencias. Xavier y Sloane estaban enfrascados en una conversación con Margaux mientras que Dante y Vivian charlaban discretamente con Christian y Stella.

Yo hablé un segundo con Killian. Para mi sorpresa, había venido solo.

—¿Qué tal por Grecia? —me interesé.

—¿Qué? —respondió él, mirándome anonadado.

—Grecia —repetí—. Estuviste en Milos en verano, ¿no?

—Ah, sí. Bien. Está guapo.

Parecía extrañamente distraído, pero es que ya lo veía raro desde hacía meses.

Desvió la vista hacia la entrada. Le seguí la mirada hacia donde había un promotor inmobiliario alisándose el abrigo junto con una pelirroja a quien no supe ubicar.

—Voy a por otra copa —anunció Killian de pronto—. Hablamos luego.

Rodeó una mesa y fue hacia el fondo, donde estaban los camareros, evitando deliberadamente el guardarropa.

«Qué raro...».

Chandler, el promotor, se me acercó para felicitarme. No era un pez gordo en el mundo de los negocios (había promotores inmobiliarios diez veces más importantes que él, como Alex Volkov, del Grupo Archer), pero el edificio donde había abierto el restaurante era propiedad de su empresa. Lo había invitado porque era lo más inteligente para el negocio.

Hablamos unos minutos y, luego, me presentó a la mujer que lo acompañaba.

—Te presento a Tate.

Y punto. Ni apellido ni explicación de quién era. Chandler parecía doblarle la edad a la chica, que era bastante atractiva de forma natural; aun así, no tenían pinta de ser pareja. De hecho, ella parecía molesta de estar aquí.

Me sonrió. Tenía la nariz y las mejillas pecosas, y su frondosa cabellera pelirroja le caía por los hombros.

—Encantada de conocerte —me dijo—. Tengo muchas ganas de probar tu comida. No he oído más que maravillas.

—Espero que cumpla con las expectativas —respondí.

Esa chica me recordaba a un ciervo; parecía un poco asustadiza, pero también tan delicada que enseguida se me avivó el instinto protector.

—Seguro que sí —contestó ella.

Justo cuando iba a preguntarle de qué conocía a Chandler, Tate dejó de prestarme atención. Clavó la vista en el fondo del restaurante, donde Killian estaba apoyado contra la pared, tomándose una copa con pintas melancólicas, cosa que no era para nada habitual en él.

Mi amigo desvió la vista hacia aquí y entornó los ojos. Tate se sonrojó, pero enseguida apretó los labios, seria. A pesar de que la chica apartó la mirada, continuaba sonrojada.

Ay, Dios. Me entraron ganas de decirle que se mantuviera alejada de él (parecía maja y Killian se comía vivas a las chicas majas), pero Chandler seguía allí y no se había percatado de la distracción de su... ¿cita?

Al final, me decanté por no meterme en asuntos ajenos y me excusé.

Tenía otras personas con quienes estar.

Me abrí paso entre la multitud y fui hacia el almacén. Maya me estaba esperando con el hombro apoyado en la estantería de producto seco.

—Aleluya —dijo.

—Tenía que acabar de saludar a todo el mundo. Ya sabes cómo es esto... —Le di un beso casto e inhalé el delicado aroma de su perfume—. Todo el mundo me ha preguntado dónde estás. Te has excusado para ir al baño hace... —me miré reloj de muñeca— media hora.

—Les diré que estaba intentando desearle buena suerte a mi novio —bromeó, apoyándome una mano en el pecho. Se me aceleró el corazón bajo su tacto—. Ya está. Lo has conseguido. Respira —me dijo con ternura.

—Sí. Lo haré. —Tomé aire profundamente—. Debería regresar a la cocina. El servicio está a punto de empezar.

—Lo sé. —Maya se puso de puntillas y volvió a besarme—. Un beso de buena suerte. Y otro que te daré después de que lo hayas petado.

—¿Me estás diciendo que tengo que esperar para ese beso?

—Algún incentivo necesitarás...

Reí y, cuando salí del almacén y fui hacia la cocina, lo hice con una sonrisa en los labios. Había sido una interacción breve, pero me había venido bien.

Sin ella (sin la preciosa, increíble y jodidamente brillante mujer que había estado allí para mí cuando me venía abajo y me había ayudado a recuperarme siempre hasta que me sentía mejor de lo que creía posible), no habría sobrevivido a estos trece meses. Maya era mi arma secreta. Mientras la tuviera a ella a mi lado, podría con todo.

Mi personal lo tenía todo controlado en la cocina; aun así, volví a revisar cada plato personalmente por tercera vez. Todos mis seres queridos estaban hoy aquí. Como la comida no fuese perfecta o les sentara mal, no me lo perdonaría jamás.

Se me coló una ansiedad ya familiar en el pecho, pero la aplasté enseguida. Me obligué a respirar despacio por la nariz y exhalé. Dudaba que llegase el día en el que dejara de temer que mi comida le sentara mal a alguien, pero ese miedo ya no me debilitaba. Y eso era lo importante. Estaba ahí, como ruido de fondo, a modo de recordatorio, pero no me frenaba.

Volví a tomar aire para calmarme y volví a estudiarlo todo bien. Había guardado lo más importante para el final: las vieiras. El plato estrella de la noche.

Me había pasado el año entero experimentando con la receta. Había probado decenas de combinaciones hasta que, por fin y casi por accidente, me topé con el ingrediente mágico.

Había practicado esa receta tan a menudo que, a estas alturas, podía prepararla hasta durmiendo. Aun así, tuve que probar las vieiras una última vez. Por si acaso.

Cogí una vieira del plato de muestras, me la llevé a la boca y mastiqué.

El intenso sabor de la salsa de fresa y albahaca encajaba maravillosamente bien con aquellas sabrosas vieiras marcadas.

«Perfecto».

Visto con perspectiva, era la mar de simple. Las fresas aportaban la misma acidez que la salsa blanca al limón de la receta anterior, pero le daban un sabor más fresco y vibrante al plato. De no ser por la obsesión de Maya con las fresas, jamás se me habría ocurrido mezclar estos dos ingredientes. Teníamos tantísimas cajas en la nevera que yo no paraba de ponerle fresas a mis recetas y, al final, acabé dando con una espectacular.

Por suerte, los comensales parecían estar de acuerdo. El servicio había empezado al cabo de poco de que yo finalizara mi ronda protocolaria. A juzgar por las exclamaciones y murmullos de aprobación que fui oyendo a lo largo de la noche, la comida había sido todo un éxito.

—Hazme un favor —le dije a la *maître* a la vez que le pasaba una nota en mitad de la cena—. Lleva esto a la mesa ocho.

Era la mesa de Maya.

La chica lo entendió enseguida.

—Me aseguraré de que le llegue —respondió.

Volví a perderme en el ritmo de la cocina. Aquel caos controlado me resultaba familiar y era casi reconfortante. El ruido, la actividad, el popurrí de olores... Todo indicios de que una cocina estaba *viva*. Cuando el servicio alcanzaba su punto álgido, era como si nos desvinculáramos de la realidad. Nos perdíamos en nuestro propio mundo, uno en el que el tiempo se medía en brevísimos instantes de acción-reacción. El segundo de cocina que iba dando órdenes. El chisporroteo de la carne en la sartén. El pitido del temporizador al sonar. Adrenalina y memoria muscular dominaban la escena y las horas avanzaban a la velocidad de la luz.

Primero estaba probando las vieiras y, de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, el servicio ya había terminado. Mis amigos y familiares me felicitaron y se marcharon. Al cabo de poco, la única persona que quedaba en el salón era Maya.

Cuando me senté en la silla frente a ella, vi que le centelleaban los ojos.

—Abrir tu propio restaurante: hecho. Dejarlos a todos impresionados en la preinauguración: hecho. Siguiente punto en la lista: conseguir una estrella Michelin —dijo. Guardó silencio un segundo—. Perdona, quería decir tres estrellas Michelin —añadió haciendo especial énfasis en el número.

Sonreí. Estaba físicamente agotado, pero sentí que me iba a explotar el corazón.

—O sea que te ha gustado la comida.

—¿En serio me lo preguntas? Claro que me ha gustado. —Maya rebosaba orgullo—. Estaba para chuparse los dedos. Felicidades, Seb. Sé que te has esmerado un montón y estoy jodidamente orgullosa de ti.

—No podría haberlo hecho sin ti —contesté—. Gracias por esperar. Sé que te gusta muchísimo el postre.

En la nota que le había pasado le había pedido que esperase a comer el postre para que pudiéramos disfrutar de ello juntos.

—No me des tanto las gracias. Le he robado un pedazo de tarta a Neha cuando no miraba —confesó y yo me eché a reír.

—Te lo mereces. Considéralo parte de tu recompensa por haber ganado el premio al Evento Gastronómico del Año.

Por sorpresa y alegría de Maya, el segundo evento que organizamos fue galardonado con ese prestigioso reconocimiento en los Premios Mundiales del Marketing. Como el evento había sido tan sencillo, Maya no pensaba que fuéramos a ganar, pero haberlo organizado en tantísimo poco tiempo nos había dado puntos extra. Además, que Whitaker nos saboteara el primer lanzamiento logró que recibiéramos atención especial.

—*Nos* lo merecemos —me corrigió ella.

—Fue más cosa tuya que mía. Yo solo me encargué de la comida.

—Claro. Porque eso no es importante ni nada.

Se me volvió a escapar la risa.

Hablamos livianamente un rato más, contándonos cómo nos había ido la noche a cada uno y, al final, le hice una señal a la camarera para que nos trajera el postre.

Intenté que no se me notara, pero estaba tan nervioso que se me desdibujó la sonrisa.

A lo largo del último año, no solo había estado ocupado con la apertura del restaurante. También había agonizado pensando en cómo y cuándo hacer esto; no obstante, tras descartar decenas de ideas, me decanté por la más simple. Era la que más significado albergaba. Con un poco de suerte, Maya coincidiría conmigo.

La camarera salió con el plato final.

En lugar de servirle la misma deconstrucción de tarta *tatin* que le habíamos ofrecido a los demás comensales, le había preparado, personalmente, una sorpresa especial.

Vi, con el corazón en un puño, cómo Maya observaba el despliegue que había en la mesa. Se quedó con la vista puesta en lo último de todo y oí cómo inhalaba con fuerza. Lo cogió con las manos temblorosas.

Había esperado muchísimo para este momento y por fin había llegado. Era incapaz de imaginarme un lugar mejor que esta mesa en concreto en este restaurante en concreto: el corazón de lo que yo más quería, justo después de ella. Un pequeño y refinado arreglo floral perfumaba el aire, y la llama de una vela centelleaba bajo una delicada viga de roble con el nombre de mi restaurante tallado en ella: Nouvelle Époque. «Nueva Era». Mantuve la vista fija en Maya mientras ella estudiaba lo que tenía en la mano. Tenía los ojos húmedos y le temblaba la barbilla, como si estuviese conteniendo las lágrimas.

El corazón me latía desbocado. Si el silencio ya era doloroso, la espera lo era más aún. Los nervios me carcomían por dentro y me suplicaban que apartara la mirada para dejar de torturarme tantísimo.

Pero no podía. Y tampoco me hacía falta mirar la mesa para recordar lo que había preparado para este preciso momento. Ni ese último detalle que ahora ella estaba mirando tan estupefacta.

Un pedazo de tarta de chocolate con fresas importadas desde Corea.

Un batido de chocolate tan denso que parecía helado.

Y, en su mano, una nota con solo tres palabras escritas en ella:

¿Quieres casarte conmigo?

Maya

Debería haber sabido que Sebastian prepararía la pedida de mano perfecta con el anillo perfecto: un espectacular diamante de talla marquesa de su familia materna que había ido pasando de generación en generación. Paradójica y puede que también deliberadamente, Sebastian me pidió que me casara con él justo dos años después de que mi familia me pusiera el ultimátum para comprometerme (que ahora ya había quedado obsoleto).

Tras recuperarme de la conmoción, volví a levantar la vista. Sebastian ya estaba arrodillado y con el anillo en la mano.

Fue el «sí» más fácil de toda mi vida.

Al día siguiente, se lo conté a mi familia y juro que mi madre pegó tal grito de alegría que lo oyeron hasta en la India. Estaba tan ilusionada con mi boda que, cuando Priya se fugó y se casó a escondidas (tal y como predijo la tita Meera), solo montó un par de numeritos. Mi hermana ya no aguantaba la presión que suponía organizarlo todo. Sin embargo, accedió a que mi madre le montara una buena recepción en Nueva York, que fue al mejor acuerdo que pudieron llegar.

De modo que mi madre destinó toda su energía en mi boda. Pensé que estallaría con el absoluto control que implicaba todo eso, pero descubrí que me gustaba perderme en los detalles de los preparativos. Básicamente, era una lista interminable de cosas por hacer y yo me deleitaba cada vez que podía tachar algún punto.

Al cabo de quince meses, Sebastian y yo nos casamos en dos ceremonias distintas. La primera fue una boda tradicional en una iglesia, seguida de una recepción en el *château* de su familia en Francia. La segunda fue una semana de festividades hindis en Udaipur. Al igual que Jaipur, donde se había casado mi prima hacía tres años, Udaipur se encontraba en el estado de Rajastán. No obstante, su belleza apacible y pintoresca no se asemejaba en nada al bullicio de Jaipur.

Mi padre, resuelto a superar la boda de Radhika, no escatimó en gastos y convirtió la mía en el acontecimiento del siglo. A juzgar por los comentarios que fueron soltando los invitados, impresionados, a lo largo de la semana, lo había conseguido. La verdad es que yo solo quería celebrarlo con mi familia y amigos, pero, como todo ese espectáculo hacía felices a mis padres, les seguí la corriente.

Aparte de la comida (que incluía mi *gulab jamun* favorito) y de casarme con Sebastian, lo que más ilusión me hizo fue el vestido de boda. Me había pasado meses trabajando con el diseñador Vian, que había hecho un exquisito *lehenga* rojo y naranja especialmente para mí. Iba con dos *dupattas* (una opulenta y tradicional y la otra más ligera y delicada) y tenía el bordado más precioso que hubiese visto

jamás. Mi abuela me había regalado un conjunto suyo de collar y pendientes de oro y diamantes, y lo combiné con mi *haathphool* y el elaborado *maang tikka* de mi madre. Llevaba las manos cubiertas de henna de la ceremonia Mehndi previa a la boda y no podía parar de mirármelas.

Ya estaba. Me había casado.

Al asimilarlo, me quedé sin aliento.

—No me puedo creer que todas mis niñas estén casadas —dijo mi madre con los ojos húmedos—. Pensé que este día no llegaría nunca...

—Shilpa, por favor, que llevas planeándolo desde que nacieron —soltó mi abuela, risueña—. A lo mejor ahora ya puedes dejar de quejarte por las bodas de tus hijas y centrarte en tu jardín. Parece un poco tristón. Como no vigiles, Aisha te robará el trono en el próximo certamen internacional... Uy, mira, si está allí. Vamos a saludar.

Mi abuela me guiñó un ojo y guio a mi madre hacia su amienemiga, que estaba cerca de la estación de los postres con cara de amargada. Adoraba a mi madre, pero, como no le parara los pies, se pasaría así la noche entera.

La recepción estaba llegando a su fin. Ya habían acabado todos los brindis y las actuaciones oficiales, así que ahora podía relajarme un poco e ir a buscar a Sebastian. Sus amigos se lo habían llevado hacía una hora para Dios sabe qué.

Mis amigas estaban bailando cerca de mí, en uno de los escenarios principales. Ayana me hizo señas para que me uniera a ellas, pero le sonreí y negué con la cabeza.

Busqué entre la multitud y vi a mis hermanas, mis primos y la tita Meera, que estaba hablando con un ilustre hombre con barba que parecía mayor que ella. Habría jurado que mi tía se sonrojaba.

Vi a casi todo el mundo de mi familia, pero a quien no veía era a...

—¿Buscas a alguien, *mon ange*? —dijo alguien arrastrando la voz y con tono juguetón detrás de mí.

Me di la vuelta y los nervios me abandonaron en cuanto vi a Sebastian sonriéndome. Por una vez en su vida, se había peinado de forma relativamente decente, aunque a lo largo de la noche se le

había soltado un grueso mechón que, ahora, le caía por la frente y le resaltaba tanto sus pómulos esculpidos como sus ojos cálidos color ámbar. Llevaba un *sherwani* de color crema hecho a medida que conjuntaba a la perfección con el intenso dorado y naranja de mi *lehenga*. Estaba tan devastadoramente atractivo que me quedé sin aliento.

—Pues sí, la verdad. Por lo visto, mi marido ha desaparecido. ¿Tú no sabrás dónde está, por casualidad? —pregunté con tono inocente.

«Mi marido». Todavía estaba acostumbrándome a llamarlo así, pero me gustaba. Mucho.

—¿Te ha dejado sola en vuestra propia recepción? —Sacudió la cabeza—. Menudo capullo.

Contuve las ganas de reír.

—Lo has dicho tú, no yo.

—Si ha sido tan estúpido como para dejarte sola un segundo siquiera, no te merece. Aunque sus amigos lo hayan amenazado con tirarlo al lago si no se tomaba una copa con ellos.

—¿A eso os habéis dedicado? —bromeé, dejando ese jueguecito atrás.

—Por desgracia. Me he tomado una copa y he venido a buscarte. Eres mejor compañía. Y mucho más lista y guapa, también. No todo el mundo puede decir que forma parte de un cuadro de honor.

Me sonrojé, halagada. Hacía poco, me habían incluido en el cuadro de honor de la Asociación de Marketing Internacional por mis «extraordinarias contribuciones al sector» a lo largo de los años. Solo consideraban a profesionales activos que hubiesen ganado algún reconocimiento en, como mínimo, dos de sus categorías (como el premio al Evento Gastronómico del Año y el premio a la Excelencia del *marketing* internacional). Había otra serie de consideraciones más y yo, en secreto, había albergado la esperanza de conseguir esta distinción, aunque jamás me había atrevido a soñar con ello. Por lo visto, era el miembro más joven en formar parte del cuadro de honor desde que se fundó la asociación hacía sesenta años.

Ya no buscaba la validación externa. Dicho esto, me sentó de maravilla recibir el reconocimiento en cuestión por lo mucho que me había esmerado a lo largo de los años y no por un único logro. Demostraba que mis éxitos no habían sido golpes de suerte.

—Listo y con labia —bromeé. Cuando Sebastian me cogió la mano para guiarme hacia la pista de baile, la emoción me invadió entera—. Empezaba a sentirme un poco sola, pero supongo que puedes compensármelo durante la luna de miel en... —No terminé la frase, expectante.

A él se le dibujó una divertida sonrisa en los labios.

—Buen intento, Segu, pero quien dijo que quería que fuera sorpresa fuiste tú. No conseguirás sonsacarme ni una sola pista.

Hice un puchero, pero Sebastian tenía razón.

Le había dado total permiso para que organizara nuestra luna de miel como mejor le pareciera. Normalmente, quien planeaba los viajes era yo porque me divertía y era un poco quisquillosa con ciertas cosas (como con cuántos hilos tiene la ropa de cama o con la marca del secador del baño del hotel), pero había estado tan ocupada preparando la boda, que Sebastian se ofreció para gestionar la luna de miel.

No tener que preocuparme por los detalles resultó ser tan liberador que le pedí que mantuviera el viaje entero en secreto. Y él había acatado órdenes. Solo me había dicho cuándo sería y qué debía meter en la maleta.

No tenía ni idea de dónde íbamos. Solo sabía que nos pasaríamos un mes viajando por cinco destinos y que no faltaría ni comida ni sexo en ninguno de ellos. Parecía el paraíso.

Sebastian no había dicho nada, pero a mí me daba la impresión de que aquel viaje tan extravagante también era su forma de darme las gracias por haber resuelto el misterio de la carta de una vez por todas. Respeté sus deseos y no contraté los servicios de Christian, pero eché mano de la red de antiguos alumnos del internado y encontré a Neville yo solita. Estaba felizmente casado y le dije que podía seguir estándolo si reconocía la verdad. De lo contrario, yo misma le hablaría de su turbio pasado como acosador a su mujer.

Cedió en menos que canta un gallo. En resumidas cuentas: en aquella época, Neville hacía de voluntario en la secretaría del internado y, aunque nadie lo supiera, tenía acceso al código maestro de las taquillas de todos los alumnos. Estaba terriblemente celoso de Sebastian, que era todo lo que él no era (popular, atractivo y un éxito entre las chicas) y, cuando vio que me dejaba esa carta en la taquilla, la interceptó antes de que yo la viera. La leyó en el acto, tal y como me había imaginado, pero entonces me vio acercándome por el pasillo, entró en pánico y la metió otra vez en la taquilla sin ver dónde caía.

Escribió aquella respuesta para bajarle los humos a Sebastian. Cogió mis documentos escolares de la secretaría para calcarme la firma y, cuando Sebastian intentó hablar conmigo justo antes de la graduación, se lo llevó porque tenía miedo de que fuera a preguntarme al respecto. No quería que descubriéramos lo que había hecho mientras seguíamos en el internado.

Un plan estúpido perpetuado por un adolescente estúpido. De no ser porque, al final, a Sebastian y a mí nos fue tan bien, me habría enfadado más. A pesar de ello, achaqué sus acciones a las tonterías e insensateces que hace uno de joven y seguí con mi vida. Aunque no sin antes llamar al representante de la comunidad de exalumnos de nuestro internado. En la mayoría de las escuelas se habrían reído ante una transgresión aparentemente menor y de hacía décadas, pero nuestro internado se tomaba su reputación muy en serio, y más en serio se tomaba aún las generosas donaciones que hacían tanto mi familia como los Laurent. El representante de la comunidad de exalumnos se horrorizó tanto que censuró a Neville de la influyente red de exalumnos del internado.

Cuando se lo conté a Sebastian, me dijo que él también haría algunas llamadas. Ni él entró en detalles ni yo le hice más preguntas; sin embargo, cuando volví a interesarme por qué habría sido de Neville, descubrí que ya no era el presidente de su empresa.

—¿Crees que Bobby podrá soportar tanta presión mientras no estés? —me interesé.

Bobby era el aprendiz de Sebastian. Después de que Margaux fuera su mentora y le enseñara tantísimo, Sebastian quiso seguir su

ejemplo y decidió formar a ese chef de veinticinco años. Bobby era un poquito intenso, pero también tenía un talento descomunal, estaba comprometido como el que más con el Nouvelle Époque y adoraba a Sebastian; y este lo pondría a cargo del restaurante mientras nosotros estuviéramos de luna de miel.

—Seguro que sí. Y, si no, Margaux estará allí para guiarlo, aunque él preferiría que no fuera el caso. Es más dura que yo —argumentó Sebastian—. Debería ir todo bien, siempre y cuando... Ya sabes.

Ninguno de los dos verbalizó lo que ambos temíamos: que apareciera un inspector del grupo Michelin en su ausencia.

A pesar del temor inicial por parte de Sebastian, el Nouvelle Époque tuvo un éxito colosal. Yo siempre lo tuve clarísimo, pero me alegraba ver que los críticos y los clientes habituales opinaban igual.

Sebastian consiguió su primera estrella Michelin a finales del año pasado, pero ahora tenía que mantenerla y, con suerte, conseguir las otras dos. Era un círculo vicioso de estrés y nervios, y yo era consciente de lo mucho que significaba que Sebastian estuviese dispuesto a alejarse del trabajo durante todo un mes para que pudiéramos disfrutar de una buena luna de miel.

Le dije que un mes era demasiado y que podíamos reducirlo a una semana, pero él insistió.

«No he esperado tantísimo a casarme contigo como para escatimar en la luna de miel», se limitó a responder cuando saqué el tema a colación.

—Tranquila —me dijo ahora Sebastian, con la frente arrugada—. Conseguiré las tres estrellas de una forma u otra. Si no es este año, será el siguiente.

—Tres estrellas... —musité—. Te gusta ponerte el listón bien alto, ¿eh?

—¿Qué quieres que te diga? Me encanta fustigarme. —Me besó y noté la cálida y suavidad de su aliento en los labios—. Y me encantas tú.

Me derretí en su abrazo. El resto del mundo se disipó hasta que solo quedamos nosotros dos, bailando y besándonos bajo el parpadeo de las luces.

En ese momento no estaba pensando ni en el trabajo ni en lo temprano que tendríamos que despertarnos mañana. La mente no me daba mil vueltas tratando de descubrir dónde iríamos de luna de miel o pensando en qué era lo peor que podía depararnos el futuro.

Estaba totalmente anclada en el presente, en el aquí y el ahora. Nuestra historia llevaba años tejiéndose y, por una vez en mi vida, me permití disfrutar de lo que era real en lugar de preocuparme por cómo acabaría.

¿Lo definitivo? ¿Aquella sensación de realización total que tanto había ansiado?

Era esto. Y nunca había sido más feliz.

¡Gracias por leer *Rey de la gula*! Si te ha gustado este libro, te agradecería que me dejaras una reseña en la(s) plataforma(s) que prefieras.

Las reseñas son como propinas para los autores. ¡Todas cuentan!

Con amor,

Ana

P. D.: ¿Quieres hablar de mis libros y de otras cositas la mar de divertidas con personas cuyos intereses sean parecidos a los tuyos? ¡Únete a mi grupo de lectoras: Ana’s Twisted Squad!

Agradecimientos

Cuando concebí esta serie por primera vez, me puse nerviosa pensando en el momento en que tuviera que escribir *Rey de la gula* porque no tenía del todo claro cómo reinventar este pecado de forma sensual y embelesadora. Pero ¿Sebastian Laurent? Este hombre me robó el corazón nada más aparecer en escena. Es uno de mis personajes masculinos favoritos y es perfecto para Maya, a quien adoro y con quien me siento muy identificaba porque yo también soy de tendencias perfeccionistas.

Le tengo muchísimo cariño a esta pareja y puede que haya soltado alguna que otra lagrimilla escribiendo su historia. Pero todos los libros son un trabajo en equipo, por supuesto, y quiero darle las GRACIAS, en mayúsculas, a todas las personas que han contribuido a que *Rey de la gula* viera la luz.

A Becca. Por todas las lluvias de ideas y llamadas por Zoom que convirtieron un montón de ideas sueltas en una historia en toda regla. Siempre estás ahí cuando tengo preguntas o cuando necesito estallar con alguien. Gracias por ser una amiga maravillosa y animarme siempre tanto.

A Jess y Kate. Sois unas asistentas personales fabulosas y siempre conseguís que todo salga rodado. ¡No podría hacer esto sin vosotras!

A Brittney, Rebeca, Aishah, Amelie, Chelè, Malia, Tori, Sarah y Salma. Gracias por vuestro fantástico *feedback* y por apoyarme durante todo el proceso de escritura. ¡Gracias por ser unas lectoras alfa y beta tan increíbles!

A Sonali, Aliya, Kia y Julia. Gracias por compartir conmigo vuestros conocimientos sobre la cultura hindi y la industria alimentaria. He

aprendido muchísimo y me habéis ayudado a realzar la historia. ¡Os lo agradezco!

A Britt y Aimee. Gracias por ver todos los errores (de tecleo o no) y las inconsistencias que mi cerebro agotado pasó por alto. ¡Sois las mejores!

A Kimberly Brower y al equipo de Park, Fine and Brower. Siempre estáis ahí para mí, tanto para celebrar lo bueno como para ayudarme a navegar los momentos de bajón. Me faltan palabras para expresar lo alentador que ha sido teneros a mi lado en esta industria tan cambiante y, en ocasiones, caótica. Gracias por ser mi pilar.

A Cat, de TRC Designs. ¡Mi alma gemela y diseñadora de portadas! Gracias por otra deslumbrante portada y disculpa por haberte petado el móvil con un millón de mensajes... Prometo que intentaré minimizar los agobios de última hora de cara al futuro.

A Christa, Madison, Gina, Elena y a los equipos de Bloom y Piatkus. Ya llevamos seis libros de la serie y sigo maravillándome cada vez que veo un ejemplar en tiendas o en el aeropuerto. Gracias por todo vuestro esmero y por hacer de los sueños una realidad.

A Stephen, Chloe y Jack. Sois el mejor equipo de relaciones públicas que podría pedir. ¡Sois unos *cracks*!

Y, finalmente, a mis lectoras y a todas las personas a quienes les ha gustado mi trabajo o lo han compartido y lo han publicitado. Soy muy afortunada de poder llamaros «mi comunidad». El entusiasmo que habéis mostrado hacia este libro me ha ayudado a llegar a la fecha de entrega a pesar del estrés y a salir de los bucles de ansiedad que me daban a altas horas de la noche (ya os he dicho que me parecía a Maya). Y, tanto si es la primera vez que me leéis como si lleváis conmigo desde el principio, estoy eternamente agradecida de compartir este viaje con vosotros.

Con mucho amor,

Ana

Contacta con Ana Huang

Grupo de lectoras: facebook.com/groups/anastwisted squad
Página web: anahuang.com
BookBub: bookbub.com/profile/ana-huang
Instagram: instagram.com/authoranahuang
TikTok: tiktok.com/@authoranahuang
Goodreads: goodreads.com/anahuang

Notas

11. Maya

1. *N. de la T.*: *abuela materna* en hindi.

17. Maya

1. *N. de la T.*: hija o niña en hindi.

29. Maya

1. *N. de la T.:* traducción propia.

Rey de la gula
Ana Huang

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *King of Gluttony*
© del texto: Ana Huang, 2026

Imágenes de interior: Elalalala.yandex.ru/Depositphotos, ARTSTOK/Depositphotos
Diseño de la cubierta: © Sourcebooks, adaptación del diseño original de Cat/TRC Design
Ilustraciones de cubierta: Shutterstock, Adobe Stock, Creative

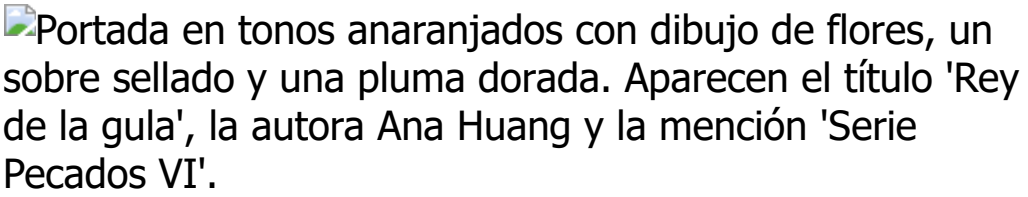
© de la traducción: Mariona Gastó, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-08-32471-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada en tonos anaranjados con dibujo de flores, un sobre sellado y una pluma dorada. Aparecen el título 'Rey de la gula', la autora Ana Huang y la mención 'Serie Pecados VI'.